 NACÍ EN EL MEDITERRÁNEO

Texto: © Stella Rayek

Editor: © ???

Fotografías: © Stella Rayek

Correccón de estilo: ???

Diseño editorial: Arte Stampa S.A. de C.V.

Primera edición, 2017

ISBN: ???

Impreso en México

Se prohibe la reproducción parcial o total de cualquier parte de este libro,

por medios electrónicos o impresos sin la previa autorización por escrito del editor.

PRÓLOGO

**El mar de la memoria**

Stella Khabié- Rayek, autora de este libro íntimo y ferviente como una plegaria a la vida, nació junto al Mediterráneo, ese mar que une el oriente con el occidente del planeta en un abrazo de historias y culturas. Allí aprendió que hay un punto de origen y un trazo del destino; un lugar de partida y un rumbo a las estrellas; que en la voz del poeta todo es andar y camino que se hace al andar. Su escritura es marina, hecha con la espuma de la memoria, la tinta de la nostalgia y el vuelo de la imaginación. Recuerda los días lejanos de un Beirut dorado por los rayos del sol, con palmeras mecidas por el viento de ayer y frutas cargadas del “sabor de mi tierra, amargo y dulce a la vez”. Porque es amargo saber que hubo en el principio un paraíso hoy perdido, y es dulce sentir que existió alguna vez; todo está dentro y se lleva a cuestas, caracoles que somos. De ahí nace, como un torrente, la razón de vivir, la voluntad de crear, la esperanza en el mañana.

Ésta es la novena obra literaria de Stella, la más autobiográfica y lograda de su ya madura carrera artística, donde siempre han estado presentes el testimonio personal, la sinceridad y el afán de trasmitir el ideal secreto del número nueve, que es desarrollar la nobleza del alma. Contar lo vivido es un ejercicio a veces doloroso, otras reconfortante, y sólo se aprecia a plenitud cuando va de la mano y convence por su franqueza, sensibilidad y aura confesional, como en este caso. Lo autobiográfico se convierte entonces en una extraordinaria pintura de lo que Unamuno llamó la *intrahistoria,* la historia que no figura en los archivos oficiales, pero que retrata quizás más cabalmente lo ocurrido durante una época, lo vivido por los hombres y mujeres reales en el devenir de los acontecimientos: en un contexto único e irrepetible.

“*Es la historia de mi historia. La que contó mi abuela, la que sigue contando mi madre, la que cuento yo. ¿Cuál es la verdadera? Todas. Todas son la misma verdad contada a través de los ojos de quien la ha vivido, del repaso retrospectivo del caso, de la mirada de una niña en su primera infancia y hasta los doce años y medio al momento de nuestro exilio.”*

El texto de Stella Rayek no es sólo la historia de su vida, sino el lienzo en que aparecen, como en la paleta cromática de Goya, los fuertes trazos y colores de las pasiones dominantes del espíritu humano; la luz del retrato psicológico y el grabado casi onírico de un siglo caprichoso, con momentos tranquilos y episodios terribles, monstruos de la razón. En la memoria de nuestra autora aparece asimismo un relámpago que de pronto la ilumina y le hace tomar conciencia de su circunstancia, como un grito interior

“… *que no es el de la niña de doce años, ni siquiera el de la mujer de cuarenta o cincuenta que se percata de la maldad humana…”*

Ese conocimiento abrupto y desgarrador atraviesa el corazón de la adolescente a la manera de la mítica espada de Aquiles, que cuando mata conquista el reino de la realidad. Saber, enuncia la escritora, es don de los dioses y maldición del humano; del entendimiento no se regresa: uno sólo puede salvarse mediante el amor y el arte, escribiendo estas páginas.

El libro ofrece también la imagen de un tiempo armonioso, aunque complejo, de aquel Líbano natal. Se percibe la añoranza que ella experimenta por aquella convivencia pacífica en una sociedad respetuosa de su diversidad, utopía indeclinable para el progreso de la humanidad. Describe las costumbres, los prejuicios y las relaciones interpersonales de una sociedad desaparecida, aplastada por los extremismos y radicalismos que todavía hoy envenenan el contexto universal. Hay aquí, con la evocación, un llamado implícito a la reflexión acerca de lo que ocurre en nuestros días, cuando es cada vez más urgente y necesario el diálogo y la aceptación mutua entre los pueblos, razas, culturas y religiones.

La narración adquiere a veces la dimensión de una crónica costumbrista, tan importante para comprender cuáles eran los gustos, las aficiones, los prejuicios y las modas dominantes en aquellos idílicos, pero también conflictivos años de la infancia y adolescencia de la escritora. Ella recuerda y recrea la realización ritual de las comidas: escucha en retrospectiva el estribillo de la música que atraviesa océanos y culturas.

Descubre a una poetisa, repite los primeros pasos de baile y evoca las películas que entonces visionaba, inmersa en la magia del cine, donde el amor siempre triunfa y los grandes actores en blanco y negro se siguen besando en la emulsión de la memoria. Un día asistió a la proyección de *J’accuse* y la representación del célebre caso Dreyfus le confirmó la necesidad de buscar siempre, y en todo, la verdad y la justicia, un principio que anima tanto su recorrido vital como su testimonio literario. Otro día asiste a las tertulias de la tarde, cuando su madre y sus amigas tomaban café turco, galletas y dulces. Y es en esos detalles, narrados con sencillez, donde la memoria de la autora cobra vida propia para el lector, que cree encontrarse igualmente tanto en la ciudad libanesa como en la casa mexicana, las dos puertas abiertas al pasado presente.

El costumbrismo se enriquece aquí con la crónica, ese género mayormente periodístico que se empeña en contar los hechos de manera diacrónica, en orden sucesivo, bajo el mandato de Cronos, dios del tiempo y del zodiaco.

Frente a la violencia exterior hay una fortaleza inconquistable, un refugio familiar donde nos protegen los padres, la abuela, los hermanos y los amigos cercanos, guerreros discretos que cuidan nuestros sueños, nos acompañan para librar las primeras batallas contra la arremetida del mundo. Todos aquellos seres inolvidables que la rodearon entonces y le dieron confianza, ternura, solidaridad y enseñanzas, personas importantes para su realización personal, nunca desaparecerán, gracias a la magia de la literatura, al homenaje amoroso de esta obra. La autobiografía, sugiere Stella, no es hablar de uno mismo, porque nadie está solo y todos fuimos y para siempre somos en virtud de los otros, en particular de quienes nos rodearon y alentaron a volar, así como de los que han venido después y nos siguen confirmando en la aventura de ser.

Sin embargo, la guerra y la muerte, jinetes del caballo rojo y del caballo bayo, recorrían la bella ciudad de Beirut, sembrando el odio y la destrucción.

“*El miedo se nos había metido en el cuerpo como un veneno, gota a gota.”* La breve pero estrujante explicación que hace la escritora sobre aquel pánico, anticipa una definición del terror personal y colectivo que, como un quinto jinete del Apocalipsis, pende sobre las vidas de numerosos pueblos en nuestros días. La historia no se repite,

se magnifica; los lectores de Stella Rayek nos sentimos convocados a impedir que un miedo o una amenaza similar se multiplique y destruya la inocencia y la esperanza de una existencia feliz.

Al agravarse la situación en Beirut, cambió definitivamente el destino de la futura escritora. *Un coup de dés jamais n’abolira le hasard,* dice Mallarmé, pero en este caso el golpe de los acontecimientos locales desató el juego del azar y sobre el tapete verde de su vida se lanzaron los dados de la emigración, un camino que la llevaría al otro extremo del mundo.

Y esta reflexión nos remite a un tema cardinal de este siglo XXI, caracterizado por los grandes flujos migratorios y los choques entre culturas, costumbres y creencias que en ocasiones derivan en conflictos injustificables. Los migrantes, como la adolescente de esta historia, se confrontan con un nuevo paisaje, una geografía diferente, una población distinta, con tradiciones, cosmovisiones y comportamientos dispares a los suyos. Tienen que aprender y asumir otra lengua, adaptarse a un sistema político y social diverso, adquirir modales, vivir otra realidad, volver casi a nacer sin perder las raíces que nutren la esencia de su condición humana.

Stella cuenta esta historia con mano fina, con la mirada puesta en las aguas de su Mediterráneo natal, en los cedros y en las palmas, en las calles de ayer, en los viejos y nuevos lugares de una ciudad de donde partieron fenicios y aventureros, migrantes y soñadores para enlazar al mundo y alcanzar las estrellas.

Fue en verdad un largo viaje, en el cual la autora ha puesto alma, corazón y vida: ahora es libro, testimonio, mensaje alado para quienes ayer, hoy y mañana aman y fundan la promesa de la tierra nueva.

Miguel Cossío Woodward

Verano, 2017

NACÍ EN EL MEDITERRÁNEO

STELLA KHABIÉ- RAYEK

9

1

El Mediterráneo en pleno se abre ante la luz inquieta. La capital libanesa se refleja en ese mar, se alimenta de él, presume sus costas, canta sus melodías. Ese océano pinta mi memoria, me manda contraseñas quizás porque, como dice Serrat “mi niñez sigue jugando en sus playas”

De aquel mar y su inagotable voz, de la inmensidad marina en eterno vaivén he salido a caminar por el mundo.

Los cuadros de mi infancia desatan emociones, signos estremecedores, evocaciones de mi tierra y del destino de una generación. Aquella época es quien me envía las imágenes, yo simplemente trato de describirlas. Dicen que solo la gente mayor habla del pasado, los jóvenes no lo hacen, para ellos el futuro es lo que cuenta. Yo, ya hablo en pasado.

Nací en el Mediterráneo y ahora que escribo sobre el pasado, vivo en él, lo hago presente a cualquier hora del día, aún a altas horas de la noche cuando despunta algún recuerdo que he tratado de borrar.

El sol se levanta detrás de la montaña, un sol que desafía las somnolencias e invita a la acción. En esa delgada línea donde el cielo se une al océano, puntea una tímida luminosidad, una incipiente coloración. Aparece la Rosha, esos arcos naturales llamados Rocas de las Palomas, inmunes al paso del tiempo y a la vorágine de una ciudad ruidosa y frenética.

10

El verano se instala sobre la capital libanesa como un caldo hirviente. Una nube dorada emerge del Sunnin. Al filo de la mañana Beirut se muestra radiante y lleno de continuas sorpresas, también de cosas espirituales que aquí se gestan de un modo distinto, producto de un pasado que involucra religiones y violencias en marcha hacia su propia aventura, a su futuro propio. La ciudad atrae los ímpetus más disímiles, los amalgama, los suaviza, los contiene. Pero para conocer esta ciudad, es necesario vivirla, averiguar cómo se trabaja en ella, cómo se ama y cómo se muere.

Sobre las colinas dispersas en la lontananza emergen las casas en su mayoría blancas, reflejando sus diferentes facetas bajo la luz solar. Y este era mi mundo, mi pequeño mundo que se limitaba a la casa de la abuela, la Alliance Française y los paseos dominicales por la Corniche a la orilla del mar, de la mano de mi padre y mi hermano Tofi, mis pequeños hermanos Vivianne, Moussy y Joucky en casa con mi madre, Beto mi hermano vendría más adelante, made in México.

En aquel tiempo éramos cinco, los hijos de una pareja que a mí me parecía la más feliz y amorosa de las parejas humanas. Paseábamos horas enteras en la costera, mi padre compraba del vendedor ambulante aquella fruta verde de forma torcida que se convertiría en almendra tropical; mojábamos aquella fruta, la *Ogia,* con agua y sal, y su sabor agridulce era una caricia al corazón… como el sabor de mi tierra, amargo y dulce a la vez.

De pronto la mirada abarca el contraste de color de las palmeras con el lejano azul del cielo, cándido, fascinante. La tonalidad se mezcla con la de los modernos hoteles, viviendas, restaurantes y cafés donde las dinámicas voces se multiplican 11

por las aglomeraciones y el rumor palpitante de los asiduos libaneses… Un fotógrafo profesional se nos acerca, captura la magia del instante: yo con un sombrero de fieltro blanco, mi vestido del mismo color, cuello *bebé*, de esos españoles con un corte excepcional, muy elegante y fino. Una cadena de oro con un *Jai,* letra en hebreo que significa vida y que es símbolo de nuestras creencias en el Supremo, pende de mi cuello. En la muñeca de la mano, como emblema de aristocracia, una esclava con una placa y mi nombre grabado en ella. Era un día de fiesta y veníamos muy arregladitos de la sinagoga, mi hermano con traje y gorro de capitán marinero… detrás de nosotros, como fondo natural, una palmera. El retrato en el cual aparezco con los labios sonrientes y las mejillas sonrosadas seguramente retocados con los colores del fotógrafo, muestra unos rostros radiantes. Niños felices. La foto enmarcada adornaría tanto nuestra sala como la de mi abuela, y formaría parte de la colección familiar de retratos en casa de mi tío en Tel Aviv. Sobre la cómoda de madera oscura, la imagen se trasquila, recorre el tiempo a la inversa, animada por el soplo de vida que mantuvo su historia viva gracias a la fotografía.

Caminábamos, yo quitada de la pena, chiquilla, mis ocho años llegaban apenas a la cintura de mi padre; sólo más tarde supe que era una chiquilla ingenua, ignorante de lo que pasa en la metrópoli, ajena a las diferencias políticas, a las discrepancias religiosas y a los dirigentes que gobernaban nuestro país.

Respiraba contemplando las anchas espaldas del mar, respiraba a oleadas bajo el eterno temblor del sol.

De vuelta a casa, subía las angostas escaleras de dos en dos para ganarles a mis hermanos el baño occidental. Velozmente,12

los cuatro pisos del edificio en la Rue de France, barrio un tanto aislado de Wadi Abou Jmil donde vivía gran parte de nuestra comunidad y donde quedaba mi escuela y la casa de la abuela, al final de la calle arriba de la carnicería Kasher.

En aquel entonces éramos una nutrida comunidad, *les juifs du Liban.* Nos habíamos aclimatado a la capital con toda el alma, expresando con energía, por un milagro de compenetración, todo lo típicamente libanés. Una fuerza secreta, desorientada durante mucho tiempo, se unió aquí a una tradición que lleva en su seno todos los contrastes nacionales y lingüísticos. En este país que después de la primera guerra mundial fue colocado bajo el mandato francés y del cual se independizó en el 43, encontrarían mi abuelo y mi padre un refugio en el cual la gente vivía bien, comía bien… la vida era fácil.

Pobres y ricos, cristianos maronitas, católicos o musulmanes, armenios, drusos, kurdos y judíos convivíamos pacíficamente, a pesar de los sarcasmos ocasionales y las diferencias ideológicas; incluso los movimientos políticos carecían de hostilidad. Se trabajaba mucho, como por ejemplo en el *Souk-l-Mnajdin* el Souk de los cardadores, porque en un principio muchos lo eran y vivían en casas cavadas en las montañas. Era en el *quartier juif* en Bab’ldriss donde nuestra gente cubría su anonimato con coraje y trabajo, con el instinto a la vez brutal y compasivo, reparando nuevamente en el semblante impenetrable de los árabes… Pero eso era antes.

Sí, eso era antes. Los judíos libaneses de mi época se ocupan principalmente del comercio y de la actividad textil. Tienen una profunda necesidad interior, un anhelo detranquilidad, de reposo y seguridad. El enorme deseo de no 13

sentirse extraños los empuja a adherirse con pasión a la cultura de su entorno. Algunos son profesionistas, abogados, doctores o contables economistas como mi padre. Otros son sastres o carniceros, como lo dice su nombre. El apellido se acomoda entonces a la actividad, al físico o al carácter de las familias. Así es más fácil reconocerse. Por ejemplo: el apellido Lahham que en árabe significa carnicero; en efecto, los Lahham tenían ese cargo. O Jayyat, que significa sastre… También el apellido se adapta según el origen, como los Sidawi quienes provienen de Saida, o los Mougrabi del Magreb, o los Trabboulsi de Trablus… o Rayek que significa un carácter sereno…

Trabajan mucho, reservan los placeres solo para el fin de semana, cuando se reúnen en los cafés que huelen a sombra fresca y a anís, fuman *arguile,* la pipa de agua, juegan *tawle* el Backgammon oriental, ven desfilar a las mujeres siempre veladas pero con zapatos a la moda… se pasean o se asoman al balcón.

Era el mundo de la confianza. El ideal común de vida, el bien más codiciado y precioso. Y se creía en el progreso. Había luz eléctrica en las calles, se podía hablar a distancia gracias al teléfono, el hombre podía volar por los aires con los aparatos más sofisticados…

Entrábamos a nuestro domicilio. Lo primero a la vista, el *porte-manteau* o perchero de madera color café oscuro. Del lado izquierdo, el comedor que se utilizaba pocas veces y que en las noches mi padre convertía en oficina. En algunos momentos, mi padre allí en la mesa del comedor se transformaba en un poeta sensible, escribía versos melancólicos y rimas de amor en el cuaderno que descubrimos a su muerte, muchos años más tarde. Del lado derecho del 14

corto pasillo, la cocina dónde mi madre nos esperaba, alistando la comida o bordando sus canevás en el mini balcón. En ese pequeño balcón era donde recibíamos los sábados a mi tío, único hermano de mi madre. Él venía a visitarnos después de la sinagoga y le ofrecíamos *majluta,* mezcla de nueces cacahuates pepitas negras y blancas que comprábamos en Bab’Idriss, y a veces también mi madre hacía flan al caramelo.

Saliendo de la cocina, la sala. Era de terciopelo verde, eso creo, porque la vi sólo una vez cuando vendimos los muebles y mi madre tuvo que destapar los sillones, quitar las fundas blancas de cretona que los cubrían eternamente. Después, nuestra recámara y un baño oriental de esos que carecen de taza, un hoyo en el piso y tú en cuclillas. Yo me escondía en el baño *franjji* de mis padres, el cual sí tenía un inodoro occidental; digo que me escondía, porque allí podía yo encerrarme bajo llave y que me dejaran leer en paz. Provista de material para lectura; no eran los cuentos de *Cendrillon,* ni de *Blanche-Neige*, no. Era la revista *Nous Deux*. Y viajaba yo con las palabras y las imágenes hacia mundos desconocidos, el mundo del amor, de las historias y comics románticos, en blanco y negro… y eso engendraba y hacía crecer en mí todo un universo de imágenes y de sueños… en la parte posterior de la revista un complemento a todo color *L’hebdomadaire qui porte bonheur,* encabezando la portada. A pesar de los golpeteos de mis pequeños hermanos a la puerta, a pesar de los regaños de mi madre, me quedaba allí hasta que las piernas se me adormecían.

La habitación de mis padres era un poco más grande que la nuestra. Me gustaba echarme sobre la cama, sobre el *couvert-lit* que mi madre cuidaba con tanto ahínco, porque 15

formaba parte de su dote al casarse; en realidad fueron su única dote, aquellas colchas compradas a las monjas quienes prepararon el ajuar meticulosamente, bordando mariposas, resaltando flores... Mi conducta le provocaba un gran enojo a mi madre porque además era faltarle al respeto a su couvert-lit. Pero yo volvía a hacerlo todas las veces, sentía que al estar acostada sobre su cama, capturaba yo algo de mis padres, me adhería a su principio juntos, me enlazaba a su esencia.

Los sábados en aquella, nuestra casa, nos metíamos todos en la cama. Mi padre era el más feliz. Se veía tan menudo, acurrucado junto a mi madre, acariciando, asiendo el seno materno que nos amamantó a mis hermanos y a mí. Se veía tan chiquito, porque además en aquellos tiempos, mi madre era como las verdaderas libanesas, robusta, fuerte y alta; la más alta de todas, a ella le gustaba hacer aquella comparación y cuando entraba a algún lugar, ella que tiene un porte garboso, crecía aún más y se acentuaba la gran diferencia de estatura en la pareja. Sobre aquel suave lecho se escribía una historia de amor. Una historia de nobles sentimientos que duró casi sesenta años. Y eso fue lo que mamamos, antes incluso de entender el mundo del amor y las minucias simbólicas.

Mi madre tocaba a la puerta del baño donde yo me refugiaba, me decía palabras mitad en árabe mitad en francés, porque así era nuestra forma de hablar, mezclando esos idiomas además de algunas palabras en hebreo como cuando se enojaban fuertemente con alguien lejano: *yimah shemo*! O cuando nos querían callar frente a extraños, *sheket hayeladim, assur ledaber*… y no es que supiéramos el idioma,eran modismos, formas de expresión, a veces un tantomaliciosas como la de *yimah shemo* que significa textual16

mente: qué se borre su nombre. O eran formas de reprender a los hijos secretamente, sin mostrar enojo... Nunca entendí el verdadero porqué… tal vez era para suavizar el sentido de las palabras o simplemente, porque así hablaban las tías y la abuela.

Cuando mis padres discutían algún problema, lo hacían a *sottovoce,* quedamente, casi susurrando. Era pecado hablar de problemas porque uno podría acarrearlos a su propia vida; de tu boca sólo cosas buenas, decían, y era para nosotros un mandato. Quizás nunca nos preguntamos qué asuntos trataban ellos de sofocar, sin duda alguna eran cosas oscuras que ocurrían en el país o más cercanamente, en nuestra propia comunidad.

Por encima de todo, era la sólida forma de vida que llevábamos en esta ciudad en la cual se inventó el comercio. Todo se compra y se vende aquí, todo circula gracias al mar, gracias a ese Mediterráneo que permite llegar a otros confines del mundo…

Había un sentimiento acerca de ser libanés. Formar parte de la gente culta, alegre y hospitalaria, amante de la vida y de la buena comida… Era un orgullo serlo, vincularse a la capital intelectual del mundo árabe, a la Suiza o París de Medio Oriente, ya sea por su estabilidad política que por su belleza mundana. Sí, era un orgullo ser libanés. Sin embargo, había otro sentimiento: la inminente sensación de pertenencia a otro pueblo, a otra estirpe, a una raza de emigrantes. Y lo decidamos o no, una pertenencia espiritual a un país que apenas existía, y al cual nos aferramos con los lazos que ligan nuestras almas a las suyas.1

7

2

En la Rue Georges Picot se encontraba la Alliance Israelite Française. Allí aprendimos todo sobre la historia de Francia, su geografía, sus reyes… nos instruimos en la revolución francesa que difundió por el mundo los ideales de libertad y fraternidad… recitábamos *par coeur* les *Fables de la Fontaine*, *l’avare de Molière*… Cantábamos fervientemente y con entusiasmo la Marseillaise, las canciones populares, las canciones de cuna como *Frère Jacques*…. como yo solía cantar a mi hermano Jacques, diez años menor que yo. Aprendimos a dibujar de memoria el mapa de Francia, situar sus regiones, señalar el valle del Loire, el Seine, el Rhône… Multiplicábamos en francés, dividíamos en francés… Tuvimos un *Istaz,* profesor que nos enseñó el árabe y que me simpatizaba mucho, salvo cuando nos aventaba la regla de madera sobre la cabeza y nos decía algo así como: ¡no entendiste nada, *shu hmara,* ¡qué burra! Y descargaba su furor pegando con la misma regla los nudillos de quienes hablaban en clase o de quien pillara al vuelo… El maestro le pegaba en la cabeza con la palma de la mano; no has entendido nada, nada, Y otro golpe en la cabeza. Si no había un silencio absoluto, temblábamos… Pero aprendimos. El idioma hebreo y el inglés vendrían más tarde. El *Moré* Amhhin, profesor de hebreo, era de un carácter más afable, recuerdo que nos aprovechábamos de su bonhomía. 18

Al mediodía regresábamos a casa. Mi madre nos esperaba, sentada en el balcón, escogiendo el arroz o las lentejas, quitando las piedritas que a veces vienen incluidas… O pelando naranjas; lo hacía hábilmente, introduciendo la punta de una cuchara entre la cáscara y la piel, desgajaba la fruta y me la ofrecía obsequiándome su mejor sonrisa. A veces pelaba manzanas en una tira entera que se enrolla sobre sí misma…

No sé si mi madre era igual con mis hermanos, pero yo, la mayor, tenía más derecho a estar con ella. Me consideraba su hermana; ella era muy chica cuando nací. Tenía de qué platicar conmigo porque yo lo entendería todo, porque me consideraba inteligente y discreta.

Después de comer, volvíamos a las aulas inmediatamente para las clases de la tarde. Había que sacarle provecho a las colegiaturas, además era el sistema. Las tareas se hacían llegada la noche. En invierno poníamos el infiernillo de carbón, se llama *mo-ede* en árabe y mi abuela hervía el té de *naanaa*, té de hojas de yerbabuena, y el pan árabe con el queso Ash’awan se derretía allí mismo sobre aquel fuego… y las castañas crepitaban sobre aquel fuego, a veces, alguna chispa se escapaba…

Y aquel té y aquel pan eran una delicia. Quizás porque los hacía mi abuela y lo que viniera de sus manos era un regalo para los sentidos. En verdad que yo la amaba. En verdad que la sigo amando, más allá del tiempo.

La llamábamos Teta. Porque era el nombre que se le daba a la abuela, diminutivo de *Steita*. Claro que posteriormente, la palabra “teta” causó muchas risas a mis compañeros mexicanos. Ella había llegado a Beirut después de haber19

vivido en Damasco. Las costumbres de su país modelaron su conducta desde que nació. Teta era portadora de una particular identidad, era el testimonio viviente del pasado que le tocó vivir. Y no solo por su físico que describía totalmente a la abuela de aquellos tiempos, cabello castaño con reflejos grises recogido en un chongo a la altura de la nuca, silueta ancha, la blusa beige de *dentelle de Bruxelles* con un camafeo de adorno, el brassier largo, la faja bajo su falda negra, los zapatos de tacón muy bajo, siempre negros…

No, no solo el físico, toda ella. Su forma de aceptar su realidad triste y amarga. Su alegría a pesar de todo. Su entusiasmo por la limpieza; aventaba cubetazos de agua por la enorme sala… no precisaba de ayuda alguna, nunca le conocí una empleada doméstica, ella sola limpiaba y volvía a aventar cubetazos, también a las ventanas… y luego lo secaba todo. Su entusiasmo por hacer las *Mjalal* y el *Makdous* los encurtidos de col y pepinos ácidos, y la berenjena rellena de nuez y mostaza bañada por el aceite de oliva y almacenada en recipientes de vidrio hasta añejarse.

La alegría y apasionamiento con que hacía el *Kaak-bloz,* esas exquisitas pulseras de almendra que solían ofrecer en ocasiones muy especiales como en los Barmitzvah de mis hermanos, o en nuestro compromiso y boda. Teta era toda una experta.

El mayor orgullo de mi madre y de mi abuela era la distinción culinaria: para ellas el cultivo de una herencia sagrada, de la cultura que llevaban en la sangre y a la cual nunca regresarían físicamente, apartadas de su Líbano por el tiempo y los océanos.

Teta nos enseñó a todas las mujeres de su descendencia, sin miramientos ni codicia, sus múltiples y complicadas20

recetas… Y todo, todo ha permanecido en mí, íntegro. Y cuando en alguna fiesta me da por tomar el tenedor y tocar el vaso siguiendo la música, no puedo más que ver a mi abuela en mí… En mí que ya soy abuela, aunque con el cabello teñido, los atuendos de moda y los tacones altos como de jovencita…¡Todavía guardo en mis ojos el color de sus ojos!

Los gestos de mi abuela eran por demás tiernos y consoladores. Su tolerancia a nuestras conductas, su exagerada tolerancia por las circunstancias. No recuerdo haber escuchado que se quejara por algo. Jamás se lamentó de haber enviudado cuando solo tenía dieciocho años, cuando aún llevaba a mi madre en sus entrañas… Mi abuela se vio forzada a una resignación muda. Nunca se quejó de nada. Seguía sus prácticas caseras con gusto, y sus costumbres tradicionales eran ley.

Me encantaba estar con ella. Me gustaban sus pequeños y expresivos ojos color miel, siempre brillantes. Me encantaba su generosidad en todo, como las abuelas libanesas, generosas en la comida en las palabras de cariño en las sonrisas, en sus carnes y en sus senos también. Recuerdo que cuando mis hermanitos de meses lloraban, y mi madre por alguna razón no se encontraba en casa, Teta les ofrecía entonces su propio seno, vacío y seco, que les servía de consuelo mientras volvía mi madre. Y ella me daba confianza y fe. Y esperanza en lo que Dios manda, *Inshallah, bi-id-allah* y lo que Dios quiera. Me transmitía lo que para ella significaba, las bondades de la vida… Y eso es el eco… Es el eco de un mundo.

*Bonne nuit,* nos decía a la noche, y su sonrisa era como un beso en la frente y un deseo que eliminaría cuánta pesadilla pudiéramos tener. Se despedía de mi padre con un 21

*tisbah ala jer*, que viene a ser más o menos lo mismo. Nunca lo llamó por su nombre de pila; le hablaba siempre en árabe, con mucho respeto, tal como se le habla a un gran señor porque lo consideraba eso, un *khawaja.* Llegado el momento, mi abuela se alistaba para irse a su casa. A veces mi madre le insistía para que se quedara a dormir y después de mucho insistir, porque era necesaria la insistencia para demostrar que la invitación era en serio y no solo por cortesía o buenos modales… sólo entonces Teta se quedaba, y eso me hacía muy feliz. Se dormía con alguno de nosotros en la misma cama y lo apretaba cálidamente contra su pecho. La abuela nos abrazaba, recuerdo que fingíamos dormir…

De su regazo llegaba un olor muy especial: el olor de la ternura.

A quien más abrazaba, protegiéndolo del mal de ojo y de la envidia, era a mi hermano Joucky. Tenía un añito y la piel sonrosada, los ojos grandes y el cabello recién nacido, rubio, rizado en bucles, con un mechón blanco-dorado formando una media luna en el frente. Ese mechón lo diferenciaba de todos, lo hacía único. Al crecer, Jacques conservó ese mechón que cautivaba a quien lo viera, conservó el mechón siempre, aún ahora que la calvicie comienza a tirar cabellos rubios y blancos…

Teta Eishe se alzaba de madrugada y disponía los sándwiches para la escuela. Para mí era el pan árabe con *dibis y thine,* una mezcla de jarabe de dátil o miel a la cual se agrega la salsa de ajonjolí que la hace más clara, menos dulce, y a la vez, más engordativa. Pero en aquellos tiempos ¡A quién le importaban las gorduras!

*All*á*h maakon,* nos decía a mis hermanos y a mí, y ese, Vayan con Dios, nos acompañó toda la vida.22

3

Los recuerdos de mi primera infancia me vienen a la memoria como la época dorada en la cual las preocupaciones no formaban aún parte de nuestra existencia. Estas estampas están siempre en mí, en el quicio de la puerta de mi alma, a la sombra de la vid de mi balcón, la misma de la cual arrancaba yo las hojas de parra que luego mi madre rellenaba de arroz y carne y convertía en un exquisito platillo. Lo servía en el mismo plato de las aceitunas, negras, verdes, de todo tipo. Hasta la fecha es su especialidad.

Más allá de mis torpes y tímidos deseos, están las flores de azahar, pequeñas y blancas. Las de jazmín que huelen a paraíso. El jazmín pertenece a la noche, eso dicen. Ensartadas en hilos, las blancas o amarillas flores formarían collares de bienvenida a los turistas que llegaban a Bhamdoun, nuestro lugar de veraneo a veinte kilómetros de Beirut y escasos minutos por la carretera que lleva a Damasco.

En aquella montaña, tan próxima pero que en ese entonces me parecía tan lejana, es donde solíamos pasar las vacaciones y las fiestas religiosas. Todo ha florecido en estos campos: manzanas, naranjas, olivos, matorrales y albaricoques…

¡Cielo inextinguible… aire de montaña! ¡Oooj!

¡Locuaz esplendor, regalo del verano! 23

A diferencia de otros beirutís a quienes les gustaba la playa, nosotros nunca pasábamos las vacaciones en la capital. Por lo tanto nunca aprendí a nadar. Por lo tanto odio ponerme traje de baño y enseñar el cuerpo medio desnudo… Tengo que admitir que hasta la fecha no he logrado reconciliarme con mi cuerpo. Durante años lo ignoré, no quería mirarlo al espejo. Evitaba mirar el cuerpo de otros también. Y menos el cuerpo masculino. Una chica de buena familia no debía tener ni la más mínima idea de cómo estaba formado el cuerpo de un hombre, y todo porque la *sainte- nitouche*, la mosquita muerta, que probablemente de santita no tenía nada salvo la aparente inocencia de mojigata, debía llegar intacta al matrimonio, no sólo de cuerpo, también de espíritu. Solamente de reojo miraba yo a las mujeres entradas en años; vientres prominentes, brazos colgantes, piel arrugada llena de pliegues. Me daba un miedo insólito imaginar lo que probablemente sería mi propia vejez. Me sentía tan vulnerable, y pensé ¡Qué necesidad tienen esas mujeres de exponer sus miserias al mundo!

Nunca vi a mi madre con traje de baño. La primera vez que yo me puse uno fue en Acapulco. Tenía quince años y ya estaba casada. Desde entonces me cubrí siempre con mil pareos. ¿Acaso era vergonzoso mostrar el cuerpo?, ¿acaso teníamos a flor de piel la mujer musulmana tapada de cabeza a los pies, cubierta por su *Abaya* siguiendo las enseñanzas del Corán? “*las mujeres creyentes deben echarse por encima sus vestiduras externas cuando estén en público; esto ayudará a que sean reconocidas como mujeres decentes y no sean importunadas.*

Pero, no, definitivamente no era eso. No. Era yo. Yo la gordita, sí, gorda, y me hacían *bullying* porque me gustaban los *garabijj*, pastelitos rellenos de pistache coronados 24

con *natef* una especie de merengue suave… y me fastidiaban todos, todos, mis hermanos, los primos, la familia entera porque yo devoraba aquellas delicias que me encantaban y es por eso que… … Y aunque quisiera encontrar un atenuante a mi irritación por la semi desnudez del traje de baño, no lo hay. ¡Simplemente, mi cuerpo y yo no somos amigos!

En las playas libanesas, y eso lo supe más tarde cuando me lo contó una amiga bastante mayor que yo: Nos poníamos bikini, me contó. Para ella, como para muchos, la idea de que eran franceses y no árabes, la forma en que hablaban el idioma con la punta de la lengua, porque eran, o eso creían ser, una especie diferente, ciudadanos de una nación imprecisa que discurre entre la Francia del colegio y el Beirut que habitan. Por lo tanto la vida les parecía inagotable bajo el sol esplendoroso y el mar azul, atraídos por los hombres y mujeres extranjeros que venían a turistear en el Líbano… Y el olor del mar que embriaga. Entrar al mar a las seis de la mañana ¿Por qué a las seis de la mañana? Porque es el momento de la gran soledad del mar, me dijo mi amiga. A las seis de la mañana, las espumas son más blancas.

El hotel Saint Georges era donde se reunían los del jet set del mundo; cuerpos vivos, gente bronceada, habituada a *la dolce vita* en el Mediterráneo. El primer *beach club* al cual acudían celebridades y realezas como el Rey Farouk o Brigitte Bardot, Peter O’toole,... ¿Cómo es posible que no te acuerdes? preguntó con ironía mi amiga. Seguramente su memoria borró el hecho, de que cuando salí del Líbano, tenía yo doce años.

En Bhamdoun, a la puerta del hotel Khairallah y afuera de los restaurantes de lujo, deambulan los vendedores ambu25

lantes. De sus brazos cuelgan guirnaldas de flores, collares de jazmín como rosarios de flores perfumadas, amarillas, blancas y de aroma prolongado. Hacen la lucha por vender esas flores que se marchitan enseguida. Sobre todo, a los jeques iraquíes quienes no sólo compran collares de jazmín, sino los de Cartier, Bulgari, Tiffany’s o Van Cleef que adornan los trajes Chanel de sus múltiples esposas, ellas lucen aquellos trajes de la *haute Couture* sólo al llegar a casa y quitarse la *Abaya,* o en algunas fiestas familiares. Los joyeros se apresuran a cerrar las puertas del local, reservan toda su atención solamente a los jeques, la cosa es atender a los mejores clientes. Y les pagaban, les pagaban con liras con dólares, con esposas… ¡No, no es cierto!

Los observaba yo, atraída por la fragancia de las flores. Desde el mirador, me deleitaba con el aire fresco de la montaña… a mis pocos años, tenía que treparme sobre la barda para alcanzar verlos.

Los días de Bhamdoun se habían vuelto mi tesoro, el pasado luminoso que no debo perder. Recuerdo los amaneceres más resplandecientes de mi vida, tan radiantes como el de Jerusalém el día del Barmitzvah de mi primogénito. Aquel día en especial, la luz se extendía esplendorosamente sobre las siete colinas de Sion, Muria, Opel… la cúpula de la mezquita Al-Aqsa fulguraba bajo el sol naciente… Pero la imagen arranca de mucho tiempo atrás, y es como si la viera en ese preciso instante… es la luz de mi primera infancia, tan benéfica y extraordinaria, una conciliación espiritual, un bálsamo, una luz mediterránea que se expande e irradia belleza.

Es verdad, me digo ¡Los días memorables de la vida tienen una luminosidad más intensa que los habituales!26

Los días en Bhamdoun comenzaban para mí con el primer canto del gallo. Poco después el martilleo de la cantera llenaba el barrio. Me gustaba abrir la ventana del departamento que habíamos alquilado. Cada año cambiábamos de edificio. Eran pequeños, de tres plantas. Observar la carretilla del lechero tirada por un burro. El cacharro del vendedor de pistaches, *turmos* y cacahuates, los edificios cuadrados de piedra tallada, uno que otro arbusto… y en el medio, un camino polvoriento atiborrado de materiales para construcción, tabiques, vallas, sacos de cemento…

Mientras mi madre bajaba su *tricot* y tejía con las amigas vecinas, mis hermanos, mi hermana y yo corríamos a toda velocidad por el Taltite. Allí aprendimos a usar la bicicleta. Era una nueva forma de libertad, nuestro corazón latía con fuerza, desbordaba nuestro aliento. ¡Mi caída de la bicicleta!... ¡Qué caída! aún conservo en mi pierna la marca y me avergüenzo de mi torpeza, como si hubiera sucedido ayer !Qué caída!… Luego recolectábamos insectos y los guardábamos en un frasco al que hacíamos agujeros en la tapa... Aterrador estremecimiento… ¡Era pecado! El insecto vivo atrapado en el frasco era un pecado… Pero aún así.

Aquellas tardes en Bhamdoun se veían completadas por mi abuela quien nos leía la taza de café turco desde muy pequeños. Y para nosotros, que mi abuela nos leyera la taza era como si nos leyera un libro de cuentos. Le encontraba tantos significados a las imágenes que se adhieren a las paredes y al fondo de la taza. Teta traducía el significado de aquellas figuras. Y lo seguiría haciendo toda la vida, al igual que en nuestra casa en México, cuando venían mis compañeros del Liceo Franco Mexicano. A los amigos así como a nuestros vecinos, les encantaba asistir a la lectura 27

de café de mi abuela, por supuesto que ellos desconocían completamente el procedimiento. Teta se aplicaba en instruirlos en el asunto ese de la lectura de la taza. Les pedía que tomaran el café y después… Inclina la taza, les decía, y dale tres vueltas en contra de las manecillas del reloj, así el café recorrerá las paredes de la taza. Ella se basaba en la energía que cada uno de los jóvenes le transmitía, en la forma en la cual cada uno sostenía la taza o sorbía el café. Y de esta manera, a veces llegaba a conocer tanto el pasado como el futuro de la persona. Porque el significado de las imágenes varía dependiendo del lugar de la taza donde aparecen: si es en la parte baja, ocurrió en el pasado, si es en medio significa que la cosa está sucediendo en el presente, y hasta arriba es lo que anuncia el futuro.

Los jóvenes, sentados en fila, esperando su turno delante de la taza de cabeza sobre el plato, atentos a cada palabra de la abuela dejaban oír su respiración un tanto acelerada. La voz de la abuela pertenecía a las cosas imposibles, y los alcanzaba como viniendo de la luz solar, surgiendo del azar del camino. A ella le producía una enorme satisfacción ver a su público absorto con sus profecías, observaba cómo movían la cabeza en señal de: sí, es cierto… Y aquellos gestos afirmativos le daban más confianza para seguir su lectura. Los muchachos estaban ansiosos porque les dijera, si tendrán novio o novia, según el caso… dentro de tres *signales* les decía, así siempre eran tres, las señales que veía mi abuela… pueden ser tres días, tres semanas o tres meses, pero no más, ya verás….

Teta era feliz, entregando generosamente y con su habitual carisma las misteriosas interpretaciones que provenían de los dibujos. Y eso proporcionaba un agasajo al 28

alma de los jóvenes. Eso sí, la abuela jamás auguraba nada malo, de inmediato entregaba la taza a quien perteneciera, diciendo que no la supieron voltear o que el café estaba muy espeso….

Los muchachos la miraban, sedientos de futuro, sedientos de historias… y nada era comparable a aquella espera que terminaba con una sonrisa de agradecimiento, y los jóvenes se retiraban, deseosos de aportes nuevos a sus ilusiones.29

4

El mes de *Eylûl.* El noveno mes de nuestro calendario. Es la época de la vendimia. El nombre *Eylûl* deriva de la palabra siria para designar la uva. A la vez, es un periodo de benevolencia y el lapso propicio que se prolonga hasta después de *Yom Kipur*, el día del Perdón. Es el mes de la cosecha. Es también, casualmente, el mes en que nací, el diecinueve de *Eylûl.* Vine al mundo cuando en la ONU se planteaba la propuesta de la partición de los territorios del Mandato Británico. Se fundarían dos estados, uno árabe y otro judío. En el Lago Success, la votación en la ONU treinta y tres a favor, trece en contra, diez abstenciones y un país, Tailandia, ausente en la votación. La balanza se inclinó a favor, y se crearía el Estado de Israel… Dos meses después, ondeó la bandera azul y blanco, descollando la estrella de David, que Eleazar Shafrir izó sobre un carro blindado británico… Y se escucharon los gritos de júbilo y los clamores de victoria por todos los barrios judíos, ¡*Am Israel Hay!!!!* ¡El Pueblo de Israel está vivo!

Volviendo a *Eylûl*, en ese mes nací yo, en el hospital de Aley, el centro vacacional cercano a Bhamdoun. Como soy la primogénita de mi familia, mis padres habían tomado la decisión de que mi llegada al mundo se realizaría en un 30

hospital. Pero, ya adquirida la primera experiencia, no hubo necesidad de hospitales, mis hermanos nacieron todos en casa, a manos de la partera, prima de mi madre. Tal vez no se acuerden mis padres de la fecha exacta de mi nacimiento, pero lo que sí recuerdan es que fue el segundo día de Rosh Hashana… Sinceramente, creo que mi llegada al mundo no le hizo gracia a nadie, y menos al abuelo que necesitaba ver un descendiente varón para su único hijo, el único entre cuatro mujeres.

En *Eylûl,* los manzanos los albaricoques y los nísperos nacen también, y su sabor sin igual en el mundo... Bueno, sí, en Damasco donde estuvimos hace apenas tres años, eran así de ricos, así de jugosos, así, así…

Muchas cosas importantes tocaron mi vida en ese noveno mes del año. Cuatro años después de mi aparición en el mundo, también en septiembre nació Vivianne mi hermana. Otro septiembre a diez años de mi nacimiento llegó al mundo *mon frère* Jacques. Aterrizamos en México en septiembre, en las fiestas patrias. En ese mes las banderas verde blanco y rojo con el águila devorando la serpiente sobre un nopal, ondean por todo México, así como en la entrada de mi casa, en el mismo lugar donde dos meses más tarde brillarán las luces de nuestra Hanukíah, ensamblada con luces navideñas…

Me casé en septiembre y cincuenta años después, volví a casarme en septiembre ¡con el mismo hombre! ¡Qué terquedad!.. No, no es cierto ¡Qué bendición! Tres de mis cuatro hijos se casaron en septiembre. Varios de mis nietos nacieron en septiembre, creo que sus padres aprovecharon las vacaciones de fin de año para encausar la producción!!!! 31

5

En los cuadros de mi memoria, surge una pareja en el jardín público. Tomados de la mano, un beso prolongado les hace cosquillas en el cuerpo ¿Era eso indecente?

Tuve necesidad de cerrar los ojos que reabrí enseguida; junto a ellos se escuchaba una carcajada provinciana y los inestables deseos que turban la carne. Mi mirada de niña curiosa y escandalizada, provocó incomodidad en la pareja que mis ojos consideraban dos ancianos; ahora sé que no lo eran en absoluto. Experimenté la misma incomodidad cuando al esperar el carro que nos traería el valet del hotel Presidente Chapultepec, mi marido me abrazó y me dio un beso en la mejilla. ¡Uyuyuyyy¡ dijo la niña que nos observaba y que pilló al vuelo nuestro beso.

¡Uyuyuyyy¡ La vida se ha contraído ahora como la pupila del ojo, es una grieta de imágenes en el espacio y el tiempo. Ahora comprendo esa extraña mirada que escruta el futuro y presiente el suyo propio. De nuevo escucho la carcajada provinciana de la pareja del parque, la carcajada de los deseos carnales. No sé si eran prohibidas aquellas demostraciones sensuales en público. Pero sé que se consideraban indecentes…32

El beso que me dio mi marido en la mejilla no lo era. Provocó en la niña otra sensación: la del amor prohibido en la vejez.

Mi padre no reparaba en aquello. Después de muchos años de matrimonio, aún le demostraba a mi madre cuánto la quería. Él tenía unos ojos de esos que extraen fuego y color de los sentimientos. Ojos que se ensombrecen con la tristeza, se hunden con la reflexión, pero con la dicha como la de aquellos momentos, los ojos de mi padre centelleaban de emoción. Mi madre sonreía en vez de retribuir la caricia. Y lo respetaba. Lo respetaba, casi como si fuera su padre. El padre que nunca tuvo, que falleció antes de que ella naciera; se había ido a trabajar, le dolió el estómago y se desplomó enseguida. Eso contaron.

A veces tengo que recurrir a este lamentable suceso para no confundir los hechos. Decirme a mí misma, recordarme que mi madre sufrió por ser huérfana. Que vivió de arrimada en casa del tío Moussa, ella, mi abuela y mi tío. Amparados, sí, protegidos, educados en casa de quien los crió y alimentó, sí. Aunque en realidad quien arrancó el negocio fuera su difunto padre. A juzgar por la única foto que se tiene de él, el abuelo, de rostro digno y mirada soñadora, coronado por una frente alta, fue el iniciador del negocio de importación de telas y pronto sacó del Souk-l-Mnajdin a sus hermanos. Y de cardadores, se convirtieron en comerciantes textileros. Mi madre lo sabía, nunca se lo ocultaron. Supo que tenía derechos. Aún así, ella sufrió lo indecible al sentirse menos que sus primas… Le faltaba lo primordial, lo más esencial: Su padre.33

6

Desde el balcón de nuestra recámara, sobre la Rue de France, desde aquel balcón mi madre saludaba a Ivette su amiga que vivía justo en el edificio de enfrente cruzando la angosta calle. Se podían saludar y además platicaban de balcón a balcón, siempre con ánimos, mostrando su mejor cara a la vecina… porque esa vecina lo veía todo. Todo. Nuestras peleas y reconciliaciones, el pequeño *mo-ede* comal con carbón, la ropa que mi madre tendía para secarla al sol…

Mi madre sólo desplegaba en ese balcón la ropa blanca de cama, la detenía con unas pinzas de madera; las cuerdas del tendedero se rompían de vez en cuando por el peso de las sábanas y las cobijas. Recuerdo que se cuidaba bien de exponer solamente la ropa muy blanca, así como para no delatar las prendas íntimas y los calcetines, esos los extendía en el balcón de la cocina. También en aquel balcón sacábamos las alfombras persas, las desenrollábamos y con fuertes bastonazos le pegábamos al tapete hasta quitarle el polvo.

Cuando hablo del balcón tengo que especificar que en realidad solo era un estrecho espacio a lo largo del cuarto, tan estrecho como los de Génova donde la ropa a secar embandera cada casa. Desde aquí, en las alturas de un cuarto piso, aparecen las figuras humanas desdibujadas, así como los autos. 34

El balcón era pequeño, el departamento era pequeño, el rumbo privilegiado, y mi madre… mi madre, finalmente, aventajaba por mucho a sus primas. Y eso era lo mejor.

Sólo comíamos carne Kasher. A los restaurantes no íbamos nunca, de tanto en tanto a la pastelería… los dulces árabes o los helados con goma de mascar árabe y los *petits- four* que vendían en Arlequin eran una verdadera alegría. Llevábamos nuestra casa Kasher. Había una vajilla para los platillos de carne, otra para los de queso y una más para Pessah. Íbamos al templo en las fiestas grandes, es decir en Roshanna y Kipur, y mi padre no fumaba en sábado. Esa era nuestra muy peculiar forma de llevar la religión.

Mi padre no fumaba, se ponía de muy malhumor y mi madre se enervaba. Tu malhumor es más pecado que fumar en Shabat, le decía. Pero él jamás rompió esa costumbre y aunque fumara más de dos cajetillas al día, el sábado era sagrado para él, en ese sentido.

Esperaba impacientemente a que saliera la primera estrella, lo que indica que Shabat ha terminado, y nos encomendaba buscarla en el cielo, y bravo quien la viera primero. Entonces su rostro se iluminaba al encender el cigarro, la serenidad volvía a él como de costumbre. Sonreía y a veces nos llevaba a la playa para encender algunos cohetes, como lo siguió haciendo aquí, en el parque del Reloj con mis hijos quienes tanto disfrutaban aquella hazaña.

El miércoles era día de lavar y planchar, el jueves, berenjenas fritas arroz con lentejas *mjadra* con cebolla dorada encima acompañado de yogurt y pepinos. Los lunes *fudda wdahab*, plata y oro se le llama a ese platillo de berenjenas con cebolla y jitomates. Martes, no recuerdo. Los viernes, *arroz con hamod*, 35

platillo árabe- judío, sopa de papa y apio y mucho limón, fría, no sé por qué la servían fría, y *lahme- bil- sahan,* todo lo que sobraba de las verduras de la semana con trocitos de carne.

Mi padre se quedaba hasta muy tarde trabajando con expedientes, libros de cuentas de varios negocios, en especial, del *magasin* de telas del tío Moussa y de su cuñado, el tío Joseph, esposo de la tía Hayath. Repasaba cifras y más cifras durante noches enteras. A quien ejerce ese oficio solían llamarlo, tenedor de libros.

Mi padre tenía su título de contador. El estudio es nuestra religiosidad, me explicó más tarde en el tiempo. Lo que aprendemos, cómo nos educamos, esos son nuestros valores, no el oro ni las riquezas. Somos el pueblo del libro, me decía, con seriedad, casi con enojo…

Y la profunda cicatriz que parte su frente, producto de un accidente automovilístico cuando él conducía su propio carro, la cicatriz brillaba sobre la pequeña frente… y en tanto mi padre crecía, esa cicatriz crecía a la par, fue más notoria a medida que sus cabellos desaparecían.

Lo que aprendemos, cómo nos educamos, esos son nuestros valores…Sí, recuerdo sus palabras, siempre, porque encajan perfecto con mis creencias, y se las transmito a mis nietos… Pero detrás de aquella fe en la cultura, había algo más complejo: a nosotras las mujeres, nos metían en la cabeza que teníamos derecho a cultivarnos y llevar un programa de educación, pero solo hasta que tuviéramos hijos, y punto. Hasta allí.

Mi padre, sí. Él había estudiado en el Collège des Frères, un instituto reservado a una educación superior de la elite, donde adquirió una educación franco-árabe muy estricta y de una rigidez que dejó huellas profundas en su 36

carácter. Pero a él no le gustaba hablar de aquello, aunque fuera motivo de orgullo. Quizás porque el estudiar en un colegio de enseñanza distinta, le hizo alejarse de sus amigos judíos, o tal vez por el gozo secreto de no presumir de títulos o de ponderaciones. También por esa razón estudió, con mucho ahínco, el hebreo y la Toráh con el *Hajam*, el maestro que lo preparó para su barmitzvah, y para enfrentar con dignidad y orgullo la vida judía a través del tiempo.

Sólo cuando llegó a la edad de noventa años, cuando ya no pudo caminar a raíz de una caída y dejó de trabajar, sólo entonces tuvo tiempo y ganas de revelarme sus propios conocimientos. Yo iba diariamente a pasar un par de horas con él. Cuando mi padre me veía llegar, se le iluminaba el rostro en una sonrisa de orgullo, y eso para mí significó el más grande trofeo. Aquella, su sonrisa al verme, sigue acompañándome y es como un bálsamo de confianza y serenidad. Los ojos con los que te miran tus padres te marcan para siempre. Y su mirada me custodia siempre, en los momentos más difíciles de mi vida recurrí a ella, cuando mi hija enfermó, cuando mi hermano Toufic enfermó, cuando se iba hundiendo la nave en la cual navegábamos o cuando estábamos cayendo en el lodo… su consejo alimentó mi esperanza aquella vez cuando, desesperada por nuestra situación económica, le pregunté, él ya muy entrado en los años ¿Qué debemos hacer? No pidan prestado, me dijo, vendan, vendan todo y paguen a sus deudores, y después Dios dirá.

También en los momentos felices aquella expresión de mi padre me produce dicha y serenidad; como en el Brit Mila de mi bisnieto o de mis sobrinos… En un parpadear, la ausencia de mi padre se hace presencia, tanto en el rostro 37

de mis hermanos como en el mío. Empezamos a sonreír y a intercambiar miradas furtivas. Y esa sonrisa enigmática pasa de nuevo, de los ojos de un hermano a los ojos de otro y de vuelta a los míos, representando el proceso largo y ceremonioso que guardamos de él, de nuestro padre…

Diez años después de su muerte, escribiendo, vuelve exactamente el mismo guiño, el mismo viento, la emoción de la nostalgia…

Nos sentábamos en el columpio del jardín de su casa, tomábamos café. Yo le leía algunos dichos en árabe, del libro de chistes y anécdotas que escribió mi primo Rémon. Y mi padre algunas veces recitaba las Fábulas de la Fontaine, pasajes de Los miserables de Víctor Hugo, entre ellos una que otra frase de Michel de Montaigne a quien él tenía mucho respeto y admiración…

Mi padre era culto y distinguido y tenía una filosofía de vida excepcional. Eso descubrí en un diario suyo que me sorprendió realmente, así como su letra, una grafía elegante y refinada, muy cuidada, que sospecho fue hecha con tinta y pluma de ala de ganso o de cisne, ¡No, no es cierto, mi padre no era tan viejo!… las escribió con el *stylo,* el estilógrafo Parker 51, verde oscuro con rayas transversales, la plumilla era de oro o de iridio, no lo sé, pero él llevaba los libros de contaduría con esa pluma, la usaba para luego guardarla celosamente en la bolsa interior de su saco. Era su tesoro. ¡Y con pluma de oro, claro que se escriben cosas de oro!

Tanto la pluma, como la justicia que era para mi padre un valor primordial, y así lo expresaba siempre… Es justo que le pase esto o lo otro porque tal persona era buena o tal otra era mala… Uno recoge siempre lo que ha sem38

brado. Y mi padre se encargaba, en muy pocas palabras, de transmitirnos sus valores.

Los padres tan solo podemos dar consejos, transmitir nuestros genes y nuestro temperamento, pero en definitiva, la formación del carácter de cada uno está en sus propias manos. De todas maneras, se llega a un momento de la vida en el cual, sin duda alguna reencontramos la imagen del padre en la nuestra propia, y consciente o inconscientemente, esa imagen y las palabras pronunciadas a tiempo tienen influencia sobre nuestras decisiones. Una de las causas que me hicieron inclinar la balanza a favor de mi marido y que para mí tuvo un gran peso, fue aquel mandamiento de mi padre sobre el valor de la cultura. Pues me casé con un abogado, sin oro ni riquezas pero con título.

Así que mi padre trabajó con su cuñado y con el tío Moussa, quienes para entonces, eran socios en el negocio de importación de telas. Y en su momento, cuando se convirtió en el maestro que iba a la Casa Grande… porque les daba clases a las primas de mi madre, clases de francés y de matemáticas… Mi madre, aunque no requería de clases especiales, estaba siempre presente entre sus alumnas. “Yo contestaba a todas las preguntas que les hacía, contó mi madre, era la primera en objetar, rebatir o contradecir algo con lo que yo no estaba de acuerdo, cuando él interrogaba a mis primas, yo era la primera en contestar…”… y mi madre sonríe al decirlo, orgullosa de su inteligencia y de su agilidad mental.

En realidad, mi madre siempre fue muy lista, intuitiva y perspicaz. Desbordaba entusiasmo por todo. Además, tenía y propagaba a su alrededor una alegría de vivir, una alegría sin causa ni motivo. ¿Cómo podía sentir aquello, cuando 39

su niñez y su orfandad habían sido tan duras? ¿Por qué le sonreía a su mundo, qué había de tan bueno en su mundo?

En aquellas clases impartidas por mi padre fue donde ellos se enamoraron. Eso creo. ¡Cuántas veces escuché su historia! Y todas las veces lo hacía yo con atención, con placer, porque mi madre se acaloraba al narrarlo, de nuevo aparecían las chapas de quinceañera en sus mejillas. “A los pocos meses se atrevió a pedir mi mano al tío Moussa. Apenas lo hizo cuando de pronto, todos mis jóvenes primos que vivían en la Casa Grande despertaron al mismo propósito. La pequeña prima, la huérfana, se convertía en una joven que ellos no habían mirado y que era bellísima. “De pronto, todos querían casarse conmigo, contó mi madre, y le pidieron al tío mi mano, ellos tenían más derecho que el profesor de francés y matemáticas… Pero el tío ya conocía a tu padre, sabía que era un hombre honesto, correcto e inteligente, y entonces dijo: Sólo a él, a Isaac Khabié”

Muchas bromas se hicieron acerca de mis dos apellidos. Khabié por mi padre, significa recipiente en el cual se guardan las aceitunas. Zeitouné significa aceituna, por parte de mi madre. Al mismo tiempo, ambos apellidos fueron adoptados extrañamente por el tío Moussa y sus hermanos. Por ejemplo, uno de ellos que llegó a ser rabino principal de la comunidad se apellidaba Khabié. EL Hakham Eliahou Khabié, un hombre muy querido y venerable quien, aparte de enseñar religión a varias generaciones de estudiantes de l’Alliance, también era el Chojet oficial *des abattoirs*, los mataderos de Beirut y de Aley y formaba parte de los directivos de nuestra comunidad.40

Mi madre conserva un retrato enorme de él, parece uno de esos sacerdotes maronitas del Líbano, guapo el tío Eliahu, muy guapo, barba larga mitad blanca mitad negra, ojos azules brillantes y un turbante negro envolviendo la cabeza. El día de sus bodas de oro, mi madre levantó en alto aquel retrato del Hajam Eliahou Khabié y lo presumió ante los asistentes a la boda. Quiso presumirlo, porque esas bodas eran algo sagrado, y ella era descendiente directa de la clase religiosa. Mi padre hizo un gesto de ¿qué? de ¿por qué?…41

7

El uniforme de escuela era una bata como de doctor pero color gris, abotonado por delante sobre una falda tableada, o sobre el pantalón para los niños, camisa blanca y suéter azul marino. Ese uniforme nos hermanaba a todos los que estudiamos en L´Alliance. Sometidos a su uso, tejíamos durante las vacaciones los suéteres de lana, que pasábamos de un hermano a otro al quedarnos chicos; claro que yo estrenaba todos por ser la mayor. Los pantalones y las faldas tenían siempre un ancho dobladillo que iban bajando según crecían mis hermanos, Tofi, Viví, Moussy y Joucky, todos sus nombres terminan en I, y yo Toura, por favor, Toura, ¿qué es eso? Odiaba que me llamaran así.

Pero gracias a Dios y a mis padres que decidieron recuperar nuestro nombre original, volvimos a ser: Toufic, Vivianne, Moisés, Jacques o Jacobo como lo llaman en México, y a mí me devolvieron mi Stella. Y Beto mi hermano vino con su nombre mexicano, sin cambios. Así bajo esos nombres, todos llegamos a brillar como las verdaderas estrellas, bueno, bueno, eso digo yo, con el afán de levantar ánimos: Toufic médico cirujano obstetra , Vivianne artista pintora y paisajista, Moisés y Jacques exitosos empresarios, Beto apasionado de la música de guitarra y de la computación, y yo… yo escribo. 42

Mi abuela y mi madre me enseñaron a tejer, a coser a planchar a hacer los pliegues perfectos de los pantalones a levantar o bajar bastillas. El largo del pantalón crecía conforme crecían mis hermanos porque tenían guardada tanta tela en el dobladillo.

Recuerdo que, un día mi madre le hizo la bastilla a un pantalón de mi padre, y él le preguntó: ¿por qué le dejaste este enorme dobladillo? ¡Acaso piensas que después de los ochenta años todavía voy a crecer!...

Pero era la costumbre, así era, y uno no se preguntaba el porqué.

Los sábados nos engalanábamos con nuestras mejores ropas. Después de asistir al rezo en la sinagoga, nos reuníamos con la familia en casa de la abuela en el Wadi Abou Jmil. La Casa Grande, pues lo era. Y albergaba a cinco familias, los hermanos y hermanas de mi abuelo materno. Recuerdo los altos techos con enmarcaciones doradas, los pisos de mármol blanco, las amplias habitaciones, una para cada familia, el comedor enorme que nosotros los niños nunca pisamos, siempre cerrado por una celosía de cristal. La cocina con tres estufas repleta de ollas; cada familia preparaba lo suyo. La Casa Grande me parecía un palacio o la casa de un sultán con varias esposas y concubinas. No conocí al tío Moussa, él también murió joven. Su esposa, la tía Malake, se recluía el día entero en su recámara, su mirada nublada, dependiente del arguile que por nada del mundo soltaba. Teta Eishe se vistió de luto mucho tiempo después de la muerte de mi abuelo; así debía ser. Guardar luto durante años por un hombre que abandonó la vida en plena juventud, era lo correcto.43

Eishe significa vida, y es que de muy pequeña, Teta enfermó gravemente y decidieron cambiarle el nombre por otro que le daría vida; y por lo tanto a mi hermana a quien le correspondería llamarse como la abuela materna, la nombraron Vivianne, el mismo significado, pero más fino y moderno, occidental. Mi abuela no quiso casarse de nuevo, aunque en aquel entonces tuvo muchos pretendientes ¡era guapísima!

Sin embargo, después de cincuenta años de viudez, decidió casarse aquí en México con un hombre mucho mayor que ella. No quiero llegar a ser una carga para tu padre, me dijo, él ha sido tan bueno conmigo, siempre, en todo el tiempo que viví en su casa jamás me dijo una sola palabra hiriente, jamás me molestó en nada… pero ahora ya no veo de un ojo, y sospecho que pronto empezaré a tener otros problemas…

Hablaba de un tirón, con frases cortas y sencillas, como si vaciara su pensamiento hasta ese momento silencioso. Su mirada dulce y apagada recorría el lobby del hotel donde aquel día fuimos ella y yo a tomar un café. Su memoria tiene pocos puntos de referencia; como toda mujer honesta y decente, ella no tiene una historia. Pero claro que tiene la memoria del corazón. Le importaba mi opinión sobre el asunto ese del matrimonio, y por supuesto que yo de todo corazón y con lágrimas en los ojos, le supliqué que no lo hiciera, que no podía dejar así a toda una familia que la quiere y a quien le haría mucha falta…

Pero se casó y se fue a vivir a Israel con el marido. Por primera vez en su vida tuvo una casa para ella sola. Por primera vez fue ama y señora de su vida y no tenía que depender de nadie.44

Cuando fui a visitarla a su casa en Tel Aviv, dos años después de su boda, la vi contenta. Nos preparó una cena deliciosa, muy Kosher, pues el marido era extra religioso. Me confesó, con lágrimas en los ojos, cuánto nos extrañaba a todos, preguntó por mis padres, mis hijos, nueras y yerno, por mis hermanos y sobrinos, por todos… Pero cada cosa tiene su tiempo a su tiempo, me dijo.

Al despedirnos, supe que no volvería a verla nunca. En el auto mi marido me preguntó por qué lloraba… Aún ahora al escribir sobre Teta Eishe, tengo un nudo en la garganta.

La causa de su muerte fue una embolia semejante a la que le cegó un ojo. Embolia cerebral era un hecho. ¿Fue la embolia lo que la mató? ¿Fue la pena de haberse alejado de nosotros? O puede que muriera al encontrarse finalmente con otro hombre en su vida… sólo que este era un octogenario... Encontrarse de pronto con un anciano, cuando ella aún no había podido borrar de su mente la imagen del joven apuesto y robusto que amó, tal vez no apasionadamente, quizás a la manera que se usaba… pero sin duda alguna, ella amó a quien fuera su marido por tan poco tiempo. Por lo mismo su rabia es eterna e inconfesable. Por lo mismo el duelo secreto por el hombre y por su propia vida. Por el tiempo yermo que pasó por su cuerpo, y ciertamente, por su deseo tantas veces reprimido de redescubrir al hombre.

Poco a poco voy recobrando el pasado. No de un tiempo perdido, de un tiempo ganado. Pero cuando pienso con toda mi sensibilidad en las cosas buenas de la vida, ¡Lo que fui y nunca más seré! … Los que me amaron en mi infancia, 45

mi padre, mi abuela, cuando los evoco, lloro en silencio, me duele el cuerpo, me duele todo…siento el tiempo como un fardo enorme…

Permanezco sumida en los recuerdos en tanto mi mente vaga por otros mundos. Y las historias dos veces historias. Las que me hablan del mar, *La mer qu’on voit danser le long des golfes clairs…* mientras yo sueño aquí, junto a otro mar. Las historias con aroma a jazmín, cerezas rojas y chabacanos jugosos, campos colmados de sol, montes y planicies, ríos y las sandías de mi padre. El perfume de la botellita azul *Bourgeois, Soirs de Paris* de mi madre… El gozo con el que apresábamos las experiencias, tantas miradas lanzadas al mundo y la indefinible nostalgia que me embarga cuando pienso en lo que fuimos… en lo que somos…

El aria muere. Todo lo demás continúa. Las estrellas brillan, *las estrellas no son seres amables y comprensivos, sino sólo brillantes alucinaciones de la noche, eternos fantasmas en el cielo quimérico, doradas mentiras en la oscura nada…*

Los vientos soplan, suspiran sobre el mismo Mediterráneo de mi infancia.46

8

Los hombres eran serios. Tan serios como debe serlo un macho árabe. Como lo era mi padre, tan serio y pensativo. Sólo los sábados cambiaba, se ponía su mejor traje y se iba a la sinagoga para luego reunirse con los parientes y amigos en la casa Grande.

Los hombres, los parientes y amigos, hombres de cincuenta años en su mayoría, no se preocupaban por mostrarse jóvenes, mientras más veteranos y distinguidos aparecían, más formales y más respetables. No pretendían fingir con afeites aquel mágico estado de su juventud, ni simular una embriaguez que ya no agitaba su alma ni residía en su sangre. Era bueno ser viejo. Las palabras, los consejos y la sabiduría de vida de la gente mayor eran muy tomados en cuenta. No acostumbraban sonreír y menos bromear. Sólo lo hacían después de haber bebido muchas copas de arak en las fiestas y en Shabat. Ellos mismos se servían; primero el arak, luego el agua, y por último el hielo que convertía la bebida cristalina en un blanco lechoso.

Reunidos alrededor de una mesa, se deleitaban con la bebida. *Mhaba, ya Abu Toufic*, brindaban con mi padre, se usaba decir Abu de… porque se sentían tan orgullosos de tener hijo varón; qué importaba si su nombre de pila desaparecía ante la gran hazaña de ser el padre de… *mhabba,* 47

con amor. Con amor al padre de Toufic. Mi hermano, Toufic,el mayor de los hijos varones…

A veces se dejaban llevar por las pequeñas frustraciones que tenían en su vida propia con su propia señora, y sin miramiento alguno, golpeaban los muslos de sus obesas mujeres.

Normalmente, hacían bromas sobre las mujeres cuando estas ya se habían retirado. No sé si era el mismo cuento de todos los sábados que Fouad contaba:

“Tengo un amigo que se ha casado tres veces, y ¡con cada una era peor la cosa! La primera era vieja, se casó con ella por su “hermosa dote” con ésa vivió feliz el infeliz. Porque era fea y no atraía a ninguno; él la usó como órgano de procreación; le dio seis hijos”

Ahha… se sublevó Yousef, sentado al final de la mesa, y dejó ver sus horribles dientes encimados y amarillos por el tabaco. Se le había subido el arak a la cabeza y, entre cabeceo y otro, soltaba alguna exclamación. Pero en ese momento fue más que eso, declaró: ¡Sííi, pues claro que sí, la mujer es para eso, para traer hijos al mundo! Eructó, puso la cabeza sobre la mesa y se quedó completamente dormido.

Desde el centro de la mesa Jacques Srougo, el carnicero, dijo: también para hacer la comida, para eso son muy buenas, aunque muy mentirosas, ¡me consta! compran tres cuartos de kilo y le dicen al marido que fue un kilo, y el marido se lo cree, porque ella le asegura que la carne encoge al cocinarla…

La mujer sirve para calentarte en las noches de invierno, gritó alguien por allí…

Moïse, el solterón empedernido, se levantó enseguida. A la mujer hay que llegarle con adulaciones ¡no hay 48

una que se resista a tales alabanzas!... Y Moïse echó su sermón de los sábados: “Yo no envidio a nadie. A mí el matrimonio no me convence, ¡no es negocio! igual que la vejez tampoco es negocio. Con la mujer pobre no hay que casarse pues te cuesta tu fortuna… con la rica y honorable, es una desgracia casarse porque te atormentarán sus humores y su orgullo… ¡el gran vicio de las mujeres es el sexo!

*Yalla, yalla*, dijo Abou Jalil ¡Pero si es hermosa se le perdona todo! ¡La belleza de las damas es su riqueza!

Nooo, gracias, gritó Moïse ¡con esas hermosas, menos! ¡Será acosada por todos! … “Al principio las mujeres ocultan sus mañas, pero apenas se matrimonian, sacan las uñas, y es cuando salen a relucir todos los vicios juntos. Y entonces, la muy atrevida, echa al hombre de su casa ¡La mujer es la ruina del hombre, mientras que en la amistad no hay más trato ni negocio que la amistad misma, *yallá ya habibi, ya ají,* dejémos en paz al sexo débil”, y cantemos con Fairuz!

Y sus voces se alzaban al aire en forma de carcajada o de un cordial grito de amistad.

Los hombres y el arak, las mujeres y el *maza* y las comilonas. Entre ellas había una cierta competencia; quién guisaba mejor, quién presentaba mejor el platillo… Y era un ir y venir de locura. Se sentaban a comer sólo después de haber atendido al marido. Ellas mismas marcaban sus expresiones de celos cuando alguna sobresalía por sus dotes culinarias. El resto de la semana se la pasaban despedazándola, que el *kibbeh* de Ivonne se le abrió al freírlo, qué al *hummos* de Ivette le faltó limón y sal, que el *taboule* de Loulou tenía un montón de perejil y el trigo demasiado grueso y por si fuera poco no tenía aceite de oliva, 49

*mitil eja!* como quien dice, ¡para llorar!… pero claro no había quien igualara el *foul* de mi madre, pecho de ternera relleno de arroz y carne con habas. Y el *coussa mih-shi* calabazas rellenas de mi abuela, eran las más apreciadas, ¡absolutamente deliciosas!

También ellas, a su vez, sacaban a relucir el tema de los maridos. Se juntaban, y sus palabras eran una especie de complot que llevarían a cabo, cueste lo que cueste, porque si no, te quedabas sola. Y en posición de escucha, resalía su abdomen hinchado como una campana, el cuello con doble papada, el pelo recogido hacia arriba en señal de mujer liberada daba la impresión de alguien muy feliz, resguardadas por ellas mismas y muy dignas de respeto. Se envolvían como una cebolla con capas y capas, hasta que desaparecían por completo los últimos restos de la forma femenina… Todas eran gordas, todas, menos Eva. Y todas estaban preocupadas por ella, tan flaca, senos pequeños y bigote negro sobre el labio superior ¿por qué no se depilaban el bigote?… Eva ya tenía veinte años y nada, no era de extrañarse. Tan delgada la pobre…

Hay que hacerles creer que son ellos los que mandan, cuando en realidad somos nosotras las que llevamos la batuta, dijo la más sabia… Arréglate, perfúmate, hazle difícil asaltar tu *belle chose,* y conquistarás su amor y te entregará todo. Todo.

Una dijo: ¡*Aj, Aaj*, mi juventud, *Aaaj*, mi destino… ¡Ojalá mi destino fuera como la masa del pan y que se pudiera moldear a mi antojo!… Tuve un novio, ¡que para qué les cuento! ¡Nos regalamos unas corridas, bien corriditas! Seguí mis apetitos todos, las fibras de mi corazón me hacían cosquillas… Pero la edad que todo lo corrompe, me ha despojado de mí misma…50

Ummm, otra vez con tus cuentos, dijo Violette ¡Qué novio ni que nada! ¿Dónde está el dizque novio?

Lo que debemos de buscar las mujeres, más que oro y sexo, es un hombre honrado, dijo otra. La honradez es la rebanada de pan. Un hombre que tenga nobles sentimientos, que…

*Yala, yala, hagge baa!* ¡Basta ya!, ahora vas a filosofar, *shu- mfalsaffé* nos salió ésta, ahora es filósofa, Ja, Ja…

Las palabras habían despertado una secreta complicidad entre ellas. Y se reían una de la otra. Pero por allí, la verdad verdadera, salió de la boca de una sabia veterana. “Lo que queremos las mujeres más que nada, es el poder. Poder absoluto sobre nuestro marido, o sobre nuestro amado Ja, Ja… Tener dominio sobre todo. Qué Dios nos envíe maridos jóvenes y sumisos y que cumplan su cometido en la cama… Y a los regañones, malhumorados y tacaños, ¡qué Dios les mande su bendición, pero tarde, bastante tarde… Ja, Ja,…” Y siguió con su charla interminable.

Pero un día, los hombres bebieron de más y se fueron juntos allí, a la casa de Sharmuta. Regresaron al día siguiente con la imagen de vergüenza en el rostro. Y la pagaron caro, muy caro todos ellos. Sus mujeres se habían puesto de acuerdo para ponerlos a dieta sexual durante varios días, por un tiempo que les pareció eterno, ellos tan acostumbrados a los banquetes carnales, periódicamente y sin falta.

Se hablaba sobre las malas pasiones y el daño que causan mujeres como Sharmuta. Se contaban chismes sin parar, había muchas maldades y envidias. Y en alguna ocasión es51

cuché la historia de Sharmuta. La tal Sharmuta es la vergüenza de nuestra comunidad, comentaban. Y con saña, recortaban a la mujer y sus atuendos… La viste, viste sus fachas, no, mejor dicho viste sus enormes pechos, claro que ella los muestra con sus escotes provocativos… Seguro, se cree quinceañera con su melena que se tiñó de rojo encendido, y ya tiene más de cincuenta…

Yo las escuchaba y ciertamente, a mi edad, eso no tenía sentido alguno ¿qué importaba, que la tal tuviera el busto grande o pequeño?… Viste cómo se mueve, dijo alguien, es la tentación andante, rondando sus pechos bajo la mirada lasciva de nuestros maridos… se los vamos a cortar a la Sharmuta, le vamos a cortar sus senos de vaca rumiante y también, porque no, su panza rodando como un tonel… y el idiota del marido sigue pegado a sus faldas, aún sabiéndolo todo… y la muy… Quiere todo… ¿Viste su collar? ¡Es un insulto a la pobreza!

Y al pronunciar el nombre de la mujer, lo hacían a voz alta y clara como para que el mundo entero escuchara y les sirviera de escarmiento a las jóvenes que pudieran atreverse. ¡A cortárselos y que se los coman todos los maridos hambrientos! ¡Qué horror! Ja, Ja… Luego, lloraban de tanta risa provocada por sus locas ocurrencias, los rojos semblantes satisfechos… ¡Y que la echen a los perros y se muera de una buena vez! …

Se sabían al dedillo el poder de las maldiciones, las decían en verso como para aumentar su poder, pero también les guardaban un profundo temor, más aún a las proferidas por las madres. La magia de la lengua es el hechizo más poderoso, y ellas le temían, por supuesto que sí. Más de una vez las vi quemar sal de cocina en una sartén, después 52

de que alguien, con mala vibra, viniera a su casa y luego… luego llevaban la sartén caliente, humeando, por todos los rincones y justamente por donde hubiera pasado la tal visitante. Hacían otro tanto con el alumbre, un cierto tipo de brujería para contrarrestar el mal de ojo o la mala energía.

Se creía en estas cosas, se hacían estas cosas, porque así lo habían aprendido de su madre o de su abuela…

Después me enteré del significado de Sharmuta, quiere decir ramera. Pero igual, eso no me decía nada a mí, y a mis diez años. Ahora que escribo, me doy cuenta que hay muchas, muchísimas palabras que no conozco en árabe; por ejemplo, no sé como se dice gay, o lesbiana o matriz, o… Porque quizás cuando yo escuchaba ese idioma, seguramente no existían… ¡qué ignorante! me digo.

Regresando a las mujeres y su chismografía, ahora en forma de murmullo, apenas si las podía yo escuchar, la curiosidad me carcomía. ¿Por qué de pronto bajaban la voz? se acercaban más una a la otra, sus cabezas casi se tocaban. Percibí la exclamación: *ya haram, ya haram*!…

Y la compasión o la turbación, de pronto se mostraba en sus ojos. Todo era misterio y secreto alrededor de aquella historia. Alcancé a escuchar el enredo más no el nombre de la mujer de la cual hablaban, susurrando.

Al parecer era una mujer joven, tan joven y tan guapa, *ya haram*! metió a aquellos en su casa, le hablaron, la convencieron, le trajeron libros, le vendieron las sabias enseñanzas de una orden religiosa, y la embaucaron… ella no se había dado cuenta, no supo del peligro que corría, porque era una 53

buena mujer judía, muy recta y muy conocedora de nuestras costumbres y religión… después, le trajeron el vino bendecido por el cura y luego más vino y más, hasta que su vida dependía absolutamente de ello, del vino y la lectura santa y… y a beber todo el tiempo… No, ya no estaba del todo cuerda, en su forma de mirar y de andar se veía claramente el principio de la locura… dicen que se le aparecían fantasmas y la jalaban, la jalaban ofreciéndole el Paraíso y la Libertad… libertad… y se la llevaron, se la llevaron, *Alláh yajdon*… Abandonó todo, marido, hijos, casa… y más bajaban la voz, como con miedo, como que *barminan* ni Dios lo quiera, una cosa así… pero, puede suceder, hay que tener cuidado, nunca meter desconocidos en tu casa… Era su destino, así estaba escrito… Palabras. Las palabras mueven montañas…

Uy, cómo temblé al escucharlas. Tuve la sensación de que ocultaban muchas otras cosas. Era su costumbre. Vivían en un eterno ocultar. Sólo cuando hablaron de Sharmuta lo hicieron en voz alta. Los chismes corrían entre ellas, los celos y las rivalidades también formaban parte de los canevás y petits points… ¡Cómo me angustié!, tanto, que hasta el día de hoy la historia de aquella pobre mujer, nunca supe su nombre, aquella historia me causa escalofríos, la sensación de impotencia, de la voluntad vencida por las palabras ¿acaso era tan fácil acabar con alguien haciéndole lavado de cerebro, acabar con la persona y con la vida de toda una familia? Pero era su destino, *nassiba,*… ¿su destino?

Y sobre aquella mujer, cayó una pesada cortina. Tabú.

Hasta aquella tarde, nunca me había yo preguntado sobre estas cosas. Entonces, según lo que entendí, uno no elige. 54

Sigue su destino con las manos cruzadas y no puede hacer nada. Y una dureza interior, la osadía y la impotencia, me hacían imposible pensar en palabras tranquilizadoras, hasta que pregunté a mi padre ¿Acaso nuestro destino es inevitable? ¿Acaso está uno marcado para siempre, sin ninguna alternativa?

Y mi padre trató de explicarme. Me decía que, sin duda alguna, uno viene a este mundo con algo dado… por ejemplo, tienes los ojos de un color y aunque los quisieras verdes, los tuyos no lo son. O que hayas nacido en el Líbano y que nos tengas a tu madre y a mí como progenitores, o el temperamento que te transmitimos… Eso no tuvo que ver con ninguna decisión tuya… si eres chaparra o alta, o fea, o guapa como tú, por ejemplo, así te hizo Dios… Eso es tu bagaje, tu esencia y tu herencia. Lo cargas siempre, así como la bolsa que llevas al hombro y no sueltas por un solo momento. Tienes que cargar la bolsa, más el contenido, lo que le pones dentro, a ti te toca… Quitar o poner cosas según tu propio criterio guiada por la inteligencia que Dios te ha dado…

Ahora, en tus manos está ponerte lentes de contacto y hacer que tus ojos se vean verdes… en tus manos está ponerte zapatos enormes de tacón y verte alta… pero no está en tus manos cambiar tu lugar de nacimiento, aunque te nacionalices mexicana, siempre serás nacida en el Líbano, de padres libaneses… tienes que saber que hay cosas que no puedes cambiar y otras que sí puedes. “*Todo está dispuesto y el permiso está dado*, dice la Biblia, En tu vida cabe lo bueno y lo malo. *Escoge el bien”* Escoge lo limpio, lo blanco, lo claro, para que cuando busques dentro de tu enorme bolso puedas encontrar todas las alternativas, claras y buenas. 55

Así me dijo mi padre.

Los hombres permanecían horas enteras alrededor de la mesa llena de platillos, tomando, comiendo, escuchando a Imm Calthum y a Fairuz… De pronto, uno que otro se levantaba transportado por la melodía, una mano en la espalda la otra moviendo su servilleta por encima de la cabeza, arrancando un baile muy masculino, el *dabke;* Indeliberadamente, otros se le unían formando un semicírculo.

A mi padre siempre le gustaba bailar, no tanto aquel bailoteo del dabke, le encantaba *ah ya zen, ah ya zen, ya ward…*Esa canción en especial era su favorita, aunque también lo sedujeran las melancólicas, esas que hacen llorar y desahogas todas tus tristezas y las lágrimas caen con el deshielo del alma… Bailaba con una gracia particular, transmitía entereza, siguiendo el ritmo acelerado del *derbake*. Mi tío tocaba ese instrumento de percusión, por cierto muy bien, a pesar del meñique derecho doblado para siempre, quién sabe porqué. Y la alegría provocada por la bebida y la música se desbordaban, se les subían a la cabeza. Entonces algunos se ponían soñolientos, y los más, regañaban a la esposa; porque les hacía falta algo muy importante y esencial: el cigarro que dejaban de fumar por respeto al sagrado Shabat. Las costumbres y la tradición corrían en nuestra familia.56

9

Las costumbres y la tradición corrían en nuestra familia, como la que voy a contar a continuación: Cada viernes en la noche, después del rezo de Shabat, besábamos la mano de mis padres y mi padre nos bendecía con la *Berajá de los Cohanim*. Un beso en la mano, que yo consideraba una veneración, el respeto y la sumisión del hijo ante el padre... Pues aquel beso en la mano fue desapareciendo, progresivamente... Porque ya casada, ya con marido y sintiéndome muy mayor, aunque todavía tenía quince años, de repente me daba vergüenza besar la mano de alguien, aunque fuera mi padre. Y es que mi marido y su familia consideraban eso una simpleza, una cursilería y algo tan fuera de tono en esta moderna época de los 60’s. La burla y el sarcasmo corrían entre algunos miembros de mi familia política, por cualquier cuestión en la cual ellos se creían los muy cultos, los muy sabihondos o modernos, sólo porque habían ido a la universidad. Y yo, niña tonta y sin criterio propio, adopté aquella postura de arrogancia y soberbia sin preguntarme siquiera si estaba de acuerdo o no con ella. Queriendo seguir las nuevas y modernas normas de comportamiento, llegué obtusamente a romper aquella prueba de respeto y veneración a mi padre y a la sagrada costumbre y tradición de nuestra familia en Shabat.57

Se tiñe mi pecho de rojo vergüenza.

Mi padre no dijo nada aquel primer Shabat después de mi boda. Tampoco los siguientes viernes después del rezo. Nunca me reclamó mi cambio de actitud. Miles de palabras no logran suplir lo que él podía decir con uno solo de sus silencios. Sólo me miró tristemente, y sentí que en el fondo le había afectado sobremanera. No hice nada para remediarlo. No. Y ahora lo siento tanto… tanto…

¿Sensiblerías a esta altura de la vida? No, no son sensiblerías. Son cosas que duelen, a pesar del trecho, a pesar del largo tiempo transcurrido.

Hay momentos en la vida en que el arrepentimiento es profundo, como un dolor profundo.

Pero en el cuadro de mi memoria, así como en el de la fotografía que está eternamente en mi tocador, una imagen que los reflectores del amor han conservado intacta, y que muestra a mi padre con la mano puesta sobre la cabeza de mi nieto dándole la bendición de los Cohanim, la bendición del padre al hijo. Se me encoje el corazón al ver esta imagen que recuerda mi impertinencia y mi falta de tacto con mi padre… Pero también,

También esta misma imagen me devuelve el cariño y el perdón de mi padre.

Después de muchos años, mi padre aún entonaba las deliciosas y melancólicas melodías de los tiempos remotos. Cantaba suavemente para sí mismo. Canturreaba todo el tiempo, frotándose las manos, inventando canciones, les 58

hacía tonadillas a los nietos, sin alardear, canciones que luego todos entonábamos. Decía palabras inventadas: color *kawazi,* que no significa nada en ningún idioma… *ruh shij-wnam* haz pipí y vete a dormir, les decía a los niños, te voy a mandar a *khan shejún*, lugar que tampoco existe, creía yo, ahora sé que hay un Khan Shejún que bombardearon recientemente… Se detenía, y de pronto callaba, pensativo, meditando.

Creo que él a su vez, escribía mentalmente sus memorias. Trataba de recobrar todas aquellas que le daban nostalgia. ¿Intentaba rescatar las enseñanzas que recibió en el Collège Des Frères? ¿Su conocimiento de la literatura francesa? ¿O quizás la alegría de aquellos sábados en casa de mi abuela? Aquella fogosidad que nunca pudo ser resucitada, aunque pretendiéramos repetir o imitar aquel júbilo haciendo comidas libanesas, sirviendo el arak del Líbano… Nada volvió a ser igual. Tenía otro sabor. Ni dulce ni amargo. Diferente. Simplemente diferente.59

10

A veces nos quedábamos en casa después de ir a la sinagoga, no siempre íbamos a casa de la abuela. Aquellos sábados, mi padre fantaseaba en voz alta, libremente. Abrazando a mi madre, construía *des châteaux en Espagne,* imaginaba, soñaba despierto haciendo castillos en el aire y su mayor ensueño, su más audaz fantasía, era nuestro viaje a México. Pero parecía el sueño imposible; aunque supiera en lo más íntimo de su ser, que todas las grandes cosas empiezan con un sueño.

En su profunda fe quería serle fiel a su deseo y luchar por lograr ese sueño ideal “Alguna vez iré, algún día…” Y cuando departía sobre ello, yo lo miraba, intrigada, ¿de qué habla? Mi madre, conocedora suprema del hombre, me dijo: No te preocupes, no nos vamos a ir nunca, es el efecto del alcohol y la rutina de los sábados, cada sábado tu padre cuenta lo mismo…

¡Ay! me digo ahora, cuánto daría yo por conocer más de mi padre y de su vida. ¿Por qué no le preguntaba yo? ¿Por qué no quería él hablar de su pasado?

El cartero que tocaba pocas veces a nuestra puerta, aquel día nos entregó un paquete. El timbre postal ostentaba el escudo nacional mexicano y la torre de extracción de petróleo. 60

Mi padre abrió el paquete cautelosamente. Estaba muy nervioso. Era un portafolio de piel color marrón oscuro y tenía grabado el Calendario Azteca. Dentro, una fotografía bastante grande, de esas de estudio… era de la hermana de mi padre, su única verdadera hermana. Atrás de la fotografía, había una dedicatoria muy breve “Para mi hermano Isaac y su familia, de parte de Zahiye, tu hermana”.

Así que yo tenía una tía Zahiye que vivía en México con su marido y sus diez hijos. Fue una sorpresa para mí, seguida de un sentimiento muy extraño, no sé cómo explicar eso que sentí, pero fue una especie de profecía que me advertía que desde aquel momento mi vida cambiaría. Escuché en mi corazón por primera vez aquella voz que nos reclamaba desde la lejanía, la voz a la cual no puedo responder sin zozobra ni ansiedad... El llamado. Quise saber más, pero mi padre se negó a hablar del asunto.

Dame un café, dijo.

Después de la llegada del cartero con el portafolio, comenzaron a tomar forma las elucubraciones fantasiosas de mi padre. Cada sábado a la misma hora, ahora con más precisión. Ya no eran castillos en el aire ¡eran castillos en América!

L’Avenue des Français, llamada también la Corniche, se enciende con la llegada de tantos transeúntes. La doble hilera de palmeras se eleva sobre el paseo marítimo así como algunos edificios de gente muy rica, cafés y restaurantes. Los hombres buscan la sombra en una de las mesas del café, piden arak, aceitunas, anchoas y sardinas. Fumadores de arguile con su *tarbush* y *massbaha* conversan61

tranquilamente. Toman café turco, el cual sorben ruidosamente. Los paseantes deambulan frente a ellos. A los hombres libaneses no les gusta andar de prisa. Caminan y se detienen mientras continúan hablando. Las mujeres y las niñas ponen su cabeza bajo el agua de la fuente pública.El calor hace de las suyas. Alborota los humores adolescentes, y los no adolescentes se la cobran en malhumor.

Las melodías árabes infinitas y monótonas así como el sonido melancólico de una flauta alcanzan nuestros oídos. Frente a nosotros los pescadores de caña esperan pacientemente. El puerto reposa con brillo metálico así como las *firguetas*: fragatas que oscilan con blando movimiento en el inmenso azul ¡Prodigioso ímpetu de la luz solar en mil fulgores! Mi padre nos había contado que de soltero, nadaba con sus amigos hasta las fragatas y recogían las sandías que los marineros aventaban al mar…

¿Por qué los marineros aventaban sandías al mar? No lo sé.

Me gustaba escuchar hablar a mi padre. Lo hacía tan pocas veces que no hubiera podido interrumpirlo con mis preguntas. Nunca platicó sobre Siria a donde vivió de pequeño. Nunca dijo nada sobre su vida con su padre y su madrastra, tampoco sobre las discrepancias con la madrastra y los hijos que tuvo ella de su primer matrimonio…

Había llegado a ser hombre sin convivir nunca con su madre. Tal vez ella le hubiera revelado el secreto de la familia o su experiencia de vida, o le hubiera confiado su pena… Ni siquiera tenía un retrato de ella. Al menos, yo nunca vi alguno. Tampoco hablaba de su padre, quien inmerso en su nueva familia, había dejado a un lado a su único hijo varón. Tampoco de él recibió lo que todo joven anhela: 62

la aprobación y el amor, la bendición de los sacerdotes que tienen un alto estatus en el judaísmo y son descendiente de Aaron. El rezo del padre cuando éste cubre la cabeza del hijo con su *talet,* el manto de oración y lo bendice: Que Hashem te bendiga y te proteja e ilumine tus pasos…

Mi padre hubo de aprender solo, crecer solo, en potencia e inteligencia, en su voluntad de ser y pertenecer, encontrar él solo su moral y su verdad…

… Sólo algunas veces, por cualquier cosa, se ponía colérico ¡nos daban miedo sus arranques! pero pronto, como por arte de magia, después de haber explotado soltando una que otra palabrota, olvidaba quién o qué lo había enfurecido. Y se arrepentía enseguida de su comportamiento. Como aquel día, tanto tiempo atrás, cuando me propinó una tunda de aquellas… mi hermano y yo, junto con unos niños musulmanes, nos habíamos trepado a los árboles para arrancar nueces. Subidos a los árboles, los bolsillos llenos de nueces, seguíamos ascendiendo hacia los racimos más altos. Con los niños musulmanes. Fue en Bhamdoun, en las vacaciones. Mi madre se había cansado de buscarnos, de gritar nuestros nombres, y mi hermano y yo calladitos, las bolsas de los shorts llenas de nueces. Nos escondimos entre las gruesas y vigorosas ramas del frondoso nogal, luego, en un movimiento involuntario, cayó una nuez encima de la cabeza de mi madre y, y estalló… con mucha razón. A gritos y amenazas nos hizo bajar y nos llevó de la oreja, derechito a casa donde mi padre después de un arduo día de trabajo, nos esperaba extenuado. Entonces mi madre nos acusó y se explayó en detalles de enojo y desesperación y de la rabia que le provocó nuestra travesura, ¡y con los niños 63

musulmanes! ¡No le da vergüenza a tu hija! Ya tiene nueve años, es casi una señorita, allí trepada en el árbol, no le da vergüenza…

Mi padre se enfureció y le salió toda la *shehora* la negrura del momento, acumulada por el día y por quien sabe qué problemas. Explotó. Toufic huyó, ¡huyó!... Desvístete, me dijo mi padre y acuéstate aquí en el suelo, y se quitó el cinturón y me dio la peor paliza de mi vida. Y la única. Y mientras caían sobre mí los azotes y mi cuerpo y mi piel tierna temblaban, acurrucada dentro de mí, mis ojos se llenaron de lágrimas congeladas y mi corazón se encogió. No tanto por los latigazos, sino por el inmenso dolor, culpa y mortificación, que me había provocado el hecho de que mi padre me repudiara y me hiciera sufrir… mi padre a quien adoro y que nunca imaginé pudiera tocarme un solo cabello… además había dejado huir a mi hermano…

Y lo que sucedió enseguida fue tan conmovedor... mi padre soltó el cinturón, se sentó al borde del sillón y lloró, lloró, lloró… como nunca. Y yo, en vez de tenerle coraje o resentimiento, lo quise aún más.

Después de desquitar su *shehora*, mi padre lloró. Lloró, y yo lo quise más; porque constaté entonces su sensibilidad y su devoción por nosotros. Mas él sabía que tenía que hacerlo. Así se educaban los niños en aquel tiempo, los aleccionaban quitándoles algo que justamente pertenecía a su edad, sacrificando sus deseos a un modo de educación que con el tiempo afortunadamente se volvería obsoleto.

Más tarde, el carácter de mi padre se volvió menos duro, más flexible y tolerante. Su decisión de cambiar de país cuando tenía una familia de cinco hijos, su único patrimonio; 64

esa decisión lo volvía más hombre, más decidido, más fuerte… y se convirtió en fabricante aunque nunca abandonó su profesión de contador, siguió ejerciéndola en su nuevo negocio con Teófilo Tawil, su sobrino. Mi padre fue un padre diferente para mi hermano Alberto, nacido en México.

En tanto mi padre abría el portafolio proveniente de México, Carlos Fuentes publicaba “la Región más Transparente”. Leonard Bernstein dirigía la Filarmónica de Nueva York. El Boeing 707 emprendía el primer vuelo con el jet comercial de pasajeros…65

11

Los marineros enlazan el barco que recién entró al puerto. Se tiende la escala para los pasajeros que desembarcan. La multitud se agita. Los trabajos del hombre cubren la cintura de la costa con una máscara pintada por la fugitiva felicidad. La vida de los libaneses se une a la del puerto sensible. Es un día esplendido, el cielo azul brillante no muestra una sola nube. El viento juega con las palmeras. Diana, o mejor dicho *Dayana*, la canción de moda de Paul Anka, quien también es de origen libanés, proviene de un viejo tocadiscos Philips, seguida por *You are my destiny* y *Put your head on my shoulder…* La música nos llega desde el restaurant. Las olas golpean la *Rosha*. Mi madre que recién había dado a luz a su cuarto hijo, está completamente recuperada del difícil y largo parto a punto de la cesárea. Pero mi hermano Moisés, que registraron como Moussa en honor del tío, llegó al mundo sin necesidad de cesárea o de fórceps, y trajo del brazo muchas alegrías a nuestras vidas.

La ciudad mediterránea fascina, seduce y martiriza a quien la conoce. Las estaciones se suceden unas a otras, así como los anuncios del Muaddin que desde el minarete llama a las oraciones en la mezquita, cuatro veces al día, el *fajr* amanecer, el *zuhr* cénit, el *asr* media tarde y el *Maghreb* al 66

anochecer. La Mezquita Mohammed Al-Amín recibe a sus fieles, al igual que las múltiples mezquitas que existen en la ciudad, al igual que otros lugares de culto, las múltiples iglesias, la Cathedral Saint Georges Maronite, o la Sinagoga Maguen Abraham.

El vendedor de *falafel y foul mdammas,* a unos pasos del edificio donde vivía la hermana de mi padre. Su media hermana a quien él quería mucho y tuvieron una admirable relación de afecto y comprensión. La tía Hayath era rubia, de ojos azules brillantes, muy distinguida. Era una muy buena conversadora y poseía una memoria privilegiada. En toda su vida conservó el mismo aire temeroso y sumiso, como el de muchas mujeres de aquella época, que se sometían a la total voluntad del marido.

Tenía una sirvienta drusa, se llamaba Badríe, lo equivalente a Petra, creo. Badríe presumía sus dientes de oro y su nariz perforada por una pepita del mismo metal dorado. Se vestía como gitana. A veces la tía la reprendía enérgicamente, porque era muy bruta, la Badríe.

El día al que me referiré, había unos hombres en casa de mi tía. Charlaban con el tío. Hablaban sobre la situación en el Líbano y sobre los últimos sucesos en nuestra comunidad. Desde la salita contigua, mi hermano y yo escuchábamos sus voces acaloradas: “pues dejaron todo lo que tenían, todo, y se fueron. Otra voz decía ¿qué dejaron? ¡No tenían nada! por eso se les hizo fácil abandonar el país e irse a quién sabe adónde, *La*’*ajr l’dínnie…*!al fin del mundo! ¿qué bienes? ¿Sus ropas roídas? … hasta el fin del mundo, decían…

Por primera vez escuché el nombre de Abdel Nasser. Fue lo único que distinguí de la plática que siguió 67

igualmente acalorada. Me sorprendía su tono de voz, ellos son adultos; es decir, personas que lo saben todo. Decían cosas que no entendí en absoluto. Hablaban de Kamil Chamoun, nuestro presidente. Algo escuché de que era cristiano maronita y que los musulmanes no lo querían… el ruido de los automóviles no me dejó oír el resto.

¿Por qué estábamos, mi hermano y yo, una tarde cualquiera en casa de la tía escuchando aquella conversación? No era una tarde cualquiera, era la víspera de Purim, y mi madre nos había mandado a distribuir los platones de *hilwiyat* dulces que ella preparaba en casa y que mandaría a los tíos, primos y toda la familia. Son los *Mishloaj manot* tradicionales. Mi madre hacía *maamul* con dátil, otros con nuez, y *Sablettes*: dos galletas, la de la parte superior con un agujero, así las hacía mi madre y yo ayudaba a agujerear la masa con el dedal; después de hornearlas se ponía una capa de mermelada de chabacano entre las dos, ¡riquísimas las *sablettes* de mi madre! También hacía *sembusek* de queso, empanadas rellenas de queso y huevo. Dividía los dulces en varios platones y mi hermano y yo los repartíamos de casa en casa. A su vez, las tías nos daban los pastelitos que ellas habían hecho para llevar a casa. Además nos regalaban unas monedas para nuestra alcancía, era nuestro *fouríe,* nuestro regalo de Purim ¡Nos hacíamos ricos!

Mi hermano y yo estábamos esperando que la tía nos hiciera caso, cuando escuchamos el nombre de Nasser… Me sentí asustada, no entendía el porqué. Ya me quería ir aún sin el *fouríe.* La angustia me llegaba al pecho y el olor del café me resultó insoportable. 68

El vendedor de falafel seguía con su trabajo. Unos sujetos tomaban el té de *ná-naa,* las hojas de yerbabuena flotaban en el grueso vaso de cristal, le agregaban dos o tres cucharitas de azúcar. Otros jugaban *tawle, backgammon*, portaban en la cabeza el *tarbush* rojo del cual penden flecos negros, y el inseparable *massbaha,* parecido al rosario, mantenía sus manos ocupadas. Cuando hacían negocios recurrían a esas treinta y tres cuentas, rematadas con unas borlas que representan los noventa y nueve nombres de Alláh; tomaban al azar la ristra y contaban desde allí hasta el final. Si salía un número non, hacían el negocio, si al contrario era par, decían Láa*-* y movían la cabeza para arriba, una contraseña de no. Recuerdo que mi padre los saludaba al pasar junto a ellos, *Marhaba,* les decía, y ellos contestaban *Sabahl’jer*, otro decía *sabahl’noor Ya Istaz*, era su buenos días al maestro, así llamaban a mi padre.69

12

Y en tanto mi padre cantaba *Ah ya zen,* yo me deleitaba con las canciones de Dalida, me aprendí la letra y cantaba mientras duraba la emisión en la radio y aún después seguía tarareando la música…

… en tanto, otro idioma me guiñaba el ojo, el idioma de Dante, el italiano. Entonces aprendí como perico, desconociendo el sentido de las palabras *Ciao, Ciao Bambina*… *Come Prima*… Y todas las canciones italianas y francesas de la ex Miss Universo egipcia, Dalida*. Tout l’amour que j’ai pour toi… c’est l’histoire d’un amour eternel et banal qui m’apporte chaque jour tout le bien tout le mal…*

Música de sangre y fuego y el rostro de mi país natal que se ilumina de pronto. ¡Ah, los coqueteos que tiene el alma cuando vibra al son de la melodía! Canciones de hace más de cincuenta años con la letra aún viva en mi memoria… y es que aquello era un contagio de locura, un verdadero frenesí de los sentidos.

Mi madre y su máquina de coser Singer que la hacía muy feliz. Estaba orgullosa de poder coser, así, rápidamente todo lo que quisiera. Había aprendido a hacerlo, desde antes de casarse con una amiga de Teta Eishe quien empleó a mi madre por unos meses, y ella, entre costuras, aprendió y 70

nunca se separó de su Singer. Hasta la fecha la conserva, se la trajo a México, así como el viejo molino de carne, arcaico pero mejor que los eléctricos.

No todo era pulcritud y orden, la mujer libanesa no era ordenada, ni tenía todo en su sitio, a menudo la casa entraba en un caos. La mujer libanesa era alegre, parlanchina, siempre dispuesta a recibir y halagar a todos, siempre ofreciendo con mucho entusiasmo los manjares más elaborados, siempre dejando las mejores golosinas para las visitas, No, niños, decían, esto es para las visitas.

Mi madre tiene una gran capacidad de amar las cosas, las gentes. Una sed insaciable de aceptación y de simpatía y una sonrisa tan generosa como su hospitalidad, tan franca y neta como su eterna juventud. Aún ahora, a los ochenta y cinco, su sonrisa, su porte y su carácter son absolutamente envidiables. Conserva el tono de voz alto y firme, su charla es amena para grandes y chicos, llena de exclamaciones propias de su país de origen… esas mismas palabras repiten sus nietos, ella se encuentra a gusto con todo el mundo. Se comunica frecuentemente con su hermano que vive en Tel-Aviv, ya que tiene una línea telefónica que ofrece gratis las llamadas de larga distancia. Pero usa igualmente su Iphone y a veces chatea con los nietos desde el Deportivo, a donde va diariamente para la clase de gimnasia…

Recuerdo los canevás que hacían ella y sus amigas, provistas de sus hilos de Mouliné, de seda o de lana. También los *tricots a corps perdu* que tejían con cuerpo y alma. Tomaban café turco y galletas y todos esos dulces que paladeaban con un placer tal, despreocupadas del sobrepeso, 71

conformes con ser como son. La prima, Loulou, tenía un tic terrible; cada vez que subía el punto en la aguja de tejer hacía una mueca con la boca y el cuello y se le iba de lado la cabeza. Eva, la otra prima de mi madre, era de las más recatadas, parecía una monja, tenía un bigotito tan negro como su cabello.

Era la tertulia de la tarde. Venían cada una con su trabajo manual y hacían unos cuadros maravillosos que luego colgaban por toda la casa; recuerdo el de una niña con flores, enmarcado con madera dorada. Ese canevá estaba arriba del sofá de terciopelo verde siempre cubierto por la funda de cretona blanca.

La gran ofensa era no enseñar el cuadro a las amigas, por miedo a que te echen el ojo y ya no te saliera *comme il faut*, o que te lo critiquen fuertemente, una crítica sana, decían, así podrías mejorarlo ¡Vuelve a bordarlo todo desde el principio! así no está bien, *ch*érie… Las compañeras de canevá tenían que ser solidarias y revelar el nombre y la dirección del vendedor de telas, de hilos y agujas…

Esos cuadros de mi madre también llegaron a México con todo y marco y vidrio protector, bien empacados entre la ropa de mis hermanos y mía que servía de protección contra los golpes de los cargadores del barco. Pasadas varias horas en la veranda, las mujeres bebían la fresca brisa del atardecer y contemplaban seguidamente la inmensa bóveda estrellada del cielo.72

13

Había que atravesar todo Wadi Abou Jmil para llegar a casa de la tía Hayath. Era casi un santuario al que entrábamos despacio y sin hacer ruido, pues allí vivía también una anciana que era la suegra de mi tía. Ella se enojaba si uno hacía ruido y más si se hablaba a la hora de comer; ¡Cuando uno almuerza, no habla… la comida se te va por donde hablas, te ahogas y te mueres!, nos decía para asustarnos y para que mantengamos la boca cerrada. Entonces, callados, mudos, seguíamos comiendo sin mirarnos siquiera. Y comíamos, la cabeza erguida, no como ahora la cabeza siempre gacha leyendo los mensajes de texto en nuestro teléfono celular.

En aquellos momentos, extrañé mucho más a mis padres. La tía Zahiye, la de la foto, con marido y diez hijos, había llegado a Turquía después de navegar por las aguas del Bósforo, el estrecho que separa Europa y Asia, en una excursión de señoras solas. Permanecerían sólo una noche en el hotel Hilton de Istambul. Le pidió a mi padre que fuera a verla al hotel, y… Y bueno, mis padres nos dejaron en casa de mi tía Hayath y se fueron a Turquía.

Mi madre fue quien nos contó la historia completa, porque mi padre ni una palabra. Regresó mucho más pen73

sativo y ensimismado que antes del viaje. Mi madre comenzó a contar los hechos. Lo hizo en abonos, para que fuera más interesante y estremecedora la historia de la tía Zahiye y sus amigas mexicanas. Mi madre contó: “Estábamos en el lobby del hotel cuando se nos acercaron ocho mujeres, gordas, grandes y en su mayoría con el cabello teñido de rojo o de amarillo… Entonces de pronto, se aproximó una de ellas, abrazó a tu padre y le dijo: *Ya aji, Ya aji*, Tu padre la miró sorprendido. Aunque hubieran pasado más de treinta años, no podría olvidar el rostro de la hermana que un día “echaron al mar”. Tú no eres mi hermana, dijo, mi hermana es ella… Y se acercó a la tía Zahiye, la abrazó y le dio un beso. ¡Cómo lloraron los dos, cómo lloraron!”

Luego, tu padre, la tía y yo, en el mismo cuarto los tres, pasamos la noche hablando y no cerramos los ojos ni un segundo. Zahiye le dijo entonces a tu padre: Vengan a México, *ya aji*… ¿Para qué se quedan en un país en guerra?... Salgan de Beirut y vengan… No te preocupes por el trabajo, tengo diez hijos, ellos te ayudarán…

Mientras tanto, mis hermanos y yo nos habíamos quedado en casa de la tía Hayath, silenciosos, una sola palabra no salía de nuestra boca, ya sea por timidez que por miedo a la anciana que nos hizo callar. Yo, admirando el inmenso comedor con espejo enorme, adornos y vajillas de cristal y plata…

Después de cenar, nos mandaron a la cama. A mí me había tocado un cuartito cerca del pasillo, creo, no recuerdo bien en qué parte… tenía una cama sola, lo que sí recuerdo y jamás se me olvidará, es que a medianoche sentí algo que se me escurría por las piernas y vi la sábana manchada de rojo. 74

Supe que ya no volvería a ser niña nunca más. Me volví señorita, sin ningún previo aviso, sin ninguna explicación y sin mi madre a mi lado.

Badríe, la bruta muchacha drusa, fue una bendita drusa para mí. Porque a ella le encomendé la sábana manchada. La sábana quedó limpia, pero lo rojo sangre pintó mi rostro y mi cuello durante varias décadas… Me sonrojaba y me daba vergüenza ruborizarme, entonces me ponía doblemente roja. Eran aquellas manchas púrpuras que me ponían en evidencia y revelaban mi pudor o mi vergüenza, mis deseos y mis pasiones.75

14

Una tarde de sábado nos fuimos Eva y yo al cine a ver el film *J’accuse*, la última película que vi con Eva, la última que vi en Beirut y fue muy impresionante para mí. Una historia real, la del capitán Dreyfus, llevada al cine de una forma impactante. Y el tema: la injusticia, el poder, la destrucción de una persona inocente…

El grito me vino desde dentro. Hoy sé que es un grito. Un grito desesperado contra la injusticia y las deformaciones del poder. Las palabras de mi padre fracasaron. No hay justicia. No existe. El mundo falla. Los hombres fallan. Eso no es lo que mi padre me había enseñado. Hay injusticias devastadoras, crueldades, horrores que van más allá de los límites de los seres humanos. Me avergoncé de pertenecer a ese género.

El caso Dreyfus que Emile Zola en 1898 a través de una carta abierta al presidente de la republica francesa, Félix Fauré y que fue emitida en el periódico l’Aurore, revela las injusticias y encarcelamiento de Alfred Dreyfus. En esa carta, Zola denuncia la sentencia judicial hecha a Alfred Dreyfus, una denuncia de neto corte antisemita, basada sobre en un trasfondo de espionaje y antisemitismo del que fue víctima Dreyfus, de origen judío alsaciano. El caso Dreyfus conmocionó a la sociedad francesa de la época y 76

provocó una sucesión de crisis políticas y sociales y reveló la existencia en la sociedad francesa de un núcleo de violento antisemitismo, difundido por una prensa sumamente influyente. El caso se convirtió en símbolo de la iniquidad en nombre de la razón de estado…

Mi grito interior no es el de la niña de doce años, ni siquiera el de la mujer de cuarenta o cincuenta que se percata de la maldad humana. Es el grito de una niña que por primera vez descubre algo inmenso y terrible, algo grave que se extiende sobre los hombres, de punta a punta de la tierra, y llega hacia ella y abre de pronto un mundo oculto, cerrado a sus ojos, un mundo de adultos que cierran la puerta y murmuran a sus espaldas las maldades de la vida y surge un Zola que se levanta y valientemente acusa y revela la verdad…

Mi rebelión interna me duró mucho tiempo, pero ya no con el mismo fuego abrasador. Ahora se ha aplacado, me he resignado a no acumular los males del mundo, eso me ensenó Borges: “Ni la pobreza ni el dolor son acumulables. En este mundo sin materia ni espíritu, un laberinto infatigable, un caos…ni la pobreza ni el perdón ni las cárceles, ni siquiera el olvido pueden modificar el invulnerable pasado. Las guerras las catástrofes… No te dejes abrumar por la horrenda suma de los padecimientos humanos; la tal suma no existe. Ni la pobreza ni el dolor son acumulables”.

La imagen de aquella historia verdadera poco a poco se ha ido erosionando, como una piedra con el tiempo, y queda tan solo el fuerte anhelo de algo, de un mundo mejor en el cual no tendría cabida la injusticia y el dolor. 77

En mi película personal, el amor y el romance jugarían el papel principal… los labios, los besos, y Marcello Mastroiani en su mejor momento tendrían un lugar muy especial. Ah, cómo lo quería yo, estaba enamorada de él. También de James Dean con su cara angelical y de tristeza y con su rebelión, mi “Rebelde sin causa”

Y en mi película personal habría por supuesto, lágrimas, porque el amor no es un premio, por eso no envanece. El amor no es un premio, es una condición. El romance es el premio, es la música bajo la cual se vive todo… en mi película, la música de Aznavour y Dalida… Y en mi película…

Pero Eva y yo estamos saliendo de ver *J’accuse* y tenemos que buscar un antídoto para la ansiedad y la furia que nos dejó el film. Entonces pasamos por la pastelería árabe, y nos guiñó el ojo el *awame,* esos buñuelos redondos crocantes, dorados en aceite como una papita inflada y bañados por una miel perfumada con agua de azahar….78

15

El tren a Furn- el- Shabbak

Detrás de los sucios cristales del tren que nos llevaría tan lejos- ahora sé que era a sólo veinte minutos de la ciudad- tras las ventanas empañadas, se encuentra aquella niña de diez años, tímida y callada, regordeta de cabellos rizados, mejillas coloradas y ojos brillantes que era yo. Íbamos, mi abuela todavía joven con el pelo castaño y abundante, erguida en su vestido negro, los labios firmes, los ojos claros, y mi madre y yo. Nos desplazábamos en el tranvía mientras caía la tarde, a Furn el Shabbak adonde vivía la hermana de mi abuela. Me gustaba ver pasar la campiña a toda velocidad, sentir el vaivén del tren, escuchar las voces de los pasajeros… Abrí la ventana. El aire era seco y vibrante, cargado de electricidad. El estrépito de otro tranvía en sentido contrario hizo vibrar el nuestro.

Creo que solo fui un par de veces a visitarla. Dicen que era la tía rica, mi madre le tenía mucho respeto. Así, todo el respeto que se le puede tener a Don Dinero. Dos pasajeros en el asiento delante del mío platicaban a voz alta, muy quitados de la pena, sin reparar en que pudiéramos escucharlos, fundamentaban sus palabras en sus convicciones, a viva voz… Juraban por un tal Abdel Nasser. Juraban por él como si fuera un dios. Es el mejor líder del mundo, decían. Sí, no hay mejor, *ma fi mitlo…*79

Como yo no sabía quién era el tal Nasser ni de qué país y situación política hablaban, seguramente nada tenía que ver con nosotros. Sin embargo, su tono de voz parecía una amenaza a mis oídos. La niña de diez años se estremecía. Me volvió la angustia que experimenté en casa de la tía Hayath cuando escuché a los hombres… Una extraña sensación, tan angustiante como la que me embarga al regresar a casa las tardes de invierno pasando junto a los niños musulmanes que blasfeman constantemente… Es la misma oscuridad que convertía mi corazón en un punto ciego.

Cuando bajamos del tren, tomé la mano de mi madre y le pregunté, ¿quién es el señor Nazir? ¡Qué sé yo, no sé de qué me hablas!, me contestó. ¡Ya te dije que no te inmiscuyas en las pláticas de la gente! Y aprovechó para darme un sermoncito.

La tía rica tenía un jardín en su casa. Cosa poco común. Por lo general eran departamentos o viviendas. Observaba yo las rosas, las mariposas. Era un mundo bueno ese de tener jardín. Acaso tan bueno como el Eishel de Cuernavaca, un retiro para la vejez. Claro que no era el entendimiento que me llevaba a la comparación de ambos lugares, era simplemente la misma sensación y no la idea aquí plasmada.

Si yo les contara mis presentimientos, seguramente no me creerían. Pero yo lo sé. El camino lo marca el corazón y no la razón. A veces hay situaciones que te golpean. Las recibes y las guardas secretamente, porque nadie entendería eso de los presentimientos más que tú. Tú que los estás sintiendo.

Por la reflexión alcanzo de nuevo aquellos sucesos, como si aquí, sentada escribiendo pudiera registrar una 80

parte de mi vida que el mar ha engullido. Dicen que el mar hace que te olvides de las cosas y las gentes, eso decían…

Destinada a evocar recuerdos y hurgar en viejas heridas, intento reconstruir piedra a piedra el edificio de mi infancia.

No diré que me sentí a gusto, porque no fue así. Otra vez la angustia. En todo el tiempo que permanecimos en casa de la tía sólo se hablaba del hermano de mi abuela quién al parecer era un vividor y nadie quería cobijarlo en su casa. La oveja negra… el hermano incómodo… Supe más tarde que quién le ayudó por un tiempo muy corto, escondiéndolo en el tapanco de nuestra cocina fue mi madre, y hasta que mi padre le puso punto final al asunto.

En mis oídos seguían vibrando las palabras de los hombres del tren.

En invierno oscurece muy temprano. Llueve mucho. El camino a casa me parece lúgubre, tortuoso, interminable. Las casas muestran ventanas cerradas, cortinas cerradas. Voces difusas se esconden tras las paredes en un lamento ceñudo y misterioso. La oscuridad se llena de bochornosos olores. Paso por donde viven los El-Mann. En aquellos espacios vacíos entre un inmueble y otro, a veces se hacían fogatas como la quema de Amman en una noche de Purim: el *sháa-le*. Un poco más adelante, no recuerdo bien, porque la memoria de alguien que emigra tiene menos puntos de referencia del lugar y más memoria del corazón, en este caso el corazón se oscurece un tanto al recordar…

… me parece que había una vecindad en la cual vivían niños árabes. Jugaban a veces a las canicas y otras 81

veces, se lanzaban en persecución de cualquiera por el simple placer de asustarlo, sabían que por el barrio circulaban generalmente niños judíos de camino a casa, los conocían porque caminaban de prisa y en su mayoría eran rubios o de facciones extrañas, simplemente se daban cuenta que eran judíos. Y los muchachos de pelo abundante y crespo, negro como la noche más oscura, blasfemaban todo el tiempo. *Yin-aal dinak wdin- l’ yahud* lo que sería: ¡qué se vaya al… tu religión y la de los judíos!

En todos sus insultos y maldiciones, llevaban por los cabellos a los judíos. Claro que lo hacían sin pensar. Estaban acostumbrados, era su léxico biliar. Más adelante, camino hacia la Rue de France, paso por la casa de Cylia, una amiga que aprecio y que posteriormente reencontré en México. Habitaba el primer piso de un dúplex. Cruzo la calle, me siento más segura en esta acera donde se encuentra L’École des Soeurs de Besançon… por allí me sigo. Paso por el edificio semi circular donde viven los Haiat y también *l’avocat*, el único abogado que conocí. Frente al edificio hay una gasolinera. Un pensamiento estoico mantiene erecta mi cabeza.

Las calles apenas iluminadas por antiguos faroles así como la tenue luz amarilla, me provocan náusea a mi regreso a casa cuando es invierno. Cuando es invierno, todo se ve apagado, también mi sonrisa se está apagando. Me invade una tristeza de todo el ser, un cierto sabor amargo que no logro alterar. Unos insistentes ladridos de perro; a este punto me atormento, tengo miedo… corro. Mis pies endurecidos y la boca seca. Llego a donde el sastre Hanan Doy vuelta para la Rue de France Toco la estrella de David que llevo siempre al cuello como para cerciorarme de que no hay nada que temer que soy libre de portar una estrella… 82

…La noche es un peso inmenso.

Es la misma confusión, la misma angustia que experimenté más tarde en el tiempo cuando estuve frente al muro de Berlín, todavía firme el “muro de la vergüenza”. Me reconozco entre estos dos mundos. Quizás, me digo, quizás en otra de mis vidas tuve algo que ver con los alemanes.83

16

La vecina del seis se llamaba Mylène y adoraba a mi madre. Era francesa. Tenía una hija y se casó con el hombre que le salvó la vida en la segunda guerra mundial cuando huía de los alemanes en París. El señor Kazajstan, católico, originario de Turquía, era rígido y severo, caminaba muy erguido y vestía siempre de traje gris y camisa blanca. También él tenía una hija de su primer matrimonio. Se casó con Mylène en París y se la llevó a Beirut.

Mylène, quien antes de casarse se llamara Miriam, y su hija Jeanne Marie cuyo nombre registrado era Lea, adoptaron enseguida la fe católica y se acoplaron con dificultad a la vida libanesa. El señor Kazajstan era de armas tomar. Mylène le tenía miedo. Es por eso que ella venía a nuestra casa todo el tiempo. Se sentía a gusto en casa, le encantaba platicar con mi madre, la quería mucho. Mi madre a su vez retribuía con creces aquel cariño de hermana.

En una ocasión, subimos mi madre y yo al piso seis adonde vivía la entrañable amiga. Era una especie de miedo gratuito que le teníamos a Monsieur Kazajstan, como si tuviéramos que quitarnos los zapatos y apenas respirar…creo que a Mylène no le gustaba recibir visitas. Salvo aquella vez. Quería mostrarnos la *Crèche de Noël,* tradición del Pesebre de Navidad que había montado en la recámara de las niñas. 84

La casa era oscura, los muebles de madera opacos, la sala sombría… los *abat- jour*, pesadas persianas de madera obstruyen eternamente la luz del día. Entendimos entonces porqué a Mylène le gustaba quedarse tardes enteras en nuestra casa, sentada junto a mi madre, contándose una a la otra cosas en francés. Mylène sabía solamente unas cuantas palabras en árabe. A pesar de tener más de diez años viviendo en Beirut, nunca aprendió el idioma que en realidad es sumamente complicado, si no naces con él, es ¡imposible!…Y mi madre se beneficiaba platicando en francés, al hablarlo se sentía cosmopolita, culta y....

Mylène casi siempre lloraba, casi siempre estaba nerviosa y preocupada por su hija Jeanne Marie quien le hacía la vida imposible. A veces mi madre la abrazaba, la consolaba diciéndole: ¡cuando la vida te presenta razones para llorar demuéstrale que tienes mil razones para reír! Y Mylène sonreía mostrando unos dientes perfectos y luego reanudaba su llanto. Tal vez mi madre le recordaba los colores y los aromas de su infancia, tal vez quería huir de su marido… o simplemente porque sí.

La hija de Kazajstan era gordita, reservada, no hablaba con nadie, rezaba continuamente, siempre traía un rosario en manos. Era respetuosa y obediente y nunca se rebelaba. Todo lo contrario de Jeanne Marie.

La amistad de mi madre y Mylène duró mucho tiempo después de nuestro cambio de país. Siguieron llamándose por teléfono y se escribían con frecuencia. Mylène había ido a vivir a Nueva York con su hija. Estuvo en casa de Jeanne Marie ¿casada? En una ocasión Mylène vino a México por algunos días a casa de mis padres… Pero ya nunca fue la misma relación. Mylène hablaba entonces 85

inglés, y mi madre español. En todos los aspectos ya eran distintas. Mylène sólo balbucía: no podré perdonarlos… nunca lo haré…

En cuanto a Jeanne Marie, ella me reveló sus secretos más íntimos. Ya en mi primera novela “Los ojos de los ojos”, había hablado de Jeanne Marie, y aquí copio esa mi primera impresión que plasmé hace ya diez años:

“Jeanne Marie era guapa, de esas bellezas que asustan. Ojos verdes o grises que cambiaban de color según la ropa. Ojos almendrados, mirada picaresca, ojos vivos escurriendo inteligencia. Labios delineados, naturales, mezcla de lealtad y endurecimiento, sonrientes, abrasivos. Era muy alta, esbelta, senos levantados, senos franceses, pirámides de punta redonda. Jamás usó corpiño y sus dieciséis años le quedaban ceñidos. Rizos de pelo castaño claro se entretejen curvos y sensuales. Parecía esculpir sucesos, rastrear misterios, aniquilar pasados. Su voz era firme y segura, y yo, todavía no lograba entender qué hacía esa mujer platicándome a mí, y a mis once años. Estaba muy halagada, ella se consideraba *sa petite amie.* A veces llegué a pensar que para Jeanne Marie yo era un confesionario abierto todo el día, sin horario de comida o siesta. Yo la recibía y atendía, y mi criterio diminuto nunca la enjuició. Me gustaba escucharla, pero al mismo tiempo me ponía muy nerviosa, y a veces quería que ya se fuera.

“El padre de Jeanne Marie venía por ella, los domingos por lo general. Ella se transformaba, parecía otra esos días. Insospechado cambio de mi amiga, línea curva de imagen, rostro de asombrosa rivalidad. Se ponía zapatos de tacón, la 86

falda transparente y se pintaba los labios. El suéter pegadito delineando aún más los altos senos, y era una asombrosa visión de viento que excita. Descendía corriendo las escaleras, con mucho ruido, dejando los peldaños palpitantes de emoción, y a mí también. Yo estaba segura que luego me contaría todo. Sufría las horas hasta su regreso.

“El señor Kazajstan, El entrecejo siempre fruncido, primero las oraciones y luego repartía el pan, los ejotes verdes, la *marmitte au boeuf* y cuando regañaba a Jeanne Marie, Mylène salía corriendo a socorrerla. Ofensa tras ofensa y tu hija y la mía, insinuación de punterías, antojos e infamias y Jeanne Marie bajaría nuevamente los escalones, este domingo también como los anteriores, vestida de luz y escotada, el cuello alto, la prepotencia de quién tiene padre… Me despediré de todos, parecía clamar, y me pondré el vestido floreado y a todos ellos dejaré con su cara protestante, protestando...

Los besos en el cuerpo hacen llorar, me dijo Marguerite Duras, y ahora que recuerdo, veo los ojos de Jeanne Marie los domingos ya muy tarde, ojos llorosos con un trágico sentido de voluntad. Regresaba como quien retorna de una euforia encapsulada, como quien desciende de la Space Mountain”.

Jeanne Marie fue quien me reveló el proceso de la vida. Mi madre nunca me había hablado de aquello. Y en la escuela no te iniciaban en la educación sexual como lo hacen hoy en día. Por lo tanto yo no sabía nada de nada. Jeanne, sin ningún tapujo así directito, abiertamente, me dijo: “los hombres tienen una cosa allí abajo que… cuando la tocas, crece… Y me explicó que un hombre y una mujer se87

conectan uno al otro por medio de esa cosa que crece. Yo me ponía de mil colores. Volvía a casa y mi mente giraba hacia las cosas antinaturales - eso creía yo- las cosas antinaturales que ella me contaba. Y ¡cuánto luchaba yo por quitar de mi mente las imágenes de mis padres conectándose! ¡Cómo hubiera querido no saberlo jamás!…

Mi inocencia completamente herida, juré que nunca me casaría.

La relación profunda de amor entre un hombre y una mujer, de la cual nacerían los hijos era… ¿Qué era? Yo fingía comprender, para que Jeanne Marie no me despreciara y despreciara de paso mi ignorancia. Aún ahora, sosteniendo a mi nieto en mis brazos, y aunque abrace totalmente el proceso de la vida, me siguen sorprendiendo los caminos secretos de la naturaleza.

“También fue Jeanne quien corrió el velo de mis ojos en lo que se refiere a los ritos eclesiásticos. Cierto domingo me llevó a la iglesia. Yo pensé que iríamos al Jardin Publique como acostumbrábamos, alquilaríamos bicicletas y pasearíamos por el parque. Pero en vez de eso… Iremos después de la iglesia, te prometo, me dijo. Me impresioné mucho al ver el recinto. Era la Iglesia Ortodoxa de Saint Georges. Recuerdo la impresión que me causó. Había como un encanto moral que expelían las paredes. Me estremecí cuando empezó el salmo de la misa y la música de órgano. La espiritualidad emanaba de la bóveda dorada… Sentí culpa y miedo. Y miedo y culpa…

Jeanne me había dicho: Haz lo que yo haga. Entonces llegó el momento de arrodillarnos en la banca, y así lo hice. Y llegó el momento de abrir la boca y recibir la ostia 88

de la mano del sacerdote, y así lo hice. La oblea se derritió sobre mi lengua… recogí el sabor del delito. Me condenaría para siempre. Eso pensé. Mi alma inexperta me martirizaba, mezcla de perplejidad y terror. Y mis once años me parecieron el fin de la vida… ¡Después de eso tendría que pedir permiso para existir!

Salimos de la iglesia y los faroles empezaban a inquietar espíritus en contra corriente, en espera del sueño aquél que me atormenta, calles oscuras, sombras, silencio abismal. Corrimos. Era un largo trecho para llegar a la rue De France, allá arriba donde comienzan los edificios repintados, los balcones de ropas tendidas al sol. La ropa blanca hay que colgarla del lado de los vecinos y que vean lo reluciente que está, decía mi madre.

Pensé en la ostia. Mi lengua tembló. Recordé la estrella de David debajo del vestido de lana, recordé a Jeanne Marie y las miradas de odio de la hermanastra que, razonándolo bien, ni hermanastra ni nada, hija de aquél y nada más… ojos grabados bajo los lentes gruesos… Era ordenada como si el orden fuera la densidad del aire, era metódica como si el reloj no soportara marcar horas transitorias. Era fea. El odio de Jeanne Marie estaba totalmente correspondido. Su vida de las dos, de la Kazajstan y de Jeanne Marie, transcurría entre gestos hipócritas, deseos inconfesables, degustación de insultos ataviados de cumplidos, codicias.”

Cuando Jeanne Marie salía, su madre iba detrás de ella. Se llevaba el pañuelo que arrugaba y arrugaba. La veía del brazo del padre. Los dos corrían con pasos ágiles y frescos. ¡Se parecían tanto! ¡Jeanne Marie había crecido tanto! tan alta y esbelta como él. ¿Adónde van?, se preguntaba Mylène… 89

que no corran tanto, no podré alcanzarlos. Mylène se sentía mal por lo que estaba haciendo, seguirlos, espiar, tener malos pensamientos. Se consumía en un mar de sospechas que la hacían retroceder a sus días...

Por las mismas calles que anduvimos Jeanne Marie y yo para ir a la iglesia, iban ellos hasta llegar al malecón. Se subían al coche rojo y desaparecían. Mylène se quedaba seca. Y Jeanne Marie era danzas y brincos”

Con Jeanne Marie vi mi primera película, “Dalila” con Shadia y Abdel Halim Hafez, film egipcio en blanco y negro. Bajamos de nuestro edificio, caminamos unas cuantas calles y llegamos al patio de una vivienda. Allí, en el patio, un montón de sillas plegables de madera oscura, listas para recibir a todos los vecinos del barrio. Sobre una de las paredes pendía una sábana blanca: la pantalla. Y grandes y chicos, unos de pie otros sentados, permanecíamos atónitos, tocados sensiblemente por la magia del cine. Esas funciones se repetirían con frecuencia. Sólo había que aportar para el alquiler de los siguientes rollos de películas. Aquellas reuniones en el patio nos abrían los ojos a un mundo sin reservas, sin límites, porque después de las imágenes en la pantalla, se creaban otras en nuestra imaginación…

El cine fue para mí el nacimiento del placer, el descubrimiento de historias que marcarían mi vida en un sentido u otro y que se fundían en mí, cubriendo cada fibra de mi ser con una careta nueva.

Los callejones se tornan más oscuros a nuestro regreso. Detrás de las puertas cerradas se encuentra la verdadera vida. Las melodías árabes reflejan los melodramas que presenciamos en las películas… el melancólico sonido de la flauta, 90

perverso a momentos, semeja la oscura calma de una risa aguda procedente del interior de las casas.

Mientras Jeanne y yo caminábamos de regreso a casa. Yo, muerta de miedo porque ya era tarde. Temerosa de los fantasmas que alberga la oscuridad y que resucitan una vida que parece dormitar, y que sin embargo, vela y acecha misteriosamente amenazadora y peligrosa. Tan peligrosa como nuestra conducta con los niños árabes en Bhamdoun, trepados a los árboles mi hermano Toufic y yo… y eso había enfurecido tanto a mis padres.

Jeanne Marie era valiente. Yo no. No lo era. No lo soy. Cierto día fuimos ella y yo a la tienda departamental, la única de su género en aquel momento, ABC, se llamaba y al parecer sigue existiendo en Beirut y en otros países. Recuerdo que se nos hacía sorprendente e increíble que se podía tomar lo que uno quisiera y pagarlo en la caja registradora, o sea: *self service* sin nadie que te atendiera o te viera. Y Jeanne Marie, valiente como era, había tomado unos aretes del exhibidor y en vez de llevarlos a la caja, los llevó a su bolsa. Y cuando se dio cuenta de que yo la había visto: No seas cobarde, me susurró al oído, haz lo mismo que yo… Pero no, eso no va a pasar, me dije, aunque parezca cobarde a los ojos de Jeanne, eso no va a pasar.

Le dije a Jeanne que la esperaría fuera del almacén y salí. La esperé en la esquina bajo el portal, llovía a cantaros y las manchas purpuras de vergüenza asaltaron mi rostro y mi cuello. La esperé en el rincón, inmóvil. Aunque hubiera querido ir por ella, decirle que corría peligro, pero no me atreví a entrar de nuevo al ABC, y nunca volví a aquella tienda. Sólo faltaban unos meses para irnos, y estaría a salvo de Jeanne y de sus locuras.

Miré la noche. 91

Si yo fuera yo… si yo fuera yo me preguntaría por qué mi fisonomía había cambiado tanto. Creo que si yo fuera yo, hubiera reconocido a la que fue mi amiga y que volví a ver en Nueva York… Pero si yo fuera yo, parece la entrada nueva a lo desconocido.

“¿Qué necesidad tenía yo de presumirle a Jeanne Marie, de demostrarle que ya era superior a ella, que la sobrepasé en todo, y más que nada, que yo me había vuelto guapa, que mi cintura ya no era tan ancha, que el feo bigote sobre el labio ya no existía y la nariz árabe se había modernizado y seguía la moda de las más bellas y parecía Claudia Cardinale?

Por favor, mi vida, le pedí a mi marido aquel día en Nueva York, por favor, dile que quieres comprarme una joya y que nos lleve con algún conocido de ella... dile que me quieres dar un regalo por mis cuarenta años... vamos... ya sé que no te gusta decir mentiras... hazlo por mí, por favor...

Apenas si la reconocí en su abrigo café, los lentes tapando los hermosos ojos. Se quitó la mascada y los lentes, y cuando lo hizo creció. Sí, creció. Sus ojos la enaltecían por encima de ella misma. Retomaba aquella fuerza que de entrada no había tenido. Sus grises revelando años, círculos e insolencias. Seguía guapa, sin duda alguna.

Mi pelo comenzó a estorbarme, como que se encogía hasta arriba de las orejas, y mis calcetas, perdón digo, mis medias, me picaban y en vez de las botas eran mis zapatos blancos comprados en Bata... entonces en ese momento se me acabaron las palabras y volví a ser confesionario abierto, sólo escuchando...

Rafael rescataba la conversación cada vez más apagada. ¡Incompatibles sentencias! Mi alarde egoísta se92

fundía en timidez. No se me ocurrió nada para justificar el absurdo y extravagante escenario de desayuno.

Me levanté y fui al baño. Tengo necesidad de verme, de recobrar mi rostro de hoy, de palpar mi belleza que se escurre en la mirada gris de Jeanne Marie. Toqué mi cara y vi mis ojos inyectados de recuerdos e incertidumbres, las arrugas alrededor de los párpados me volvieron a los cuarenta que cumplo en septiembre, en México gracias a Dios, y sin nadie que se acuerde de mi pelo chino o mi ancha cintura...”

Así la vi en Nueva York. Pero ahora… ahora la vejez era la vejez total de una joven cuya belleza se había perdido.93

17

¿Que si así fueron las cosas realmente?… No lo sé.

Es la historia de mi historia. La que contó mi abuela, la que sigue contando mi madre, la que cuento yo. ¿Cuál es la verdadera? Todas. Todas son la misma verdad, contada a través de los ojos de quien la ha vivido, por medio del repaso retrospectivo del caso y la mirada de una niña en su primera infancia, y hasta los doce años y medio al momento de nuestro éxodo…

Escribo, no sin emoción. Todo mi ser se remueve al hacerlo. Desde las profundidades de la memoria, resuena el reflejo del recuerdo. Las cosas que creí haber borrado vuelven a mi memoria a cada palabra. También mi madre se emociona cuando le pregunto sobre los mil detalles que al presente ocupan mi pensamiento. Se conmueve hasta las lágrimas, sobre todo al hablar de nuestra Odisea. Cuenta nuestra historia a su manera, retornando siempre al mismo punto: a la huérfana viviendo en casa de su tío, aboliendo siempre a la niña que de pronto surgió a los ojos de quienes la ignoraban, y que de pronto se había convertido en una beldad codiciada por los primos de la Casa Grande…

Cuando ella se vio tomada en cuenta por primera vez, tal cual era: hermosa y *shatra* como ella misma se definió, entusiasta y dispuesta a todas las tareas. Creo que eso 94

le dio brillo a su mundo… No pertenecía a nadie hasta que perteneció a mi padre. Y ese anhelo de agradar y caer bien a todos, sigue siendo su meta primera. Es lo que nos ha transmitido también a nosotros como lo más importante… Además de la importancia de la belleza, claro. Para una mujer el valor primordial. Por sobre todas las cosas, la mujer debía ser guapa y conservarse así a los ojos del marido y del mundo. Y el hombre se sentiría orgulloso al llevarla del brazo ¡Así no tendría que cambiarla por otra!

En aquel tiempo la belleza significaba corpulencia. Bueno, no le decían corpulencia ni gordura ni volumen: eran mujeres rebosantes de salud, plenas, senos abundantes y pródigos. Una mujer debía llenar la cama. Refugiar al hombre entre sus carnes, consolarlo en su regazo para que no añore y no esté sediento del seno materno. La mujer árabe debía ser fascinante, dócil, esponjosa, piel de cera, mirada picaresca, sonrisa permanente… ¿Y sus sentimientos? Sus sentimientos estaban sepultados.

El amor no existía para ellas. Toda la cuestión sexual giraba en torno al hombre, en un inconsciente doloroso, tan alejado del placer y la ternura. La mujer se nutría de grasas y dulces, secretamente, convirtiéndose en un tonel de placeres, dispuesta al erotismo de su compañero quien creía llevar la iniciativa en toda relación sexual… Cuando, en realidad, era ella quien sutilmente lo hacía, incitando su deseo. Porque la curiosidad que despertaba la mujer de antaño con su ingenio, escondida bajo los velos que encubrían sus curvas tortuosas, eso ¡incitaba el deseo del hombre! ¡Estimulaba su apetito! Y él, mientras menos veían sus ojos, más idealizaba a la mujer. Eso se decía. Ese fue el sensato aprendizaje para muchas. Pero de pronto el miedo95

y la inseguridad dominaban a estas mujeres…Tenían la impresión de sumergirse en medio del enorme océano que las subyugaba…

Y mientras tanto, en aquel entonces Fairuz la cantante más amada del Líbano la *consentida* del pueblo libanés lleva a cabo su concierto como parte del Festival Internacional de Baalbek 1957, El entonces presidente Kamil Chamoun patrocinaba el festival…

Por otros lares del mundo, Visconti estrena su película *Le Notti Bianche* con Marcello Mastroianni, Maria Shell y Jean Marais... Y Edith Piaf canta *La Vie en Rose*, no solo en Francia, sino en el mundo entero. La Piaf no entrega únicamente el alma al cantar, ella la regala*…* Escucho por la radio la voz del “*gorrión de París*”, en verdad que estremece… Aunque también me encanta Dalida con su voz ronca, sus erres *roulantes… Les Feuilles Mortes* una de mis canciones favoritas, y *Soleil…* Cantando con Charles Aznavour en el teatro Olimpia de Paris y también con Gilbert Bécaud… Dalida nos había hechizado.

¡Qué melancolías, qué fascinación en sus ojos negros! Formó parte de nuestro núcleo, nos conectó a ese misterioso mundo llamado amor, nos ensambló a un sentimiento de libertad en la copla de *Volare!!!!!!!* y al hacer el dúo con Alain Delon cantando *Paroles Paroles*…

Yo también cantaba a pesar de mi horrenda voz. Pero ¿qué más da? La música y letra de las canciones introducían a mi vida algo tan portentoso que no sabría descifrar. Me concedían una forma de sumarme a las alegrías o a las desdichas de aquellos pilares de nuestra juventud.

¡Qué conmovedoras! ¡Cuán locamente llegaban a mi corazón de niña!96

No recuerdo haber usado nunca pantalones en el Líbano. No era para nosotras. Y aunque no lo crean mis nietas, para mí no existieron nunca los jeans. Ahora sí, me los pongo y presumo ser joven. Con estas armaduras, concertamos porte y figura; es lo que nos conduce a los deportivos, gimnasios y masajistas, aunque a veces causemos la penosa impresión de ser tan efímeras como las rosas, más estéticas que carnalmente vivas.

Hoy en día la mujer liberada de complejos, en vez de ocultar su cuerpo lo muestra descaradamente: Quién no enseña no vende, repiten las conciencias. Y entonces es ella quien toma la iniciativa, ella es la que persuade al hombre, ella invita la cena, la copa, ella es quien se lo lleva a la cama desde el primer encuentro… Y al despertar después de una noche de borrachera y sexo, si todavía tiene interés en él, le pregunta cómo se llama.

En consecuencia el hombre se siente de alguna manera, manipulado en todos los intentos, siente que es un robot sexual a la merced de la primera que intente seducirlo.

Así han cambiado las cosas. Aquí en la ciudad de millones de habitantes, en estos casi dos meses de vacaciones, encuentro los restaurantes llenos de mujeres solas al acecho de cualquier marido solitario y aburrido.

Por eso hay que sujetar al marido, digo. Es necesario protegerlo de ser arrebatado por las buscadoras de erotismo y fortunas… como éstas que tengo enfrente mientras cenamos mi marido y yo… A cada suspiro, le guiñan el ojo a uno distinto. Están dispuestas a todo con tal de conseguir su botín. Están resueltas a proporcionar al hombre todo tipo de relación: copular sexual triangular circular libidinosa carnal… Y… y a él no le queda más remedio que abdicar y ¡cantar la palinodia, o deprimirse!97

Deprimirse como lo hacen algunos o algunas según el caso. En otra mesa hay unas bien deprimidas, bien castas, compartiendo platillos y suspirando el abandono del marido, ¡tantos años! se escucha decir, tantos años juntos y el muy…. En otra mesa, una sesentona con un joven que podría ser su hijo, vengándose carnalmente, lascivamente de su marido, y se vuelve a vengar entre copa y copa y se compensa, además, para no pensar en su depresión.

¿Acaso la depresión de muchos sea el resultado de tantas inhibiciones secretas, timidez y pudor, residuos de un pasado remoto que aún estorba y marca profundamente nuestras conciencias? La timidez es un signo fastidioso del alma, se abre a la soledad, entonces uno se interna y se contrae ante la vida…

Por lo tanto nos preocupamos. Nos preocupamos, nos angustiamos por conservar nuestra psique en orden y que los traumas o frustraciones de nuestra niñez y adolescencia no puedan seguir afectándonos…

Porque… ¡porque la verdad es que crecimos en medio de sonrojos y miradas huidizas! O quizás nos intimidamos por la carencia de ternura y afecto, probablemente a falta de una verdadera relación de pareja en la cual se pudiera llegar a envejecer, un amor que no convierta a su esclavo en suicida o en asesino… o un amor de película como el que nutrió nuestra juventud y que nos parecía, especialmente esplendoroso y fascinante…

Y la mujer moderna se pone los ajustados jeans, la playera sobre los senos recién inyectados de silicón, las botas de tacón altísimo y se amarra la bufanda al cuello por simple gesto moderno, por el simple goce estético y 98

no porque haga frío… Mientras tanto los hombres, ya que han dejado de ser enérgicos, autoritarios y agresivos buscan más que nunca fortalecer sus músculos. Altos y macizos, exhiben un cuerpo de atletas y la barba canosa tan de moda como atributo de su masculinidad.

Y los polos opuestos, con qué ahínco tratan de reforzar el erotismo entre ellos. El *sex appeal,* la provocación ya sea mediante los artífices del maquillaje o de la audaz vestimenta… Es lo que nos conduce a los cirujanos y lo que ha aportado grandes capitales a los laboratorios de cosmetología y nutre los bolsillos de los creadores de fantasías sobre la eterna juventud…

A menudo le decían a mi madre que soy inteligente: tu hija tiene una mirada inteligente, le decían cuando lo único que yo deseaba desde el fondo de mi alma era que dijeran ¡qué guapa es tu hija, tan guapa como tú!

Y esa misma búsqueda y el afán de prolongar la belleza es lo que todavía hoy en día nos ocupa, tanto a las mujeres como a los cirujanos plásticos; Parece increíble que todavía en esta época, cuando la mujer ha adquirido tantos valores como profesionista, en la política, como jefe de estado o llegando a la presidencia de países de primer orden mundial, como se prevé a la Clinton, aún así parece increíble que el valor Belleza siga ocupando el primer lugar.

Y seguimos sin darnos el lugar que hemos ganado a pulso. En mis primeros viajes, al pasar de un país a otro, te preguntaban cuál es tu profesión para completar los datos de migración. Ama de casa, escribía yo, mi marido o cualquiera de los dos que estuviera llenando los documentos. Ama de casa. Eso soy yo. Y cuando una vez, tarde en el 99

tiempo, firmé un convenio con el entonces Presidente de la Academia Científica de México, yo era Presidenta de la Asociación mexicana del instituto Weizmann, en aquel entonces las secretarias del Dr. De La Fuente habían escrito en el acta: Dra. Stella Khabié. No soy doctora, les dije, ¿Entonces qué? Señora, les dije, simplemente, Sra. y pusieron Lic. Khabié.

Y cuando muchos años después, viajé con mi madre a Miami para visitar a mi hermano Toufic quien ahora reside en los Estados Unidos, ella, muy atenta a lo que anoto a la pregunta: Profesión, me dijo en un tono irónico, ¿Escritora? ¡Apuntaste escritora!, me dijo… Bueno mamá, le contesté alterada, si después de escribir nueve libros no soy escritora, ¿qué soy entonces? ¿Ama de casa?

Pero uno es juzgado por los suyos. Es juzgado sin poder apelar, porque además mi madre cree que mando a maquilar mis libros, es decir, que uso negros para escribir, porque especifica: eso que escribiste está bien, y ¿cómo van tus compañeros con el resto de tu libro? ¡Bueno, me juzga, me juzga!… Yo también la juzgo.

Y por lo tanto, nos abalanzamos a buscar el mejor psicólogo para una terapia familiar individual de grupo o de pareja. Escuchamos a nuestros pequeños, los protegemos de los amigos o de los profesores que pudieran frustrarlos o maltratarlos del mismo modo que ellos fueron maltratados. Como cuando un maestro podía aventar la regla de madera sobre tu cabeza y descalabrarte… Y volvías a casa en un mar de lágrimas y tu madre te decía: ¡Lo tienes bien merecido por portarte mal! ¡Claro que el maestro tuvo razón, es que te portas mal!… Entonces callabas, no tenías a nadie más a quien recurrir. ¿A tu padre? ¡No! le tenías un miedo 100

pavoroso. Él era quien castigaba ¡Te voy a acusar con tu padre, ya verás, espera que llegue…! Y el hombre, además de su machismo, tenía otras cosas que incitaban su violencia y que él desquitaba en los más débiles.

18

*Ntsh, ntsh,* dijo la mujer alzando la cabeza.

El *ntsh* seguido por el gesto de echar la cabeza para atrás y levantar las cejas, significa No, en árabe. ¡No te acepto! No acepto que me des la pitillera… Escucha, me dijo, yo te quería regalar algo… si te hubieras casado aquí en Beirut, igual te hubiera dado algo… Así que te la devuelvo y estamos a mano. Y la anciana rechaza el regalo, me empuja con unos ademanes… Cierra sus ojos y mueve la cabeza, *ntsh*, de un lado a otro, me agarra las dos manos como para impedirme que se la de.

Era pequeña de estatura, el cuerpo diminuto, el vestido largo floreado dejando descubiertos unos hombros de mujer despreocupada de *la Belle* É*poque*. Un mechón de su ralo cabello recogido en la parte superior, lo demás suelto, adornado con un clavel rojo. Sus ojos que no han perdido la expresión de asombro ven más allá que los de cualquiera. Ella es la memoria de nuestra comunidad, la memoria viva de toda una historia de los judíos del Líbano. Además dicen que es poetisa, que escribe versos y lo hace en “espagnolo” como acostumbran en su familia proveniente de Smyrna.

También lee la taza y muy acertadamente… Pero eso era antes, antes de que pasaran tantas cosas en la ciudad. ¿Cómo podía saber tanto si no se mezclaba con los 102

suyos?... Pues sabe. Se sabe al dedillo la vida de cada uno, sus empiezos y su desgracia.

La conocí, conocí a Mme. Claire cuando volví, recién casada a mi tierra tres años después de la guerra. Fuimos a verla a instancia de mi padre quien me pidió le llevara sus saludos y una cigarrera de plata mexicana. Llegué con marido y traje sastre. Pareces una niña disfrazada de señora, me dijo ella apenas me vio.

La poetisa nos recibió, aunque de entrada nos advirtió que no le gustaban las visitas… Sólo porque amo a tu padre, dijo, y siguió meneando la mermelada de chabacano con una cuchara de madera, sobre la arcaica estufa. Al espesarse aquella confitura la pondría a enfriar en el alfeizar de la ventana y luego la conservaría en un frasco de cristal. La mujer nos contó lo de la mermelada: A veces como por arte de magia se esfuma, desaparece… así cómo se los cuento, ¡Desaparece! ¡La mermelada desaparece! se lamenta la mujer. Y su tono es de ironía, no hay enojo en su rostro sereno, sólo son palabras. Conjeturaba que eran los niños del vecindario. ¡Se llevan mi mermelada! *Allah yájdon!* blasfemaba casi riéndose… Y se consolaba pensando que si se la robaban es porque estaba rica…

Claire la poetisa vive en una pendiente pasando el vendedor de abarrotes; un estrecho callejón al pie de las escaleras que llevan desde el Wadi Abu Jmil a la parte alta de la ciudad. Su casa es pequeña, entra mucha luz por la ventana abierta de par en par desairando el calor del verano libanés. Hay margaritas blancas en un vaso de agua. Un arguile adorna la mesita que a la vez funge de comedor.

Y me contó la historia. “Tu abuelo, comenzó diciendo, el padre de tu padre, era de un temperamento muy fuerte. 103

Era guapo, rico y el mundo le quedaba chico. Tenía casa en Damasco otra aquí en Beirut y una más en Tel Aviv. Se había casado con tu abuela… solo porque sí, porque era ya hora de casarse. No la amaba. Contraer nupcias por amor, no, no se usaba *Ya habibti*… este término *amour- w- tambour,* no tenía la importancia que se le da hoy en día. No. Se casaban y punto… Luego, nació tu tía Zahiye y a los pocos meses cuando dejó de darle pecho, tu abuela embarazó por segunda vez.

Mme. Claire suspendió su relato y enseguida se levantó a preparar un café turco. Yo ya estaba muy inquieta. Quería saberlo todo… mi padre nunca me habló de su historia ni de la de sus padres. Pero la cosa era no preguntar. Había que esperar a que ella nos contara el resto.

Me apresuré a ayudarle con las tazas, *ntsh, abadan, strihi*, me dijo, y me empujó con los codos mientras llevaba la bandeja con tres tazas de café y la jarra de bronce reluciente, pues le acababa de dar brillo con limón y sal, así me comentó. Sirvió primero en cada taza el *tuhel,* la densa espuma del café, y luego vertió el resto que quedaría coronado de espuma. En verdad estaba delicioso, porque le había agregado *hab il hel* la semilla de cardamomo que, además del cautivador aroma, da un sabor muy especial al café de mi tierra. Recuerdo que mi padre bromeaba al respecto del efecto del café, decía que mi madre lo había hechizado, no con su belleza sino con el café que le ofreció…

Claire la poetisa abrió la puerta. Un chiflón de aire fresco conquistó el ambiente. De la puerta colgaban un atado de ajos, ojos de vidrio azul y un *jamse* enorme que se mecía con la corriente. Entonces, después de saborear el café y sorberlo ruidosamente ¡el mejor café que he oído!... No, en serio, el café estaba exquisito y el eco.... Entonces reanudó 104

su relato, escudriñando con detenimiento a mi marido que se hizo chiquito en la pequeña silla de bejuco; le advirtió con la mirada ¡Y tú no rajes, eh, es cuestión de familia!

Entonces mi marido prefirió salir, pretextando haber estacionado mal el auto que la tía Hayath nos había prestado.

Mme. Claire me ofreció un cigarro tabaco negro sin filtro, y arrimó un cenicero de cobre labrado. Acepté, forzada por las circunstancias, no quería ofenderla en lo más mínimo. Ella encendió otro. Le dio una gran aspirada y continuó… La vecina de tus abuelos allá en Damasco, esa vecina era una mujer muy rubia, muy guapa, muy abierta y muy... Estaba casada, tenía dos hijos uno de siete y otro de tres. Cuando tu abuelo la conoció se enamoró irremediablemente de ella. Aquella mujer rubia del piso tres lo enloqueció enseguida. Tanto, que él ya no quiso saber nada de su esposa ni de su hija tampoco de la criatura que llevaba en sus entrañas. Huyó con la vecina y vinieron a Beirut dejando a tu abuela embarazada…

…No se sabe a dónde vivieron… no… Si yo no lo sé, no lo sabe nadie, dijo Claire vanidosamente. Cuando tu abuela dio a luz y él se enteró que había tenido un hijo varón, regresó corriendo por él. Pero tu abuela le había ganado la delantera. Cuando tu abuelo llegó, apresurado por la noticia, ya le habían hecho el *Brit Milá* a tu padre y lo llamaron Isaac, como el padre de ella, de tu abuela… Creo que fue su mejor venganza, dijo Mme. Claire… Y quien se rió fue ella, al poner el nombre de Isaac, Yitzhak, que en la Biblia significa: Sonrisa de Dios o la risa de Abraham quien tenía cien años cuando Sara su esposa de noventa años, le anunció que estaba por tener un hijo. Abraham se 105

atacó de la risa. Ayayay, ¿te sabías eso? dijo la poetisa, pues allí lo tienes el nombre de tu padre.

Fue buena su venganza, no te parece, la venganza de tu abuela fue una cachetada con guante blanco, así como te lo digo. Tu padre debería llamarse Abraham. Pero No… y te digo una cosa, él hace honor a su nombre, al igual que todos los nietos quienes llevarán el suyo… el único varón, Isaac, hijo de Toufic Khabié. Sus descendientes portarán orgullosamente ese nombre que le retribuyó dignidad y le dio una efímera alegría a la vida de tu abuela… Tu pobre abuela, quien de pronto se vio descasada y tristemente abandonada y sola.

Entonces Claire la poetisa, encendió otro cigarrillo y me ofreció uno. Ella fumaba haciendo del vicio un placer tal, que contagiaba el gusto por el tabaco. El cigarro completo, hasta que la ceniza alcanzó sus amarillos dedos. Luego se quedó pensativa y callada. Parecía disfrutar de contarme en abonos la historia que tanto me interesaba. Se alzó y le agregó más azúcar a la mermelada, también un poco de esencia de azahar, entonces el aroma inundó la casa toda, volatilizaba sentimientos, destilaba las lágrimas de la abuela solitaria.

¿Hasta qué punto era verdad o sólo invención y fantasía de la poetisa?

Volvió a la pitillera y me dijo mirándola con afecto, porque provenía de mi padre y porque en verdad le había gustado. Mas ya había desistido de ella… Llévatela, disfrútala*, titthanni-fiyà*, me dijo. Y me dijo cosas y bendiciones en ladino, porque sus padres eran de Esmirna y ella también vivió un tiempo corto en Turquía. 106

Luego como si de pronto se diera cuenta, fue por su libreta, le arrancó algunas páginas y dijo: Conque tu padre ya habla español. ¡Por fin entenderá mis versos! Dáselos.

Pero antes de entregarme las hojas, recitó los versos, contenta de sí misma y de su idioma. Feliz y orgullosa, disfrutaba su creación. En esos momentos, más que libanesa me pareció española. Se paró, caminó… y su caminar adquirió la gracia propia de un artista.

*… Si no arivo a pintar todo lo ke yo veyo,Komo puedre ser un pintor komo lo dezeyo?Kuando veyo una lagrima en kara palida,La pena me s’esta gravando por toda la vida.Kon ke kolores puedo mis sentimientos pintarlos? Kon ke kayentura se ariva a ekspresarlos?*

Y Mme. Claire siguió leyendo su larga poesía. Mucho tiempo después, supe que aquellos versos no le pertenecían.

A ese punto, Mme. Claire sintió la necesidad de estar sola. Quiso terminar con el relato y lo hizo apresuradamente. Pues se casaron. Tu abuelo y la mujer blanca que nunca más lo soltó, y reinó sobre él. Al poco tiempo, él fue por tu padre a Siria, se lo raptó y lo trajo a vivir a su casa.

Y vivieron en Damasco y luego vinieron a Beirut.

Entonces, siguió la poetisa, entonces tu padre vivió los cuentos de hijastros y madrastras, junto a los dos hijos de la mujer blanca y las cuatro hijas de ambos.

… Y tu abuela… Tu pobre abuela fue arrojada al mar, así decían cuando las mandaban a América. Tu padre se pasaba la mayor parte de su tiempo refugiado en casa de 107

su abuela materna, Altún. Eso me decía él cuando a veces venía a tomar un café y conversábamos un poco de literatura y otras cosas. Ya para entonces había alquilado un amueblado. Él es muy culto. Leía mucho. ¿Sigue leyendo?... Pero ya no te cuento más.

¿Y mi abuela Tere? me atreví a preguntar.

¿Qué clase de pregunta es esa? contestó la poetisa ya enojada *wlek shu-biarifni,* Qué sé yo, la mandaron hasta *ajr il dinie*, hasta el fin del mundo.

Me despedí de ella no sin antes depositar la pitillera de plata en la bandeja junto a las tazas de café. Ella de pronto avanzó una mano sobre mí, me recorrió los senos ¡Qué es eso! exclamó, ¡No tienes nada! ¡Nada! ¡*abadan*! Entonces sentí que mis senos se encogían, se hacían más pequeños hasta casi desaparecer.

Me afligí mucho pensando que mi padre estaría muy indignado conmigo por haber descubierto el triste y amargo secreto de su infancia. Contengo las palpitaciones de mi corazón… Yo no fui destinada a investigar verdades, mas la vida quiso venir a mi encuentro. ¿Cómo traducir el profundo silencio del encuentro entre dos almas?

Y sin esperar a que mi marido viniera a alcanzarme, salí de prisa. Tenía que reconstruir mentalmente toda aquella historia que me conmovió hasta las lágrimas. Lloré al comprenderlo. Porque en cuanto Mme. Claire habló de la abuela Altún supe que era verdad, que la historia que contó la poetisa era real. Porque una vez, una sola vez mi padre pronunció ese nombre; creí haber escuchado Antun, y él explicó que era el nombre de su abuela. No dijo más.

Después de que mi padre se fuera a un mundo mejor, leí en su diario: 108

*No dije el Kaddish por ella*

*Nací de sus entrañas, me amamantó su pecho*

*Viví separado de ella, un océano nos separa*

*Las tinieblas me envuelven. Mi llanto agoniza.*

19

Entonces mis padres

Entonces mis padres se encontraron. Unieron sus vidas y se complementaron. Ella, huérfana de padre, él, huérfano de madre. Y con ellos una larga historia en la cual cupimos todos nosotros, sus seis hijos.

Era la noche del *R*é*veillon*. Mi madre se arreglaba de forma muy especial para esperar la llegada del Nuevo Año. Le ayudé como era mi costumbre con su brassier largo y su apretado corsé que violentaba cada detalle de su naturaleza. Se perfumaba con *Bourgeois, Soir de París* que cuidaba como si fuera oro, la botella de cristal tan azul como la noche, y la tapa dorada centelleaba como las pupilas de mi madre al usarlo.

Mis padres habían acordado salir con algunas parejas de amigos. Recuerdo que yo, la mayor, quedaba a cargo de todos los niños, tanto de mis hermanos como los de la pareja de amigos. Recuerdo que me sentí realmente abrumada por ese cargo, aunque me revestía de responsabilidad y de una imagen muy pomposa; porque ellos creían que tenía yo la capacidad para cuidar a siete niños más revoltosos que los fuegos artificiales. ¡De qué complejas incomprensiones está hecha la comprensión que los otros tienen de 110

nosotros! Si recuerdo bien aquella noche, es porque me las vi negras con tanto niño que gruñía y lloraba.

¿A dónde iban mis padres aquella noche? Su mejor broma era decir que se iban *au Lion d’or* cuando ese lugar era *au lit on dort.* No creo que hubieran ido a ningún antro. No. Habían tomado unos boletos para ir al teatro. Era el primer musical de Fairuz, la cantante cuyo nombre significa “turquesa”. Pero mis padres y sus amigos no tuvieron que ir hasta Baalbeck, fueron al teatro en Bab-l-Driss, para ver la actriz y cantante en la obra *Ayyam l’Hassad “*Los días de la cosecha” … y junto a Fairuz, le cantaron al amor, a la nostalgia, a las vidas en las aldeas y a todo lo que contiene el alma del Líbano.

Cuando regresaron a casa, ya de madrugada, yo seguía atendiendo niños y recogiendo todo el desorden y desbarajustes que habían hecho los niñitos. Sus amigos olvidaron darme las gracias por haber cuidado a sus hijos. Pero la felicidad de mis padres era tan grande que sentí que había valido la pena tanto dolor de cabeza. Además, mis padres salían muy pocas veces.

Mientras tanto, en España y en México Sarita Montiel enloquece a todos con “*El Último Cuplé”,* “*Fumando espero*” y “*El Relicario*” … En tanto, Estados Unidos detona la bomba de hidrógeno *Boltzmann* sobre una torre de hierro, y Dwight D. Eisenhower jura como presidente para un segundo mandato…

Y en tanto sucede todo eso, yo con mi voz de niña ronca y desentonada… Porque me gusta, me fascina cantar, aún ahora cuando voy sola en mi auto sin marido ni chofer, canto al viento libre *I’m alive,* y me siento vivir como 111

Céline Dion. Bueno, la verdad es que cuando estoy con mi marido todavía lo hago pero cuando me doy cuenta de que él me está escuchando entonces, con la misma timidez de mi infancia, bajo el volumen de mi voz hasta callar por completo. Y automáticamente me miro al espejo del carro, observo el lunar rojo que tengo en el párpado inferior de mi ojo izquierdo y me digo: No, no ha desaparecido. Y escucho la voz de mi hermano el doctor diciéndome con su característico y fabuloso sentido del humor:

¡Te gustan tanto las joyas que hasta en el párpado te salió un rubí…!

En Nahr Ibrahim mi padre depositaba la sandía para que se enfríe. Llevábamos la merienda envuelta en hojas de lechuga y pan árabe, y nos sentábamos a las orillas del rio junto a tantos otros libaneses y turistas del mundo entero. Nada de Evian ni Tehuacán, agua pura del mismo manantial.

¡El agua es un don divino, es la bebida que calma la sed del alma!, dice el poeta.

Era nuestro picnic, así como los que haríamos posteriormente, tantas veces en México, en el Desierto de los Leones o en los Valles del Conejo y del Silencio. Rodeados de árboles y naturaleza, asábamos el *kufta* y las costillas de res… Los hombres tomaban cerveza Modelo y nosotras Chaparrita del Naranjo o Sidral Mundet. Luego dábamos un paseo a caballo. Mi padre estaba tan feliz como cuando íbamos a Nahr Ibrahim. Respiraba libremente, le cantaba a la naturaleza ¡Esto sí es vida! decía. Y encendía su Raleigh con filtro, y sí, ¡lo disfrutaba todo, familia, cigarro y naturaleza! 112

Escuchábamos tanto música árabe como la de mariachis, los Boleros de Los Panchos y la música de los Beatles… Mi madre y Teta Eishe preparaban alambres de carne. Yo, con marido e hijos… mis hermanos todavía solteros.

20

Pero regresando a las libanesas. Por lo tanto, las mujeres debían ser gordas y lo eran. Y mientras más maduras más gordas. Su cara tenía que ser *mitl-il-amar* y lo era, tan redonda como la luna llena. Y cuando aparecían las canas se las teñían con *hanne;* hoy en día se usa de nuevo la henna, producto natural orgánico. Los ojos eran pintados con Kohl; se pasaba la varilla dentro del ojo y las mujeres adquirían pinta de beduinas, y a falta del rímel que en aquel entonces no existía, se enroscaban las pestañas con una cuchara para enchinarlas. Eso sí, el polvo era muy necesario. Sacaban su *poudrière* de porcelana, se empolvaban la nariz y la frente y se volvían a pintar los labios con el lápiz labial rojo encendido, el único color, todas igual. Luego se agregaban un lunar que las hacía verse más interesantes y a la moda… Y listas para salir a la fiesta o a la boda, porque se arreglaban solamente en ocasiones especiales, se ponían el sombrero como el de mi madre, con el cual aparece en una foto en su tocador; el sombrero de media ala con *filet,* redecilla que dejaba caer sobre sus ojos.

A mi abuela nunca la vi con sombrero. Sólo se ponía el kohl en los ojos, las pulseras de oros que yo heredé, sus aretes de brillantes chiquititos y largos, diamantes apagados montados en oro casi negro; esos aretes le tocaron a mi hija… Pues mi abuela, con el eterno vestido negro y el prendedor de fantasía que brillaba más que los diamantes verdaderos, era la más distinguida y hermosa. Yo las observaba engalanarse y esperaba con ansia el momento de que ya fuera mi turno para verme igual que ellas… aunque estaba segura de que nunca sería tan guapa como mi abuela y mi madre, es más, pensé que sería fea. Y es que, cuando nací, mi madre creyó que me habían cambiado en la cuna del hospital ¡tan morena y sin ningún parecido a ella! ¡No podía ser su hija!

Y esta primera mirada, proveniente de los ojos de mi madre, me persiguió siempre. Sentí que había yo nacido sin motivo… pertenecía a la vida, mas no a mi madre. Pero bueno, todo cambia. Yo también cambié. Ahora es mi madre quien me dice ¡Cuánto nos parecemos!, ¡Mucha gente me confunde contigo!

Y entonces se iban a la fiesta. A mí sólo me llevaron una vez. Era una boda en la cual habría una fiesta con bailarinas árabes y todo un festejo oriental. La boda de la prima Eva, la prima más joven de la Casa Grande. Yo acompañaba muchas veces a Eva al cine, y por eso me llevaron, porque Eva y yo llegamos a ser amigas. Al menos así la consideraba yo. Eso creo.

Por primera vez vi a las bailarinas en persona. La ceremonia religiosa se llevó a cabo en la Sinagoga Maguen Abraham. Posteriormente, los invitados se pasaron caminando a la Casa Grande donde tenía lugar el banquete de bodas. Mesas largas corridas, *maza* sobre todas las mesas, mucha comida, mucha bebida, corrían el arak y la generosidad libanesa... Y comenzaron a desfilar los vasos de cristal 115

con el *shrab* de almendra, tan blanco y puro como la novia. El *ghazlel- banat* o pelo de novia, un dulce muy apreciado porque es muy elaborado y delicado, es algo así como el algodón de azúcar, pero totalmente blanco y relleno de pistache. Se dan siete *diafe*, es decir siete dulces, porque el número siete expresa abundancia. Los novios son recibidos con aplausos de los presentes, todos de pie, bailando y aplaudiendo, caminando con los novios al son del *dirbakke* hasta llevarlos a la mesa. Durante la cena siguen cantando, y después, ya muy tarde, para que la gente se quede más tiempo y la fiesta dure hasta la madrugada, llegan las *Belly dancers* corriendo al ritmo de la música. Haciendo un baile de lo más sensual, alzan el vuelo sobre la pista improvisada, al quitar sillas y mesas. Una verdadera velada oriental, tan deliciosa como los manjares libaneses. El aceite de oliva flota sobre los platillos adornados por hojas de yerbabuena y aceitunas negras, tan negras y grandes como los ojos de las mujeres de este país. Después de muchos vasos del más puro arak, el novio se para a bailar, servilleta en mano…

A Justine, prima de Eva le gustaba bailar. El baile era su vida. Justine, sentada junto a Eva y a las amigas de esta, quienes aplaudían al novio con euforia, alborotadas por su baile… De pronto Justine, como si alguien la jalase a la pista, se quita el cinturón de cuero bajo el cual tiene enrollado y oculto el Caderín de gaza color esmeralda con monedas y cuentas colgantes, ajusta la prenda a las caderas, se quita los zapatos, se coloca los platillos metálicos en los dedos del corazón y el pulgar y comienza a contonearse… sinuosamente, cadenciosamente, sensualmente, anulando de golpe y borrón a la *belly dancer* en turno, quien se retira enseguida, desplazada.

Al bailar, Justine crece. Se libera física y espiritualmente, creando con su baile ondas que simulan las dunas del desierto. Apoyando firmemente los pies desnudos sobre el suelo, alternando movimientos rápidos y lentos… las caderas adquieren entonces un ritmo sin igual. El vientre, a pesar del vestido, se mueve en un vaivén propio de las olas del mar. Los brazos, las muñecas de las manos perfumadas para ese propósito, provocan al moverse el aroma digno de la flor de jazmín. Sus cabellos ondulan y ella embellece. Embellece hasta convertirse en una sorprendente beldad. El espíritu de su baile, unido al embrujo de la danza, y ella sacudiendo su frondosa cabellera como si fuera a entrar en trance…

Regularmente Justine baila en las fiestas. Apenas escucha una tonada árabe el cuerpo le comienza a picotear. Y si alguien le decía: baila, Justine, anda, baila. Ella no se hace mucho del rogar. Siempre provista de su *caderín* que lleva en la bolsa por si acaso. Y a la primera insinuación se alza, lista para exhibir con gracia su hermosura su *savoir-faire* en estos asuntos de baile. Las miradas todas hacia Justine, sensible, de piel cobriza, collares de monedas. Envalentonadas de pronto, se paran varias mujeres a bailar con ella, copiando sus pasos, imitándola. Pero ella derrama gracia y salero. Con su cinturón ondulante y nacarado, Justine danza como si la música fuera algo sagrado, baila al son de la flauta que hechiza. Rémon, su marido, primero la observa bailar. También observa los rostros de quienes la admiran y se siente orgulloso de ella. Y pronto se abalanza a la pista y ya está junto a ella. El porte árabe dominante, las Liras en fajos asoman por las bolsas abultadas del pantalón. Baila con su mujer. Agita el bastón de madera del 117

cual ella se apodera para ejecutar otros pasos y malabares, los hombros y senos en movimiento perpetuo, las caderas y el vientre como un oleaje. Rémon baila el *Dabke* como lo hacen los hombres libaneses, tapiando el suelo con sus zapatos, sellando el piso con su ritmo propio, zapateando, acompañado por las palmas y las exclamaciones de los asistentes. Luego saca los billetes de su bolsillo y las barajea en forma de abanico como si fueran cartas, sobre la mujer que ama y que le pertenece, exclamando ¡Por tus negros ojos!...

El cuerpo de Justine se inclina, se prolonga apasionadamente. Los que gustan de bailar, cohibidos por su gracia, deciden hacer un circulo a su alrededor y aplauden en vez de bailar. Sí, era la reina.

Y su danza maduraba con cada actuación, seguía creciendo como tal. Ella no sudaba… brillaba.

Yo la admiraba, extasiada. Justine era la bailarina auténtica, innata, no la *Belly dancer*. El baile la purificaba. Purificaba sus sentimientos, sus amores y sus odios, nacía de sus entrañas y no del aprendizaje. Era la transformación que se generaba en ella, transportada por el éxtasis de los sentidos, como si en ello se le fuera la vida. Era el reflejo de su esencia… Era como si soñara con los pies.

Por primera vez entendí el poder de la belleza a través del arte de la danza. Mi madre me jaló del brazo. Ya es suficiente, ahora te vas a dormir al cuarto de la abuela. Más tarde en el tiempo, cuando una vez bailé en Marrakesh, recordé a Justine, y mi danza fue, por decirlo así, un arrebato de la infancia que el tiempo me había arrancado.118

21

Al cine Eva y yo, antes de que ella se casara, por supuesto. Ella invita, paga por las dos. Para mí es un gran evento. Las películas egipcias me encantan por románticas y por la musicalidad del idioma árabe en su tonalidad egipcia*…*Vamos al cine Rívoli en el Bourj.

Eva me lleva todos los sábados por la tarde. Paga todo, hasta las pepitas negras que trituramos con los dientes causando un escándalo que a los vecinos de butaca no molesta, pues ellos a su vez hacen lo mismo. Dos películas por función.

Censuran los besos en el cine, aunque se les escapan algunos. Se besan demasiado en la pantalla grande. El humo de los fumadores bloquea parcialmente la escena erótica. Algunos chiflan, otros lanzan suspiros y más suspiros cuando se muestra al desnudo parte del cuerpo femenino. Otros roncan. Hay mujeres que amamantan a sus bebés, hay viejos rabo-verde que manosean a la chica de al lado… otros bailan sobre el asiento copiando a Sylvana Mangano con la canción del Negro Zumbón, que aunque suene increíble se presenta también en el Líbano *¡Tengo ganas de bailar al nuevo compás, Dicen todos cuando me ven pasar ¿Chica dónde vas? Me voy p’a bailar ¡el bayón!…* Por allí se escuchan insultos al camarógrafo, quieren que repita la escena del baile… luego francas carcajadas con la119

aparición en pantalla de Charlie Chaplin. Y al final de la película la gente aplaude entusiasmada… y la catarsis que se desató entre lágrimas y risas se extiende a toda la concurrencia y se escucha el sonarse la nariz, estridentemente.

En el cine la gente olvida sus desgracias y sus miserias al ver las estrellas como Greta Garbo y Tyrone Power, al ver su tristeza y dolor dejan de lado el suyo propio.

No sé por qué Eva quería que la acompañase, no es que me quisiera tanto; creo que su madre no la dejaba ir sola y ella era muy tímida, no le conocí una sola amiga. Yo tenía diez años pero representaba más. Aunque no había problema de edad para que te dejaran ingresar *au cinema*. Las películas no eran clasificadas para adultos o para todo público. Todas eran censuradas, mutiladas severamente, vedando todo el contenido sexual, político y religioso que pudieran tener, arregladas de acuerdo con la educación conveniente a la ciudadanía.

El boleto cuesta según el lugar, los *fauteuils* casi lo doble. Y esos son los nuestros, porque Eva no escatima en el cine. Este sábado pasaron la película *Sharia el Hub* con Sabah y Abdel Halim Hafez. Me cautivó la *Shahroura*. “La cantante de las aves” como llaman a Sabah, conquistó mi corazón con su canto poético… Ella, al igual que yo, nació en Aley. La Diva del mundo árabe cautiva no sólo por su voz sino por su audacia, sus nueve maridos y sus cuatro pasaportes. Respiré por ella. Me impacienté cuando ella mantenía heroicamente una sola nota por más de un minuto a la hora de interpretar el *Ataba.*

Sabah arrancaba suspiros en las damas, querían imitar su pronunciación*,* sus modales, su ropa y su peinado… 120

todas quisieran estar en su lugar y que se enamorase de ellas Abdel Halim. En los excitados hombres, ocasionaba una exagerada necesidad de fumar porque de repente brillaba la flama que enciende el cigarrillo, y algo más… Y muy pronto la sala se impregnaba de humo. El ruido al triturar las pepitas cesaba para dar lugar a los lloriqueos…

Para mí fue el principio de un mundo mágico y perverso a la vez. Un mundo que comprende todos los sentimientos humanos y que me provocaba un nudo en la garganta. Salía tarareando las canciones y Eva se sonaba la nariz, todavía emocionada con el desenlace de la película y…

¡Un disparo, por Dios!, eran disparos… uno más, y otro y otro…

En casa, mis padres permanecen pegados a la radio, escuchando palabras que hielan la sangre. A la cama !A dormir! Me mandaron a dormir. Pero ¿qué pasa? Díganme, qué pasa. No es cosa de niños. A la cama. Recargué mi oreja en la puerta de la recámara, las repetidas veces que escuché Nasser, mundo musulmán, Chamoun no aceptará….

Al día siguiente, manifestaciones. Todavía tengo presentes las voces de los que gritaban *falastín bladna wil yahud klabna,* y el miedo corría por mis venas, vociferaban: ¡Palestina es nuestra tierra y los judíos nuestros perros! Ese grito me produce hasta la fecha… Me sigue produciendo escalofríos.

El mismo miedo cuando dos años atrás visitamos Siria… el miedo en Dubai en las dunas del desierto, a media noche con el chofer de turbante que se comunicaba por celular con alguien sin dejar de mirarnos por el espejo retrovisor… el miedo… el miedo al llegar al hotel y no 121

encontrar nuestro itinerario de viaje que había yo dejado sobre la cama, nos lo habían robado, sabrán exactamente nuestra ruta, la hora, todo… el miedo cuando no encontré a mi amiga Silvia en la mezquita de Damasco, unos jóvenes sirios la tenían en mira todo el tiempo…

Todavía hoy tengo pesadillas, velos negros, pasos furtivos, pies descalzos, mendigos ciegos con sus escudillas de metal y su bastón, choferes con turbante…

Cuando nos preguntaban el motivo de nuestra salida del Líbano, reconocíamos sin pensar siquiera, ya que habíamos aprendido el argumento de nuestros padres; decíamos que dejamos el Líbano porque había guerra entre musulmanes y cristianos y nosotros los judíos estábamos siempre en medio ¡entre la espada y la pared! …

Muchos años pasaron, muchas cosas pasaron para que yo supiera exactamente lo que había ocurrido:

El Cairo, 1958. Egipto y Siria se unen para formar La Liga Árabe Unida siendo el presidente de la misma Gamal Abdel Nasser. Los musulmanes libaneses, animados por el emergente nacionalismo árabe de izquierda y apoyados por los radicales pequeños burgueses *nasseristas,* quienes querían que el Líbano formara parte de la Unificación Árabe, vieron en aquel momento la oportunidad de “liberar” el país del dominio cristiano y quedarse con el poder.

El entonces presidente libanés cristiano Kamil Chamoun, asumiendo el peligro que amenazaba, pidió a Eisenhower su ayuda. La intervención de EE.UU. no se hizo esperar. Los *U.S Marines* llegaron a las playas de Beirut el 15 de julio…122

La luz envuelve la capital libanesa en su llama mortal, pálida y doliente. En las playas, las viejas hélices del crepúsculo dan vueltas en torno a los ataques y las agresiones… Fue el comienzo de la primera guerra civil libanesa. Y fue el origen, como lo fue el de muchas otras guerras, en las tierras del Mediterráneo mil veces cubiertas de sangre, de conflictos y venganza… el Mediterráneo, el mar de cada uno, il Mare Nostrum, amenazador y peligroso ruge en un sonido incomunicable, un movimiento solitario que pasa a ser una tempestad y con ello la rotura de los sueños.

El Estado de Israel que ya tenía diez años de vida abrió sus puertas a todos los judíos que quisieron refugiarse en él. Entre los que emigraron a Israel estaban mi abuela y mi tío Salmo, hermano de mi madre con su esposa Lily. Muchos *Beirutis* se fueron a Francia, a los Estados Unidos, otros a Brasil…y los menos a México, como lo hicimos nosotros, dos años más tarde.

Mientras tanto, ese mismo año, en la Unión Soviética Nikita, Jrushchov se convierte en primer ministro.

En Cuba, el guerrillero Fidel Castro realizaba su primera alocución en Radio Rebelde pidiendo redoblar los esfuerzos en la lucha contra la tiranía de Batista, pregonando que la Patria sería libre o en ese empeño caería hasta el último combatiente.

En Roma, comienza el cónclave para elegir un nuevo pontífice tras la muerte del Papa Pío XII, eligiendo a Juan XXIII

En México, Adolfo López Mateos toma posesión como presidente para el mandato presidencial 1958-1964.123

En Francia, el militar Charles de Gaulle es elegido por referéndum, Presidente de la Quinta República.124

22

*Falastin bladna wil yahud klabna!* Y todo comienza con palabras. Nuevas palabras que se instalan en nuestra alma, en nuestra mesa… palabras abominables que engullimos y que se meten en nuestros cuerpos, en nuestras camas, en nuestras pesadillas… Me aterré, me aterré hasta los tuétanos, porque me di cuenta de hasta qué punto podría llegar el emponzoñamiento provocado por siglos y siglos de odio latente, esperando cualquier provocación para desencadenarse. En mi memoria a veces retumban aquellas palabras, pero no sólo en la memoria, hoy mismo en las noticias de la televisión siguen vigentes estas palabras de odio, sigue la furia persiguiendo otras furias en el mundo entero. Aquellas amenazas permanecen cubiertas por una costra maligna, venenosa, compuesta por una mezcla de conspiración y muerte.

A este punto, el miedo me llega hasta la punta de los dedos… Mi letra se vuelve ilegible y desordenada, al igual que mis pensamientos. Quizás por ello mi resistencia de tantos años… Tanto tiempo para encontrar el valor suficiente y hablar de mis miedos en primera persona, sin ocultarme detrás de mis personajes, lo cual hice a lo largo de los ocho libros anteriores… Porque en aquel tiempo, mi Yo desaparecía bajo la piel de Aïnda Zoll, la joven portuguesa en 125

busca de sus raíces judías, en mi primera novela *Los Ojos de los Ojos.* En mi cobardía de entonces me escondí detrás de la iraquí, Nadia, o de la china Ini, también de Omar y Abu Aziz en *Entre el Torrente y el Pedregal.* Fui Clarice, la mujer engañada en *“La Prima*”, fui Joächim y Mila… Fui Clara y Gina en un *Preludio Llamado Brahms,* Fui la Madre, la Hija, La Nuera, La Amiga, en los cuentos *Bonsai* y en *El Otoño es una segunda Primavera,* y fui *El Padre* y Aneshka, en mi novela del mismo nombre…

Ahora me quitaré todas las máscaras. Decidí escribir mi historia tal cual, porque yo *Nací en el Mediterráneo* y si tengo la valentía, si puedo transmitir mis vivencias, en tal caso la voluntad puede dar órdenes a la inspiración.

Mi padre siempre quiso llamarme Tere como su madre. No lo hizo. Quizás porque no quiso que yo corriera la misma suerte que ella, abandonada y tirada al mar. Me llamó Stella, un nombre a la moda en la Europa de aquella época. Me llamó Stella, pero algo en su interior le provocó durante años un sentimiento de traición hacia la mujer que le dio vida. Entonces, secretamente, me llamaba Tere… Tartura, él tarareaba al cantar alguna de las canciones que le gustaba inventar. Y la familia entera se regocijaba llamándome Tura, como si el nombre fuera peyorativo, ofensivo o parecido a alguna palabra… me hacían *bullying,* me molestaban… yo era Tura, la niña gordita de cachetes púrpuras, la que comía *garabij* y pan con *dibiss*…*.* Pero al llegar a México me restituyeron mi nombre y nos olvidamos del apodo- diminutivo fantaseado.

Y cuando nació una de mis nietas que le correspondía llamarse como yo, mi hijo estuvo en un dilema: ¿cómo voy a ponerle Stella si ese nombre significa Tere que es lo 126

mismo que Esther, mi esposa? Entonces mi padre lo llamó y le dijo: tu madre no se llama Tere, entiéndelo, ella se llama Stella… yo no quise, o no pude, ponerle el nombre de mi madre y entonces escogí Stella.

Y a la insistencia de mi hijo, mi padre se encolerizó de tal forma que le dijo; ¿qué quieres? Llámala como te de la gana, ¡quieres ponerle Petronila, ponle Petronila! pero tu madre no se llama Tere, se llama Stella y así debes llamar a tu hija, porque Stella…

…Stella es el astro de la noche y la estrella de la mañana que brilla e ilumina con su luz propia, dijo mi padre en aquella ocasión.

Esas mismas palabras les repito a mis cuatro nietas, Stella: *c´era una stella che danzava e sotto quella sono nata…* y en consecuencia, tenemos entre nosotras una estrella más que compartir.

Pues me di a la tarea de escribir ésta, mi historia, sin tapujos ni disfraces de ningún tipo. Sin agresividades, provocaciones ni venganzas. Todos los desengaños o rencores de entonces me parecen tan minúsculos, que no ocupan de ningún modo mi pensamiento ni contaminan mis ideas.

Cuando pienso que en mi familia, seguramente desaparecerá para siempre mi idioma natal… porque indudablemente morirá conmigo, salvo ciertas expresiones que heredamos de mis padres y que usamos todos, inclusive los nietos y los amigos… Tal vez desaparezca mi idioma en mi familia, pero al menos quedarán aquí plasmadas algunas de mis experiencias que quizás sean del interés de quien decida leerme.127

Son tantas las cosas que ignoro de aquel tiempo. Cuando trato de visualizar una situación difícil se bloquean las imágenes, hay un silencio absoluto. Tengo un bloqueo mental… Hay imágenes que se perdieron para siempre, tal vez debido a mi falta de edad y a mi corta memoria, o puede que quiera yo inconscientemente borrar las cosas que me hicieron sufrir…

… dicen que “el recuerdo de felicidad ya no es felicidad; el recuerdo del dolor es todavía dolor”…

Y por lo tanto, acudo a la noche libanesa que tiene aroma de jazmín, al eco de la música más desgarrante y dulce a la vez. Recurro al Mediterráneo que siempre me responde… Acudo a mi madre que tengo la suerte de conservar, y que parece aguardar el momento de ser convocada para responder. Acudo a mi hermano Toufic, más chico que yo, pero que me aventaja en sensibilidad y agudeza porque él tiene una memoria privilegiada y posee, lo que yo llamo ¡el corazón inteligente! Mi acelerado corazón late al reconocerlo.128

23

Mi abuela nos esperaba a mis hermanos y a mí, de pie, junto a la ventana.

La mujer de la ventana es una mujer angustiada, preocupada, impaciente por ver llegar a sus nietos de alguna parte de esta monstruosa ciudad de millones. Ella espera, las manos juntas y el pañuelito bordado que a momentos aprieta entre sus dedos entumecidos. A veces hasta muy tarde mientras mis padres duermen tranquilamente, mi madre reforzada por la vitalidad de la abuela, confiada en que la abuela cuidaría siempre de nosotros, aunque fuera con el pensamiento.

La mujer de la ventana, labios crispados, siempre habitada por la inquietud, mira furtivamente la calle con su mirada lánguida y febril. Espera, así como esperó y esperó a su marido quien salió un día a trabajar y nunca más volvió.

La mirada de mi abuela se aplacaba sólo cuando ya estábamos en casa.

Ahora soy yo la mujer de la ventana, no en las mismas trágicas circunstancias, gracias a Dios, pero soy la mujer llena de preocupaciones y pensamientos angustiantes. Yo me ocupo del mundo. Me preocupo del futuro. Mi obsesión es ser la cuidadora del mundo. Dirigir el mundo es 129

mi tarea, mi delirio y mi falta de reposo. Si yo fuera yo, nuevamente, no haría eso. Daría todo y confiaría el mundo al mundo y el futuro al futuro, aunque el mejor profeta del futuro sea el pasado.

Algo grave le pasó a mi tío Salmo en aquellos días de manifestaciones y cóleras en el Líbano. Algo le hicieron, le pegaron o amenazaron con matarlo, le arrancaron su *Jai* símbolo de vida en hebreo, la medalla que llevaba al cuello y lo atemorizaron profiriendo contra el judío… porque él de pronto dijo: me caso con Lily y me voy a vivir a Israel. Él era un joven apuesto, alto, fornido, parecía Valentino en su mejor época. Era trabajador, un *abaday* y no digo que fuera un hijo mimado, porque no lo fue. Al morir su padre, él tenía dos años y vivieron en la Casa Grande. No sé mucho de su infancia. Nadie hablaba del pasado. Sigue siendo muy guapo y muy trabajador, muy bronceado. Poseía una tiendita de abarrotes en el mercado, creo que ya la vendió. Vi a mi tío Salmo hará un par de años. El dedo meñique agachado para siempre, su pelo ralo y blanco, pero con toda la pinta de un *beck*, un caballero. Sigue muy erguido, camina rápido a pesar de su dolor de rodillas y entre él y la tía Lily llevan su casa a la perfección, muy ordenada y limpia y los viernes en la noche reciben a sus hijos y nietos para la cena de Shabat. Él le ayuda en los trabajos domésticos porque la tía siempre ha tenido problemas de varices, además la embarga una tristeza profunda y una cierta melancolía. Al irse a vivir a Israel dejó atrás a sus padres y hermanos, todos de muy buena condición económica. Después de la guerra su familia se desparramó por el mundo. Sus hermanas, una en Brasil, ¿la otra?... Mi madre tampoco sabe a dónde fue 130

la hermana de Lily. Sus hermanos están en Milano, son joyeros, trabajan en el oro italiano.

Mis tíos fueron de los primeros *Beiruties* en abandonar el país. Salieron de Beirut en el 58. Se casaron en la sinagoga Maguen Abraham. Recuerdo su boda. Mi madre conserva la foto, colgada junto a muchas otras en la galería de la salita; una pared completamente tapizada de fotografías de hijos, nietos y bisnietos en el día de sus bodas.

Cuando le preguntaron a Salmo ¿Qué pasará con tu madre cuando te marches? Me la llevaré conmigo, dijo. Y así mi abuela viajó también. Me dolió mucho su partida.

Las noticias que llegaron al poco tiempo no eran nada gratas. Mi tío había aterrizado en aquel país con las manos vacías y con dos mujeres, su esposa y su madre. Ellas sufrieron lo indecible, reclamaban su comodidad de antaño… mi abuela extrañaba su habitación en la Casa Grande y a Lily le hacían falta su familia y las comodidades a las cuales estaba acostumbrada ¿Por qué tenían que vivir en esas innobles condiciones cuando los demás seguían en Beirut, como siempre, como si nada? ¡Dónde había quedado su vida, su porte elegante, la ropa hecha a la medida por la mejor modista! ¿Por qué se habían ido? Lily nunca tuvo la oportunidad de estrenar su ajuar en ese nuevo país donde todos se apretujaban y apenas lograban cubrir sus necesidades primarias, ella no encontraría ni donde usar sus elegantes atuendos, ni a quien presumirlos. Hablaba de su pasado con desesperación y amargura, porque nunca olvidó. Nunca se olvida. Los sentidos añoran, los juicios se tornan patéticos, la mirada desvaría…

Y comenzaron los reclamos a mi tío y las reprobaciones… y empezaron las disputas entre las dos mujeres. 131

El tío no sabía donde meterse. No descansaba un minuto. Ellas se pasaban día y noche amargándole la vida. Los ojos claros del hombre se volvieron tristes. Y los tres eran muy infelices.

Esas fueron las noticias, las cartas, y fueron los ecos que nos llegaban. La durísima situación para los nuevos emigrantes en *Haaretz.* El calor, la falta de trabajo, gente anónima en este Israel incipiente, gente de todo el mundo, los *Olim Hadashim* hablando diferentes idiomas, todos delirantes, delirando por su país de origen, el país que dejaron atrás para encontrarse con aquel caos…y surgen las justificaciones, trágicas apologías, alegatos sin carácter propio, hasta la vergüenza… Sólo para soportar esa torre de Babel. ¿Cuánto tiempo? Había que esperar. Y mientras no dominaran un lenguaje común y mientras no pudieran trabajar e incorporarse a la vida y al idioma israelí… había que esperar pacientemente la luz de un nuevo amanecer.

En Beirut hubo quienes se alegraron con aquellas noticias. Hubo quienes se rieron de la situación de los que emigraron. Se mofaron de los que habían renunciado a todo un estatus social y económico, sí, se burlaron cruelmente de ellos. Se escarnecieron contra ellos sin piedad alguna. Por supuesto, quienes así lo hicieron fueron aquellos cargados de dinero, riquezas y bienes inmuebles y que no pensaban en lo más mínimo dejar todo y marcharse; a final de cuentas la guerra no les había tocado tan de cerca. Se consolaban diciendo que nada estaba pasando y que todo seguía igual. Y hubo quienes decían que los que se fueron al primer golpe de fusil eran unos cobardes y que estaban locos, ¡por lo tanto merecían esa vida de…! Les reprochaban el haberse 132

ido por su propia voluntad y orgullo, y haber decidido jugarse su propio destino y echarlo al azar cuando tenían en mano el juego ya ganado ¡Lo tiraron todo! ¿Para qué? ¿Para comer comida Kasher? Aquí tenemos comida Kasher, no necesitamos ir tan lejos a buscarla. ¿Para ir a la sinagoga? No sólo aquí en Beirut, también en Bhamdoun tenemos sinagoga, en Aley hay otra, hasta en Saida tenemos Ohel Yaakov ¡Qué cosa fueron a buscar a Israel, Haaretz… Ahha!

No era motivo de burla. No. Porque en aquellos momentos nadie de los sarcásticos, ninguno de los criticaron despiadadamente, pensó que llegaría el día en que se arrepentirían de no haberse marchado a tiempo…

Porque el volcán estaba por hacer erupción, y el humo que empezaba a exhalar pronto se propagaría a nuestras vidas. Y no tardarían en oprimirnos para que poco a poco nos fuéramos todos para siempre.133

24

Aquella noche estaba yo en el balcón. A lo lejos se oyen dos disparos y alguien que corre. Al día siguiente pasa la carroza fúnebre por la Rue de France, por nuestra calle. La comunidad entera lo llora. Mujeres vestidas de negro y pañuelo negro sobre la cabeza se lamentan se pegan el rostro se jalan los pelos y la ropa. No sé quien ha muerto, pero están todos tan conmovidos, que debe ser alguien muy importante. Dicen que tenía treinta años.

Yo no entendía por qué hacían tanto escándalo ¡tanto grito y desgarro por un viejo! A mí me pareció viejo aquel de treinta años. La misma edad tenía uno de la comunidad cuando lo secuestraron aquí en México, lo asesinaron y aventaron en la cajuela de su carro… Para mí, en aquel tiempo no tan lejano, el muchachito de treinta años era solo un niño. Todo es en relación con la edad que se tiene. De la misma forma se miden los sentimientos y las emociones.

Las mujeres se lamentan, “Aaaayyy perdido para ti mismo, segada la flor de tu juventud” las estrofas repetidas tan necesarias en todos los entierros… pobrecito, *ya haram* era tan joven… proferían en versos la tragedia ante la cual el destino se vela.

Sobre el féretro que desfila por nuestra calle, distingo de pronto a nuestra vecina del segundo piso. Ella es 134

de Alepo, muy religiosa, sus seis hijos la vuelven loca de tan traviesos, pero ella en vez de maldecirlos les grita palabras hermosas, buenos deseos! Su padre, que los case, que se regocije de sus alegrías! y la vecina somete a sus hijos a golpes. Pues el padre ya no podría regocijarse de verlos casados, ya estaba en el ataúd, y la mujer se desgarraba.

Sólo entonces comprendí el sentido de la muerte. Porque a ese hombre a quien todos lloraban, yo lo conocía. ¡lo conocía! ¡era nuestro vecino!

Me estremecí. Igual como cuando leí a Víctor Hugo, Lamartine y Musset, cuando se me abrió el corazón que de otra suerte permanecería impenetrable a la tragedia vecina, como impenetrable al amor, la belleza, la juventud y a las historias y sufrimientos de un pueblo.

Cerré la puerta del balcón y entré. Era la hora francesa de todos los días. En la radio Edith Piaf entonaba *La Vie en Rose* ¡Semejante casualidad! me digo, un canto a la vida, frente a la inexorable muerte.135

25

Lo que más me gustaba era ir a Semiramis, para mí la mejor dulcería de Beirut. Mi padre sólo pedía un *shaffe* café turco muy concentrado, el equivalente a la *demi-tasse*. A él no le gustaban los postres, nunca los probaba. En cambio, a mi madre y a mí se nos antojaban todos. Exhibidos en el mostrador, los *mshaback* de colores formando altas pilas, principalmente los *baklawa* en charolas redondas enormes, el *knafe* de queso y el *atayef* con nata, crepa rellena de nata, cubierta de pistache molido, miel con esencia de azahar y el todo coronado por unas tiras de compota de rosas rojas que completaba el blanco verde y rojo de la bandera libanesa, curiosamente los mismos colores de la bandera mexicana… … Y yo aquí, sentada en Starbucks, tomando un *late* con leche descremada endulzado con Splenda, qué horror. ¡Toda una vida a dieta, todo el tiempo cuidándome para no engordar! Pero ya no puedo comer *garabijj* porque ya no soy Tura desde hace siglos, soy Stella…

Hace frío. ¡Cómo hace frío! Se me hiela el corazón. La tentación me está matando. Me asalta una nostalgia de esas… … Pido mi carro, me dirijo a Adonis de Polanco compro una charola surtida de todos los pastelitos árabes y voy a Masaryk, me siento en una de esas nuevas bancas que están a lo largo de la avenida. Abro el paquete y me llevo a 136

la boca pedacitos del Líbano… ¡Mi país en un postre! Trozo a trozo saboreo los exquisitos dulces, ¡uno de Corniche!, ¡uno de Mediterráneo! ¡Devoro el Líbano entero! El rostro de mi padre, la canción de mi padre, su servilleta sobre la cabeza bailando el *dabke*…

En otro momento, copio las palabras de mi madre. Sentadas en Giacovanni, una de las buenas Trattorias en la ciudad de México, comiendo pizza, pasta y salmón. Mi madre viene muy entusiasmada por contármelo todo. Sabe que estoy escribiendo, quiere contarme, pero también quiere que yo le pida que me cuente, y que mi historia dependa en gran parte de lo que ella recuerda. Se olvida de mis preguntas y regresa a lo que le gusta: Nuestra casa estaba en Rue de France… *Uyyy,* ¡quién vivía en Rue de France! sólo los *akaber,* los demás todos en Wadi Abou Jmil donde estaba la casa de tu abuela, de mis tías, mi cuñada… Pero tu padre desde el principio quiso buscar otro lugar. Él siempre fue diferente. Mi recámara ¿recuerdas nuestra recámara?… era grande, con un gran ventanal, las cortinas blancas y aquella galería en la ventana… *Uyyy* ¡quién tenía una cama así de grande como la nuestra! Y el baño *franjji*… Y el armario ¿recuerdas aquel armario de madera oscura con el lado de color más claro? ¡Precioso! en el lado izquierdo tenía una pequeña repisa con puertita donde yo guardaba mis joyas y dinero bajo llave… y los *couvert- lit* ¿recuerdas qué bonitos? todos bordados por las monjas. *Hazit* tu papá, fue mi única dote, fue lo que nos dio mi tío Moussa del dinero de la herencia que dejó mi padre y que el tío Moussa me guardó para cuando me casara. Y es lo único que le dieron a tu padre: los *couvert-lit…* aunque él no pretendía nada, 137

porque a mí todos me querían, todos los primos de la casa grande, los Srougo, los Lévy, dos de los Lévy, los hijos de mi tía Badiha y los… pero tío Moussa dijo: *abadan ma fi amal*, sólo con Isaac Khabié, sólo a él le daré la mano de Louque.

Pues así me llamaban, Louque. No es un nombre, pero ¿qué podía hacer? Porque yo era una huérfana, y cómo iban a decirle a una niña, a una niña huérfana Malaké, que significa Reina, cómo…

Sí, claro que sí… tu padre tenía dinero cuando nos casamos, bueno mucho dinero no, más que otros, sí… había tenido coche, y casa en Damasco y otra en Israel. Y el coche… en una ocasión se accidentó y ya no quiso conducir nunca más ¿recuerdas su cicatriz en la frente? ¡profunda, su cicatriz! pues fue por el accidente…

Pero tu padre era muy grande, me llevaba *yaani shi* veinticuatro, veinticinco años. No, mamá, te llevaba dieciocho. Bueno, veinticuatro. No, mamá, veamos, si él nació en el 13 y tú en el 31... Bueno, lo que quieras, haz las cuentas que quieras, me dijo, exasperada ¡pero tienes que aceptar que tu padre me doblaba la edad!

*Hazita* tu abuelita cómo sufrió. No sabía dónde meterse. Porque todos se querían casar conmigo y vivían en la misma casa. Y ella se avergonzó ¡cómo iba a casarme con un extraño y con ninguno de ellos!

*J’étais* la más chica, más chica que Ivonne que Violette que Loulou que Eva… no, que Eva no, ella era más chica. Pero cuando tu padre fue nuestro maestro en la casa grande, yo respondía a todas las preguntas, aquellas se quedaban mudas ¡no sabían nada!138

Admiraba yo el entusiasmo y la seguridad de mi madre al platicarme todo aquello. Mi hermano Salmo, continuaba, mi hermano él sí, se casó chico: a los veintitrés y se fueron a Israel con tu abuela. ¿Cómo a los veintitrés, mamá? Si salieron en el 58 por aquello de la guerra, en ese entonces tú tenías veintisiete, más dos que te lleva el tío…

Y mi madre, harta de ser interrogada corregida y de que yo rectificara y contradijera sus cuentas, dijo: Bueno, ya *dabaltini* ¡ya me aburriste, está bien, lo que tú quieras! ¡Pero estás equivocada!

Mis primas, siguió ella, mis primas las que tomaban la clase con tu padre; Loulou era gorda y chaparra, tenía un tic horrible, se movía toda con el tic del cuello que adquirió al tejer, cada que pasaba el estambre por encima de la aguja hacía la mueca de la boca… Sí, claro que se casó, tenía mucho dinero *maaloum* se casó con Moïse Zeitouné, él y tu padre eran muy amigos, se querían mucho… Los sábados en casa de tu abuela, ¿recuerdas los sábados? A veces salíamos con Moïse y Loulou… No, qué a cenar*,* no había eso de salir a comer o a cenar, nos íbamos…

Eva era la otra hija del tío Moussa, sólo tuvo dos hijas, el tío. Eva era muy morena, y muy fea, tenía un bigotito arriba del labio, y sí, se casó con Elie Nigri, guapo, muy guapo *ktir hilu,* y muy bueno, pero ella al final *ya haram* perdió todo… *Láa*, el dinero no, ese lo tiene de sobra, perdió la memoria, no se acuerda de nada ni de nadie; pero su marido resultó ser muy bueno… No, nunca la llevaron a ninguna clínica ni a alguna casa de ancianos… *de façon que*, la dejaron al cuidado del marido, muy bueno, su marido. *Uyyy*, la tía Shafía era rica mucho muy rica, vivía en Firn el Shiback, *uyyy*, ¡quién vivía allí!139

Mi siguiente pregunta, mi madre la contestó con palabras entrecortadas por las lágrimas: No recuerdo el nombre del convento dónde nos refugiamos, era en Reyfun en el convento de las monjas… ¿cómo se llamaba? *Ya Allah,* cómo se me puede olvidar… Éramos muchos, las monjas nos dieron una celda a cada familia, pero no cabíamos allí, ya habían nacido todos ustedes… Los niños se dormían en los pasillos con otros niños y cada día llegaban más familias. Las monjas hacían lo que podían… ¿La comida? bueno, verduras y frutas y lo que habíamos llevado allí, pronto tuvimos necesidad de más, pero ¡todos fuimos capaces de apretar los dientes! Entonces las monjas nos compraron gallinas y en una ocasión trajeron tres borregos; sólo uno salió Kasher. Cada semana uno de los jóvenes se iba a la ciudad a traer dinero y noticias de los maridos… No, teléfonos no teníamos y no había tantos qué digamos, además los negocios estaban cerrados… Cuando el joven tenía que estar de regreso, rezábamos todos…

Y mi madre lloró a este punto… Y nos subíamos a la barda esperando verlo aparecer…y cuando regresaba…

No era mi intención hacer sufrir a mi madre con los recuerdos de aquellas siniestras vivencias que le llegaban a raudales. Después permaneció callada, con la tristeza reflejada en el rostro aún bello. Y al escuchar su relato, visualicé el pequeño catre desdoblado en el pasillo del convento donde dormimos Vivianne y yo… yo, tendida al borde del camastro para no despertar a mi hermana enrollada sobre sí misma, hecha un ovillo… la envolví con el cobertor y tuve la impresión de que ella me protegía a mí y me contenía, y la abracé con fuerza, para que nuestro 140

abrazo fuera más intenso que el momento que estábamos viviendo.

Mi padre como los demás hombres de familia iba a la ciudad y volvía después de varios días, generalmente para Shabat. Procuraban llegar, aunque fuera de noche, a la montaña. Pero no recuerdo más. A veces la memoria se burla de mí.

Mejor llamé al mesero y pedí un *brownie* con helado, y fresas aparte. Y nos lo comimos todo, mi madre y yo. Con el fondant de chocolate fundimos la tristeza y la bañamos con el helado de vainilla. Y como por arte de magia la alegría volvió.

Mañana te cuento más, me dijo mi madre, tengo un montón…141

26

El miedo me hizo bloquear aquella parte de mi vida. El refugio, las monjas…. Todo me parece tan vago. Sólo recuerdo que la noche anterior a aquella, antes de irnos al convento mi madre abrió su armario y la puertecita del lado izquierdo con llave; sacó todo lo que teníamos y me dijo: Tus hermanos van con nosotros, tú, acompaña a Teta, van a tomar un *service*…y te quitas tu cadena con la estrella de David, guárdala… dónde quieras, en tu zapato, en… bueno ¡ya, váyanse!

Nos fuimos en el taxi Teta y yo en la noche del mundo que yo no podía imaginar y la historia que no comprendía… Con nosotros, envueltos entre ropa y sábanas, estaban los Rollos de la Toráh de la Sinagoga. Sentí que la responsabilidad me llegaba hasta la medula, hasta el cuello, hasta la boca, se me subía a los ojos… Guardamos las Sagradas Escrituras entre el respaldo y el asiento del carro. Y nos quedamos mi abuela y yo completamente mudas, hasta llegar al convento.

Decir que la guerra me marcó. Decir que viví los horrores de la guerra. Que me encontré cara a cara con el hambre y la muerte sería suplantar la realidad que viví, sería sólo 142

literatura y no se trata de eso. ¿Qué diré sino mi verdad? La verdad, aunque hubiera querido incorporarme a la violencia para poder contarla tal y como fue. Tal y cómo fue el odio y el derroche de sangre, el despliegue de las pasiones más intensas. Caín y Abel en un enfrentamiento en el cual la locura es la llave maestra. Porque el odio es la demencia del corazón.

No recuerdo nada del convento donde nos refugiamos. El miedo de entonces me borró las imágenes. Todo me parece tan vago. Quizás es como dicen: El mar hace olvidar: *il bahr binnassi.* Mi madre dice que permanecimos allí seis meses. Mi hermano Toufic dice que fueron sólo unas cuantas semanas mientras se calmaba la situación en la Capital. Y mi memoria…

Mi memoria está ligada a los lugares, a las montañas, al Mediterráneo, a mi memoria de niña extraordinariamente precisa para las sensaciones, los olores… la memoria de las angustias de mi padre, sus esperanzas, sus viajes de cada sábado en busca de sus Châteaux en Espagne… No teníamos teléfono ni máquina de escribir ni calculadora. Sólo había un doctor, el Dr. Hasbani quién atendía a familias enteras. No conocimos lo que es un pediatra. No enfermábamos jamás. En la escuela nos vacunaron una sola vez, la vacuna de la viruela que a mí me prendió fuertísimo y me dejó una enorme estampa en el antebrazo…

Vivíamos como todo el mundo, simplemente vivíamos.

De la guerra, vi las imágenes que mi mente creaba al escuchar los disparos. Las imágenes de las noticias que escuché por la radio. Las imágenes de las palabras que me llegaban a medias. Nunca una frase completa, nunca una 143

explicación sobre lo que estaba pasando realmente. Lo que sí viví fue el miedo. Pavor a las palabras que instigan la guerra. Temblor pavoroso a lo que nos pudiera pasar. La incertidumbre proveniente del caos…

El miedo se nos había metido en el cuerpo como un veneno, gota a gota.

Y yo fui cerrando mi sensible carácter a cada golpe de la tempestad que se iba desatando, a cada palabra que significa exilio, al dolor que provoca el dejar mi casa, mi país, mi gente.144

27

Él vivía en el edificio frente al nuestro en la Rue de France. En el mismo edificio donde habita Ivette, la amiga de mi madre que lo ve todo hasta el *moede* en nuestra pequeña habitación. Desde el balcón nos espiábamos a través del cristal a ojo desnudo, cada vez que podíamos, el Chicodenfrente y yo. Su departamento y el mío están a la misma altura, los dos en un cuarto piso. Ivette y él, puerta con puerta.

Lo del Chicodenfrente y yo inició, tal vez porque yo había leído muchas historias de amor en las *magazines* y revistas, y había visto películas románticas sobre amores y desengaños… Quizás no entendía bien la trama de aquellas películas, pero quedaba instalado en mí un cierto sentimiento. Y aquello comenzó a zarandear mi corazón al encontrarme con el Chicodenfrente. Nunca lo vi cara a cara. No supe su nombre ni apellido, ni si era católico musulmán armenio o judío, los libaneses terminábamos todos por tener un gran parecido, la misma cara, *una terra una faccia.*

Para hacer el retrato del Chicodenfrente ninguna foto es suficiente, porque la luz está cambiando siempre. Todo lo que hay en el chico de catorce años es parte de su corta historia: su cuerpo, su rostro, el anhelo que vive y respira. Nuestra calle es el paisaje, parece el de “Romeo Sin Julieta” ¿tragedia o comedia, pobreza o riqueza…? lo importante 145

es que él existe. Existe para mí que lo hice crecer al nivel de amor de novela. Y este niño se convierte entonces en un mundo, en mi mundo, porque hay alguien que lo ama y ese alguien soy yo.

No existe nada más hermoso que sentarse a mirar por la ventana a un punto fijo. Cada mañana antes de arreglarme; arreglarme consistía en lavarme la cara muchas veces para darle brillo a mi piel y que las mejillas quedaran sonrosadas, cosa natural en mí… Antes de hacer mi rutina de limpieza, me asomo a la ventana, descorro la cortina sólo un poco, lo suficiente para vislumbrar si él está despierto o sigue en cama… o para verlo peinarse con el diminuto peine que enseguida volvía a guardar en el bolsillo de su camisa… Desde la distancia que nos separa, no distingo el color de sus ojos, tampoco puedo definir sus facciones. Sólo es su silueta que me inspira un algo, como una pasión desconocida; la revelación de un mundo tan delicado como la propia vida… A mis once años, me encontraba en un sorprendente retraso respecto a las cosas importantes, a la relación entre un hombre y una mujer como la que vagamente me había hecho visualizar mi amiga Jeanne… Pero eso turbaba mi lado infantil que en aquel entonces juzgué o pensé que no crecería jamás…

A través del vidrio, un buen día vi que Chicodenfrente a su vez descorría su delgada cortina y dirigió su vista hacia mi ventana. ¡Él también me espiaba! Él también me descubría y revelaba mi existencia… Me hacía ser. Entonces aquel buen día me llevé su mirada conmigo a la escuela, guardé aquella mirada en mi corazón, la abracé con el pensamiento y fue mía todo el resto del día y de los siguientes. Él se convirtió entonces en *mon petit ami*…146

Y después de eso comenzó mi martirio. Ya no comía. Tampoco podía dormir. Me levantaba de mi cama en la noche y me dirigía a la ventana con la esperanza de ver una lucecita en su recámara. A veces jugaba yo a *la femme fatale* como en las novelas; dejaba abierta la cortina, arrimaba mi cama al borde del cristal divisor…

…Y prendía la luna. Prendía la luna, no sin antes descubrir parte de mis piernas, escotar un tanto mi camisón, dejando ver sólo un poco del incipiente busto cuando todavía el botón de la rosa no se había convertido en rosa. Y me hacía la dormida. Fingía dormir profundamente, pretendiendo que estas desnudeces eran sólo accidentales dentro del sueño. Y esperaba, invocando con ilusión con el fuerte anhelo con el deseo con toda el alma, que él apareciera y me estuviera contemplando. Como quien no quiere la cosa, arrimaba mi rostro hacia la lámpara para que él pudiera ver la forma alargada de mis ojos y mis largas pestañas. Y como quien no quiere la cosa, adoptaba yo poses provocativas induciendo su mirada al interior de mi cuarto, a mi propio interior que en esos momentos se llenaba de luz, de tal forma que él pudiera penetrar mi alma rebosante de amor. En la colmada luz que suscitaba dentro de mí algo vivo, algo húmedo y maravilloso. Un rumor continuo de una música lejana me llegaba a los oídos como un débil respiro íntimo, un suspiro blando, casi un perfume ¡una hebra de luna diluyéndose en un rayo de amor!

Pero cierto día presencié algo. Él estaba escondido en un pequeño rincón de la terraza sentado en cuclillas, se veía tan pequeño encogido enroscado en sí mismo, él escuchaba. Había una pelea dentro de su casa, un hombre y una 147

mujer… debían ser sus padres, adivinaba yo las palabras de rabia por sus gestos: una bufanda arrancada del cuello de la mujer, una cachetada, un golpe, un vaso de agua que se estrella en la cara del hombre, un empujón, libros tirados al suelo, la cama deshecha…

Desde aquel día el Chicodenfrente no volvió a asomarse, aunque yo repitiera el mismo proceder de seducción noche tras noche, no aparecía. Y mi alma infantil y nocturna, tan clara como la luz lunar, tan límpida como el astro, tiembla ante ese cristal divisor, esta calle que es la nuestra me separa de lo único que me importa.

Por fin, una buena mañana nuestras miradas se cruzaron. Por suerte no me había puesto aún mi bata de escuela el *maryul* que me hacía ver más gorda y cohibida, Por suerte ya me había arreglado y mis mejillas ya estaban color de rosa, Por suerte me había peinado el pelo crespo recogiéndolo en dos trenzas, porque todavía conservaba yo mis dos trenzas, todavía mi travieso hermano no me había cortado una de ellas cuando estaba dormida… Uyyy cómo se había enojado mi madre, cómo se lamentó y lloró, ahora menos parecería su hija así con el pelo alborotado y chino y negro como la noche… Uyyy cómo me iba a llevar así a la sinagoga, y era *Rosh Hashana* y a la semana *Yom Kipur…* nunca le pregunté a Toufic mi hermano por qué lo había hecho, por qué me había cortado mi trenza, ahora que lo vea le preguntaré, porque él ya no vive en México*,* ahora habla inglés, dejó de ser cirujano y se convirtió en peluquero! ¡No, no es cierto!!!!!… pero le preguntaré cuando lo vea. De todas formas yo le perdoné de inmediato, pero mi madre, mi madre… Lo que sí me queda claro es que ella nunca recuperó a la niña de trenzas, que… No, la verdad es 148

que no me veía nada bien con las trenzas, ni siquiera medio bien… pero aún así mi madre se enojó y no era para tanto… y se tuvo que conformar conmigo, así de pelo corto y chino. ¡Pero ahora, es ella quien se parece a mí!

Volviendo al Chicodenfrente *mon petit ami,* aquella mañana cuando nuestras miradas se cruzaron y él me sonrió y yo me sonrojé y me emocioné hasta el cielo… ¡es maravilloso saber que alguien me espera!

Pero mi timidez, Ufff, mi tremenda timidez me impidió devolverle la sonrisa; entré inmediatamente al refugio de mi habitación con un sobresalto aterrador, le temo al amor, a que se desborde mi pasión… Entré a mi refugio detrás del cristal divisor, aquí me siento menos vulnerable.

¡Qué manera de sentir!, me digo. Eso sólo me sucede a mí. A mi cabeza llena de romances y novelas… a la niña de once o la *femme fatale* que espera anhelante y que un buen día vio florecer la sonrisa del *petit ami*, la jovencita que presiente y aguarda el beso Ideal. Y desde aquel preciso momento sospeché que mis grandes amores, mis amores idealizados, esos que desatan pasiones y tormentas, serían siempre sólo eso: ¡amor de lejos!149

28

Acostumbro escribir todos los días. Lo cierto es que mi tema cambia según el color de la mañana. Las imágenes surgen emancipadas, mi inspiración se levanta habitada por el Mediterráneo, el mar que fue abriéndose camino entre tierras creando puertos a su paso… el Mediterráneo es nuestro, es el *Mare Nostrum* y con él, la civilización, el sueño y la creación de ciudades.

Mi tinta es azul verdoso, tornasol como tus colores, Mediterráneo. Adheridos a tus costados emergen pueblos, desde los fenicios, los hebreos, veinticuatro países…

Me sumerjo en tus colores mas no en tus aguas. A ellas les tengo mucho respeto… Yo sólo soy, una que no sabe nadar… Pero antes de escribir necesito abrir mi cofrecito color naranja que me regaló un joyero italiano. Tengo que ponerme mi mejor alhaja, con piedras preciosas, genuinas, nada de imitación o de fantasía. Porque al escribir me siento ante Dios. Él es quien me insufla su divina pasión y el aliento de la creación. Entonces es imprescindible arreglarme con pulcritud y dedicación y prepararme a recibir el regalo divino de la inspiración, estoy completamente preparada a recibirlo todo…

…acaso un encuentro misterioso o la entrega de un mundo de palabras que me permitan un mundo de intuición 150

o la memoria del corazón. No, no es que aquí, en mi nuevo país no tuve una vida placentera; sin duda lo fue, y muy rica en todos los sentidos. Tampoco siento como algunos emigrados que no tengo una identidad propia: “no soy de aquí ni soy de allá” escribí en algún momento, un estremecimiento que en aquella ocasión especial afloraba del crepúsculo de mi inconsciente, no era una reflexión clara, ni tampoco, huelga decirlo, algo relacionado con la voluntad despierta. Era tan solo un pensamiento pasajero que me asaltó como un soplo de viento. Porque en realidad no solo tengo una identidad, sino dos, tanto la de aquí como la de ella. Y la una no excluye a la otra, esas dos identidades con las que fui bendecida han hecho de mí lo que soy.

El sillón de la recámara donde escribo es mi mejor escritorio. Desde aquí veo los volcanes que reinan sobre nuestra ciudad. El Ixtacihuatl “la Mujer Dormida” duerme habitualmente, pero el Popocatépetl de pronto se cansa de tanto guardar y exhala humo y cenizas que brotan de sus pulmones congestionados. Claro que los volcanes se ven pocos días al año, algunas veces en diciembre cuando los citadinos se han ido de vacaciones y cierran escuelas y fábricas… ¡Cómo hemos aniquilado el aliento de nuestra ciudad! ¡Hemos acabado con la región más transparente!

Me siento en el sillón y abro la puerta que da a la terraza… Ojjj, un aire fresco me llena los pulmones; no diré que es un aire puro porque no lo es, pero tampoco hablaré de contaminación. No debo hacerlo, sería como renegar de mi esperanza, de mi confianza en el aire puro… Finalmente, me consuelo diciendo que “la selva del Amazonas reverdece cada año, con o sin mi intervención”

Me dispongo pues, a recibir las bondades de la vida. 151

Desde la recámara veo, mejor dicho, escucho los ruidos de la carretera México-Toluca y los de Santa Fe. Los altos y ultramodernos edificios de esta nueva ciudad, enaltecidos por el Ajusco, parecen los de Chicago, de Brasilia o tal vez los de Shanghái… Los carros y los autobuses no descansan, circulan día y noche. Así su ruido despierta presteza, como el bip de mi celular avisando a cada instante los múltiples mensajes que llegan diariamente. Las famosas cadenas en WhatsApp que provienen quien sabe de dónde y que debes reenviar a diez personas o más, porque si no, te amenazan con la mala suerte que puedes correr y con el riesgo… en realidad, no es el ruido de los autos que circulan por la carretera porque una gran distancia nos separa. Es el eco de ese ruido lo que llega a mí mientras contemplo el área verde y frondosa, el bosque propiedad del gobierno del Distrito en donde ninguna iniciativa privada podría edificar. Los árboles se tocan en la altura. Desde aquí aparecen sembrados en las avenidas y fuera de las casas. Los cipreses, los laureles y las esplendorosas jacarandas que pintan el cielo de lila en primavera. Parecen bonsáis. Hay un árbol aquí en nuestro fraccionamiento, este árbol lo relaciono con mi padre, no es alto, tampoco tupido, es reservado, discreto y muy erguido… lleva bajo el tronco su esencia, las raíces que se extienden en mi memoria hacia otro árbol no menos noble y garboso de madera olorosa y copa cónica: el cedro, emblema del Líbano. Vuela ante mis ojos una mariposa color amarillo limón, danza en el aire. Invade mi ánimo el aroma salvaje del laurel, de las jacarandas…

También están los pinos que establecen una línea divisoria entre casa y casa y dan privacía a las residencias. Los nueve pinos en la entrada de nuestro garaje fueron 152

plantados con ese propósito. Han crecido esbeltos y señoriales en los quince años que tenemos viviendo aquí. Del lado derecho, un triangulo terracota bajo el cual se ubica la Iglesia de las Lomas. A lo lejos, del lado izquierdo, se divisa la ciudad hasta el centro y más lejos aún, hasta el aeropuerto. Por lo tanto, pasan incesantemente aviones y helicópteros. Pero los volcanes son los amos. Los amos de nuestra ciudad.

Dos helicópteros y un avión, conté en lo que escribo esto. El timbre sonó tres veces, la motocicleta de los vigilantes de seguridad circula ruidosamente por todo el fraccionamiento entregando el correo a las casas; unos perros ladran a su paso, su ladrido difiere de los de la calle, porque estos tienen veterinario y servicio de peluquería a domicilio… Dreams, la música de Sky, suena las veinticuatro horas acariciando mis recuerdos con dulces momentos de la radiodifusora del cuadrante 6.20, “la música que llegó para quedarse” y en efecto, cincuenta años pasaron desde entonces, y las melodías de antaño siguen adheridas a la memoria del corazón.

Porque esta tierra, se volvió un mundo para mí, desde el momento que amé a alguien…

Cierro la puerta de la terraza que me aísla en parte del ruido ensordecedor del tráfico, pero queda más fuertemente adherido a mi piel, el sonido de mi propio tráfico interno… aunque cierre la puerta este sonido es más difícil de acallar. La abro nuevamente, y el canto del pájaro roba toda mi atención, cubre los ruidos de la carretera, timbres y teléfonos…

…Tengo que cambiar el agua de las flores de mi jarrón Hay que comprar el limpia-plata Tengo clase dentro 153

de media hora y Tengo que pasar al tope por las calabazas para rellenar Tengo que llamar a mi madre Tengo que pintarme el pelo Tengo que asistir a la junta del Weizmann Tengo que terminar de leer el libro que nos dejó el profesor Miguel, Tengo… Tengo que preparar la cena de Shabat Ah, tengo un desayuno en casa de mi hermana Vivianne con mis amigas, mi hermana ella también es mi amiga, claro que sí, por supuesto que le preguntaré qué cosas recuerda de Beirut, y claro que después iré a casa de mi madre y le haré la misma pregunta…. Las películas de hace ocho días me dejaron pensando toda la semana, una, Taxi Teherán, la otra El Jardín del Cerezo que me regaló un mundo de sabiduría Tengo que hablarle a mi editor, tengo…

Pero lo que más quiero es escribir; mi memoria está en ping-pong, va y viene como la pelota como cuando jugábamos mis hijos y yo en Jurica o en la Mansión de Querétaro… ahora dudo mucho que mis nietos conozcan ese juego de mesa… ellos permanecen cautivados por los videojuegos, transportados por la emoción tratando de capturar al pokémon, es sabido que más de uno se ha estampado las narices contra el cristal persiguiendo el dichoso… en un programa noticiero el anunciador interrumpió su informe climático porque delante de él, sin importarle las cámaras, pasó corriendo una persiguiendo el pokémon… Y ya nadie andamos con la cabeza en alto como solíamos, partiendo plaza, así les decían a las jóvenes bonitas cuando pasaban y capturaban todas las miradas masculinas. Ahora todos cabizbajos, las dos manos entretenidas en el chat de nuestros Iphone…

El colibrí se posa sobre el bebedero de cantera. Con un bailoteo de alas y un silbido que captura bebe el agua 154

que endulcé con azúcar, dicen que eso atrae a las pequeñas aves… Las casas, desde las alturas, se hicieron colores: se juntaron el rosa mexicano y el amarillo, el verde y el naranja… El martilleo de los albañiles que siguen construyendo alguna de las cincuenta y tres casas del conjunto, el ruido nace mezclado con el de las tijeras de los jardineros podando árboles y pasto, el aspersor de agua con el cual barren las hojas caídas te agujera el estómago mientras tratas de concentrarte en lo que escribes, y desde la avenida se mezclan las voces que no corresponderían a esta parte de la ciudad, pero que en este México nuestro, encuentran todas las posibilidades para hacer de cualquier sitio un infinito pueblo de incesante proliferación de la gente y sus quehaceres y labores diarias. Así el altavoz: ¡lavadoras licuadoras refrigeradores estufas tambores fierro viejo qué vendaaan! La voz surge de un carro del chacharero que compra todo y la grabación se repite… así como la válvula que silba con el vapor del carro de camotes y plátanos endulzados con lechera Nestlé, espolvoreados de canela…

Todo esto proviene del exterior, porque esta colina está vigilada controlada encerrada, tapizadas las puertas de hierro por guardias de seguridad y vigilancia. El todo mezclado con la voz del noticiero *Hechos* con Javier Alatorre, y Carlos Loret de Mola mañana tarde y noche a falta de don Jacobo Zabludovsky que pasó a mejor vida y cuyo programa radial De Una a Tres, Todo pasa de una a tres, decía Jacobo, en verdad que lo extraño... Nos informan sobre las marchas de los maestros que proliferan por todo el país, nos dan el saldo de muertos de los cárteles de la droga, nos acribillan con las noticias más tremendas acerca de nuestro México Lindo y Querido y nos ponen los pelos de punta… esta 155

guerra entre hermanos masacrándose a causa del polvito blanco que de una forma u otra llegará a manos de nuestros vecinos del Norte. Y Peña Nieto, presidente, tratando tratando tratando… y Trump visitando visitando y queriendo erigir muros, proponiendo después de insultarnos, proponiendo todavía muros que dividan a más hermanos… luego, las noticias internacionales que son igual de alarmantes y tristes, que si las elecciones en España, que si La Merkel que si Netanyahu… Y el ritmo de mi texto se acelera igual que el ritmo de nuestra época. El juego está en la etapa final ¿quién ganará, Hilary o Trump? ¿los mails o los recuerdos?

A veces tengo aprensión por no poder expresar adecuadamente lo que siento o lo que en algún momento llegué a sentir, y más en esta novela porque quisiera traer a ustedes todo lo que esté en mis manos sobre aquella época. Y es cuando el quisquilloso y frágil hilo de la memoria me asienta y sueña conmigo los sueños inexplicables de un recuerdo. La rosa del jardín llena mi alma del dulce aroma y me lleva a ese otro aroma: el jazmín, joven, frutal, fresco. Ayer compré un aromatizante con esta misma fragancia y me llevé un soplo del Líbano a mi casa, una inhalación del jazmín de mis recuerdos Otra de los Cedros Otra del dulce de membrillo que prepara la abuela en la casa Grande Otra del pan árabe con el queso derretido sobre el *moe-de*…156

29

Y todos los recuerdos que me apresuro en plasmar y en la yema de los dedos las palabras precisas para aprehender la visión que aparece como un flashazo.

Soñé que estábamos en Beirut en una fiesta. La alegría era Reina y las bailarinas Princesas, el cigarro y el arguile completaban el espejismo; todo estaba a pedir de boca cuando nuestro guía, chaparro y pelón, dijo entre broma y broma: Que se los cuente Rémon, dijo, Pídanle a Rémon que se los cuente.

No lo sabe, me dijo una que estaba junto a mí. No se lo digas ahora, le pedí, echarías a perder toda la alegría… Efectivamente, el recordar a Rémon me dolió hasta en el sueño. Y es que Rémon y el Líbano están ligados en mi memoria. Con él desapareció mucho del alma libanesa, sólo permanecen los chistes y anécdotas que contaba y que escribió en su libro al cual le añadió mucha picardía, sal y pimienta al gusto… eso permaneció encerrado en su libro de chistes.

Cuando mi padre ya no pudo ver para leer o para hacer sus *mots croisés* que le gustaban tanto, compraba el periódico principalmente para eso, se entretenía haciendo crucigramas, buscando palabras. Cuando todo eso dejó de ser 157

posible para él a sus noventa años, yo fui los ojos de mi padre. También fui su lectora. Le leía el libro de Rémon, los proverbios y refranes populares. Y mi padre sonreía, sus ojos se perdían en los lejanos tiempos de su juventud, antes de casarse, antes de tener familia y responsabilidades. Recordó cuán alegres e infantiles habían sido sus amigos y compañeros de parranda, aunque vivieran al día y los tiempos apretaran. Se sentaban en sillas de rejilla alrededor de una mesa en Zahle, donde la alegría fluía al igual que el río y la música. Reían e inventaban chistes y comían… sus voces hendían el aire con una carcajada o un amable grito de amistad… Pero después, con la guerra, dejaron de hablarse. Los amigos de pronto se volvían enemigos. Se había perdido la confianza. Los judíos ahora tenían un país, simpatizaban con los americanos… La flota americana estaba ya en el puerto libanés y los días de la *Bohème* se habían ido al traste…

En el punto más desordenado de nuestra juventud, nos íbamos siempre de madrugada, siempre sin haber dormido, siempre con unas enormes ganas de vivir… provistos solo de una valiosa carga de juventud irreflexiva que quería recrearse y estallar… … Nosotros que conocimos ese Beirut de antes de la guerra, podemos decir que disfrutamos el Líbano con los colores del arcoíris, contó mi padre… Cuando aún teníamos la fuerza, la voz y la fascinación. Porque después, una densa sombra, larga y pesada se cernía sobre nuestra ciudad.

Y mi padre cerró los ojos, quería quedarse con la imagen de aquellos tiempos, de aquellos sus veinte años… “Ayer aún tenía veinte años”, un recuerdo sellado con música y firmado Aznavour: 158

*Hier encore j’avais vingt ans*

*Je caressais le temps et jouais de la vie*

*Comme on joue de l’amour et je vivais la nuit*

*Sans compter sur mes jours…*

*J’ai fait tant de projets qui sont restés en l’air,*

*J’ai fondé tant d’espoirs qui se sont envolés...*

*Hier encore j’avais vingt ans,*

*Je gaspillais le temps en pensant l’arrêter...*

*Hier encore j’avais vingt ans, mais j’ai perdu mon temps* à *faire des folies…*

*Car mes amours sont morts avant que d’exister*

*Mes amis sont parti et ne reviendront pas… et j’ai gaché ma vie et mes jeunes années*

*J’ai figé mes sourires et j’ai gla*çé mes p*leurs...*

*Où sont- ils* à *pr*é*sent? A présent, mes vingt ans*

Cuando le pregunté a mi padre si le gustaría volver algún día al Líbano, me contestó: No. Un no rotundo. Y luego silencio. Cada uno de sus silencios tenía un olor particular, un olor fino, secreto, lleno de promesas cumplidas del niño ardoroso que vivió sus sueños con la misma resignación que vivió su vida. Y lo que contuvieran sus silencios… quién lo sabe. Lo que importaba era lo que él sentía, de dónde provenía el sentimiento arrancado tal vez de la estrecha vida de su infancia.

Pero a mí, exaltada y con una loca avidez de conocimiento, esas afonías misteriosas, esos olores del silencio, me entregaban un universo de imágenes de una vida desconocida y de recuerdos irreductibles a mi realidad, y me sumían en un hechizo completo del cual no conseguía salir hasta plasmar todas las sensaciones que me provocaba…159

Miré a mi padre después de su No rotundo. Me encontré, como de costumbre, con sus rasgos más singulares, su carácter sencillo, su forma de caminar y de hablar impresionantemente silenciosa. Su ropa siempre pulcra y su natural elegancia; como buen Mediterráneo, siempre fiel a la camisa blanca, al traje gris, al pliegue del pantalón.. Llevaba las cuentas de varios negocios, páginas en las cuales los números exactos pusieron resultados de casimires y dinero. Mi padre escribe, suma, resta, fuma, fuma sus cigarros Bafra. Muchos venían a consultarlo para pedirle consejos, confiaban plenamente en su buen juicio. Estudiaba cualquier caso antes de dar su opinión, meditaba el asunto y con una paciencia envidiable, llegaba a la mejor conclusión, lo hacía como si estuviera escribiendo en su cuaderno de poesía con su cuidada y elegante caligrafía… Siento ternura, ternura hasta las lágrimas por ese libro de versos, las líneas paralelas entre sí como trazadas con regla, siempre con su fiel compañera: su pluma Parker, siempre con su anillo en el dedo anular, el anillo con una piedra grabada de granate… al morir mi padre, mi hermano Jacques mandó hacer seis anillos iguales y se los dio como recuerdo de mi padre a los primogénitos de nuestras familias. Mi madre suele decir ¡Que Dios bendiga la familia de la cual salen muchas otras familias!

La timidez y discreción de mi padre se hicieron más agudas al llegar a México y enfrentar el país cuya elección había sido tan criticada por los parientes y amigos que no tuvieron el valor de emigrar. Y lo que se encontró mi padre al llegar a ese México del principio de los 60’s, fue La Región más Transparente, el aire puro, el cielo azul, azul… 160

el México exuberante pero arduo, generoso y frondoso. Inmensas áreas verdes, árboles revestidos de hojas casi todo el año. Desde el Castillo de Chapultepec se dominaba toda la ciudad, así como en los cuadros del Dr. Atl… Y los campos, unos secos otros fértiles, campos infinitos de magueyes de tinte azul. México sorprendente, de colores violentos, de experiencia y de historia, de mariachis y jarochos, de mares y litorales…

Mi padre estaba tan ansioso por que llegáramos finalmente, quería mostrarnos el país que nos tendía los brazos sin reserva ni condiciones. Y algunos meses más tarde, cuando ya estábamos alcanzando tierras mexicanas, mi padre se sintió realizado.

Soñamos y acariciamos los sueños en su realidad.

Es la vida que descuella, renovada por la multiplicidad de los seres y las experiencias. El poder de renovación que enfila hacia otros horizontes de amor, o de buena suerte o más amor.

A veces pienso en cuánto pudo haberme marcado mi infancia. Fueron tan pocos mis años en mi país natal, escasos doce años y ¡cuánto me dejaron!

El pasado parece un país extraño. Observo el ave que surca el cielo. Viene de otro mundo, de un mundo de paz, o quizás de un mundo en guerra o tal vez del mar. Se detiene en el margen de mis incertidumbres, acata mi silencio cuando yo misma ya pertenezco a este mundo curioso, americano, insólito…

El ave toma vuelo frente a mis ojos, hasta perderse.161

30

Cincuenta años más tarde, en la carretera que une Beirut a las montañas, bajo un sol de mayo espectacular y una claridad que había olvidado, veo desfilar la ciudad plasmada sobre el Mediterráneo. Las casas dispersas sobre las colinas, así como los restaurantes y hoteles con vista al mar se extienden ante mis ojos. Observo los inmuebles esfumándose a nuestro paso, trato de capturar el aire, los olores, los sonidos… Hace un calor de cuarenta grados en la capital libanesa. El vendedor de agua de tamarindo y de orozuz está feliz porque no se da abasto con tanta gente que quiere comprar los néctares para satisfacer su sed. Los enormes frascos de tamarindo, orozuz y muchos cubos de hielo se balancean sobre la carretilla destartalada. El vendedor te entrega el vaso con la fresca bebida, vaso de vidrio grueso que luego enjuaga en una cubeta con agua y lo recicla de inmediato para dárselo a otro cliente. Todos los olores se mezclan en ese vaso cuya aproximación te congela hasta las mejillas, el aroma del fruto, la pulpa agridulce arrancada a la intimidad de los campos; el tamarindo con los huesos triturados para espesar la bebida, y nada hay como el caramelo frutal del orozuz…

De repente, una influencia extraña y arrobadora me invade. Una fragancia mediterránea, olor a mar a montaña 162

a vegetación a infancia, a mi sueño envuelto en la canción de cuna de mi tierra natal.

Nuestros amigos, Mauricio, Silvia y Rafael y yo en el taxi-camioneta último modelo con chófer que habla tres idiomas, y que a cada palabra muestra su orgullo de ser libanés y de pertenecer a esta “bendita tierra que otros se han encargado de destruir” así nos contó: después del 75, todo cambió en esta ciudad… Nos dimos cuenta que no podíamos seguir siendo hermanos… …

La mirada del apuesto y muy moderno joven, provisto de lentes Dior, de su Iphone y todos los medios digitales en la camioneta Mercedes Benz súper lujosa que él conduce, recorre nuestros alertas sentidos. Con una mano apenas apoyada sobre el volante, mientras que con la otra retira los lentes oscuros que bloquean el azul intenso de sus ojos, nos explica. Y nosotros cuatro encantados de escucharlo y felices de haberlo encontrado. Porque por poco nos dejábamos llevar por uno. Uno que pondría las maletas sobre el dosel del destartalado carro, y nos llevaría directamente desde el aeropuerto internacional Rafic Hariri de Beirut, hasta el hotel Four Seasons de Damasco. Amarraría las maletas con un cordón, Para que no vuelen, dijo… La maleta grande sobre el asiento delantero, y ustedes cuatro, atrás… Estábamos a punto de aceptar, porque pensamos que así eran todos los taxis en Beirut, además el encargado del tráfico vehicular nos orilló a que nos fuéramos con aquel taxista *very good, Monsieur,* dijo, *Blease commin*, *yállah!…* Pero cuando lo escuché preguntarle al taxista, en árabe por supuesto ¿sabes cómo llegar? Y aquel respondió un *Ntish Ntish* con la cabeza, y el *sale sale* le dijo, *Scott,*163

*yállah, Allah wu-ismo,* y el taxista dijo *Insha’llah,* con la ayuda de Dios llegarás, dijo el acomodador de autos.

Entonces…

Entonces. Al hotel Phoenicia le dijimos, ¿dónde? ¿aquí en Beirut? Sí, le contestamos, aquí en Beirut, ya no a Damasco. El encargado del tráfico se enfureció con el chofer, lo llamó tonto, inútil y una sarta de groserías, porque había dejado ir a los clientes, los mejores del día, turistas despistados… y hasta Damasco, *Walla, inta mashdub, shu hmar…*

Silvia y yo entramos al hotel y pedimos el mejor auto disponible para viajar a Damasco. Y nos mandaron este maravilloso ejemplar de belleza masculina… con su reluciente Meche.

Tuve que hacer a un lado la figura perturbadora del conductor libanés para concentrarme en lo mío, es decir, concentrarme en dejar fluir los sentimientos que debían aflorar a ese punto, al contactar visualmente el Mediterráneo y absorber el aroma de mi país. Vi desfilar mujeres por las calles con atuendos negros, niños jugando, tirándose al suelo y peleando, vi a las mujeres kurdas con sus monedas colgantes sobre la frente y un destello dorado sobre la nariz, sus faldas floreadas y largas como las usan las gitanas. El Syrian Lebanese Bank, el Crown Plaza hotel, Starbucks café, Biras Hamrada, Biras Al-maza, fumaderos de arguile … y sobre la Zeitouna Bay el sol de mediodía esparciendo sus rayos casi como en sueños, así como sobre los árboles y las casas, sobre los hombres y sobre el Mediterráneo por el cual se han afanado los dioses.

Desde la carretera vi pasar la ciudad construida en la cima de un acantilado, en el espolón de una rambla que al 164

atardecer comienza a poblarse por libaneses o turistas, en busca de la hermosa vista en las lejanías azuladas… reconozco la brisa imponente del Mediterráneo, la emanación que proviene de las especies, mezcla de *zaatar* y cominos, de los cedros y la suave fragancia de la flor de olivo que en mayo descubre su inquietud… otros olores se adhieren al momento, los de jazmín y naranjos en flor. Estos últimos estremecen mi sentido, me remontan a un momento feliz: mi madre pelando naranjas en el balcón…

Muchos libaneses están orgullosos de su nueva y reluciente Beirut, de la Place de L’Etoile: el *Najme*, corazón de la capital libanesa, así como de la mezquita Mohammad al- Amín construida por Rafik Hariri cuyo sepulcro se encuentra a un lado del santuario. La mezquita con su cúpula de inspiración otomana, copia de la Mezquita Azul de Istambul, y la Plaza de los Mártires en el núcleo central. Negocios de grandes marcas y restaurantes internacionales hacen que el producto final sea, una ciudad fuera de lo común en la cual muchos, al igual que yo, no se sienten en casa. Los bloques de concreto encarnan esta parte de la ciudad prohibiendo cualquier forma de interacción urbana, hay varias áreas muertas, cuando en algún momento fueron las más vibrantes. Las modernas ruinas de Beirut, sus enormes edificios sin ventanas, y las múltiples bancas en las cuales nadie quiere sentarse. Los joyeros judíos, los banqueros judíos y los hombres de negocios, profesionistas y arquitectos franceses que habían construido Beirut preservando el toque libanés: arcos con piedra color blanquecino…

La modernidad de la arquitectura del Líbano de hoy se parece de algún modo a nosotros. En Wadi Abou Jmil los residentes originales y los propietarios se han165

esfumado. La sinagoga Maguen Abraham todavía de pie, sin alma, sin nadie que se …

Me estremecí, me sentí nerviosa, apreté los dientes hasta que me dolieron. Atreviéndome a girar los ojos hacia atrás, viví el tiempo a la inversa… ¿Era este el mismo camino, la misma carretera llegando a las barricadas? ¿era este el camino que habíamos tomado tanto tiempo atrás mi abuela y yo, escondiendo los rollos de la Toráh? aquí bajo el cielo de mayo… los mismos árboles, la misma luz, mientras el auto avanza subiendo, subiendo…

De pronto tuve una urgente necesidad de detener el coche, descender, mirar desde arriba. Le pedí al chofer que por favor se detuviera sólo un minuto para bajar y ponerme en contacto con mis sentimientos. Nuestro conductor, altísimo, treinta años, pelo cortado a la *rap*é, sus robustos hombros dan la impresión de una energía inagotable, bajó sus ojos azules en señal afirmativa y descendió del auto para abrirme la puerta. …

Y me dolió. Sí, me dolió mucho que mi marido dijera: ¿Qué vas a ver desde aquí? Ya vámonos, dijo, impaciente.

Mauricio y Silvia no dijeron nada, no querían intervenir en nuestra decisión de pareja, pero no entendían cuál era la prisa. Una lágrima empañó mi vista. Regresé al auto, cabizbaja. Vámonos, dije.

No respetó mis sentimientos, no, no lo hizo. Pero le perdoné, siempre lo hago. Mi enojo sólo dura un par de minutos… pero en la memoria, en la memoria dura por siempre… porque me pregunto si alguna vez volveré a pisar esta tierra. Quizás tengan que pasar otros cincuenta años, Ja, Ja…

…un Ja Ja de resentimiento.166

En el espejo retrovisor el joven clavaba de cuando en cuando una mirada furtiva. Tras la exuberancia de la planicie libanesa de la Bekaa, con la apacible cumbre nevada del Monte Hermón en el horizonte, llegamos a la frontera siria a solo treinta y cinco kilómetros de Beirut. Hay hileras de vehículos, en su mayoría viejos automóviles, ensordecedores cláxones, radios vociferantes… El taxista nos pide nuestros pasaportes, No tienen que bajar, dijo, no tardo… La fila de carros es kilométrica, los choferes se apean dejando el motor de su vehículo encendido, la puerta abierta, la música a todo volumen; bajan de prisa a entregar sus documentos para entrar al país. Yo leía los cartelones en las puertas de las oficinas, por supuesto que nunca le dije al guía que sabía árabe, un cartelito entre otros decía *L’ Sham*: Damasco en árabe. Contuve la respiración para no llamar la atención de los malcarados vigilantes, pensé que tardaríamos mucho en pasar, sobre todo a causa de mi apellido y el de mi marido, los dos de origen sirio… pero nuestro bravo conductor no tardó en regresar con los pasaportes listos para el ingreso. Fue rápido, le dije. Aquí lo que no se arregla con dinero se arregla con más dinero, dijo sonriendo.

La carretera que recorremos se muestra tiznada por la fuerza del tiempo. El conductor parece deleitarse al recorrerla, nos cuenta que por aquí viven unos parientes suyos. Él es cristiano maronita, su esposa parece una modelo y tienen una niña de tres años que él presume mostrándonos la fotografía, los mismos ojos azules de su padre. La mujer lo llamó a su portable, él contestó, y en su rostro se dibujó enseguida la sonrisa de enamorado, le dijo que volvería tarde a casa porque tenía que dejarnos en Damasco y regresar de nuevo a Beirut. Le mandó un beso 167

y dejó su celular a un lado por si le llamaba de nuevo. Cosa que no se hizo esperar.

Pronto nos encontramos frente al Four Seasons hotel. Gran recibimiento. Limonada perfumada con agua de azahar, endulzada con mucha azúcar y palabras de bienvenida del recepcionista en las cuales sobresalen los Alláh… Luego, cenamos en el restaurante del hotel. Mi marido estaba muy emocionado; al día siguiente iríamos a conocer el lugar donde nacieron sus padres. Al fin confirmaría lo que sus progenitores le habían contado tantas veces; vería los patios con la fuente en medio, las casas, los chabacanos, *hal ad addo* cada uno así de grande, decían mostrando el tamaño más grande que la palma de la mano…. Yo, con un nudo en la garganta, apenas me había reencontrado con mi país y ya estaba en otro, pero sabía que de regreso estaríamos dos días más en Beirut y en Los Cedros, me moría de ganas por conocer Los Cedros. Mauricio y Silvia, solidarios con nosotros, percibiendo nuestra apremiante necesidad de buscar nuestras raíces.

El desayuno del hotel, extraordinario, un verdadero despliegue culinario, todo lo que se te pueda ocurrir de platillos sirio-libaneses, las *baklawas* con pistache, el *knafe* con queso derretido recién salido del horno, bañado con la perfumada miel y esencia de rosas… las frutas más exquisitas, casi paradisiacas, tal y como nos las pintaron mi padre y mis suegros. Disfrutamos los mejores albaricoques, las ciruelas, los nísperos enormes y jugosos que tuvimos que partir con un cuchillo de tan grandes… y bueno, es verdad, insuperables ¡nunca antes habíamos comido unos nísperos así de ricos! Lo que contaban nuestros padres era verdad, lo constatamos con los ojos y con el paladar. El jocoque, el 168

queso blanco, las aceitunas ¡no hay iguales!… la delicia llegaba a su tope y mi agitación interna era más llenadora que el pan árabe recién horneado, gordito e inflado. Por aquí me sonríe un *knafe* de nata y queso derritiéndose, calientito con la miel que escurre… Por allí ilusiona y suspira un plato de habas que despiertan lágrimas con su cebolla picada y… Y todo nada en aceite y hace gorgoritos con las melodías de Sabah y llora por lo picante de la cebolla o por la nostalgia. ¡Dichoso aquel que pueda digerirlos! El kibbe se come con los dedos y entonces, entonces se llama Beirut.

Por allá me coquetean manjares fritos, picantes endulzados declamatorios sentimentales y las salsas, el hummos y los helados con chicle árabe y pistache y las especies las esencias… Y el café turco con semilla de cardamomo

Solicitamos en el hotel una guía en español que nos llevaría a conocer los puntos más importantes de la ciudad. Salimos a recorrer la ciudad, pero antes de hacerlo, le rogué a Rafael que no dijera una sola palabra en árabe. Le advertí que si hablaba algo con la guía, ella inmediatamente se daría cuenta de nuestro origen y que sería verdaderamente peligroso andar turisteando en un país que está en guerra con Israel. Pero eso parecía costarle un mundo; él estaba feliz de entender el idioma y quería expresarse en la lengua de sus padres. Entonces calló. Pero sólo por un rato.

Nos fuimos a pie. A todos lados. Conocimos la Gran Mezquita, la mezquita Ummayad de los Omeyas, suntuosamente decorada. No era la primera vez que visitábamos una mezquita, aquí antes de entrar nos dieron unas batas enormes con capucha con las cuales debíamos 169

cubrirnos para visitar el santuario. La parte más sagrada, el *Mihrab* ostenta una enorme cúpula mocárabe, las paredes se yerguen cubiertas con mosaicos de oro y diseños geométricos…

Apenas nos reconocíamos dentro de esos ropajes, únicamente resaltaban los ojos claros de Mauricio y de Silvia. Rafael y yo pasábamos totalmente por ser uno de ellos. Aun así mi corazón latía a diez mil por segundo. El nerviosismo me impidió ver el lugar con precisión. Sólo cuando salimos al exterior y entregamos la *Abaya*, pude respirar normalmente.

Pero nuestra visita no terminaba allí. Volvimos al patio, ahí se encuentra el *Qubbat al- Khazna*: Domo del tesoro, lugar donde se exhiben las grandes donaciones a la mezquita. Aquí es donde se nos perdió Silvia. La guía se había quedado esperándonos afuera en el jardín, o en la cafetería de la mezquita. Silvia y yo estábamos admirando las obras maestras y los objetos preciosos, opulentos, elaborados por artesanos sirios, exhibidos en las vitrinas. Nuestros maridos se habían quedado en otra de las salas de exhibición y justo aquí, entre vitrina y vitrina, nos observaban a Silvia y a mí un par de muchachos de ojos negros y miradas penetrantes… Pronto se convirtieron en un trío de jóvenes, y luego se les unieron dos más. Nos miraban, y yo me sentí muy incómoda pero seguí contemplando las piezas y de pronto giré la cabeza para decirle algo a Silvia…Ya no estaba allí. Desapareció. No la veo. La busco desesperadamente… voy a las salas que ya habíamos recorrido, me traigo a los maridos, la buscamos. Tiemblo. Una ola de pánico invade mi corazón. Se la llevaron, pensé, la secuestraron…¡Dios mío!170

Fue Mauricio quien la encontró en otra de las habitaciones, absorta en las reliquias… bueno, bueno, buenoooo, gracias, Dios, gracias…

Habían sido demasiadas conjeturas.

Demasiado pavor en mi corazón ¡Demasiados ojos!

Finalmente, nos encaminamos hacia otra de las muchas puertas que comunican la mezquita con el exterior. Allí estaba nuestra guía. Nos sentamos un rato a descansar. La guía se apartó un poco. Charlaba con unas señoras, les decía: Vamos a ver qué va a salir de estos, tienen pinta de avaros, quién sabe cuánto me darán… Yo escuchaba. Claro que Rafael no aguantó más y preguntó por el antiguo barrio de Damasco. Entonces la guía en un sobresalto exclamó: Ustedes son paisanos, ¿verdad? ¡son paisanos!

Claro que somos paisanos, dijo Mauricio, ¡vivimos en el mismo país, por lo tanto, somos paisanos!

Luego, le dimos su buena propina, aunque ya habíamos pagado totalmente sus servicios cuando la contratamos a través del hotel. Y ella se fue sin chistar, todavía con la duda.

Más tarde, nos encaminamos hacia las viejas calles de la ciudad fortificada, cercada por enormes murallas. Los callejones dividen los barrios, construidos de acuerdo a los orígenes étnicos, sociales o religiosos de sus habitantes. Preguntamos a un vigilante del orden por el barrio judío. Nos miró extrañamente como diciendo, ¿Cómo se atreven a ir a estos lugares?… Pero nos indicó el camino.

Nuestra mirada puesta en un punto fijo, el que nos indicó el vigilante. Por las tristes y estrechas calles, escasos transeúntes nos observan, incrédulos, interrogándonos con 171

la mirada ¿Qué hacen estos extranjeros de facciones europeas, dos rubios y dos de pelo oscuro deambulando por las calles del pasado, vagando por los negocios de artesanía, joyerías y mercancías del anteayer? A nuestros oídos llega el rumor sordo de la ciudad, el murmullo de sus callejones, el cascar de las vigas en algunas viejas casas…

Se pueden contar con la mano los transeúntes a lo largo del barrio. Pasamos por varios locales sin puertas, desiertos, abandonados, quizás fueron carnicerías, varias carnicerías en un par de calles. Debía ser… sí, era indudablemente el barrio judío donde se localizaban por ley o por costumbre las carnicerías Kasher, porque las no Kasher estaban situadas en los mercados.

Parecía un Ghetto en el cual se concentraba toda la población judía. Un solitario barrio de unas cuantas calles, entre oxidadas barandillas de hierro, balcones y esqueletos de locales exteriores. No se ve un alma. Un abandono doloroso, mientras que a espaldas de los muros de la única edificación de la calle, se escucha el bullicio de otro mundo, las cornetas, los alaridos estridentes de los vendedores ambulantes…

Aquí el silencio contrasta con el exterior, un silencio extraño, un silencio estrepitoso que se hace presente a través de nuestra angustia. Los aromas de la comida oriental llegan a nosotros, mezclados con el ruido de las cacerolas de latón o de las sartenes tiznadas para recordarnos que allá afuera hay vida, mientras nosotros paseamos por los callejones muertos.

No hablábamos. Los cuatro, callados, sumidos en una tensión muda como si estuviéramos escondiendo secretos.172

Mi corazón latía a una velocidad que se acelera aún más con el ritmo de mis tenebrosos pensamientos. Sólo quien ha vivido el miedo de un país en guerra puede comprender lo que eso significa. Nos detuvimos en una tienda de artesanías donde venden los *taule* o backgammon de madera con incrustaciones de nácar, las sedas bordadas, alfombras, adornos elaborados con metales repujados, otros de oro, plata o cobre… La única construcción alta al cruzar la calle frente a nosotros, surge como una mole enorme, cubierta por telas y periódicos… clausurada, destruida, abandonada a su suerte: la antigua Sinagoga de Damasco.

Le preguntamos en francés al empleado o quizás era el propietario del establecimiento, si sabía dónde estaba la sinagoga y qué pasó con los judíos que vivían aquí. A lo que el *shami,* a lo que el damasquino contestó: ¡Se marcharon! ¡Un día se les ocurrió irse y se fueron!... dejaron todo y emigraron, eso sí, nadie los corrió ¡Se fueron porque quisieron!, enfatizó el hombre.

De pronto sentimos sobre nosotros unos ojos que nos fulminaban con la mirada. Era nuestra guía en español quien nos había seguido y nos espiaba. Ustedes son paisanos ¿verdad? había preguntado, y Mauricio le había contestado ¡Claro que sí, somos del mismo país! Entonces lo único que deseábamos era marcharnos rápidamente. Tanto nuestro origen como nuestra religión, estaban al descubierto. Sólo nos quedaba irnos velozmente y refugiarnos en nuestro hotel. Paramos el primer taxi. Lo abordamos Mauricio Silvia y yo. Rafael insistía en quedarse y seguir buscando la casa que fue de sus abuelos y de sus padres, se resistía a irse, 173

pero cuando vio que yo me iba con los Gerson y que él se quedaría solo, decidió subir al auto.

Y así fue mi encuentro con algo de nuestras raíces, con la vida de nuestros ancestros entre los sirios, conociendo el país donde tuvieron casa y negocio, mi padre, el padre de mi padre, el abuelo de mi padre. Allí donde vivió mi Teta Eishe con su familia, allí donde empezó todo, mi tradición sirio-libanesa, mi físico y mi cultura, en una fusión, siempre en semejanza con los árabes.

Todas aquellas generaciones bajo el mismo cielo que anunciaba ya el crepúsculo. Los judíos sirios habían desaparecido sin dejar huellas, sin rastro alguno más que las carnicerías abandonadas y la sinagoga o los restos de la sinagoga envueltos en papel periódico. Una pesada cortina se extendía sobre ellos. Una noche desconsolada, llena de zozobras, la misma desesperanza que cayó sobre mi Mediterráneo cuando la guerra aniquiló en aquel país, para siempre, nuestro futuro devuelto él también al vasto olvido.

Como si la historia de los hombres, esa historia de *Les juifs du Liban* que se había desarrollado en una de las tierras más antiguas, se evaporase bajo el sol inminente, junto con el recuerdo limitado a los conflictos y a las llamaradas de odio.

Así que, cuando se me perdió Silvia en la mezquita, reviví el miedo de cuando mi abuela y yo en el taxi camino a las montañas, pasamos las barricadas escondiendo los rollos de la Toráh. Experimenté la misma responsabilidad, no, más 174

bien experimenté la irresponsabilidad de turistear en un país árabe en guerra con Israel, en guerra con todos los judíos del mundo, también con los cristianos y también entre ellos mismos.

Al día siguiente, desde la terraza del restaurant del hotel, Mauricio y Rafael, asomados desde la barandilla de la terraza vieron y escucharon gritos hirientes desencadenándose en oleadas por la plaza. Nos llamaron a Silvia y a mí para presenciar el escalofriante espectáculo: la policía montada azotando con sus fuetes a mujeres y niños para abrirse paso por la acera. Escalofriante espectáculo.

Por la noche fuimos a cenar a un restaurant muy reconocido, la mejor comida y delicias sirias. Nos asignaron una mesa muy bien situada en la veranda, por ser clientes del hotel de lujo donde nos hospedamos. El arguile no tardó en llegar y comenzaron a circular los entremeses árabes más variados. El africano, probablemente egipcio, el hombre que viene a atizar el carbón que da fuego al arguile, coloca el tabaco mezclado con miel o melazas que da el gustoso sabor de tabaco endulzado sobre el cual el africano acomoda el carbón. Va y viene por todo el restaurant haciendo lo mismo, llevando el tabaco y el carbón a las mesas de los fumadores; en este caso a todas las mesas. Es un hombre de color ennegrecido, tiznado, alto, tiene un *tarbush* sobre la cabeza y una sonrisa lujuriosa en los labios. Cada vez que se acerca a nuestra mesa me roza la pierna, manosea mi pierna que dizque limpiando la ceniza ¿cuál ceniza? Manosea mi pierna. Lo hace y luego me mira extrañamente como si me fuera a violar con sus pupilas. Yo me altero, me indigno, 175

pero no digo nada, me alejo del paso del negro y arrimo mi silla a la de Rafael. Pensé en cambiarme de lugar con él, pero el asiento de mi marido era más vulnerable, estaba más a la mano que el mío. Yo encogía mi pierna, la fruncía, la doblaba, quiero protegerla y sentarme sobre ella. Pero no muestro incomodidad alguna. Me aguanto, la sangre se me sube a la cara. Tengo miedo de que se den cuenta Mauricio y Silvia, y me da pánico pensar en lo que haría Rafael. No digo nada porque se armaría un escándalo. Entonces, ceno y me rio y fumo e ignoro al negro que sigue pasando a cada rato a nuestra mesa, ahora más veces… ¡Cómo nos reímos! De todo, de cualquier cosa, no dudo que el negro hubiera puesto algo más que el tabaco en el arguile…

Cuando llegamos al hotel le conté a Rafael lo sucedido. Se enfureció conmigo, Debiste habérmelo dicho al instante, le hubiera roto la cara a ese… le…. ¡Ahha, dije, Ya… Vamos a tratar de dormir, después de la rica cena, los postres, los nervios y la fumada… Pero ya se acabó, mañana gracias a Dios estaremos de regreso a Beirut, allá es otro cantar.

Poco tiempo después de nuestra estadía en Damasco se desataría la aterradora violencia de los dirigentes sirios. El terrorismo, las discordias y sus consecuencias. En el concepto de “Primaveras Árabes” comienza la guerra civil. La furia incontenible de un pueblo que en el nombre de Alláh y con Isis en busca del máximo poder, es capaz de...

Llegamos a Beirut con el mismo conductor maronita que nos llevó a Damasco. Beirut es una ciudad en expansión, explica él, cuatro y medio millones. Todos los pueblos y todas las confesiones, la torre de Babel moderna, 176

dice riéndose. Un millón de refugiados. Estamos pasando por la inacabada Torre Mur, nos explica, el lugar ideal de los francotiradores en el 75 ¡un *Libnan* lleno de cicatrices!

Era de tarde cuando llegamos al Phoenicia. Oh, el Phoenicia, *shu had! Mahoul!* ¡Excelente! Eran tan óptimos los comentarios, tantas buenas referencias del hotel que en realidad nos defraudó. Salvo el lobby abierto y lleno de los y las libanesas más elegantes de la ciudad. Todo lo demás, las habitaciones y hasta el restaurant y el bar quedaban muy por debajo de nuestras expectativas. Así que optamos por cambiarnos al día siguiente y fue una muy buena decisión. En nuestro recién inaugurado hotel, lujo, flores, aroma, vista, servicios, todo… Todo lo que estaba aquí, y que yo no veía por estar inmersa en mis recuerdos. Sólo esperaba que las secuelas no me resultaran tan decepcionantes como el Phoenicia.

Me alejé cuando se apagaba el crepúsculo, y la noche caía sobrecogedora y azulina. Me urgía que fuera de día para salir a caminar por la ciudad y recordar todo, todo…

Al día siguiente... Miré el océano. La tarde se refleja en el agua. Y sentí, ¿qué sentí? sentí tanto… sin aliento en medio del silencio… Vi el mar como por primera vez. Este océano me trae de vuelta mi infancia. Esta vez concienticé lo que veía; más bien experimenté la sensación: era como un cuerpo que se movía al ritmo de mi corazón. Las ondas eran los brazos y las piernas… el cuerpo del ser amado. Una sensación de sublime perfección. La masa corporal del ser amado. Besé con los ojos la piel del océano como si fuera a tocar la piel del amante. La voluptuosidad de la masa líquida hecha cuerpo. La masa se envuelve en sí misma, rodeándose por la materia de la vida, el pulso que sube y baja…177

Besé con los ojos, besé con una adolorida nostalgia aquel cuerpo. Besé con los ojos la masa azul con una embriaguez tal que aceleraba mi ritmo interno.178

31

No era la primera vez que volvía a mi ciudad natal. Ya lo había hecho anteriormente cuando recién me casé, en nuestra luna de miel, tres años después de nuestra partida. Volví, con marido, traje sastre y sombrero de fieltro, copiando a Jacqueline Kennedy que en aquel momento era la mujer más admirada del mundo. Cuando llegamos al aeropuerto, en la pista de aterrizaje casi en las escaleras del avión, sólo nos dividía un cordón, reconocí a los que movían la mano o el pañuelo saludándome. Eran mi familia, la familia de mi madre, primas y primos, la familia entera. Aventé al suelo las maletitas que llevaba en la mano y me lancé efusivamente para abrazarlos con una emoción y un arrojo incontenibles. No sé si fue un impulso propio eso de abandonar las maletas y precipitarme, no lo sé, tal vez fue una actuación de película, del cine y los melodramas, recibimientos y despedidas que reproduje sin pensar… Rafael, a quien puse en aprietos con mi arranque, recogía la carga que dejé tirada sobre la pista, no podía él solo con tanta maleta, me llamaba ¡qué haces, espera tenemos que…

Abracé a todos y con cada uno lloré. Era necesario. Era la costumbre. Había que llorar tanto al despedirse como al reencontrarse. Tres años antes lo había hecho al separarme de mi tía Hayath al bajar las escaleras de su179

departamento. Lloré. Escondí mi cara a medias porque quería que me viera y que supiera que me dolía alejarme de ella. Quizás nunca más nos volveríamos a ver. La tía me dijo, deteniendo mi rostro en su mano: No llores, volveremos a vernos… sí… Y así fue, su pronóstico se hizo realidad en el 75, cuando la guerra civil llegaba a su apogeo, mis tíos que no creían en el cambio y sostenían su postura de seguir en el país, porque allí lo tenían todo, estatus, riquezas, pues ellos también al igual que otros que se empeñaban en permanecer en tierras libanesas, tuvieron que vender o abandonar sus cosas y salir a diferentes rumbos.

Ya he contado algo sobre nuestro viaje de luna de miel cuando hablé de Madame Claire, la poetisa. A ese viaje en mi luna de miel le atribuyo el haber borrado mis memorias de niña y haberlas reemplazado por otras con mi visión de niña-mujer. Mi reencuentro con el pasado no solo había venido para remover aquellos recuerdos y la emoción de la nostalgia, sino para atacarlos y destruirlos.

Y por eso mi angustia de perderlo todo nuevamente. Es como cuando te sometes a una terapia emocional y hablas y hablas, lo repites todo y te quedas con un vacío atroz y una indiferencia que te hace daño. En aquella ocasión, mi memoria de la Casa Grande, mi mirada de niña que lo agigantaba todo… Y al regresar tres años después, solo me encontré con una casa de dimensiones normales para los que vivimos en América. Además, los techos no eran tan altos ni revestidos de oro, era simplemente una pintura dorada.

Y fue Suzette, la prima política de mi madre quien me aconsejó aquella vez: Por qué te pones siempre el mismo traje sastre, me dijo, has traído tanto equipaje, seguramente cargas con todo tu ajuar de novia…. Aquí todos están 180

a la mira de cómo te vistes, de cómo hablas, de cómo te mueves… quieren encontrarte muchos defectos para ellos sentirse bien. Ahora tú vienes de *Amerca*, y todos están a la expectativa y te juzgan y te critican si dices alguna palabra en español, haciéndote la *amercaníé*, como quien dice, me advirtió: *Tu non* fà *l’americano* como dice la canción. Evidentemente su consejo era sabio, sin lugar a duda había que tomar precauciones si no quería caerles mal a todos, pero por más que tratara yo, surgía el sí o el no en lugar del *Ntsh*… además había yo adoptado una actitud que correspondía a una dama, y seguramente el cuadro era caricaturesco y se burlaban a mis espaldas.

Fue en aquel entonces cuando caminando por la Corniche me encontré con mi amiga de la infancia, Lydia; traía en su bolsa, nuestra foto. Ella y yo… Y lo peor, lo más vergonzoso lo ruboroso y bochornoso y lo que nunca me perdonaré… olvidé su nombre, su nombre, Dios mío, ¿cómo se llama? y me sentí, me sentí… Pero para ella, yo seguía aún viva, no me había matado el destierro, seguía siendo su amiga. *Kifek,* Toura, cómo estás, Toura, me llamó así como para bajarme los humos…

Una nube gris se expandió de pronto sobre el Mediterráneo. Una nube que no corresponde a los cielos septembrinos, una nube interna densa y muy triste me recordó que ya no pertenecía a esos lares, que había perdido mi lugar, mi identidad, y tan terriblemente distraída anduve por el mundo que solo había pasado fugazmente por esta tierra. ¡También aquí, en mi propio país me siento extranjera! ¡*No soy de aquí ni soy de allá*…

La nube pronto se convertiría en lluvia al igual que mis incontrolables lágrimas. Rafael me abrazó, me abrigó 181

con esa manera suya y esa manía suya de darle vuelta a la hoja y evadir cualquier situación que cause desánimo contrariedad o impotencia.

Aquella tarde nos fuimos a Jiita, en el auto que nos había prestado la tía Hayath fuimos a la famosa gruta libanesa. Y más noche, nos engalanamos, él de traje y corbata yo con vestido Pucci largo de colores psicodélicos y nos fuimos al *Casino du Liban* en Jounieh a más de veinte kilómetros de Beirut. Mi corazón no me dejaba en paz con la agitación y emoción del día y con la ilusión de descubrir lo que tanto nos habían contado sobre el casino. A pesar de mi extravagante maquillaje y de la media peluca larga, zapatos de tacón alto… a pesar de todo, fue inútil. Ella no entra, dijo el guardia del casino refiriéndose a mí, no puede pasar, no se admiten menores de edad, No señor, disculpe pero ella… le especificaron a Rafael. Ni aunque venga desde México, ni aunque sea su esposa… imposible…

Rafael cautivó de inmediato a toda la familia. Los conquistó con su franca sonrisa y su simpatía. Les cayó en gracia su acento y su árabe *mkassar*, su árabe quebrado, aparte de que le encontraron un gran parecido con uno de los actores en boga en la televisión libanesa. Se hizo amigo de grandes y chicos, sobre todo de Albert Lévy, primo de mi madre, también él de la casa Grande.

Albert nos llevó en su carro a Aley, y nos mostró el hospital dónde yo había nacido. Durante todo el trayecto cantamos la canción de moda, que él también conocía a pesar de que fuera en español “*Cuando calienta el sol aquí en la playa, siento tu cuerpo vibrar…”* nos tomamos muchas fotografías, 182

siempre la misma pose Rafael y yo, muy derechitos muy cerca el uno del otro, con nuestra eterna sonrisa. Tomamos fotos con Albert y de trasfondo la ciudad con nuestra Kodak recién adquirida, rollos de veinticuatro fotos en blanco y negro, mientras que Beirut lucía a todo color.

Por supuesto que aunque quisiera hacerlo, aunque quisiera retratar mi ciudad, ninguna foto sería idónea, porque la ciudad está cambiando siempre. Todo lo que hay en ella es parte de su historia y de la mía: su cuerpo físico, tan vital como su sangre trascendental, como sus hombres y mujeres que viven y respiran los aires del Mediterráneo… Las calles, los paisajes, la tragedia, la ficción, la pobreza, la riqueza…

Pocos años después, Albert falleció súbitamente. Cuando nos llegó la noticia, ya era tarde para dar nuestras condolencias a la familia.

En realidad ese viaje de luna de miel borró en parte las memorias visuales que tenía de mi ciudad, de mi casa, de la casa de mi abuela, de la gente que conocí. Pero en las memorias del corazón se conservan intactos tantos recuerdos, que nada ni nadie podría borrar jamás.183

32

No solo leía la revista Nous Deux, escondida en el baño para que nadie me molestara, a veces leía también uno que otro libro que me prestaban. En aquella ocasión era el Diario de Anna Frank. Lo más estremecedor que conocí en mi corta existencia. Lo más conmovedor. Y además lo entendía perfectamente ya que Annelies Marie Frank tenía más o menos mi edad, no, yo era más chica… apenas regresábamos a casa después de nuestro aislamiento en Reyfun, en el 58. Su forma de narrar se adecua a mis pocos años y muchas de sus emociones también. Me sentí tan ligada a ella y a sus creencias, a sus secretas confesiones, teníamos tantas cosas en común. En ese entonces yo ignoraba todo acerca de la guerra. Todo acerca del holocausto… nunca me habían hablado de aquello, nunca…

Cuando lo descubrí… ¡Me avergoncé de vivir!

Y con Anna y su *anexo secreto* aprendí tantas cosas. Aprendí a valorar las cosas en la mesura del día a día, buscando paciencia y esfuerzos para levantar el ánimo durante los momentos más peligrosos. Pensando solamente en el día que pasó. Apreciando el tener con quien hablar, procurando la forma de convivir con otros en aquel escondite, durante dos años y medio, tratando de resolver todos los conflictos 184

que pueden surgir como consecuencia de ello, y qué hacer para acallarlos…

Y lo que más me conmocionó a mi corta edad, fue Peter. El amor de Anna por Peter el adolescente que cautivó su corazón, el joven delgado y guapo, de rostro serio que terminó en los campos de exterminio nazi.

Entonces nada podían hacerme las amenazas de los árabes de *falastin bladna wil yahud klabna* siempre y cuando, siempre y cuando el Chicodenfrente se viniera a refugiar con nosotros a Reyfun en el convento de las monjas. Mas en mi mente y en mis pesadillas, desfilaban los alemanes vestidos de árabes, mi cuarto era el anexo del edificio en donde se refugiaban “miles” de familias… Anna era yo. Y yo escribía mi diario en el refugio de Reyfun: “*S*é que soy una mujer con fuerza interior y con un montón de coraje”… esas palabras golpeaban mis pocos años, se adherían fuertemente a las paredes de mi conciencia.

Y nosotros, me pregunté, nosotros ¿seguiríamos con esta desquiciada situación?

Estaba en marcha lo que tanto habíamos temido.

Con escalofríos, apretándome los dientes hasta el dolor de encías, me envolví en la colchoneta y cobijé mi cabeza.

Al día siguiente, con el corazón cubierto por una costra romántica y una capa de inspiración y de muerte, busqué al Chicodenfrente desde mi ventana. El Chicodenfrente no apareció, no se mostró, no estaba allí como de costumbre… “*en todo caso estoy persuadida de una cosa: él me quiere también, aunque no podría decirme de qué manera”.* Releí la frase de Anna y cerré el libro para siempre,185

quedándome tan solo con la idea de que él también me quiere.

Aquella tarde Jeanne Marie bajó corriendo las escaleras como acostumbraba. En su mano llevaba la cajetilla de cigarros americanos… la seguí con la mirada. Atravesó la calle, se fue hacia el edificio de enfrente, se sentó en la acera preparó los cigarros y los cerillos… a los pocos minutos la alcanzó él, el Chicodenfrente… se guiñaron el ojo y sonrieron…

La atmósfera se oscurece. Unos relámpagos me electrizan.186

33

El aspecto de Jeanne Marie cuando regresaba aquellos domingos del “paseo” con su padre, predecía el rostro que adoptaría años más tarde, un rostro gris marcado por el alcohol y el cansancio. El rostro que miré sin reconocerlo veinticinco años después, y que no reconocí. Un rostro extenuado, ojeras que se anticipan al tiempo, ni rastro de la belleza que fue Jeanne Marie, su excelsa cabellera de antaño, ahora cubierta por una pañoleta de seda.

Aquellos domingos la veía yo apearse del Citroën rojo sangre, descapotable. Ignoro a quién pertenece el auto, a su padre no, pues Mylène afirmaba que era un pobre diablo que las abandonó en Paris *sans un sou dans la poche* sin un centavo en la bolsa.

La veía apoyarse en la oscuridad contra la pared y esperar a que se restablezca su energía para subir las escaleras… aquellos domingos eran un martirio para su madre. Esperaba a Jeanne Marie con los nervios de punta y la mirada inquieta, la boca crispada, los ojos de Mylène internan la severidad de los padres de antaño. Le hubiera gustado darle unos azotes a su hija para borrar el gesto de lascivia que había adoptado. Jeanne Marie descubría sin remordimientos su silueta delgada, su cabellera de aire indolente y penoso… cuando la joven entra a su casa, transformada en 187

otra, su madre no le da el beso acostumbrado, no la estrecha entre sus brazos con todas sus fuerzas. Tampoco puede mandarla a la cama sin cenar… porque ya no es una chiquilla… la observa deseando que en ese momento su hija desapareciera del mundo sin dejar huella.

Yo, con la mirada fija y sin saber qué pensar, veía a mi amiga transfigurada como si hubiera circulado por un mundo ajeno, un mundo desconocido, tal vez el mundo del deseo, el mundo del placer, el extenuante mundo del placer adulto. Pero lo que siempre ignoré fueron los hechos concretos que obligaban a su rostro a tener esa semblanza. Debía ser brutal lo que estaba viviendo para ocultarlo bajo los labios pintados de rojo carmesí, bajo la piel perfumada con un aroma íntimo, con olor a mar. ¿Cómo explicar que el mar, nuestra cuna materna, tenga un aroma tan masculino? Pero ella nunca me habló de ello, eran las voces humanas que entonan la capacidad de placer secreta para mí, escondiendo a mi muda envidia los pudores femeninos de mis doce años… Me ama, dijo ella con los ojos de ensoñación y picara sonrisa… me ama… no me importa que tenga la edad de mi padre, ni que sea su amigo, me confesó un día.

¿A dónde se transportaban los ojos de mi amiga? ¿Al dolor o al placer? Parecía haber envejecido sin envejecer. Parecía otra.

Cuando regresé de Nueva York, ya en México, me encontré con unos amigos libaneses y comentando, describiendo las peripecias de nuestro viaje más reciente a New York, salió el tema de Jeanne Marie a quien ellos conocían. Conté que después de tantos años había reencontrado a mi amiga de 188

Beirut ¡Ahaa! me dijeron, tu amiga, la que tiene una de esas casas enormes… una casa donde recibe… una casa para muchos…

Y la sonrisa irónica de aquellos hombres me dijo el resto.189

34

El verano tardó en llegar, no se decidía a cambiar nuestro destino. La naturaleza lucía acongojada. Días interminables entre carta y carta de mi padre, entre angustia y más angustia. Aquellos días me sirvieron para intimar con el diccionario Petit Larousse Ilustrado que me daba escalofrío hojear. Sobresalía ante mis ojos la palabra México, y junto a esa extraña palabra la fotografía de un mexicano de gran bigote, botas vaqueras, sombrero alto y ancho, la camisa sin cuello cruzada por dos bandas anchas de balas y el fusil en alto.

En el calor sofocante de una mañana de verano de 1960, una pequeña brisa apenas un soplo, se mueve alrededor nuestro como consolándonos. Como si el tiempo o el humor se prestaran a tales cosas. Como si nuestra angustia fuera un incidente sin importancia. Subo las escalinatas del buque cargando a mi hermano Jacques, lo aprisiono en mi pecho para que no me lo arranque el viento. Me detengo a la mitad de los peldaños y espero a que se calme mi corazón que rebota a mil por hora. Un sudor despiadado, mezcla de miedo y de tristeza, se desliza por mis mejillas coloradas, por mi espalda; se apodera de mí.

Un oleaje ligero mece nuestro barco. Apoyada en la borda, miro desde la claridad oculta, miro mi ciudad 190

como salida de un envoltorio, compacta, menuda. Miro las arrugadas aguas circundando la nave. Miro el rostro de mi madre, de mis hermanos. Beso a mi hermano Jacques y lo acuno en mis brazos; sus tres añitos le quedan tan diminutos ante el trance de la situación. Mi hermana Vivianne me toma de la falda y no me suelta ni un instante, mi hermano Moisés tira del vestido floreado de mi madre, Toufic se mueve de un lado a otro de la borda, se pone de puntas para ver más allá, su mirada perspicaz registra cada marinero, cada movimiento, cada gesto de los de a bordo… él cuida nuestro recién nacido rumbo de vida…

Las puertas del Mediterráneo tiemblan.

Las casas se mueven ante mis ojos empañados, la ciudad, anegada por una especie de bruma se hace más difusa. El buque lanza tres largas sirenas de alarma prolongadas. Mi corazón se trastorna. Tengo el alma fría.

El adiós se vuelve apresurado. Los que vinieron a despedirnos se retiran sin voltear a vernos por última vez, sin percatarse de nuestras señas y adioses. Me despido de alguien moviendo la mano, de alguien, no sé quién, no veo… alguno de los muchos que están de pie viendo la marcha del barco. El rostro de mi madre pasa de nervioso a angustiado, de rojo violento a gris, de naranja a pálidos amarillos.

Los remolcadores arrastran el barco hacia la inmensidad, luego sueltan los amarres y lo abandonan a su suerte. Tres sirenas más. Angustiantes. Hieren el corazón, lo agujeran. La partida es definitiva. El buque enfila ahora el puerto y los detalles destruyen el hechizo colorista… se desdibuja la costa y después la tierra… la tierra y el secreto de su magia…191

Las ondulaciones comienzan a ser compactas e insensibles, insensibles a los más profundos miedos, a la conciencia de las angustias…

El mar nos separa del arco de la metrópoli instalada en el anfiteatro de sus colinas. Los contornos de los edificios se pierden en la lontananza. La ciudad blanca desaparece poco a poco; de la capital radiante solo queda un cuadro multicolor puntillista.

Me separo de mi tierra. Un intenso dolor. El mismo dolor del desprendimiento del mundo. Quiero seguir pegada a las paredes blancas del Monte Líbano, a su cuerpo de cedros, quiero seguir en el vientre materno, pegada, unida a él por el cordón umbilical.

Aprieto a mi hermano contra mí y me agarro fuertemente de la borda. Lloro… Lloro, pero no dejo ver mis lágrimas. Que no me vean mi madre y mis hermanos. Lloro por dentro, como lo haré siempre desde entonces. Y como tantas veces después, mi corazón entona las tristes coplas de Enrico Macías: *J’ai quitté mon pays, j’ai quitté ma maison…*… La música de Macías se propala por mi mundo como una exhortación del Cielo, como una orden divina… El Mediterráneo separaba en mí dos universos, el de los recuerdos de la historia y de la niñez, y el de los vastos espacios donde el viento del futuro lanza un llamado bajo la luz de una nueva mañana.

En contraste con nuestras sensaciones el mar está tranquilo… el cielo se despeja del bochorno del día, volviéndose más azul azul azul…192

35

Y desde entonces siempre lloré por dentro. Siempre en silencio, como cuando di a luz a mis cuatro hijos y las enfermeras me decían: llora, grita…

A bordo del Ionia huíamos, como la vida que huye, como mi vida mi niñez mi incipiente adolescencia… junto con el sabor agridulce de la *Ogia* fruto verde de la almendra, y lo que me hace negar, negar que esto esté pasando… y aún así, está sucediendo…

El camino se abre ante nosotros. Claro y llano. En el radiante verano, septiembre se ofrece hermoso, inexplicable pero lleno de sentido. La imagen fija una estampa en mi memoria. Y un mandato, un murmullo que me llega desde el infinito, una voz de mando y del más agudo y profundo sentimiento, me dice, toca el hombro de la chica de doce años y le dice, le repite y le ordena: No olvides jamás este momento. No lo olvides. No olvides estas chispas doradas que se agitan en el espacio… Jamás, jamás olvides este punto que ves a lo lejos, este punto irreductible que fue tu Universo… No olvides tu casa y la casa Grande y tu escuela y tus maestros, tu vecina religiosa y su marido que se llevan en el féretro, y los labios pintados de rojo escarlata de Jeanne Marie. No olvides el olor a jazmín, los paseos por la Corniche de la mano de tu padre, el sabor de la fruta 193

mojada con agua y sal que tiembla aún en la punta de tu lengua, el olor del pan con zaatar recién horneado en la panadería… Recuerda siempre el color de esta mañana, el olor del Mediterráneo, el viento que empuja la nave hacia la mar, el agua que suena como una ola, el estremecimiento que provocan los insultos de los musulmanes, la mirada del Chicodenfrente… Recuerda siempre, siempre, con una constancia que viene del fondo del mundo y con una persistencia que suena en tu corazón, las palabras de la canción de Macías, esas palabras de adiós a tu tierra, a tu vida de niña… Lloro con las estrofas repetidas, audibles aún, alcanzando las bóvedas de mi alma… Y la música idéntica a sí misma en mis recuerdos, el mismo tono nostálgico, la misma sensación de pérdida, el incesante murmullo de las notas repitiéndose, repitiéndose…

Y recuerda que nada dura por siempre, que todo se acaba. Es la fuga del tiempo, la fuga de una vida, la ausencia de aquellos que ya desaparecieron, la ausencia de mi padre, de mi abuela. Son los murmullos de la noche oscura del corazón, el disco incesante que suena dentro de mí. Suena, suena, suenan notas… tengo ganas de gritar dentro de la cabeza ¡Soy huérfana de Mediterráneo! La voz suave y tibia me recuerda que no debo olvidar aquello, que siempre en mi memoria quedará grabado aquel día, aquella impresión, sin perder el más mínimo detalle: el día de nuestra partida. El día que zarpamos sobre el Mediterráneo de mi infancia… El cielo nunca volverá a ser tan azul como aquel día. El mar, mi mar, la inmensidad que se recoge, se aleja, vuelve…194

Miro las pequeñas olas. Mi madre habla, habla… no soporta el silencio, le incomoda, la hace pensar. Mi hermano se chupa el dedo. El otro llora con un llanto imparable. Las nubes son blancas, blancas. La luminosidad empaña los colores. Hay una desgarradura blanca a cada lado del buque, una estela de espuma blanca. El barco desgarra las aguas, desgarra mi garganta hecha nudo. El azul está más allá del cielo, recubre el mundo. Miro las aguas. No quiero pensar qué hay en ellas. Miro el rostro de mi madre; ha envejecido en un solo día. Ella a su vez mira las aguas. De hoy en adelante sólo hablará en pasado. El buque oscila en el inmenso azul. El cielo abraza el mar y formula un solo deseo…

Nuestro viaje duraría casi un mes; así era, se estaba acostumbrado a la lentitud, a la espera del siguiente barco, a los retrasos… Cuando salimos de Beirut, la ciudad tenía un millón y medio de habitantes, y uno más que los abarca a todos: el Chicodenfrente. Ahora tiene cinco millones y medio. Y otros veintitantos millones en mi Mediterráneo.

A ese mar lo he abrazado con los ojos, lo he rechazado, le he temido, lo he vuelto a abrazar… He vivido con él una complicidad, la complicidad de aquellos que tienen que luchar y sufrir juntos. Como en el amor.

Pero yo archivé para siempre, guardé para siempre y atesoré mi fragmento de Mediterráneo, celosamente en mi cajón interno, en mi cajón inmortal… y lo custodié con mis propias armas cuando el olvido se acercaba a él como la niebla.195

36

Cuando descendimos al camarote, al piso más bajo del barco, el sol se ausentó en ese momento. Cuando bajamos al camarote seguía aún la copla de Macías meciéndose conmigo, las palabras de dolor, de separación *j’ai quitté mon pays, j’ai quitté ma maison*, *ma vie ma triste vie se trâine sans raison*… Había dos camastros, y en lo alto dos literas estrechas. Coloqué a mi hermano Jacques que se había adormecido en uno de los camastros de abajo, donde dormiría con mi madre. Vivianne y yo en el otro y en los de arriba Toufic y Moisés. Extraño a mi padre. ¡Cómo lo extraño! ¡Cómo hubiera querido que estuviera con nosotros! Me siento responsable de todos, hasta de mi madre. Tengo que cuidar a todos, ayudarlos a todos en ausencia de mi padre, yo soy la indicada. Me da fuerza pensar que pronto nos reuniremos con él, y estaremos nuevamente la familia completa.

Miraba a mi madre con su vestido amplio sin mangas, cuello en V. Era la misma que antes de la guerra, la misma cara lozana, la boca bien dibujada por el indispensable lápiz labial a pesar de la alteración de los extremos a causa de los nervios de la partida. Se había cortado el cabello y la vi muy bonita, pero nunca se lo dije. Esperábamos la llamada de mi padre y sus buenas noticias. Tal vez regresaría pronto… eso era lo que más deseaba yo, no quería otra cosa y menos irnos al país donde secuestran a los niños. 196

A mi padre no le había sido posible venir por nosotros porque tenía que arreglar todo para recibirnos, todo, la casa, los muebles, más que nada el trabajo. *Wlek ya mara*, le había dicho suavemente a mi madre, cuando le decía *wlek ya mara* lo hacía con la intención de que ella comprendiera, que le prestara atención y entendiera como toda una mujer que ya era. Mi padre mandaba cartas. De vez en cuando hablaba por teléfono. Teníamos que ir a la tienda, al negocio del centro adonde él iba a llamar, nos avisaban la hora y allí esperábamos. Eran llamadas muy cortas, atropelladas, porque costaba mucho… y a los tres minutos, colgaban.

Cuando se comunicó con ella aquella vez a casa de un pariente, le dijo: *wlek ya mara,* vende lo que puedas, trae contigo lo que puedas y lo demás déjalo, aquí compraremos… y mi madre vendió, vendió todo, también nuestra sala de terciopelo verde que ella tuvo que destapar, quitarle las fundas de cretona y…

…. y nos pusimos ella y yo a guardar todo en las enormes cajas de madera que nos enviaron del puerto. Cosas que nos servirían en el nuevo mundo: pocillos de cobre, otros porcelanizados, vajillas… Mi madre empacó plato por plato, taza por taza, todo, sus sabanas, los couvert- lits, la máquina de coser Singer de mano… envolvió todo con nuestra ropa, con los manteles, entre las colchonetas… y lo hizo de una forma tan cuidadosa e inteligente, que nada se rompió durante el largo trayecto.

Luego mi cabeza giraba hacia el diccionario Larousse. Me imaginaba a mi padre rodeado de indígenas y pistoleros con sombreros de charro y botas de vaqueros… me moría de miedo. Podrían matarlo al saber que es judío. Podrían 197

acabarlo. Pero no tenían porque saberlo; mi padre lograba, cuando era preciso, hablar un árabe como el de Los Frères con quienes estudió, y ese árabe no era como el de los beirutíes hebreos… Mezclaba yo la terrible situación que vivíamos en el Líbano con el miedo a ese país desconocido y lleno de bárbaros que me presentaba Larousse. Pero quién iba a imaginar que yo, la fuerte, quedaría completamente tirada y descompuesta al cabo de un solo día. En un solo día, todos descompuestos.

El suelo de la cabina se encharca con el agua ¿de lluvia? ¿de mar? El horizonte se ensombrece, el huracán brama, los tablones crujen. Nosotros tumbados. El vértigo nos llega hasta el desconocimiento de lo que estamos viviendo. Sólo Toufic mi hermano está bien. Él nos cuida. Él nos trae agua de limón con azúcar que nos sirve de suero para no deshidratarnos. Y esa función de cuidar de todos, de ayudar a quien lo necesite y salvar a otros de las enfermedades comenzó a dar vueltas en su cabeza de niño. Creo que desde entonces él decidió convertirse en médico. De allí su inclinación hacia la profesión de médico que él lleva a cabo tan dignamente; después del juramento hipocrático, fue premiado en Bellas Artes y recibió el reconocimiento entre los mejores doctores de la nación de las manos del entonces presidente Luis Echeverría.

Toufic nos cuidó cuando en los mares de Alejandría se desplegaba la furia del gran mar. La lluvia torrencial vencía la luz que minutos antes se reflejaba en el cobre del ojo de buey de nuestra cabina. Plena oscuridad a pesar del pequeño círculo de ventana.

También mi corazón se oscureció…198

… y no, no eran solamente las sacudidas de las olas y la lluvia que inundaba el pequeño barco de carga, sino un estruendo colosal del corazón…

… la palpitación del universo.

El Ionia es un barco griego. Ahora lo sé, sólo porque Toufic recuerda el nombre del barco en el cual partimos. Significa Grecia, me dijo, le había preguntado a uno de los marineros. Toufic se encargaba del funcionamiento del barco, los mástiles, las cuerdas… todas las maniobras… él es capaz de desarmar todos los aparatos, las televisiones, quitar piezas que le parecen sobrantes y volverlas a armar hasta dejar funcionando el aparato, aunque le sobraran piezas… también hubiera sido capaz de desarmar el Ionia… Vivianne se aferraba a mi madre, los enormes ojos de mi hermana expresaban un mundo de incertidumbre y espanto. Moisés sonreía a pesar de la zozobra, con esa sonrisa suya que hace que se le perdonen todas sus travesuras y que te pone en jaque si no eres capaz de corresponderla. Jacques pedía a gritos su leche… Yo tenía un miedo atroz, presentía el peligro. Lo palpaba. ¡Si sólo estuviera mi padre con nosotros! Si sólo pudiera…

…. pero mi padre no regresó a Beirut. No debía regresar. Para poder soportar no hay que recordar demasiado. Para soportar el abandono hay que pegarse a los días, hora tras hora. Ignoro si fue el miedo a anclarse de nuevo a la ciudad de su juventud en la cual fue feliz, en la cual había tenido amigos judíos cristianos y musulmanes, en la cual el comercio florecía y en donde no había violencia ni siquiera verbal, en donde seguían viviendo como siempre en una 199

aparente amistad colectiva. Sí, creo que a mi padre le dio pavor regresar por nosotros, en ello se jugaría todo la valentía y el coraje necesarios para renunciar a aquel país… Pero mi padre había percibido la situación claramente: había un nuevo y latente brote de antisemitismo contra la pequeña burguesía judía en ascensión…

…las relaciones se deterioraban completamente. Nos culpaban de todo. Los temores a ser atacados en cualquier momento, las constantes amenazas de los árabes, “*dabah el yahoud halal*” parecía una contraseña “matar a los judíos es un acto sagrado” … y junto a los musulmanes, los recelos que los cristianos habían acumulado en contra nuestra; porque ya entre nosotros despuntaban jóvenes banqueros como los Saffra y el florecimiento cultural de una nueva generación de profesionistas, abogados, financieros, ingenieros… todos los que egresaban de l’Alliance como *Petits Français* para luego ir a las universidades en Beirut, París, Londres… por todo eso, y porque algunos se habían vuelto muy, muy ricos y los cristianos corrían el riesgo a ser suplantados por ellos.

¡Si sólo estuviera mi padre con nosotros! Si sólo hubiera… Pero mi padre no pudo volver. Le había causado una angustia tremenda decidirse a abandonar el país, creo que la angustia de tomar una decisión ante dos caminos que se bifurcan se parecía a algo así como la duda de Abraham ante el sacrificio de su hijo. Porque cada nuevo día podía hacer trizas nuestra vida…

Y él había decidido y no podía, ni debía dar marcha atrás y correr el riesgo de cambiar de idea… Entonces miró estremecido el mañana y dio la espalda al mundo de su pasado con un sentimiento de soledad perturbadora, impulsado por un mundo extraño e incierto. Y para nuestra 200

buena suerte, la HIAS, “*Hebrew Inmigration Aid Society*” encargada de ayudar a los emigrantes de Rusia y de otros países y que ha salvado a cuatro millones y medio de judíos en su éxodo hacia Israel, América, Francia, Italia… la Hias, nos había ya mandado los boletos del barco. Ellos se encargarían de llevarnos desde Beirut hasta Veracruz.

Mientras mi padre alistaba nuestra llegada, comenzó a trabajar con su sobrino Teófilo en la fábrica de chamarras que se llamaba Piccolino… y había alquilado un departamento en la avenida Campos Elíseos en Polanco, una zona muy exclusiva y muy cotizada de la ciudad… en aquella época, muchos vivían todavía en la colonia Roma, muy pocos en el centro, la mayoría en la Condesa o en la colonia Hipódromo…201

37

Una mujer en sus sesentas se asoma a contemplar el Mediterráneo con el cual aún sueña tantas veces. Esa mujer soy yo. Aquí en la terraza del hotel, sobre ese mar, el Mar entre Tierras, circulan las naves como en sus principios, transportando mercancías entre puerto y puerto, emprendiendo su actividad principal, el comercio. El comercio que comenzó en Beirut y ha sido cruce de caminos y testigo del desarrollo de las civilizaciones humanas. Ahora son barcos enormes los trasatlánticos que llevan miles de turistas a los puertos mediterráneos.

Líbano, significa montaña blanca, nos comenta el chofer y guía que nos lleva a Beirut para “conocer” la ciudad, pongo entre comillas conocer, porque yo ya la conozco o eso creo, porque sólo la conoce mi corazón de niña que palpita fuertemente ahora que nos acercamos a la Corniche. Nuestro hotel está ubicado en una zona exclusiva donde abundan las boutiques de lujo: Chanel exhibiendo en sus escaparates bolsas vestidos chaquetas, los modelos del 2012… entramos a una de las tiendas y me compré una bolsa de charol verde olivo, preciosa… no sé si tan preciosa era la bolsa como el color verde olivo, el vendedor había dicho, se usa mucho este año y la palabra me hizo cosquillas, me llevaré el olivo a México… 202

Mientras más caminábamos por las calles, más lejos me sentía de mi ciudad. Más lejos que antes, más que nunca. Y es que, a medida que cambia la distancia y la época de vida también cambia nuestra medida interior. Muchas cosas que tenían para mí una importancia enorme, en este momento, las examino, las veo y me doy cuenta que sólo son pequeñeces. Eran sólo eso, pequeñeces, porque yo ya había dejado de considerar mi país de origen como el eje eterno de mi universo.

Pasamos por Wadi Abou Jmil. Le señalé a mi marido: Aquí vivían los Levy, Jack era el carnicero, primo y amigo de mis padres, lo llamaban Monsieur *Jashbe,* porque era muy derechito, tan derechito como si fuera de palo… ahora se hizo millonario en Nueva York con su negocio de Electronics. Y aquí, recuerdo bien algo que me contó mi abuela: un día, ella y mi madre caminaban por Wadi Abou Jmil. Unas amigas de mi abuela se les acercaron, *Bonjour, comment* ç*a va?* le preguntaron a mi abuela y lo mismo a mi madre. Estás muy delgada y demacrada, le dijeron a mi madre. Luego saludaron de nuevo y se fueron, pero mi abuela alcanzó a escuchar sus palabras: la pobre Louque, seguramente su marido la maltrata o no le da de comer, por eso está tan flaca… mi abuela, indignada, se dio media vuelta y les dijo: ni mala vida ni nada, lo que pasa es que mi hija está embarazada, tiene nauseas mareos vómitos, eso es todo, lleva muy buena vida, bendito sea Dios… ¡Ayayay, viejas charlatanas, así se hacen los chismes!

Luego pasamos por el colegio Besançon. Me acerqué a la reja. No vi nada. Tampoco sentí nada ante las rejas que me daban seguridad en mi infancia, cuando cruzaba la calle tratando de esquivar el barrio de los niños árabes que maldecían a los judíos sin ton ni son…203

Pasamos por la panadería. Todavía existe. A este punto una nostalgia de esas tremendas me invade. De estas memorias que crean estampas en tu historia. ¿Y de qué sirve la memoria de lo que hemos vivido si no la compartimos con otros? Le expliqué a mi marido la importancia sentimental que este lugar tiene para mí. Aquí veníamos mi padre y yo los domingos en la mañana a comprar los *Manaish* con *zaatar* o con queso, el panadero metía al enorme horno la masa con aceite y zaatar: una mezcla de especies, orégano ajonjolí pan molido sal de limón o jamaica… Provistos de aquellos panes recién horneados, mi padre y yo regresábamos a paso veloz a casa para que no se enfríen los *manaish* que despedían un olor, un olor ¡se me hace agua la boca! Los llevábamos a la mesa, todavía calientes, mientras mi madre y mi abuela que se había quedado a dormir la noche anterior, picaban cebolla jitomate pepino y aceitunas y bañaban el todo con limón y aceite de oliva haciendo una rica ensalada árabe…

Después, la casa del Avocat y su esposa Suzette. También ellos en Nueva York, todos los Srougo se fueron a los Estados Unidos; Ivonne la hermana mayor se casó con el señor Dichi, un hombre de muy buena posición y sus hijos, todos hombres, salieron unas lumbreras para los negocios.

Junto a la panadería, casas de otros amigos y primos que se fueron a Israel. El hijo de Elie se convirtió en ingeniero agrónomo, uno de los más reconocidos en su campo, viven en Haifa… Y en la Casa Grande no quedaba nadie. Nadie. Las cinco familias, Khabié, Zeitouné, Lévy, Srougo, cada uno en un país diferente, cada quien siguió su estrella. ¡Cada uno tiene una estrella que seguir!

… y cuando reencontré mi país, ya no había nada que encontrar. Ya era demasiado tarde. Se había roto el hilo, 204

lo comprendí enseguida. Ya no había nada. Los libaneses de la diáspora y los millonarios como Slim se habían encargado de reconstruir y renovar la ciudad. Hay tiendas, boutiques, modernismo, muchas marcas extranjeras y restaurants de lujo. Ya son más de cinco millones los que habitan la capital. Después de la guerra del 75 y la terrible destrucción, y con el gran flujo de palestinos y sirios, los barrios árabes habían aumentado considerablemente… y todo cambió. Las calles son anchas y bien pavimentadas, los establecimientos elegantes. Mi pasado convertido en tiendas de lujo. Después, adentrándonos un poco más, los edificios se apretujan entre sí, todos desiguales…

La gente sigue siendo hospitalaria, pero su alegría ha desaparecido. Bajo el marco de las negras cejas, los ojos libaneses muestran desilusión, espanto, y un odio abrazador que te hiela el alma. Aún en el centro, en las joyerías que recorrimos con Mauricio y Silvia donde compramos dijes en forma de ojitos, sentimos aquella desolación. Cerca de la mezquita donde hay un paseo de restaurantes y boutiques… Sí, ya no era igual. En los rostros había mucho rencor, mucha tristeza.

El intenso aroma de café inunda la calle. Es el café turco con el cual mamá había hechizado a mi padre. Llega a mis oídos la música de la película “un Hombre y una Mujer” con Jean Louis Trintignant y Anouk Aimée. La letra de la canción despierta nostalgias, añoranzas del amor que alguna vez sienten las parejas, del reencuentro del amor y la evocación de la juventud:

“*Avec notre passé pour guide, on se devrait d’être lucide*

*Mais notre méfiance est à bout, l’amour est bien plus fort que nous*… 205

Y Jean Louis Trintignant, el amante en plena conquista, ordena un *chateaubriand saignant* para los dos, y Champagne…206

38

Quien no ha visto Los Cedros se ha perdido del hálito vivificante y embelesador de lo ilimitado. Estos maravillosos y milenarios árboles sólo crecen en este lugar. A los pies del monte Líbano se yerguen en sus troncos superando ese milagro único.

El deslumbrante ascenso a la montaña no se puede abarcar sólo con la vista, electriza los sentidos exhibiendo el triunfo de la naturaleza.

Mauricio Silvia Rafael y yo recorremos parte del enorme bosque, fascinados con los árboles que datan de más de dos mil años y las cascadas que descienden formando un verdadero paraíso visual. Hemos alcanzado las alturas gracias a nuestro adonis chofer-guía con su Mercedes último modelo su celular y sus lentes Dior. Este lugar lo conozco, me lo había pintado mi padre con palabras. Finalmente, después de más de cincuenta años, estoy aquí, acompañada de mi marido y de nuestros queridos amigos. Es una doble felicidad. Admiro con éxtasis el talento de Dios en todas sus formas. Capturo con los ojos bien abiertos la huella de la esencia divina… respiro el aire puro, buscando en mi interior la fuerza y el sentido que acompañó a los fenicios al descubrir aquel bosque, cuna natural del Mediterráneo.

Con árboles hermanos hicieron los fenicios sus fuertes embarcaciones a prueba del mar y del tiempo, en 207

ellas transportaban mercancías, aceites y especies, navegando por el Mediterráneo, creando a su paso ciudades como las griegas o Cinque Terre en Liguria, Italia, … pueblos incrustados entre la montaña y el mar.

Bajamos a Bsharre, el pueblo donde nació vivió y murió el gran poeta libanés Gibran Jalil Gibran. Nos recibe un busto de bronce del poeta y en el patio unas bancas de hierro. Nos adentramos en la pequeña casa. Desde aquí la montaña parece más baja, el escenario del bosque se abre para alimentar la inspiración del poeta infundiendo la inmanente voluntad de crear.

Es una casa sin pretensiones, que sorprende en cosas muy superiores a las materiales, hay arcos y nichos mediterráneos que enmarcan las ventanas desde donde se pueden contemplar los cedros, una pequeña cama contra la pared, el suelo raso… para mí era como entrar a un santuario, aquí se escribió “El Profeta” aquí tomó forma el libro, aquí se gestó “El Loco” y los versos que revelan enseñanzas de vida, hablan sobre las relaciones humanas, sobre los padres y los hijos… Respiré profundo.

Regresamos a Beirut. El caos de la ciudad nos alcanza de pronto como queriendo eliminar la magia de los cedros. Las calles de mi ciudad son las mismas, y sin embargo tan diferentes. Las mujeres con sus velos negros, otras con jeans modernos, los hombres con su *tarbush* y el *shirwal* otros con camisetas Guess. Son las antiguas calles pero con otra gente… son pasado acribillado por su ausencia actual… son murmullos de mi infancia…. Son ruidos bajo mi piel que ya no es morena… Y es mi cerebro odiosamente sensible y mis nervios que asoman a la superficie, y es siempre la 208

música de Macías, la misma música que resuena dentro de mí…

A lo lejos, el Mediterráneo se muestra como si estuviera contando una historia…

Habíamos pasado junto a un salón de belleza cerca de la Rue de France aquel día cuando visitábamos mi ciudad natal, y de pronto me regresó la sensación de pérdida, como cuando yo dormía plácidamente en la recámara, era en septiembre vísperas de las fiestas, se me acercó Toufic con unas tijeras más grandes que sus años, y me cortó una de mis trenzas,… No lloré. No lloré por mi trenza tupida, apretada. Corrí al espejo. Me miré con el rabillo del ojo. Vi mi cara chueca, mi rostro de niña asustada. Me invadió una terrible sensación de pérdida, ¿pérdida de qué? Ni siquiera me veía bonita, parecía una indita… Sólo es una trenza, me dije, me queda otra todavía. Lo dije con furia porque no sólo era una trenza, era la pérdida de la femineidad, era eso, porque yo creía que en los cabellos residía la esencia y el atributo de la mujer…

Mi madre al verme, puso las manos sobre su rostro, se lamentó y gritó, *wl*í *aley inshalla,* cómo vas a ir así a la sinagoga, cómo, qué dirán… y para el colmo no te queda tu vestido, la costurera no encontraba tu cintura… *wli aley inshalla,* siguió lamentándose como si fuera la tragedia del mundo… Nunca más me dejé crecer el cabello. El pelo corto sirvió para hacerme distinta a las otras; ellas, con sus melenas largas y rubias… pero fui más femenina que todas. Además mi peluquero era francés y me hacía un corte europeo, a la última moda; muchas me preguntaron quién era mi estilista y se dirigían a él pidiendo que les hiciera el 209

mismo corte… Así que mi hermano me hizo un gran favor con su travesura.210

39

Se me presenta a veces una línea de pensamiento o una imagen, y me lanzo a la *Recherche* de mis memorias o de mis más simples aventuras. No es nada más que un acorde que se manifiesta en forma de suspiro o como un signo para no concluir algo que ya está concluido. Mi viaje al Líbano no había concluido. En mi memoria no terminaba nunca, y espero que permanezca por siempre en ella. Sí, lo deseo tremendamente, porque de eso dependo para seguir siendo yo, yo con mi esencia y mi origen.

Y me entrego a la esperanzada memoria del pasado, viviendo el presente a medias, así envuelta en una nube, la misma que hoy envuelve al Popocatépetl… …

Me miran, realmente me miran… No sé si porque me contemplan… seguramente porque me quieren asaltar. Y yo me sonrojo aún ahora ya entrada en años, cuando las arrugas forman parte de mi rostro. Pero me digo: a cambio de las arrugas, lo que hace que una mujer sea bonita no son los maquillajes ni los peinados, a cambio de las arrugas tengo otros encantos que no puede tener una chica joven: el encanto de la vida plena.

En las profundidades del otoño, aprendí que en mi interior habita un verano invencible.211

El atardecer cae sobre el mar. Sobre el mar de mis recuerdos, sobre ese mar que tiene el poder de ser tan azul-cielo como gris-turbulento-agresivo.

Hoy a más de cincuenta años, arrojo mis emociones sin detenerlas, sin la timidez de antaño pero con el mismo amor. El Pacífico se libera y ataca el revolcadero junto al Pierre Marqués. Ataca con intermitencia las rocas y el oleaje asalta las plataformas del cerro y los acantilados parecidos a los de la Quebrada. Las playas del Acapulco Princess parecen infinitas, una larga pista para el jogging mañanero…

La sonrisa de mi nieta y su mano acariciando mi cabellera. Esa sonrisa se hace más sublime, más intensa, se inserta a mi cuerpo.

Más tarde, observo desde mi ventana una luna cándida, curva y nívea como el mechón de cabello de mi hermano Jacques, un mechón de color tan blanco y forma curvilínea descollando entre sus cabellos rubios, haciendo de él un ser especial, un elegido. Todos admiraban esa rareza en su pelo ondulado, una media luna de cabello más claro, blanco- dorado que ilumina su rostro y sus grandes ojos.

Las luces de la bahía acapulqueña hacen del paisaje un mar iluminado, un tapete eléctrico, una alfombra de mil luces… mientras yo escribo lo que se me viene en mente. Pienso en esta frase que alguien dijo: Nunca podremos ser sólo libaneses, ingleses, holandeses o mexicanos… siempre seguiremos siendo judíos. Somos los beirutíes hebreos. Pero cuando llegue la paz, cuando… La paz llegará 212

sólo cuando los palestinos amen a sus hijos más de lo que odian a Israel…

Y es que, en momentos de peligro, la voluntad de seguir teniendo esperanzas se hace siempre mayor.

Pero mi hermano sigue tirando del vestido de mi madre; llora, llora, su llanto es interminable. Luego se chupa el dedo y vuelve a llorar. Sus lágrimas refuerzan la rabia y el tormento, el penoso sentimiento de lo infelices que éramos a este punto, al borde de la zozobra en aquel mar rebelde que azota nuestra nave queriendo engullirnos. La mar salobre gime en la oscuridad. Los remolinos de Alejandría juegan un juego mortal con nosotros, nos aspiran como un poderoso imán, queriendo tragarnos…

Esperé la noche como quien espera las sombras para escabullirse. Esperé rezando, implorando a mi Mediterráneo, con la esperanza de que se apiadara de nosotros y calmara sus ímpetus ¡Nos habían arrojado al mar! al Mediterráneo esplendido y aterrador donde se vuelcan las fallidas ilusiones. Miré a mi hermana en mi misma litera, frunce el ceño al dormir, quizás su angustia se parezca a la mía.

El aleteo del colibrí hace que mi memoria cambie de posición, ahora trepa la muralla del mar y se encuentra con los suelos de la terraza de la Casa Grande donde mi abuela avienta cubetazos de agua y todo tiene olor a limpio. Al mismo tiempo, ella enjuaga las maldiciones y los insultos, elimina las amenazas y las injurias. Y los olores enjabonados alejan los oscuros deseos mientras que las poderosas sensaciones despiertan, guiadas por los pétalos de rosas en 213

almíbar en la alacena de mi abuela, los frascos marcados con una etiqueta: “rosas” “membrillo” “esencia de azahar” “”… Mis recuerdos se inquietan, excitados por la nueva imagen de las confituras, la mezcla de las raíces que me atan a esta tierra esplendida y aterradora, a sus días ardientes y sus noches balsámicas…

Y la vida rebota, renovada, lista para desnudar mi infancia mi adolescencia y las revelaciones de la revista Nous Deux con su portada *L‘hebdomadaire qui porte bonheur*… Huele a humanidad a jazmín al perfume de mi madre al de su lápiz labial a membrillos y pétalos de rosas… al aroma tibio de mi adolescencia…

Mi hermano cesa de llorar, ahora duerme.

Después de más de cincuenta años, emerjo de aquellos traumas superando tantas cosas. Oh, sí, superando mi vida de niña tímida, llevando bajo la piel una sangre aún joven y tumultuosa, un apetito de quinceañera, un ansia sin igual de comprender, de asimilar este mundo todavía desconocido para mí, tan cambiante como la luz de cada día, tan impredecible como mi propio humor… buscando entre los misterios de la vida la ternura de la humanidad, la ternura y el afecto de mi abuela y de mi padre, la compasión del hombre por el hombre...

Ahora después de tanto, vivo entre los juegos del Pacifico y de otros océanos que visito por pequeños intervalos de tiempo. Vivo del viento y de las montañas, bajo el peso de las intensas lluvias de nuestro inquieto verano.214

40

Su resplandeciente rostro guarda la humedad del baño sagrado. Su cuerpo tiembla de emoción y alegría. Mi nieta, revestida por una bata-toalla blanca. Su ser entero se estremece, abierto a recibir la bendición de toda mujer judía frente al matrimonio. Familiares, abuelas, madres y amigas estamos aquí reunidas en BetYosef para la Tebilah de la novia.

La mujer judía se prepara física y mentalmente para este rito milenario que proviene de una costumbre matriarcal. El baño de la novia es sagrado. El ritual es la inmersión en la *mikveh*: pileta en la cual se va acumulando el agua de lluvia. Es una renovación espiritual. El medio acuoso representa el útero del cual renace purificada la persona. Es un momento de concentración en lo significativo después del desgaste físico y emocional ocasionado por los últimos preparativos de la boda.

Por fin nuestros deseos se hacen realidad. Cada viernes después del rezo de Shabat y antes de comenzar a cenar, acostumbramos saludarnos todos con un abrazo y un beso, formulando buenos deseos unos a otros. A las chicas se les dice generalmente: Que te veamos novia, *inti- w-arusse* que pronto seas novia…. Lo mismo me decían a mí de pequeña. En realidad, en aquel tiempo, no se tenían otras perspectivas para las mujeres, por ejemplo, nunca le 215

hubieran dicho a una niña: qué te veamos escritora, Ja-Ja… En el horizonte del porvenir de las mujeres sólo existía la palabra matrimonio.

Después de prender las velas, pidiendo a Dios una semana de paz y tranquilidad, agradeciendo todas las bondades de la vida con las que Dios nos ha bendecido; las mujeres, sensibilidad a flor de piel, disponemos de ese medio para razonar sobre nuestra esencia y nuestra naturaleza.

Luego de la inmersión de la novia en el agua también se sumerge la cabeza siete veces sosteniendo la respiración el tiempo que se pueda veo entonces a mi nieta salir del agua, cabellos empapados, ojos acuáticos. Y nos precipitamos todas a llenarla de bendiciones y decirle mil palabras enternecedoras augurándole un futuro brillante. La madre de la novia, en este caso mi nuera, acompañada por la madre del novio, rompe encima de la cabeza de la novia una enorme rosca en forma de estrella de David… Cada una de las presentes, provista de una vela encendida rodeamos a la novia… Y es como si esta imagen, como si este momento sagrado, pidiera insistentemente que se le conserve en el espejo del tiempo remitiéndonos a aquel pasado en el cual también nosotras fuimos novias.

En mi Tebilah sólo éramos seis personas. Mi abuela, mi suegra, dos tías ancianas de mi marido, mi madre y yo. La mikveh era un cuarto oscuro en la calle de Córdoba en la colonia Roma. La humedad de las paredes despedía un olor acre de lluvia estancada. A cada inmersión sentía yo que me ahogaba, no tanto por el agua sino por el examen minucioso al cual me sometieron las ancianas y mi suegra, revisando que a mi cuerpo no le faltara nada ni le sobrara nada, que estaba yo entera y que, con la ayuda de la Providencia, 216

pasaría yo la extrema revisión realizada por sus ojos puntillosos e indiscretos… Ya más relajadas, escrutaron a mi madre que entró después de mí al agua. Se supone que después de la novia debía meterse alguien con una muy buena suerte y que fuera una mujer sumamente fértil, y mi madre cumplía todos los requisitos. Yo tenía pánico que me vieran en mi desnudez. Desde que fui señorita me escondía hasta de la mirada de mi madre. Creo que le tenía más miedo a mi baño de novia que a la noche de bodas.

En cambio el día de hoy, el *hammam* de la novia es una verdadera fiesta que se vuelve cada vez más sofisticada, con desayuno para más de cien personas y audiovisual que abarca desde el nacimiento de los novios hasta su noviazgo, desde su primer beso hasta las vísperas de la boda. Y la música romántica toca los puntos más sensibles… es un festejo exquisito ofrecido generalmente por las abuelas de la novia… Y lo que un día empezó siendo algo tan íntimo, ha ido in crescendo… El fresco aroma de los nardos y gardenias, los esplendidos dulces que cada una de las presentes ha traído para halagar a la novia, para endulzar e iluminar su nueva vida, el calor de las velas y el vapor del baño, el todo mezclado con las *zaghlutas* los *u lulús* o gritos de júbilo que aluden a la belleza de la niña que pronto se convertirá en mujer. Todas las jóvenes casaderas quieren asistir a este ritual, para beneficiarse de la creencia popular que anuncia que la novia concede a sus acompañantes la misma suerte que la suya propia. Se crea en torno a la festejada un auténtico salón de estética en el cual se pone en práctica todo un rito. Sobre su cabeza y sus pies se vierte la henna entibiada que surte el efecto de un talismán contra el mal de ojo o contra cualquier otro maleficio. 217

La música del audiovisual habla de la pareja, de la niña-mujer, del Violinista sobre el Tejado y *sunrise sunset* y a este punto, habitualmente, las lágrimas asaltan los ojos de las asistentes y el resultado es un panorama conmovedor que hace vibrar los corazones ¡Apenas ayer nació! ¡Parece que fue ayer cuando…! son las palabras que suelen expresar. La niña que nació ayer apenas, está por casarse.

Cuando me pregunto por nuestras costumbres y nuestra tradición, me doy cuenta de lo importante que es pertenecer, estar ligado a otros en algo, religare: de allí proviene la palabra religión. ¡Cuánto tiempo transcurrió para que yo entendiera lo que eso significa! ¡Cuánto tiempo tratando de eludir las costumbres que me parecían satíricas absurdas y primitivas hasta el cansancio, y que sólo ahora adquieren un gran significado para mí!

Por ese mismo rito pasaron mi abuela, luego mi madre. Le pregunté a mi madre cómo era en sus tiempos, si las llevaban a bañar también…Me respondió *eh, maaloum* claro que sí, por supuesto que íbamos a la Tebilah, en la sinagoga Maguen Abraham había una, y otra chiquita junto a la casa de los Srougo, para gente de pocos recursos… iba mucha gente, claro, *yaani* unas cuatro o cinco personas, igualito que ahora, pero sin tanto Tralalá…218

41

El carro pasa deprisa bajo mi mirada de niña anhelante de travesuras. Mi pariente se da a la vida loca en su convertible último modelo. Toca el claxon fuertemente, a cada calle; es una bocina musical. Cuarentón y no se decide a casarse todavía, a cambio, tiene a sus pies a las jóvenes más guapas y astutas de la comunidad libanesa. Pero él se da a la vida loca. Lo recuerdo con su cigarro entre los labios, el cigarro forma parte de él, digamos como el puro de Churchill, inseparables. Se parece a Vittorio Gassman, creo que estoy un poco enamorada de él. Apenas me dirige la palabra y me sonrojo.

Aquel día estábamos en casa como siempre después de la escuela vespertina, leyendo o haciendo tareas como todo el mundo. A falta de la televisión que vendría a cambiar la sana costumbre de la lectura, todos leíamos. Todos teníamos una cierta inquietud que cubre otra inquietud aún más profunda. Pero también la lectura nos adormecía, nos mecían las palabras y las imágenes que nuestra imaginación proyectaba.

Muere rápidamente la tarde para dar lugar a las sombras y a los sucesos graves o esplendorosos de los sueños, mientras el frio de la noche resiste y la voz aguda y penetrante de la vecina religiosa regañando con bendiciones219

a sus hijos. La voz se disipa dando lugar a los ladridos de los perros que provienen de la cercana vecindad árabe. Creí que estaba soñando. Pero no. Era mi madre que me despertaba sacudiéndome: rápido, levántense, vino el primo Elí para llevarnos a pasear en su convertible… Rápido, carga a tu hermana y corre. La vi entrar a su closet, sacar del *placard* sus joyas y el dinero. Mi padre cargó a uno de mis hermanos, mi madre a otro y Vivianne y yo corríamos junto con Toufic quien encabezaba el escape. Me precipité por las escaleras jalando a mi hermana, alborotada por ver a mi primo en su maravilloso carro así como en la película que habíamos visto Eva y yo, el joven galán pegado a la corneta musical del convertible… y, y me encontré con que todo era mentira. No había ni coche ni primo ni claxon ni convertible. Nos subimos al primer taxi que encontramos y nos fuimos a la playa. A la playa, a pasar la noche por si volvía a temblar ya que los temblores suelen repetirse. Pasamos la noche al descubierto. Mis padres angustiadísimos, yo, frustrada mi ilusión de pasear con el primo en su carro. Fue traumante. Bueno, en realidad yo no sentí ninguna sacudida, ni sabía lo que podía pasar en un terremoto, y cuando no sabes nada, no tienes miedo. Entonces adopté una pose teatral puesto que estaba ofendida porque me habían mentido, y por pura presunción no quise preguntar nada acerca de lo que había sucedido. Al día siguiente la vida tomó su marcha habitual.

Pasados algunos días mi madre me pidió que la acompañara al Souk. Dudé de sus palabras por lo de aquella noche del temblor... Pocas veces íbamos al Souk, contadas con los 220

dedos de la mano, no más que eso. Y para mí era toda una aventura. Pero antes de llegar, compramos los zapatos en Bata, siempre el mismo modelo, sandalias para el verano, zapatos blancos para las fiestas y negros para el invierno, no recuerdo haber usado nunca botas para la época de lluvias, sólo nos poníamos el impermeable con capuchón.

Ella y yo solas en Souk el Tawileh, textualmente: el “mercado largo”. El más fino de los Souks de Beirut. Aquí habita el comercio en pleno: las importaciones francesas y artículos de lujo que venían de todo el Líbano y de Siria, telas importadas, medias de seda, joyerías. Éstas últimas abundan, exhiben el oro de muy alta pureza 24kt, cadenas largas por metro, diamantes, muchas joyas con esmeraldas, la piedra de la esperanza, la piedra preciosa favorita de los musulmanes…

Aturdida, fascinada, contemplaba yo aquel mundo fantástico repleto también de prendas íntimas para mujer, corsés, lencería, camisones… todo se vende en esa larga hilera… caminábamos mamá y yo por los pasadizos que parecían túneles interminables… y llegaban a mis oídos de niña de once años los repertorios de exclamaciones de admiración que provocaba mi madre a su paso. Ese repertorio florido y muy propio del hombre árabe ante la belleza femenina y que a mí me sorprendía sobremanera. Cómo conseguía mi madre, una mujer de casi treinta años, treinta años que para mí significan la vejez, y que me suscitaban una tremenda envidia. Entretanto mi madre se ponía nerviosa, caminaba apresuradamente y sólo quería ya salir del Souk y refugiarse de aquellas miradas obscenas, de las palabras que causaban rubores en las mejillas que adquirían un tono casi morado. Llegamos finalmente al negocio de telas 221

y mi madre escogió astutamente las sedas italianas importadas del Lago di Como, las más sofisticadas y de colores encendidos… El olor de las telas, el aroma de las esencias traídas de oriente, el efluvio de los perfumes…

La mezcla de olores flotaba en el aire combinando falafel y shawarma, manaish con zaatar y pan recién horneado, sumándose al de las especies que venden en costales… y el todo hasta abrir el apetito o causar náusea.

A este mismo Souk cuatro años más tarde, vendríamos mi marido y yo acompañados por la tía Hayath quien me regaló un collar de oro con pequeñas perlitas: mi regalo de bodas.

Pero mi madre ya no volvió al Souk. Ni conmigo ni con nadie. Aunque todo siguiera aparentemente igual que antes y la gente se hubiera adaptado al caos, el panadero a su pan, el zapatero a sus zapatos, los autos tocando el claxon sin cesar… y la gente parecía apreciar más las bondades de la vida, la música y la naturaleza. Sin embargo, a nuestro regreso de Reyfun, amenazaba una oleada de odio triangulada por hipocresías entre cristianos, musulmanes y judíos. Y con la creación de Israel y la partición de Palestina, se temió un ataque al barrio judío. En efecto, una horda de musulmanes se dirigió al barrio; afortunadamente fue detenida por la policía. El miedo aumentó y comenzó el éxodo. Sobre todo entre los jóvenes, incitados por los *shlihim:* emisarios que les proponían programas de vida fuera de los países donde eran repudiados, se propagó la idea de salir en busca de otros horizontes. Y la ola de emigración masiva parecía natural, aunque todavía no había razones imperiosas para dejar el país. Y partieron… como lo hicimos nosotros, unos 222

a America, otros a Israel, otros a Francia, a Italia, Argentina o Brasil…

Aquel año al igual que los anteriores, fuimos de nuevo a Bhamdoun. Rentamos un apartamento por los dos meses de vacaciones. Ese año hizo más calor que de costumbre. Por las calles la gente se agachaba para mojarse el cabello bajo el grifo del agua pública y refrescarse, sorbían el agua en las palmas de las manos. En Rosh Hashanna fuimos a la sinagoga. Todos los que acostumbraban asistir a los rezos del sagrado Año Nuevo y de las fiestas mayores continuaban allí. Habían pagado su *arikha* el tributo por pertenecer a la comunidad como siempre lo habían hecho, aunque en su pensamiento rondara la idea de que sería el último año. Papa solía “comprar” una *aliyah*, una comparecencia para leer la Toráh y decir el Kaddish por su padre. Recuerdo que a mí, me compraba uno de los pequeños adornos que engalanan el Sefer, los *Rimonim,* me levantaba en brazos y yo colocaba el *rimón,* era otro privilegio por el cual se daba un donativo extra a la colecta comunitaria…223

42

No me había dado cuenta de su existencia. No sabía que estaba allí. Llegamos al panteón Monte Sinaí en la calzada México Tacuba como cada año en vísperas de *Yom Kipur* para visitar la tumba de mi padre y decir el Kaddish que sólo a los hombres les es permitido recitar. Pero llevábamos un rezo, una larga oración que está conformada por las letras del nombre de mi padre. A cada letra le corresponde una parte de la lectura de la Toráh, y ese rezo podíamos hacerlo todos, tanto hombres como mujeres. Habían pasado ya seis años desde que murió mi padre, el panteón estaba repleto, como es la costumbre aquí en México, no sé si en el resto del mundo, ese día, vísperas del día del Perdón en especial, hay que visitar a los difuntos.

Mis hermanos y mi madre se habían adelantado al lugar nuevo del panteón, un anexo que donó la comunidad pues ya no había lugares disponibles. Caminaba despacio para darle tiempo a mi marido a que me alcance, pues había ido a estacionar el auto. Caminaba yo entre las lápidas, unas modestas otras pretenciosas, en su mayoría de mármol blanco o gris y con la estrella de David. Algunas tenían sobre la lápida varias piedritas de visita, eso quería decir que a ese difunto lo habían ido a visitar muchos parientes que dejaban el cubito de piedra con el cual se toca a la lápida, 224

como cuando se toca a la puerta para entrar; es como una contraseña para que el difunto se entere de la presencia de sus familiares. Camino por el lado izquierdo de la franja roja destinada solo a los *Cohanim.* También en el panteón existen diferencias sociales, la franja roja es el tapete rojo de la élite religiosa según los considera nuestra religión. También aquí se marca la diferencia con la tribu del pueblo llamada Israel… me causa siempre un dolor enorme estar aquí, aunque mi padre hubiera fallecido hace ya tantos años. Cuando él murió fue la primera vez que pisé un panteón. De acuerdo a nuestra ley sólo cuando fallecen los padres se puede ir al panteón, pero si por alguna especial razón se tuviera que acudir antes, había que pedir permiso al padre vivo para que dé su autorización.

Miraba yo los nombres de los fallecidos, cuando de pronto un epígrafe en letras grandes, distinto a los demás, llamó mi atención: Recuerdo de sus Hermanos. Me aproximo llevada por no sé qué impulso, me acerco a ver quién era la persona a quien sólo recuerdan sus hermanos… Leo el nombre: Tere Hop, murió a los cincuenta años. Mi corazón late de prisa a este punto… es el nombre de mi abuela. Aquí está enterrada la madre de mi padre. No lo puedo creer. Nunca supe donde había muerto, pensé que se había quedado en Damasco o en Beirut. Fue como un golpe, abrí bien los ojos para cerciorarme de lo que había leído. La ternura y la compasión me invadieron de pronto. Me precipito a depositar el cubo de piedra de visita, golpeo la lápida, el golpe seco despierta mi conciencia, primero debo visitar la tumba de mi padre. A eso vengo, así tiene que ser, es decir, no hay que detenerse en ninguna otra tumba antes que la del difunto que viniste a visitar. Seguí mi camino con 225

los ojos nublados. Y mientras me dirigía a la parte nueva del panteón, pensé que mi padre seguramente nunca tuvo la oportunidad de acercarse a la tumba de quien le diera la vida. Había algo que se escapaba al orden natural de las cosas. Mi padre falleció a la edad de noventa y cuatro años, es decir, que podría ser el padre o el abuelo de ella…

Me dirigí a la tumba de mi padre, de lejos vislumbré la jacaranda junto a la tumba. La única jacaranda en todo el lugar, los demás árboles no florecen nunca. Yo había deseado tanto que junto a él hubiera un árbol que diera flores. Porque él amaba las flores, amaba la naturaleza. Y mi anhelo era tan fuerte que probablemente los que se ocupan del panteón se apiadaron de mí y plantaron ese árbol. Era muy pequeña esa jacaranda cuando recién enterraron a mi padre, apenas un arbolito delgado y chaparro, ahora crece frondoso y sus latidos naturales quizás alcancen el gozo secreto de mi padre ante la naturaleza…

…y tan solo a unos pasos, en las primeras filas del panteón, la mujer que le había dado vida para luego venir a morir en una tierra desconocida, al otro lado del Mediterráneo.

Llegué justo cuando mis hermanos entonaban el Kaddish junto a otros hombres que se encontraban en el panteón y que se prestaron a completar el *minian*: un mínimo de diez hombres para recitar este rezo. Me paré junto a ellos después de depositar la piedrita. Mientras ellos continúan con el rezo, yo mantengo mi mirada sobre la jacaranda doliente sensual soñadora valiente y frágil como él lo fue en su larga existencia. ¿Acaso su madre era igual que él? ¿Acaso ella pudo entender su suerte? ¿Acaso llegó a entender su mundo? 226

Nos fuimos retirando poco a poco. Mis hermanos y mi madre ya habían abordado sus automóviles. Yo regresé a donde la abuela. Repiqué el helado mármol gris sobre el cual nadie había depositado ninguna piedra de visita. Nada. Toqué fuertemente con el cubo, le dije: estoy aquí, soy yo, tu nieta, la nieta que nunca tuvo la suerte de conocerte y consolarte de tu triste y solitario destino, de conocerte y quererte y agradecerte el haber dado vida al maravilloso hombre que fue mi padre…

Más de setenta años después de su muerte, llegaba yo a Bet Hajaim con el mismo aire sombrío y obstinado, enteramente vuelta hacia mi pasado como los que aman su pasado y no reniegan de él, buscando a quien había desaparecido sin dejar huellas… salvo en la lápida agotada y desnuda de este cementerio.

Un doliente olvido se extendía sobre mi abuela paterna, enclaustrada en sí misma, lejos de su casa en su incomprensible tragedia… después de una existencia… Quizás lo único que hizo en su vida fue dar a luz a mi padre y a su hermana mayor Zahiye, quizás el sentido de su venida al mundo fue sólo eso, pero con ello se había ganado el Paraíso.

Mi agradecimiento se reflejó en el cielo. De pronto presentí una intensa claridad. Dos hileras más adelante, bien cerca de la vieja losa, otro hallazgo, una revelación: la tumba de la madre de mi abuela, la abuela Altún cuyo nombre alguna vez pronunció mi padre, aquí enterrada en el panteón Monte Sinaí de México. Murió después de su hija. Tenía ochenta y tres años. La abuela Altún. Nadie se llama así. Sólo ella, la abuela que le dio refugio a mi padre en Damasco, la única que vio por él y lo atendió amorosamente, filialmente… Eso me había dicho mi padre. Se llamaba Altún. Sólo eso.227

43

Noviembre 14/2016.

Escribí esta fecha en mi cuaderno amarillo hace ya cuatro días. Y desde entonces ni una sola palabra más de mi novela. La ciudad y el mundo están de cabeza con la elección de Trump para Presidente de Estados Unidos. De Hilary Clinton, no diré que me defraudó, sólo diré que confirmó mi creencia de que los americanos no están preparados aún para ser guiados por una mujer. En fin, los noticiarios los mails los WatsApp… todos los medios nos presentan un mundo de incertidumbre y un malestar que va en aumento para los mexicanos, quienes ahora nos vemos sometidos a la voluntad y al muro de un Trump… Eso, y la angustia que me provocó el capítulo anterior en *Bet Hajaim* la casa de los Vivos, y mi descubrimiento de la tumba de mi abuela y la de mi bisabuela… fue algo tan conmovedor que he quedado realmente extenuada.

Hoy recordé a mi tía Fardossé, la media hermana de mi padre que vivía en Argentina. Un día, hará unos cuarenta años, una llamada telefónica nos reveló que teníamos una tía argentina. Nos anunciaba su visita a México. Mi padre quedó atónito por la noticia. Ignoro si recibir a su hermana después de tanto tiempo le había provocado ilusión o alegría.228

Llegó la tía. No se parecía en nada a mi padre. Sólo en el apellido, claro está. Tampoco le encontramos ningún parecido con el abuelo de quien teníamos una única fotografía en la cual aparece como un Beck, con un traje impecable, los enormes ojos negros y un poblado bigote y frente ancha… bueno, creo que la tía era también diferente a su madre, la rubia madrastra de mi padre. El idioma común de nuestros países nos acercó a la tía, sin duda alguna, más aún a nuestros hijos y sobrinos quienes podían comunicarse con ella y que tuvieron la oportunidad de hacerlo. Porque ella platicaba con grandes y chicos y de inmediato se llevó bien con todos. Una excelente conversadora, una mujer culta, y no porque hubiera tenido estudios, era culta por naturaleza y porque tenía curiosidad por todo y averiguaba cosas al leer los periódicos, conocía perfectamente bien lo que sucedía en el mundo político y financiero. Era una mujer de negocios. Se había casado con un hombre de apellido Alfíe, mucho mayor que ella, y habían emigrado a Córdoba, Argentina. Allí tuvieron una familia numerosa, dos varones y cuatro mujeres.

Hablaba el español tan fluidamente y sin ningún acento extranjero y muy rara vez, salvo cuando conversaba con mis padres, intercalaba una que otra palabra en árabe. Se había adaptado a la vida sudamericana y quiso olvidar por completo su vida anterior.

La tía me impresionó muy gratamente con su plática sobre los negocios y las noticias del mundo entero, cuando en México pocas eran las que se ocupaban de esos asuntos que no eran del interés de las mujeres, no leían los periódicos y no les interesaba los noticieros, … apenas despuntaba Zabludovsky con su noticiero 24 horas. 229

La tía jamás habló de comidas libanesas y demás, sólo de los asados y los domingos en la Pampa. Tenía la cara muy larga, el cabello castaño, no demasiado corto y unos lentes de aumento grandes, que reajustaba a cada rato sobre su nariz aguileña. Dialogaba de forma casi masculina sobre los sistemas políticos… sobre su vida… pero acerca de si vivió algún tiempo con mi padre en la misma casa, Nada, sobre el abuelo, Nada. Quizás porque pensaba que aquellos recuerdos podrían ser dolorosos para mi padre, quién sabe.

La tía vino en varias ocasiones a México. A Rafael y a mí nos gustaba llevarla a conocer la ciudad, a los lugares turísticos, Xochimilco, las Pirámides, el Museo de Antropología, Chapultepec, los mercados, Coyoacán, el bazar de los sábados… y en una ocasión fuimos a Acapulco con ella y con mis padres. Ellos habían reservado habitaciones en un hotel de la Costera. Rafael y yo no quisimos quedarnos allí y nos fuimos en nuestro jeep alquilado a otro hotel. Me arrepentí tanto de haberlo hecho. Todos los bonos que había ganado con la tía se fueron al suelo. Me sentí soberbia, altanera y traicionera con mis padres… ¿Qué tenía de malo su hotel? bien podíamos habernos hospedado con ellos y no hacer ese aislamiento absurdo…

Luego, más tarde en el tiempo, Rafael y yo fuimos a Córdoba. La tía nos recibió en su apacible y confortable casa. El tío estaba enfermo, creo que había perdido la vista, y mi tía junto con sus hijos llevaba el negocio de importación de telas. Ella viajaba a Europa con sus dos varones para comprar casimires y sedas. En fin, ella lo era todo. Nos presentó a todos y cada uno de ellos, y se dio una relación de cariño y amistad de las que no se olvidan jamás, a mis primos de 230

inmediato los quise mucho. Se habían casado sus cuatro hijas, también Jaime su primogénito, y solo quedaba Teófilo tocayo de Toufic mi hermano, en español. Él era soltero y muy sensible y apasionado, un día cuando vino a Acapulco, admirando el mar desde el Hyatt me dedicó la canción *Yo vendo unos ojos negros/ quien me los quiere comprar/ los vendo por hechiceros/ porque me han pagado mal…*

La tía seguía platicando, mientras que los demás apenas participábamos en la conversación. Yo la escuchaba, extasiada, respirando la agradable atmósfera de su casa. Les preparé esta habitación, señaló la tía y sonriendo dijo: Aquí se hacen nada más que mujeres, y ustedes que tienen tres varones, ya sabrán… así que manos a la obra… y Rafael y yo lo tomamos muy en serio. A los nueve meses nació nuestra hija Lisette, después de los tres varones, finalmente había llegado mi Cordobesa.

A mis ojos de mujer de veintidós años, con aquel aire de timidez embarazosa, porque de pronto, al sentir cualquier incipiente timidez se mostraban en mi rostro y mi cuello unas manchas de color púrpura que delataban enseguida mi estado de turbación; decía que, a mis ojos de entonces, la tía aparecía como un ejemplo de liberación de todos los complejos y me provocaba una mezcla de preocupación y un fuerte sentimiento de esperanza ¡Ah, cómo deseaba llegar a ser como ella! una mujer que pueda expresar su sentir y sus tendencias ideológicas, abiertamente, con mucha lucidez y desinhibición. Sin embargo, tuve la certeza absoluta de que ella jamás revelaría el pasado que tuvo junto a mi padre. Es más, no sé si alguna vez tuvieron un pasado juntos, si vivieron en la misma casa con el abuelo su esposa y sus tres hijas…

Los unía un padre, los desunía ese mismo padre que abandonó a mi abuela y se fue detrás de la rubia madre 231

de Fardossé. Los unía el amor de hermanos, los desunía el resentimiento de mi padre, su escepticismo y el eterno abandono de sus progenitores, la aflicción que mi padre calló durante toda su larga vida.

Los medios hermanos compartían secretos. Secretos que nunca nos fueron revelados.

Sus corazones se hincharon de lágrimas no derramadas.

Los primos argentinos también vinieron de visita a México; nos hicimos amigos y los disfrutamos. Habíamos encontrado una nueva familia que, de alguna manera suplía aquella libanesa. Pero un día después de varios años, no sé cuantos, pero eran muchos, un día me habló la tía Fardossé desde Córdoba y me dijo así: dile a tu padre que venga, quiero verlo, estoy muy enferma… No le pregunté cual era su enfermedad, sólo le prometí comentárselo en seguida a mi padre… y así lo hice.

Pero mi padre ya no quiso ir a Argentina, ya había ido unos años antes. Se deleitaba pensando que algún día iría a Norvège; para él era una gran ilusión. Algún día iremos tu madre y yo, así nos decía a todos, a mis hijos a mis sobrinos a todos sus nietos, les decía: vamos a ir a Norvège en nuestro próximo viaje. No entiendo por qué le llamaba tanto la atención aquel país en especial. Y un día, un día sí, fueron él y mi madre a Norvège. Pasaron allí sólo un par de días. Pero él había realizado un sueño.

Pasó menos de un año después de la llamada de la tía; luego, cierta mañana, llamó mi primo Jaime y me encargó comunicarle a mi padre la muerte de mi tía Fardossé. 232

Era una tarea difícil. Acudí a Toufic para que juntos fuéramos a darle la noticia a mi padre. Toufic me dijo que era necesario traer un rabino que hiciera todos los trámites luctuosos; es decir, sentar a mi padre para la *shive* el duelo que dura ocho días en los cuales, según nuestra costumbre, mi padre tendría que sentarse en el suelo, dejar de rasurarse la barba por un mes y rezar el Kaddish por ella. Cuando le dijimos a mi padre que el rabino estaba listo para cortarle la camisa y sentarlo en el suelo, protestó: No lo haré. No lo haré y punto, déjenme en paz, no lo haré… nunca dije el Kaddish por mi madre y no voy a hacerlo ahora por mi hermana… No lo diré.

Después de una ardua labor de convencimiento, Toufic le propuso: está bien, Papá, le dijo, primero dices el Kaddish por tu mi madre y luego por tu hermana… y abrió el libro de rezo en las oraciones dedicadas a los muertos…

¡Ufff, se abrieron las llagas, tantas heridas! mi padre, temblando, alzó la vista como buscando a Dios y pronunció aquellas palabras *Yitkadash ve Yitgadal shmé Rabá…*y pronunció el nombre de su madre: Tere bat Altún… y desde lo más profundo… desde el fondo del universo, un suspiro acompañó su plegaria. Un suspiro de dolor, de alivio, de la más profunda tristeza. Y lo que tanto había angustiado su corazón, el malestar que lo acompañó durante tantos años y que había endurecido el fuego filial, latía con fuerza en la plegaria, y lo eximía del secreto que guardó siempre…

Después de aquello, la santidad de la plegaria llenó de paz su semblante.

¿Por qué no lo hiciste antes, Padre? ¿Por qué? 233

No supo de su muerte hasta muchos años después del acaecimiento… no le dijeron, no se lo dijeron… y luego ya era tarde…

¿Le guardaba rencor al mundo entero por habérselo ocultado?

Una ola de ternura y compasión se propagó por el espacio.

De repente tengo ganas de llorar mucho, de llorar desde dentro.234

44

Habíamos sobrevivido a los juegos del mar, a los vientos y los remolinos de Alejandría, a la zozobra del océano y el grito ahogado por la tormenta. El viaje duró ocho días, una eternidad para nosotros cinco y mi madre. Pero a punto de llegar a tierras italianas, allí en aquella línea delgada apunta un débil resplandor, un primer leve matiz casi un presentimiento.

No sólo era el movimiento del barco y la zozobra, había algo más que hacía zozobrar nuestro corazón: en la cubierta, el primer día cuando el barco zarpó había dos hombres que nos miraban fijamente. Su mirada como brasas ardientes refleja el odio llameante que nos tienen. Aquella mirada angustió mucho a mi madre. Escuchó que decían: éstos, aunque hablen francés, se les nota a leguas que son judíos libaneses…

y según lo que cuenta mi madre, les tuvimos pánico… No salimos más del camarote.

Pero gracias a Dios, todo pasa. Esto también pasó, estábamos llegando a tierra. El capitán anunció la llegada. Había que sacar las maletas y alistarnos para la salida. En eso, Vivianne mi hermana estaba jugando con un trompo, y se le fue debajo de la litera hasta atrás, y oh, sorpresa… al agacharse235

para recuperar su juguete, Vivianne vio unas cajas en el fondo, atrás de la maleta y enseguida se lo dijo a mamá. Cajas de cartones de cigarros americanos, allí debajo de la litera… alguien de los pasajeros olvidó los cigarros aquí en nuestro camarote,… los dejaron aquí en nuestro camarote, ¡por lo tanto son nuestros, tuvimos la suerte de encontrarlos!, dijo mamá y distribuyó los cartones de cigarros entre nuestras maletas.

Llegamos a Génova una tarde, cuando la sensación irreal de nuestro viaje crecía aún más. Al salir del Ionia, gracias a Dios, al salir de aquel barco en el cual por poco naufragamos, nos espera en el puerto una representante de la HIAS que nos lleva del puerto cuesta arriba. Nos conduce por las callejuelas flanqueadas por casas hacia la pensión en la cual nos alojaremos, muy cerca del puerto. Vamos caminando, tocando tierra firme. Y mientras lo hacemos, nuestros corazones se sobresaltan de la emoción de estar vivos y de poder pisar tierra.

Me vuelvo para mirar por un instante el mar. Se ve tan inofensivo, tan azul y sereno como el de mi país. Y eso me da tranquilidad. El Mediterráneo desde este ángulo, desde tierras italianas. Qué bueno es verlo desde aquí, desde lejos, sin estar expuestos a sus travesuras, sin la zozobra y la náusea de aquellos días… Mi madre avanza extenuada, va adelante de nosotros con la mujer que nos guía al lugar que será nuestra casa por un breve tiempo hasta la llegada del próximo barco que nos llevará a América… Mis hermanos y yo, aspirando el aire de tierra…

Genoa, como la llaman los italianos, tiene una energía violenta, casi avasalladora. La energía de la ciudad 236

despierta la mía sofocada por tanta tensión que vivimos en el barco. En mi fuero interno, me siento prestamente ciudadana del territorio europeo. Y esta conexión con el suelo europeo, en especial con el italiano, sigue haciendo mella en mi vida, estoy conectada a esta tierra y a esta cultura como si fuera mi lugar de resurrección… al menos así llama mi terapista al amor que le tengo a Italia y a los italianos…

El calor se pega a nuestra piel. El ritmo veloz de la gente, las emociones perceptibles en sus rostros bronceados y cuerpos fuertes y musculosos, sus modales y su rapidez al hablar… Se expresan con todo el cuerpo, gesticulan, ríen, gritan… Un hervidero de siluetas, plazas, muros, fortificaciones antiquísimas… A mis ojos todo tiene un encanto especial: el aroma de la historia, de la tradición y la salsa al pesto… y a este punto tengo un hambre atroz…

Seguimos cuesta arriba. Las casas escalonadas simulan un anfiteatro, construido con el único propósito de contemplar el grandioso espectáculo del brillante Mare Nostrum. Entre casas blancas y callejones estrechos y verticales, balcones con mil y un trapos colgados al sol, pequeñas viñas y el encanto absorbente de las italianas sentadas delante de una mesita de madera sobre la cual hay siempre un mantel que cubre o descubre la mercancía en venta; todo depende del cliente, Cubren o descubren… ofrecen cigarros americanos de diferentes marcas, los venden por cigarro. *Sigarette americane, inglese, svizzere? Vuole sigarette?* Philip Morris, Lucky Strike, Marlboro, Camel... *sigarette?*

Ajenas al mundo de los turistas, su canto *alle sigarette* hiere mi sensibilidad infantil. 237

Entramos a la modesta pensión. De inmediato al comedor. Sólo hay tres mesas. En una de ellas, una pareja de libaneses nos miran como si fuéramos provenientes del túnel del tiempo. Eran primos de la tía Lily, la que se casó con el hermano de mamá y se fueron a vivir a Israel. Se dieron cuenta de que rechazábamos cualquier platillo que contuviera cerdo res o pollo. Se acercaron a nuestra mesa y se presentaron. Ellos partían a Brasil y estaban en espera de su barco. ¿Ustedes son Kasher? preguntaron, y a la respuesta afirmativa, decidieron entre ellos y mi madre intercambiar nuestros platillos de carne por unas latas de atún y sardinas que habían traído de Beirut por si acaso…. Y entre spaghetti al burro, atún y sardinas en lata, nos pasamos los días que siguieron. También se ofrecieron a quedarse un rato con mis hermanitos en lo que mi madre, Toufic y yo íbamos a conocer el famoso cementerio de Genoa, que ellos mismos nos habían recomendado.

El encuentro con aquella pareja nos había fortalecido, pacificaba en cierta medida nuestros ánimos y nos hacía menos solitarios en aquel mundo desconocido. También entablamos, o mejor dicho mi madre entabló con ellos, una cierta amistad y se contaron recíprocamente sus vivencias de la guerra y su decisión de abandonar el país... Después nos fuimos al Cimitero Monumentale di Staglieno que alberga una gran cantidad de monumentos y esculturas dignas del Louvre, del Hermitage o del British Museum… Verdaderas joyas arquitectónicas en el enorme cementerio situado en una de las colinas genovesas.238

Un par de días después de habernos instalado en la pensión, mi madre pidió hablar con un representante de la HIAS. Mientras tanto, nosotros cinco y mi madre, caminábamos por las estrechas callejuelas que ya se volvían familiares a nuestros ojos, por allí habíamos pasado a nuestra llegada, y mi madre, muy hábilmente, les había vendido a las italianas los cartones de cigarros que encontramos bajo la litera del barco. ¡Bueno, mi madre era la más feliz!… había hecho una gran transacción y le pagaron una muy buena suma. Había convertido el tabaco en dinero y se sintió muy orgullosa, el mejor negocio de su vida. Era mucho dinero, como ella misma contaría más tarde ¡la gran hazaña de los cigarros!

Por las callejuelas de Genoa ya todos nos conocían, llamaban a mi madre “*la donna dei cinque bambini*”, así le decían las vendedoras sentadas bajo los portones de las antiguas casas.

Cada día se renovaba aquel paseo. Cierta mañana, se presentó a la pensión el doctor que había enviado la Asociación Hebrea para revisar a mi madre, cerciorarse y verificar si en efecto estaba discapacitada o en condiciones de seguir adelante con el viaje en barco. Le habían informado que ella estaba enferma y que no podría viajar tanto tiempo en barco y además con cinco pequeños.

Mi madre recibió al doctor en nuestra habitación. Antes de cerrar la puerta, me advirtió: tú te quedas aquí afuera. No te muevas de aquí, ¿me entiendes? Y me repitió, no te muevas de aquí…

Y esperé, roja de angustia, muerta de miedo. ¿Qué cosa tenía mi madre? ¿por qué había venido el doctor?... Llena de un sentimiento, no sé cómo llamarlo, un sentimiento 239

de aprensión de escrúpulo de necesidad o desconfianza, de qué… …

Pero como suele decirse, el sol brilló con más fuerza cuando el doctor se marchó y vi sonreír a mi madre. Y unos días después, cuando teníamos quince días en Genoa, nos enviaron los boletos de avión y un fotógrafo de la misma asociación que retrataría a la *donna* con sus *cinque bambini.*

Las palabras me preceden, me sobrepasan. Tengo que apresurarme a escribirlas sino será demasiado tarde, nuestra aventura será contada antes de que yo la cuente. Y es que nuestra historia está hecha de muchas historias, y no puedo relatarlas todas.

Las insignias HIAS revelan una asociación de buena fe, bien plantada y dispuesta a gastar grandes fortunas con tal de salvar vidas. Ciertamente los directivos de tal asociación se enorgullecían de mandar toda una familia de emigrantes hasta México, y por si fuera poco, ¡en avión!

La fotografía revela a una joven madre junto a sus cinco hijos, a punto de abordar la aeronave de Air France que los llevaría a su destino final…

Y mucho antes del final todavía hay que contar…240

45

Mi madre, la niña huérfana a quien la vida o el destino le había arrancado el progenitor que nunca conoció, se condujo justamente así en su vida entera, y aunque con el tiempo tuviera una enorme casa, sirvientes y chofer… siempre, siempre se consideró así…

Y es que la infancia nos marca a tal grado que por más que quisiéramos cambiar, de igual manera nos quedaría grabada, eternamente bajo la piel, la huella de la niñez. Inexorablemente.

Y quizás, digo quizás, con la anhelada esperanza de poder algún día rescatar aquello que ella fue, y de lo cual nunca se percató.

En estos últimos meses la interrogo incesantemente. Me pide leer algunos capítulos del libro que, como ella cuenta a sus amigas, estamos escribiendo las dos juntas. La interrogo buscando reconstruir nuestro pasado. Ayer le pregunté, ¿Quién de la Casa Grande fue la más afortunada al casarse, quién crees que se casó mejor?

Entonces me contestó con la sorpresa reflejada en el rostro: No sé decirte, ¿Loulou? No. El marido Moïse era bastante pobre, y aunque ella tenía dote pronto se la acabaron, y no, no era… vivían como los demás en un departamentito en Wadi Abou Jmil. Y Eva, tampoco… se casó 241

con Elie Nigri que no tenía ni dinero ni familia ni apoyo, No. Ivonne tampoco. Y Violette, *mitil eja*…y las otras, No. Ninguna, dijo mi madre, y se quedó reflexionando.

¿Entonces tú, mamá, tú…?, le pregunté ansiosa

Me contestó con una sonrisa en los labios y sus ojos parecían recorrer, como si leyeran, una historia que ella desconocía: No, yo, yo era la única en vivir en la Rue de France, el barrio más elegante y aristocrático ¡Uyyy, quién vivía en Rue de France!... Fui la única. La única en casarme con un hombre que todas quisieran, porque la familia de tu padre eran gente rica, distinguidos comerciantes de especies y tu papá era el único heredero, el único entre cuatro mujeres… Tenía casa en Damasco, casa en Tel Aviv, tenía coche, ¡quién tenía coche en aquel tiempo...! ¿Recuerdas la cicatriz que tenía tu papá en la frente? fue a causa de un accidente en su automóvil, él conducía su propio carro cuando… … Además, además tu padre tenía una carrera, era contador, tenedor de libros como le decían y tenía su cédula profesional para ejercer su carrera, él había estudiado con los Frères en la universidad, Uyyy ¡quién tenía carrera en ese tiempo… quién…”

… Y las lágrimas asomaron a los ojos de mi madre. Sus ojos fueron y volvieron a aquello que ella había tenido. Se dio cuenta de cuán afortunada había sido siempre, la más afortunada de todas las jóvenes de la Casa Grande. Se dio cuenta, por primera vez, que no tenía nada que envidiarles y que vivió mejor que ninguna…

… en sus ojos se reflejó entonces un sentimiento de malestar, de resentimiento, de enfado por haber menospreciado su vida, por no haberse percatado de lo que en realidad había vivido y había tenido. Entonces, de pronto 242

reaccionó y me dijo: Pero ellas, ellas tuvieron un padre. Un padre que las sostuviera o las regañara, alguien que les señale el camino y las repruebe o las elogie… ellas tuvieron un padre.

Y aquella historia de mi madre, aquella larga y mil veces contada historia de la niña huérfana y pobre, aún vive en su memoria y ha forjado modelos y mandatos para su conducta de siempre. De siempre. El sentimiento de infelicidad que había experimentado de chica la absorbe la mayor parte del tiempo, se impone como ahora en su estado puro, en la luz intrascendente de la mañana, entre los árboles de Chapultepec y el Expresso Machiato de Starbucks, entre las jacarandas con sus hojas verdes aún en diciembre, cuando todos se han ido de vacaciones y mi madre y yo leemos el capítulo tres de “Nací en el Mediterráneo”.

Le envié a Toufic un video de WatsApp: mi madre leyendo mi libro. Lee bastante bien el español. Lo hace bien. Cuando llegó al episodio en el cual se habla de ella, se sintió espectadora de su propia vida. Sólo le faltaba añadirle el sueño que le diera conclusión… Pero uno vive y otros sueñan tu vida.243

46

De posturas o herencias de carácter

Pienso en el perfil de mi padre. En el fondo yo deseaba ser como él, lo sabía y por eso me esforzaba a ser como él, quería poseer todo lo que lo caracterizaba, su noble apariencia, sus modales elegantes y su serenidad… pero sobre todo quería ser tan inteligente como él. Él era como un niño tímido a veces, pero siempre tenía un sentido de orgullo y dignidad ¿de dónde aquella sobriedad, aquel gusto refinado que lo inclinaba siempre hacia las cosas nobles y de clase? De clase.

Ahora que escribo, voy descubriendo tantas cosas que desconocía. Mi padre vivió en busca de aceptación y de cariño tratando de ocultar y ocultarse la falta que le hizo su madre. Le dolía su pasado. La carencia de amor. La carencia doblemente vivida de la madre, también del padre que se dedicó de lleno a su nueva familia. Sin embargo, él era el único varón. Con él se perpetuaba el apellido paterno, y con él, ese apellido trascendería en las generaciones futuras. Él lo portaba con orgullo. Aunque mostraría siempre un desprecio hacia su titulo de heredero de uno de los más ricos comerciantes de especies y granos de Damasco. Porque el abuelo lo era, tenía un enorme bigote al estilo Dalí y era calvo, en la fotografía posa como todo un *khawaja,* un 244

aristócrata de su tiempo. Pero su decisión de abandonar a su esposa y a su hija mayor Zahiye para casarse con la rubia vecina y llevarse a mi padre, eso…

Mi padre sabía comportarse con sencillez y modestia con todos los que lo rodeaban, con sus amigos de la universidad y los de la casa Grande o con el panadero. Y me enseñó el significado de la palabra que él solía usar cuando elogiaba a alguien: es *Adami*, sí, él es una Persona. Una persona que nace, vive y muere y se distingue de aquellos que, aunque sean gente, no son personas. Una persona que se elige para representarse y representar al mundo… ¡Entonces la cabeza se yergue altiva!

Así que cuando mi padre estuvo en edad de hacerlo, dejó la casa paterna y emigró a Beirut. Allí siguió estudiando con los Frères y trabajando por la tarde, además de dar clases particulares como lo hizo con mi madre y sus primas.

Y la herencia paterna se fue derechito a su nueva esposa y a las tres hijas que tuvo con ella. A mi padre le quedaba una casa que habían comprado él y su padre en Israel, y que estaba a su nombre.

En el Líbano se las arreglaría como pudiera. Y así lo hizo. Fue capaz de salir adelante, solo, y como él solía decir: con una mano por delante y otra por detrás, un dicho que significa que el hombre en cuestión no poseía nada…

Sin embargo nunca perdió ese don supremo de la dignidad, del orgullo de ser por sí mismo y no depender de nadie, nunca perdería esa apariencia fina de aristócrata. Una Persona, con todo lo que eso significa.

Cuando mis padres se casaron, el abuelo aún vivía, pero no asistió a la boda. Vino a Beirut cuando mamá ya 245

estaba embarazada, vino para asegurar la trascendencia de su apellido con un nieto. Pero nací yo. Y eso no le hizo ninguna gracia. A decir verdad, mi venida al mundo no le hizo gracia a nadie. Hice quedar mal a mi madre que quería presumir de ser la portadora de la nueva generación que llevara el apellido.

El abuelo murió poco después de mi nacimiento, no tuvo la suerte de confirmar su descendencia en los cuatro varones que tuvieron mis padres después de mí.

A su muerte, su esposa vino un día a nuestra casa. Después de hacer un poco de plática y entre palabra y palabra, le pidió a mi madre que le diera unos documentos que necesitaba urgentemente. Mi madre entró a su habitación y abrió el *placard* donde guardaba dinero joyas y papeles imprescindibles junto con nuestras actas de nacimiento. Estaba a punto de darle las escrituras de la casa de Israel cuando improvisamente entró mi padre… La madrastra se esfumó por la puerta de la cocina.

Al día siguiente se supo que se había ido a Tel Aviv con sus hijos del primer matrimonio y con las tres medias hermanas de mi padre.

Pasaron más de cincuenta años… y cierto día estando de paseo en Israel, mis padres decidieron recuperar la casa que les pertenecía. Llegaron al lugar donde se ubica la casa, una zona muy céntrica y turística de Tel Aviv y muy cotizada. Llegaron allí provistos de las escrituras. Y se encontraron de lleno con lo inesperado: el hijo de la madrastra y toda su familia, el hijo de la madrastra que comía carne mientras 246

que a mi padre le daban lentejas, instalado él y su familia en la casa de varias recámaras justo en el centro de la ciudad. Las medias hermanas de mi padre se habían casado, las tres, muchos años atrás y se habían marchado cada una con el destino que le tocó… sólo el hijo de la madrastra con su familia ocupaban la casa… Entonces mi padre dio media vuelta, regresó las escrituras al portafolio y le dijo a mi madre: *mashi ya mara, yala, umi…. Wleck,* ya vámonos… Mi madre se resistía, no quería irse, quería exigir sus derechos, no quería renunciar a lo suyo… y él le dijo en español para que no entiendan los allí presentes: No voy a echar a nadie a la calle… nosotros tenemos casa en México, no necesitamos nada. Pero mi madre seguía insistiendo… Basta ya, allí muere este asunto, le dijo mi padre con voz autoritaria, *wala kilme*, ni una palabra más, vámonos…

Hace diez años murió mi padre, el seis de marzo del 2006. Aquel día, en el último suspiro, no estaba yo con él. Habíamos llamado al rabino y nos había dicho: Salgan todos de la recámara… déjenlo que se vaya… si no lo hacen, él no podrá irse. Y nos fuimos cada quien a su casa, pero se quedaron mi madre, Toufic y Moisés… no sé si Jacques también…

A las cuatro de la mañana sonó mi teléfono. Ninguna buena noticia puede esperarse a esas horas. Nos fuimos rápidamente mi marido y yo a casa de mis padres. Mamá y mis hermanos en la salita, en un silencio tétrico. Sólo cuando nos abrazamos los sentí vibrar, todo nuestro cuerpo vibraba. Corrí al cuarto a ver a mi padre y despedirme de él. Ya lo tenían en el suelo, envuelto completamente con una 247

sábana y un tapete, creo, no sé, estoy al borde de la desesperación, no recuerdo con qué lo tenían envuelto… Quiero verlo, por favor déjenme verlo… Ya no se puede, me dijeron, ya está tapado y ya le dijimos el *Shemáa*.

No debí de haberme ido… no debí dejarlo… quería tanto despedirme de él… ver su rostro por última vez… cerrarle los ojos… … … …

Salí del cuarto, devastada.

Busqué consuelo en el día anterior a su muerte. Él había dejado de comer. No probaba alimento. Llegué aquella mañana, venía del duelo de mi suegra quien había fallecido tres días antes, llegué a sentarme con él en el antecomedor y le fui preparando pedacitos de pan árabe con mantequilla y mermelada de chabacano, y los aceptó. Comía y se frotaba las manos como solía hacer cuando comía algo rico y se sentía feliz… entonces le preparé otros bocados de jocoque con aceitunas negras que le gustaban tanto, y los comió… comió… y yo estaba feliz… comió…

Luego, subimos a que se durmiera un rato.

Al día siguiente mi madre me llamó. Él tenía los ojos hacia arriba, blancos, nublados. Y respiraba a ronquidos profundos…

Nunca hablamos de él mi madre y yo. Ni una sola vez desde que murió. Sólo ahora que escribo y que interrogo a mamá incesantemente. Este libro ha llegado a remover tantas cicatrices, tantas nostalgias del ser a quien tanto he querido…

Nada tendré que sufrir al acordarme de ti, Padre248

Me serás suave en la memoria, recordándote así, sereno y feliz… gozando del momento

¡Hay en mí un vacío atroz! 249

47

¿Niebla o smog? El humo parece surgir de la tierra para luego cubrir los árboles y los edificios. Nace de los volcanes como las cenizas del Popocatépetl que el viento ha arrastrado y que empañan cristales y automóviles. O tal vez es la neblina densa, ese fenómeno natural que a veces bloquea la vista… o quizás sea mi vista borrosa a estas alturas de la vida lo que me hace percibir las cosas en sus tonalidades meláncolicas…

Por el horizonte se extiende una inquietud, un desasosiego que proviene… ¿de dónde proviene? Acaso regresan a mi memoria momentos en los cuales quería cegar los ojos para no angustiarme con la intensidad de los sucesos. Nada está definido esta mañana casi llegando al final de mi novela… Siento que después de escribir mi historia no tendré mucho más que decir. Mi vida tendría solo un vago sentido, una sombra diurna sin lugar de proyección…

Pero antes, antes tengo que llegar a México, debo relatar nuestro viaje de Genoa a México…

Mamá ya había vendido los cigarros, y los boletos de avión que la Hias nos había enviado ya estaban a nuestra disposición gracias al reporte del médico. Subimos las escalinatas de la aeronave Air France. El fotógrafo de la Hias nos hacía 250

señas para que sonriéramos a la cámara. Y así lo hicimos, *a bout de soufle,* para nuestro primer viaje en avión.

La primera vez que te encuentras a bordo de un avión te aflora una angustia de aquellas… el capitán anuncia nuestro viaje, Genoa- París, París- Nueva York.

No conocíamos la *beraja* del viajero ni llevábamos libro de rezo. Es más, mi hermano Toufic aún no había aprendido a rezar. Cerramos los ojos con la mano y dijimos el *Shemáa*…

Nuestras sensaciones son los gestos que alguna vez soñamos.

La expresión que se dibuja sobre nuestros rostros es como la de alguien que está por llorar, como de alguien que no quiere ver. Cuando nos elevamos por el cielo, mi corazón se elevó a las mismas alturas. Apreté fuertemente la mano de mis hermanos, yo en medio, Toufic junto a la ventana, Vivianne a mi lado izquierdo. Mamá, Jacques y Moisés del otro lado del pasillo. Dijimos el *Shemáa* y el mundo comenzó a girar a la misma velocidad que el avión. Toufic me señaló: Qué pequeña se ve Genoa desde aquí, todo se ve chico, me dijo. No me atreví a mirar. Vivianne, ella sí arrimó la cabeza por encima de mí y miraba con sus enormes ojos negros. Antes de que se perdiera de vista la ciudad, cuando permanecía sólo una cosa en el ancho Mediterráneo, antes de que desapareciera por completo la tierra… Las aeromozas daban las instrucciones de rutina, mostrando también las salidas de emergencia, yo busqué rápidamente la más cercana a nosotros, y se apoderó de mí una angustia terrible: Si las aeromozas están haciendo todas estas demostraciones es que algo podría pasar… no estábamos exentos de que pudiera pasar, ¡Dios!... Sin levantar 251

la cabeza, no quería mirar a las aeromozas maniobrando, repitiendo las demostraciones ahora en inglés y con una falsa sonrisa señalando las salidas de emergencia, me tapé los ojos y volví a decir el *Shemáa*… miré a mi madre del otro lado, se le veía la misma angustia. Moisés cerraba con fuerza los párpados, arrugándolos, apretándolos mientras se preparaba a los movimientos similares a los de una montaña del espacio. Jacques ya se había dormido cansado de tanto llorar.

El avión se desplaza por el cielo con una loca avidez, el espacio celeste se extiende sobre montes y valles tejiendo esperanzas, ostentando las arquitecturas que hace Dios con las nubes. Toufic se levantó de su asiento cuando quitaron el anuncio de abrochar los cinturones, él se movía en el avión como Juan por su casa, parecía haber volado toda su vida, fue el primero en pararse para ir al baño y curiosear…

Cuando nos trajeron de comer, ya estábamos un poco más relajados. Las aeromozas repetían lo mismo a todos los pasajeros ¿Qué gusta tomar, con hielo o sin hielo, qué prefiere pollo o carne…? Y así entretenidos con la comida olvidamos que estábamos volando. No me atreví a ir al baño aunque me urgía, pero llegar hasta el fondo del avión…. Me quedé sentada, puse la cabeza de Vivianne sobre mis piernas y traté de dormir. Imposible. Tenía que vigilar que no hubiera ningún ruido diferente en los motores, que no hubiera un movimiento brusco y que de pronto descendieran las mascarillas de oxigeno… Una bolsa de aire y una bajada de mi corazón, bajaba al mismo tiempo que el avión y se escuchaban las exclamaciones de miedo, abiertas y desinhibidas, no son las tímidas de hoy en día que ostentan y presumen que uno es muy valiente y que acostumbra viajar.252

Entre tanto ya estábamos llegando a París, sólo había que esperar el aterrizaje de la nave y su enorme peso … *Shemáa*, otra vez y Bendito Dios, con mis ojos cerrados… Aterrizamos sobre un suelo mojado por la lluvia y de pronto el letrero de luces anunciando en letras enormes: Aéroport Paris- Orly.

Mientras nosotros llegábamos a Orly para hacer escala e irnos nuevamente a bordo de Air France a Nueva York, la Unión Soviética llevó a una órbita terrestre en el Sputnik 5 a dos perras, Belka y Strelka, los primeros seres vivos lanzados al espacio… En Roma empiezan los XVII juegos olímpicos de Verano con deportistas de 85 naciones… Ese mismo año de nuestro éxodo comenzó el juicio de Eichmann, el criminal de guerra nazi arquitecto del holocausto en una corte israelí en Jerusalém a donde fue llevado por agentes del servicio de seguridad israelí quienes lo atraparon en Argentina. Declaró desde una cabina de cristal a prueba de balas y murió en la horca después de un juicio en el cual dieron testimonio más de cien personas y que duró casi dos años…

Se bailaba el Twist a las orillas del mar, *Guarda Come Dondolo con el twist*… yo cantaba gondolo porque viene de góndola, pensaba yo… Ja, Ja… así creí que era la letra… y Dalida cantaba les *Enfants du Pirée,* y con Alain Delon *paroles, paroles…*

Hicimos escala en Orly por un par de horas y volvimos al avión ahora con otros pasajeros hacia el aeropuerto de Nueva York, Aeropuerto Idlewild, anterior al de JF Kennedy,253

el entonces electo presidente todavía no asumía el poder como el trigésimo quinto presidente de los Estados Unidos Americanos.

De nuevo en el avión ahora más tranquilos, ya era la segunda vez que viajábamos en el inmenso aparato. Transcurrieron ocho horas. Por fin pisaremos suelo americano… De pronto Toufic, sentado junto a la ventana, exclamó alarmado… ¡Estamos en Orly… Ah, ya, deja de bromear, le dije, no es momento para bromas, cómo crees, hermano, cómo va a ser Orly… Estamos en Orly, insistió él, asómate a ver el letrero.

Efectivamente, allí aparecía el nombre del aeropuerto parisiense. Entonces se escuchó grave y temblorosa la voz del capitán: Hubo una falla en uno de los motores y tuvimos que regresar a París, sentimos mucho las molestias que eso le pueda causar, esperemos que no tarden en reparar el motor para de nuevo emprender nuestro viaje a Nueva York.

Y comprendí de nuevo, y abracé la realidad: Dios nos está protegiendo a cada paso… y lo pensé sin reflexionar en el inmenso peligro que corrimos…

Sin embargo me pasó por la mente: este viaje nuestro está teniendo muchos obstáculos, pero la mano de Dios ha estado con nosotros, protegiéndonos, guiándonos, y hemos salido ilesos… Más tarde en el tiempo me percaté de cuantos y cuantos incidentes nos habíamos salvado, cuantas veces…

Y aquí me detengo un momento para contarles algo: Estamos los cinco hijos y mamá en Orly, es de noche muy254

entrada… Tenemos hambre… mis hermanos Moisés y Jacques lloran. Mi madre está desesperada… Cuando ella cuenta este episodio del huevo, cuando lo cuenta, ella siempre llora, su voz se entrecorta y entre sollozo y sollozo cuenta que no teníamos dinero más que para comprar un sólo huevo, y que lo comimos entre todos… un solo huevo… un huevo duro que repartimos entre los seis… Y nosotros nos aprendimos la historia y la contábamos no sin emocionarnos y apiadarnos de nosotros mismos…

Sobre el huevo que nos comimos pasó tanto tiempo y nunca reflexionamos sobre la cosa como tal. Ahora al escribirlo, me pregunto qué sucedió realmente aquella noche. El haber comido un sólo huevo era un hecho, así fue, ¿pero por qué no queda claro? ¿Dinero? No, no faltaba, al menos mamá había vendido los cigarros y tenía lo suficiente para una cena, como ella lo comentaba, era mucho dinero… ¿entonces?... Podría ser que era el único puesto de comida abierto a estas horas de la noche-madrugada y solamente le quedaba un huevo, ya no había más. Y que los sándwiches y los croissants que acostumbran comer invariablemente los franceses estuvieran preparados con jamón y queso. Entonces el huevo era la única opción, pues no había otra cosa, lo demás no era Kasher…

Las lágrimas son el deshielo del alma, me digo… No fue el huevo o la falta de dinero o de comida Kosher, el episodio del huevo marca el abandono, nuestro desamparo y el pavor a nuestro futuro tan incierto como el motor de Air France, tan frágil y vulnerable como la nave de acero que en cualquier momento… 255

Por eso cuando les digo a ustedes mis lectores que no sólo es la historia que yo recuerdo sino la historia que recuerda mi madre, mis hermanos o alguno de ellos quizás Toufic… pero en cuanto al huevo, de tanto escuchar la historia, la recordamos todos…256

48

Pasamos la noche en Nueva York, en un hotel cerca del aeropuerto. Después de nuestro viaje devastador y del deprimente episodio del huevo, llegar al hotel fue como tocar el paraíso. Y lo mejor: ¡nuestra habitación tenía televisión! Nuestros ojos embobados miraban exaltados la caja mágica, era Bonanza o Los Intocables, no recuerdo bien… de todas formas, después de una ducha calientita que buena falta nos hacía, nos dormimos como piedras, el sueño le ganó a nuestra curiosidad y Toufic no tuvo chance de desarmar la televisión para averiguar su funcionamiento y averiguar qué había detrás de la pantalla mágica.

Al día siguiente, otra vez a volar. Ahora era el vuelo decisivo. Nos acercábamos a mi padre, por fin estaremos juntos.

Aterrizamos en el aeropuerto Benito Juárez el 14 de septiembre de 1960. Curiosamente la misma fecha de mi boda. Un letrero nos da la bienvenida a México DF, Ciudad con cinco millones y medio de habitantes.

Él nos esperaba, pálido de preocupación y cansancio. Se había quedado a dormir en el aeropuerto y su corazón rebotaba con cada anuncio de los vuelos. La pesadumbre 257

mortal de nuestro viaje y del retraso sorpresivo del avión… Y la mente de mi padre imaginaba tragedias y desventuras… ¡Que tus ojos nunca vean lo que pasa por tu mente en un momento de angustia! así decía mi abuela…

Después de abrazar a mi padre, llorando de emoción por el reencuentro, respiré.

La luna, *éclatante de silence*, vierte su luz sobre la ciudad cubriéndola como un manto, prometiendo una paz que serena el alma. Vierte su palidez la luna.

El dorado Ángel de la Independencia aparece ante nuestros ingenuos ojos sosteniendo una corona de laurel y del lado opuesto una cadena rota con tres eslabones, la victoria alada y a sus pies un grupo escultórico representando a los Padres de la Patria. La luna expande su luz sobre el Bosque de Chapultepec coronado por su bello castillo, reinando sobre la ciudad, sobre la avenida Reforma… La misma luna *porte- bonheur* baña los Campos Elíseos alcanzando el numero 92, en el tercer piso…

¡Hasta que me muera voy a vivir este momento!

El enigma de nuestro futuro nos rodea, nos captura, nos baña. Entramos.

Beso con los ojos mi casa. Beso místicamente mi casa. Te quiero mi nueva y enigmática cuna de la vida mía. Capto el vasto sentido de las cosas. Me cercan mil formas misteriosas que nunca presagié: los muebles, las flores que mi padre dispuso en la mesa de la sala, una canasta con las frutas más raras que mis ojos nunca antes habían visto, me hacen señas, me sonríen…258

Mis padres y mis hermanos ya estaban durmiendo. Mis padres en su recámara, Vivianne y yo en la otra y mis tres hermanos en el cuarto que de día fungía de salita de estar y en la noche se convertía en dormitorio. Todos dormían cuando regresé de nuevo al comedor. Había entre las frutas una en especial que llamó mi atención, tenía un secreto escondido, un cierto imán me jalaba hacia ella. Una fruta de forma ovalada, color amarillo verdoso terminada en punta con muchas hojas espinosas verdes y leñosas colocadas en forma de escamas, debajo de las cuales están unos piñones. Traté de arrancar uno con las uñas, no pude extirparlo, fui por un cuchillo a la cocina y saqué el piñón. Lo probé. Es ananás, es ananás, la frutita que colocan encima de los *petits-four* de Arlequin, los petits *g*â*teaux* que devoro con pasión cada vez que vamos a esta pastelería y que me encantan,... Se llama piña, explicó mi padre al día siguiente.

Pues la piña desde aquel momento me acompañaría todas las mañanas y las tardes de mi vida. Bienvenida, le dije, contigo Dios me convida a gustar del paraíso… Pero tuve miedo de amarla con locura, tuve miedo de traicionar la *ogia* aquella, y abrir heridas que todavía sangran… No obstante mi sed de dulzuras, guardé el cuchillo, regresé la piña al frutero y me deslicé en la cama junto a mi hermana.

Mi corazón es una copa de amor en la cual cabe todo el vino de la esperanza.

Apago la luz de la lámpara mientras se enciende otra dentro de mi alma.259

49

El incierto y apremiante poder que gobierna los designios de la vida; ese benigno poder levantó la mano para alentar nuestra vida hasta sus novísimos principios y obligarnos a edificar otra nueva, del todo diferente desde el destierro y a partir de la guerra.

Mi padre había encontrado en México una nueva patria. Apreció la seguridad económica y social que se vivía en aquel entonces, descubrió una gran comunidad que le abrió las puertas y una nueva vida creada a partir de su propia decisión. Al vernos llegar, la felicidad de mi padre era indescriptible, tenía prisa por recuperar la tranquilidad que creía perdida para siempre. El mundo de seguridad y cordura que había decidido adoptar como patria, le pareció un país de profundidad humana, esplendidez, generosidad y energía.

El país lo cautivó al punto de no querer volver jamás. La ciudad y sus parques, los árboles legendarios, el inmenso lago de Chapultepec y las montañas que cuidan el valle como ángeles guardianes y que permitían en aquel tiempo la entrada al aire puro que sirve de pulmones a su gente. Era la ciudad más transparente, que Carlos Fuentes pintó en sus novelas y que tantos poetas enaltecieron en sus poemas… la ciudad de diversas frutas. Los carros de fruta 260

partida que desconocíamos, como la papaya, el zapote negro, la chirimoya, el mamey, la guayaba… campos infinitos de maguey de donde proviene el tequila… las legumbres exhibidas en los mercados en forma de flor… Magia, antigüedad e historia corren por la sangre de este país.

Cuando mi padre expresó lo anterior en una carta que nos envió a Beirut, aquellos que la leyeron y le tenían unos celos tremendos a mi padre por haberse atrevido a emigrar, y que se le reprochaban constantemente, dijeron: Ya se dan cuenta, es un país de lo más anticuado y primitivo, atrasado más de cien años… y le añadían leña al fuego delante de mi madre desconcertada… país de generosidad, dice en su carta, ja ja… y le hacían burla: país de generosidad, como si los libaneses no fuéramos bastante generosos, decían y malinterpretaban cada una de sus palabras; oscuras querellas dividían a los que defendieron a mi padre, y fueron muy pocos…

Para el ánimo de mi padre, inmensamente sensible y susceptible a las presiones, el tomar una decisión como aquella, el tener que planear la vida futura de toda una familia, había sido como realizar una utopía, una hazaña y un sueño que se repetían cada sábado regresando de la sinagoga. Aquellos arriesgados sueños en los que se embarcaba cada sábado habían llegado a un punto en el que finalmente hallarían la embarcación decisiva, convirtiéndose en el juicio final, después de pasar por todos los jueces…261

50

Te tardaste, reclamó mi madre, siempre llegas tarde…

Tarde para qué mamá, ¿para qué? Estoy contando mi vida, mis experiencias, nuestro viaje… estoy regresando con el recuerdo al universo de nuestra infancia, al mundo extraordinario de aquella época…

Eh!!!, suspiró mamá, pero escribes muchos detalles…Tienes que ir a lo esencial…

¿Qué es lo esencial, mamá?

Y me contó nuevamente su historia en la Casa Grande.

Pero la sigo interrogando y aunque fuera la misma respuesta cada vez gana más emoción. Y la expresión de un sentimiento real o ficticio añade siempre algo a nuestra historia. A ver, mamá, ¿cómo se dice *gay* en árabe? o lesbiana, o vagina? esta pregunta sí me la contestó, y ¿oncólogo?... Basta ya, me dijo, harta y acalorada de tantas preguntas, te traje el diccionario, aquí lo tienes, allí busca… Ahha, le dije, este diccionario sólo está en árabe, sinónimos en árabe, pero si quiero traducir del español la palabra gancho, por ejemplo o… Muchas gracias, le dije, pero ya compré uno español-árabe, ya lo tengo, aunque prefiero mil veces más que tú me lo digas… *Ehh*, *hili- anni,* déjame en paz…262

Y yo la sigo molestando porque sé que le gusta. Porque ella es la coautora del libro.

Parezco Moisés mi hermano jaloneando el vestido de mi madre para que le hiciera caso; los ojos de Moisés preguntan por todo, sus ojos perspicaces reflejan su inteligencia y su curiosidad por saberlo todo…su simpatía y agilidad mental, igual de ágiles como sus piernitas detrás de la pelota de football, buscando con su sonrisa aplacar el enojo de mi madre después de romper el florero de cristal ¡su sonrisa impide que se le castigue, su sonrisa lo logra todo!

Después, mi conversación con mi madre toma otro rumbo, con suavidad, como abriendo una puerta que parecía no tener salida.

Regreso a mi cuaderno amarillo, aquí es donde lo dejé: Nuestra llegada a México.

Al día siguiente de nuestra llegada, nos invitó mi tía Zahiye a su casa. Había preparado una comida con todos, su marido, sus diez hijos yernos nueras y muchos nietos para recibir a la familia de su querido hermano… No lo dijo así, querido hermano, no, ella era de pocas palabras, en eso se parecía a mi padre, físicamente también. Sólo que la tía tenía el cabello rubio pintado, pecho abundante, ojos nublados por la diabetes, ojos callados. Los mismos labios que mi padre, el labio superior delgado, bien delineado, el inferior, carnoso. Sus brazos eran tiernos y benévolos, de esos que saben abrazar.

Mi tía Zahiye nos recibió en su casa aquel 15 de Septiembre, el segundo día de nuestra llegada a México, 263

mi madre mis hermanos y yo. Mi tía había organizado una verdadera fiesta con mucha comida, mucho júbilo y además con mariachis.

El encuentro con los cantantes jaliscienses fue fascinante. Los mariachis con sus trajes negros, chaqueta corta con botonaduras de metal y pantalones pegados, adornados con ribetes bordados, su corbata de rebozo y sus majestuosos sombreros de fieltro rígido y de ala ancha… botas y espuelas. Sus chiflidos y los gritos al interpretar los sones de la música tradicional, las canciones rancheras, boleros, y a veces baladas…

…y es la fiesta. Fiesta de la convivencia y del canto a toda voz, *¡Ay, Jalisco no te rajes, me sale del alma gritar con calor, abrir todo el pecho pá’echar este grito! ¡Qué lindo es Jalisco palabra de honor!… …* y la comida igual de generosa y grasosa como la árabe, pero con el toque picante, la sazón dulce y picante a la vez como el mole poblano o el mole verde de pepitas. Nos sirvieron un banquete mexicano, nopales, romeritos con chile, mole con pollo y, como era el 15 de Septiembre, los chiles en nogada, el chile poblano relleno de picadillo y fruta bañado por una salsa blanca de nuez de castilla y encima las semillas rojas de la granada, formando los colores de la bandera mexicana.

Nos recibieron con mariachis y alegría y con el Grito de la Independencia que lanzaba Adolfo López Mateos por televisión. Mis diez primos adoraban a aquel presidente. Chiflaban de gozo y contento y gritaban al unísono un Viva México que les salía del alma y llenaba nuestros corazones vibrantes con un pulso magnético. Sobre todo, Alicia mi prima, la más joven de los diez, mi prima querida, muy querida… y que muy joven se iría para siempre. 264

Porque si Rémon era el alma del Líbano, Alicia era el alma de México. México circula por su sangre, la música recorre su piel que se pone chinita con las notas de la trompeta, los rasgueos de la guitarra, el sonar de la vihuela, las cuerdas del violín y el compás del guitarrón… Entonces ella se pone de pie, ensancha el pecho abrazando su nacionalidad, canta con el mariachi, chifla… y a cada aliento emite unos silbidos de locura poniendo el dedo índice y el dedo medio de cada mano en la boca, alborotos de locura con *el mariachi loco quiere cantar…* unos silbidos recios y vivos acompañados por los ahúaaaaaaaaaa!!!!!!!!!!

Sus chiflidos llenan mis oídos aún ahora, a tantos años de su muerte. Alicia era todo un personaje, un alma buena, caritativa, noble, tan buena como lo fue su madre que nos trajo a México. Dulce y risueña, llena de colores, de colores vibrantes y luminosos como los mexicanos. Rebosante de alegría y buen humor, de compasión hacia los demás, llena de bondades con los suyos,.. Fue ella quien me prestó mi primer vestido de fiesta, un vestido color ámbar, todo bordado en el frente y escotado. Y fue, como quien dice, mi presentación a la sociedad de aquel tiempo. Alicia se casaba, y yo fui una de las damas de honor. Éramos tres las que entraríamos al templo antes que la novia. El vestido de Alicia, el peinado de salón con mucho crepé, aquel día Pilar me depiló las cejas y me maquilló… y cuando me miré al espejo no me reconocí. Tenía catorce y parecía de veinte, mi pelo chino de pronto era lacio, alto, con copete, mis labios rosa encendido, usé zapatos de tacón alto por primera vez en mi vida, y sentí que me tambaleaba sobre el andén del templo… un año más tarde, también temblorosa y tambaleante, entraba yo del brazo de mi padre a la misma265

sinagoga, recorrimos el mismo andén con tapete rojo al final del cual me recibió quien en aquel momento se convertía en mi marido, el compañero de mi vida.266

51

Pasamos nuestro primer domingo en el Bosque de Chapultepec, el parque más grande de América latina. El color de la naturaleza se presenta verde limón brillante, tan diferente al verde seco de mis montañas y mis cedros. Es una claridad distinta también, una claridad que ostenta las capas del verdor terrestre desde los prados hasta los espesos y espinosos cactus colosales que cubren el país y su historia. Se escuchan lejanas canciones… el bosque es un nido de fiestas. Familias enteras haciendo su “día de campo” bajo el sol septembrino. El lago artificial por el cual deambulan lanchas con jóvenes que van remando, exhibiendo su hazaña de escaparse de la escuela para irse de pinta. Los árboles esparcidos por el bosque… el ciprés que en México se llama ahuehuete y es el árbol nacional, el ahuehuete Tlatoani también se aloja en este enorme bosque, así como las palmeras, los álamos y el Ginkgo… En cada árbol, en cada hoja del otoño bulle una actividad frenética…

Me siento tan pequeña frente a esta vastedad, tan pequeña bajo los árboles.

Mi padre fuma todo el tiempo, siempre tiene un cigarro entre los dedos amarillentos por el tabaco. Mi madre pela papas cocidas y huevos duros y prepara el *thine* y el *kibbe*.267

Comemos muchos huevos con sal y limón, muchoshuevos para reparar el dolor que nos causó el huevo compartido en el aeropuerto de París. La gente que desfila por el parque me da confianza, hombres mujeres y niños de rostro color bronce, apariencia humilde y expresión veraz. Las mujeres de rebozo, falda larga trenzas negras y chanclas ofrecen artesanías, también pepitas… y los jóvenes marchantes venden algodón de azúcar y globos inflados con gas para el festejo del día. Las mujeres en su gran mayoría visten playera roja o amarilla o algún color vivo como el naranja o el magenta. En general, el mexicano gusta de estos colores, se rodea de ellos, los automóviles que más circulan son de color rojo. Algunos llevan gorras para protegerse del sol, otros con la cabeza desnuda desafían los rayos solares, cargando a sus niños…

Pero ninguno con sombrero y fusil…

Ninguno que se parezca al mexicano del diccionario Larousse, ningún pistolero ni secuestrador de niños…

Mi padre nos alquiló bicicletas y nos fuimos por la Avenida de los Poetas en la Primera Sección de Chapultepec, la más antigua. Llegamos hasta las verdes rejas del parque. Nos hacían compañía la libertad, la confianza y la emoción de recorrer el parque que se convertía en un lagar de sol filtrado, un néctar para los pulmones y un placer para la piel bajo la cual fluye nuestra sangre encendida.

El olor a carne asada sale de los anafres alrededor de los cuales se reúnen las familias preparando tacos con guacamole y salsa roja muy picante, tomando cerveza de barril en los tarros que pusieron a enfriar en cubetas con hielo…268

Vuelvo a mi tía Zahiye, a su ceguera. Recuerdo que siempre andaba buscando las llaves del closet que el marido le escondía para hacerla enojar. Recuerdo su cararedonda, su rubia cabellera y la forma que tenía de recibir a todo el mundo. Cuando venía a su casa alguna trabajadora o peinadora, le decía: Muchacha, entra a la cocina y come… En su cocina abundaban las grandes ollas siempre repletas de comida… Teófilo, Jaime, Alberto el Güero, Zury, Isaac, Victoria, Teresa, Elvira, Raquel y Alicia, son mis primos, no es exactamente el orden de su aparición en el mundo, pero todos ellos son mis primos. Les sobrevive únicamente Isaac, quien llegó a la vida con su nombre, el de mi padre, el nombre que luce y lucirá como él, y con la venia de Dios por una muy larga vida.

Al igual que mi madre a quien pretendían los primos de la casa Grande, a mí me pretendían dos de mis primos de la casa de la tía, el Güero y Zury. Al güero le había yo besado la mano cuando en Veracruz me lo presentó mi padre. Creí que era un señor de edad porque era calvo, y hasta pensé que era el esposo de mi tía. Pues me pretendía, tanto él como su hermano mayor Zury. Y a los dos les dije: Por favor, no me lo tomes a mal, te quiero como a un hermano… Pero no soy tu hermano, fue su respuesta…

Las historias se repiten. Porque igual como se avergonzó mi abuela en aquel entonces por rechazar a los sobrinos de la Casa Grande, igual mi padre que le debía tanto a su hermana, le debía nuestra nueva vida… igual él, sufrió la pena de no darme a alguno de sus hijos… 269

Era una época de salud, de deportes, los padres jugaban football con sus pequeños improvisando redes para los porteros del equipo, gritando gooool…

Era una época en la cual el mundo se movía al ritmo del Rock n’roll y del Twist, la época del romance, de Angelica María “la Novia de México” y Enrique Guzmán…

La luz era luz verdadera, el aire llevaba en sí la vibración y el ritmo… Y la niña que había llenado su cabeza con los oscuros fantasmas de su imaginación, se va alejando cada vez más de la nostalgia del pasado. A aquellos “días de campo” y bicicletas en Chapultepec, a aquel paseo dominical le seguirían muchos otros que poco a poco fueron acabando con el fantasma del pistolero apuntando para dispararme o secuestrarme…

Caminábamos dos largas calles para llegar a Homero y tomar el autobús Juárez Loreto que nos llevaría a Moliere, y de allí caminábamos otras tres largas calles para llegar a Plinio y Homero 1521 donde se ubica el Liceo Franco Mexicano. Sólo en algunas ocasiones compartíamos el taxi con Clairette.

Éramos muy pocos los judíos que estudiábamos en el Liceo, contados con la mano, y éramos amigos, nos protegíamos los unos a los otros. Así como lo hizo en su momento un muy querido amigo, Elie, Lico Jamous, cuando mis compañeros de clase comenzaron a murmurar y cuestionaban la noticia de mi repentino casamiento… entonces él me defendió, y nuestra amistad ha perdurado hasta el día de hoy. También con Micky Metta quien es una amiga a todo dar y a quien quiero en verdad. Y Clairette Haiat, la primera 270

amiga que tuve en México, con ella crecí y ella me introdujo con los que se convertirían en mis amigos. Con Clairette fumé mi primer cigarrillo, ella le decía a su madre que estaba en mi casa, yo le decía a la mía que estaba en casa de Clairette y subíamos las dos a la azotea a fumar los Delicados sin filtro… hacíamos travesuras y nos divertíamos creyéndonos muy adultas, muy mujer fatal con el cigarro en la boca… yo seguí fumando hasta la fecha, ella dejó de hacerlo.

Mme. Castañeda era nuestra profesora de español. Me quería bien y me ponía de ejemplo ante la clase diciendo que tenía yo escasos tres meses en México y escribía el español sin faltas de ortografía; mientras que ustedes, nacidos aquí, les decía, tienen un montón de errores.

La formación sólida que había yo recibido en la Alliance Française du Liban me había proporcionado una superioridad que me colocó entre los primeros de la clase. Una ortografía impecable y una memoria ejercitada, reforzada por mi aprendizaje del idioma gracias a las telenovelas del canal Dos. Y esas fueron mis verdaderas cartas de triunfo. Alentada por Mme. Castañeda, era yo respetada por mis compañeros.

Entre los estudiantes me simpatizaron enseguida dos niñas: Maribel Corredor y… y, ¡Cómo se llama? Cómo… bueno, era la única niña de color en el Liceo, su padre era embajador del Congo Belga… y éramos amigas. Maribel llegaba al colegio en motocicleta, era rica, bien parecida, de cabello castaño y piel muy blanca, seguramente de ascendencia española, y Maribel siempre tenía el primer lugar de la clase, dejándome a mí el segundo, el cual me costaba bastante trabajo mantener sobre todo por las matemáticas 271

que eran mi ogro y que impartía un M. Roland. En una ocasión, me llamó el tal profesor de matemáticas a su oficina para darme la boleta de calificación… y acercó su banca a la mía y sus piernas tocaban las mías y su mano… Brinqué como resorte, me levanté inmediatamente y salí corriendo azotando la puerta, yo de mil colores y él a punto del infarto.

El español es un idioma en el cual se articulan muchas palabras de forma muy rápida, igual que el japonés. Se me facilitó mucho por su semejanza con el francés. El español fue para mí un idioma regalado, así… tan regalado como una sonrisa, como un saludo o como los cuentos que terminan siempre iguales: Y vivieron felices para siempre.

Cierto día, Maribel se ofreció a llevarme hasta Moliere en su motocicleta. Subí detrás de ella y me agarre fuertemente de su suéter, morí de miedo y fue la única vez, aunque ella insistiera y me quisiera ahorrar quince minutos de caminata, se ofrecía de muy buena gana y ella me simpatizaba mucho, Maribel era muy buena onda, como solían decir… Nunca más volví a subirme a una moto…

… Pero los ojos con los que miraba yo a mis compañeros de clase no tardarían en perder algo de su inocencia. La niña comenzaba a morir en aquella adolescente de cabello revuelto y mirada exaltada. Había probado por primera vez, desfalleciente, los labios de un muchacho, mejor dicho, de un hombre de veintisiete años con quien muy pronto me casaría.

Unos días después de nuestra llegada, el entonces Presidente Adolfo López Mateos nacionalizó la Industria Eléctrica. En octubre del mismo año, los Estados Unidos 272

iniciaron el bloqueo comercial a Cuba… La Unión Soviética lanzaba la sonda Marsnick cuyo cohete falló a los pocos minutos estrellándose contra la tierra. Y en Noviembre del mismo año, John F. Kennedy ganaba las elecciones contra Richard Nixon. En México, son lanzados a la venta los primeros discos de Rock en español con los Teen Tops, los Locos del Ritmo, y los Rebeldes del Rock…273

52

La diferencia histórica entre mis lejanas culturas, tan lejanas una de la otra como alejados son mis dos países. La actitud del mexicano ante la vida y la muerte. Su postura sin complicaciones ante la muerte. Hay algo tan especial en su forma de mirar la muerte “No vale nada la vida, la vida no vale nada” canta el mexicano mientras que la *Vie en Rose y la Belle Époque* todavía me sonríen.

Conocí Coyoacán un dos de noviembre, Día de los Muertos. Los barrios, cementerios y centros religiosos se llenan de festejos en ese día especial. Los feligreses, que generalmente atiborran las iglesias, en el día de los Muertos deambulan por las plazas, mercados, calles y callejones, frente a las peluquerías y las cantinas. Es toda una celebración, un culto a la muerte presidido por la Catrina, la dama de la muerte. La celebración está dedicada a los parientes fallecidos, y ese paso de la vida a la muerte, ese momento emblemático causa admiración, temor e incertidumbre. ¿Cómo entender las creencias populares, los ritos para venerar la muerte y honrarla o espantarla e incluso burlarse de ella? ¿Es la concepción que se tiene de la muerte?

Una procesión de los disfrazados de “calacas”, rostros pintados de negro, osamentas ambulantes circulan por todos lados adoptando el día de los muertos como un símbolo nacional, algo así como el día de las Madres.274

Me causa tirria, miedo o superstición. Es tabú hablar de la muerte o vestirse toda de negro, tienes que forzosamente cambiarte de ropa si vienes de dar un pésame, y es preciso ponerte de inmediato el lápiz labial… Por qué jugar con algo tan serio e inexorable como la muerte cuando la vida es lo que importa, lo que hay que celebrar, elevar un canto a la vida a la naturaleza y la luz y no a estas cosas tétrica y lúgubres revestidas de negruras que sin duda alguna atraen adversidades y por consiguiente la muerte. La palabra misma causa superstición, es una palabra que no se debe pronunciar en nuestra cultura, cuando alguien muere, dicen por lo general: pasó a una mejor vida. Inclusive los americanos dicen: he *passed away* para no decir: se murió.

Sin embargo mi curiosidad pudo más que mi superstición porque seguí caminando entre la multitud y me di cuenta que había otros como yo, vestidos de vida, paseando quitados de la pena por la plaza de Coyoacán junto a los árboles milenarios y los troncos labrados en forma de esculturas, entre altares religiosos cirios, flores de cempaxúchitl y calaveras de azúcar con epitafios humorísticos de personas aún vivas, ofrendas a los muertos, calabazas, tejocotes y pan de muerto…

Entonces fui alejando el sentido trágico de la muerte y me ubiqué poco a poco en el carnaval de los sentidos, en una orgía de ironía y duelo muy particular.

¡La muerte en todas sus manifestaciones es lo que da sentido a la vida!

Ahora es cuando aseguro lo anterior, con la distancia que da el tiempo. Antes no pensaba así. En aquel tiempo de mi adolescencia, cuando lo que más me impresionaba eran los 275

disfraces, los esqueletos, la magia y los desvaríos rituales, el canto al tequila y al pulque… Sí en efecto, para las creencias populares es el momento de ironizar con versos y jugar a la muerte con disfraces, y así llevar esta cita impostergable al lado amable de la vida.

Y es una forma de reconocer la muerte y darle cabida en nuestra vida… y es el renacimiento y el reencuentro con aquellos seres queridos que se han ido para siempre y que sin embargo siguen viviendo dentro de nosotros… Tan distinto en todos los aspectos a las plañideras árabes que recuerdan a sus difuntos con llanto y voces agonizantes.

Conocimos Coyoacán, así como conocimos el Bazar de los Sábados en el Pedregal de San Ángel, allí también se lleva todo un culto en el día Sagrado para la mayor parte de los mexicanos. Y nos fuimos adentrando en los mitos y misterios de este país hasta incorporarlos a nuestra vida, sin sorprendernos de las creencias populares, sin criticar ni poner en tela de juicio sus actitudes ni su forma de pensar; finalmente también nosotros a nuestra manera tenemos ritos mitos y misterios… El mexicano toma la muerte por los cuernos, juega con ella, le da vuelta a la vida, cubre con máscaras y antifaces su propio rostro, la boca, los ojos… Y la muerte sigue abandonándose al juego que se ha decidido jugar… Y helos de nuevo, amarrados el uno al otro como cuerpo y alma, prisioneros entre sí, en el espanto de diluirse en lágrimas, risas y coraje…

México está también en los mercados. Mi madre y yo íbamos al mercado central de la Merced, porque ahora es ella 276

quien compra la fruta y las verduras de la semana, aquí es propio de las mujeres ir al mercado. Y la Merced era la abundancia, la diversidad de frutas y verduras. La mirada de los hombres tan discordante a aquella a la cual mi madreestaba acostumbrada… y cuando escuchábamos: ¡ayyy, mamacita! mi madre volteaba a mirar, y se daba cuenta que las palabras no iban dirigidas a ella, sino que eran lanzadas a unas jovencitas de caderas anchas, grandes senos y piel morena …

Los albures eran tan colorados como las sandías partidas a la mitad, tan jugosos como las naranjas cortadas en rebanadas, con limón y sal y rociadas con chile piquín… Mientras que la mirada de los mexicanos hacia mi madre era más bien de respeto, pinceladas de acatamiento y obediencia… y se dirigían a ella, diciendo, Mande usted Patroncita…

Mi madre y yo comprábamos todas las verduras y la fruta de la semana en la Merced, aunque a veces íbamos también a los supermercados, cosa nueva para nosotros, pero mi madre prefería la Merced, más barato y más fresco, decía. Nos acompañaba un cargador con su “diablito” en donde poníamos toda la compra y mi madre volvía feliz, porque ya había aprendido a regatear en español… Y todo era tan barato, eso sí, no se podía escoger, según cómo te tocara, a granel. Mi madre había aprendido a preparar el *zaatar* porque en aquel tiempo en México había muy pocas tiendas de comida árabe, entonces ella combinaba una mezcla de especies y le añadía la jamaica ácida y perfumada y hierbas aromáticas, orégano, comino, hinojo y sésamo y llevábamos la mezcla a moler al molino central de granos… Luego, mi madre quedaba orgullosa de su logro, había pre277

parado un *zaatar* a la última moda, había logrado una perfecta combinación, y ofrecía a sus amigas el *manaish,* como quien dice: la pizza árabe….278

53

El día de nuestra llegada, mi madre me hizo bajar por la leche. Bajé los tres pisos y subí enseguida provista de cuatro litros de leche. El segundo día, lo mismo, el tercer día igual. Al cuarto día, mi madre fue por una canastita, le amarró una cuerda resistente, puso en ella el billete de 50.000 pesos, en aquel tiempo el litro de leche valía 10.000 pesos, los cigarros Raleigh con filtro valían 7.000…

¡Había muchos millones de millonarios en México! hasta que a Salinas de Gortari se le ocurrió quitarle tres ceros a los billetes y los mexicanos dejaron de ser millonarios…

Pero regresemos a la canasta y la leche. Mi madre puso el dinero en la canasta, abrió la ventana del comedor y lanzó la canasta que llegó directo a manos del lechero quien tomó el dinero y lo reemplazó por cuatro litros de leche, y el sobrante: un billete de 10.000. Desde entonces la canasta fue nuestro elevador portátil para cuando llegaba el cartero, el vendedor de tortillas, o el recibo de la luz… Nuestros vecinos hicieron lo mismo que nosotros. Mi madre se las había ingeniado para no bajar y subir escaleras. En aquel tiempo ella padecía el dolor de múltiples varices en sus dos piernas, pero más adelante se las operaría. Por fortuna logró aniquilar las varices y las medias elásticas que había soportado durante muchas décadas.279

Mi madre encontró en México algunas amigas libanesas, entre ellas, Henriette, Stella, Nelly y muchas otras amigas sinceras con quienes compartía vivencias propias de los emigrados. Se contaban las variaciones de sus micro-historias mientras tomaban café… Muchas memorias guardadas en su archivo oral salían fácilmente a flote, y de esta forma desarrollaban un sentimiento de pertenencia y al mismo tiempo se integraban al nuevo espacio, manteniendo su propia identidad.

Nuestros vecinos, los Haiat, también ellos libaneses, instalados desde hacía un par de años en México, jugaron un papel fundamental en nuestra vida brindándonos un apoyo moral y un marco afectivo semejante al de nuestro lugar de origen. Mis padres salían con frecuencia con los tíos Ernest y Victoria, para nosotros eran nuestros tíos, con todo el respeto que se merecían. Iban juntos al cine y a Sanborn’s. Recuerdo que en Sanborn’s del Palacio de Hierro Durango fue donde pasamos el primer fin de año en México, y yo había disfrutado del famoso short cake de fresa, ¡Cómo me gustaban las fresas! En Beirut las fresas eran muy codiciadas, los frutos del bosque eran más bien cerezas y frambuesas.

Y Clairette y yo nos hicimos amigas. Fue ella quien me presentó a un grupo de jóvenes con quienes formamos un grupo de amigos-hermanos. Porque todos ellos, me refiero a Micky y su hermano mayor Elliot, a Arlette y su hermano mayor Rafael, a Licha y su hermano Lico, a Lisette y a quien sería su esposo poco tiempo después, Alberto, a Esther, Pepe y Clairette y su hermano Raphael… Mi hermano postizo era Jacobo Salame, él era mi hermano mayor, él me invitaba el cine, el boliche, el café y el helado. Con 280

él tengo una enorme deuda, una deuda moral… Me siento avergonzada al contarlo … porque, cuando me casé, cuando hicimos las invitaciones de mi boda, ya sea por timidez, por tontería o no sé por qué, a Jacobo mi hermano mayor no lo invité a la boda. Es extraño pensar en ello después de tantos años ¡lo apreciaba tanto y no lo invité!…

Son estas cosas que uno no se perdona jamás.

Raphael Haiat nuestro vecino, más tarde en el tiempo se convertiría en mi cuñado. Se casó con Vivianne mi hermana y formaron una preciosa familia, y si yo quería bien a Raphy cuando éramos simplemente vecinos y amigos, mi cariño y afecto fueron en aumento cuando emparentamos.

Así, nuestro grupo de amigos estaba integrado por libaneses o por nacidos en México descendientes de padres sirio libaneses. Simultáneamente, mi madre entablaba amistad con la señora Lela Mizrahi quien tenía una familia de catorce hijos, entre ellos dos de mis amigas, Clara y Dora y la que sería mi cuñada, Sonia. Y entre los catorce hijos, Elías, uno de los mayores, estaba en edad de casarse. La Sra. Lela le comentó a mi madre su voluntad de presentarme a su hijo… pero mi padre no aceptó que saliéramos, todavía tenía yo catorce años…

Y el tiempo pasó, o nosotros pasamos por el tiempo, y me casé con el cuñado de Sonia… quién lo hubiera imaginado. Otro hijo de la Sra. Lela, cierto día me pidió que saliéramos y que fuéramos novios, pero le dije que lo quería como a un hermano: palabras que recolecté de las telenovelas y que repetí sin siquiera pensarlas, diálogos de películas que se incorporaban a mi imaginación como el diálogo que le copiaba a la española Amparo Rivelles o a Maricruz Olivier en 281

“Dos Caras tiene el Destino”. Porque yo copiaba las palabras y los gestos de las estrellas. Recuerdo que un día vino a visitarnos el yerno de mi tía Zahiye, el Sr. José Zaga, y yo, como buena anfitriona, le pregunté ¿Quieres un trago? Y Jajajá… por supuesto…

Pero ya era tiempo de que dejara de soñar despierta y de creerme protagonista de vidas ajenas. Sí, ya era tiempo, como lo dijo la señora que vino a visitar a la tía Victoria: Tú qué te crees, me dijo, por qué rechazas a tantos muchachos, ¿hasta cuándo? ya es hora ¡Ni siquiera tienes dote!

Pues cada hermano gastaba por su hermana y por mí pagaba Jacobo. Mi padre nos había inscrito en el Deportivo Israelita. Todas nuestras comunidades, porque aquí en México son comunidades y no una sola: está la comunidad Monte Sinaí y la comunidad Maguén David que son sefarditas, y en las mismas hay una subdivisión, los *shamis* que provienen de Damasco y los *halebis* quienes vinieron de Alepo. Por primera vez supe que mi comunidad es Monte Sinaí… Por otra parte está la comunidad Sefaradí, cuyos integrantes a diferencia de los sirio-libaneses provienen de Turquía… Y la comunidad Ashkenazí de los provenientes de Polonia, Hungria, Rusia… Cada una de las comunidades tenía sus reglas sociales, sus costumbres y no se mezclaban los unos con los otros, así como no se mezclan el agua y el aceite…

Y yo era tan tímida, tan cerrada y reservada, tan cohibida, que aunque tuviera un mundo interior propio se me dificultaba en exceso relacionarme. Por ejemplo, nunca fui capaz de ducharme en los baños para damas del CDI, o desvestirme y deambular por los pasillos de los baños 282

como lo hacían algunas, desnudas, como Dios las puso en el mundo, quitadas de la pena y sin pudores tontos. Yo tenía vergüenza o estaba acomplejada, Qué sé yo, hasta la fecha no lo hago… pero me gustaba mucho ir al Deportivo y admirar la enorme alberca, hasta que un día, alguien de los niños quiso hacerme una broma. Pensó que no era verdad que yo no sabía nadar y me arrojó al agua, y claro, me estaba ahogando… Durante mucho tiempo, cada vez que pasaba junto a una alberca, temblaba.

El CDI era el único lugar en donde las tres comunidades formaban una sola: la Comunidad Deportiva, sin importar procedencia ni idioma de origen. El Deportivo era la casa de todos. Aquí encontraríamos nuevos amigos. A mí me gustaba jugar voleibol y era muy buena para ese deporte, juntaba las palmas de las manos y aventaba el balón con fuerza. En la cancha de voleibol fue donde me vio por primera vez Rafael, mi marido, ¿quién es ella? preguntó señalándome. Nadie sabía mi nombre pero todos sabían que recién llegaba yo del Líbano; Es muy guapa, le dijo el amigo ¿no te parece? Y Rafael hizo una señal afirmativa con la cabeza… al menos eso fue lo que me contó hace apenas unos días. Este secreto de cuando me vio por primera vez, él lo tenía bien guardado.

Los sábados por la tarde, los dirigentes de nuestra comunidad y los jóvenes que pertenecían a la mesa directiva organizaban unas “tardeadas” en casa de la familia Zaga, en la Avenida Presidente Masaryk. El propósito principal de esas reuniones era el de acercar a los jóvenes para que se conocieran. De aquellas tardeadas salieron muchos matrimonios. Recuerdo que las chicas nos sentábamos en una fila de 283

sillas plegadizas. Alguien se encargaba de poner los discos y los jóvenes elegían con quien bailar. Entonces se acercaban a la niña y el corazón de ella latía a mil por hora, él sólo la tocaba con la punta de los dedos y eso significaba ¿quieres bailar conmigo? Las chicas casi nunca oponían resistencia ni se hacían del rogar casi nunca, porque era una sola pieza y si le gustabas al muchacho te pedía el teléfono, si no, te regresaba a tu lugar. Y así era.

Pero cuando tocaban *Let´s Twist Again* no permanecía una sola chica sentada, todos a twistear arrastrados por el ritmo, enseñando o practicando el nuevo baile hasta el frenesí.

Nuestras faldas eran cortas, muy cortas apenas un trozo de tela, completadas por unas medias estampadas o con unas botas de preferencia blancas, altas por encima de las rodillas. Era la época de la “mini” y por más que fueras inhibida tenías que vestir a la moda. Comenzaba la “Década Prodigiosa” una década que vivió grandes momentos políticos y sociales, la época en la cual el sexo, la sociedad, la moda y la música cambiaron para siempre. Y fue la época de mi propio cambio, de niña a mujer.

A este punto todavía no me pinto los ojos, todavía no, pero tengo las pestañas enormes y tupidas, negras y las cejas pobladas y bien definidas. Uso maquillaje Revlon para tapar uno que otro granito que brota en mi rostro, en especial cuando se acerca mi período… Y aunque las faldas fueran cortas, el peinado era alto, esponjado y los labios carnosos y pálidos dibujados con un lápiz labial mate apenas visible al estilo Brigitte Bardot… En estas tardeadas llevo los labios pintados y mis chapitas son naturales. Lle284

vo también mi sonrisa que no me abandona nunca, nunca. La revolución sexual, la liberación femenina, porque ya se habla de eso y de la lucha contra la discriminación racial… y estas tardeadas provocan ansias de vida e incertidumbre mientras esperas al joven que quizás se anime a pedirte la pieza tocándote la mano con timidez.

Y el Rock ´n roll se había vuelto una locura. El rock sicodélico y los hippies con su lema “*Love and Peace*” nos imponían una filosofía de vida totalmente inesperada. La camisera de color brillante y la falda generalmente tableada y a cuadros o el pequeño vestido de florecitas o con diseños geométricos comenzaban a mostrar abiertamente el cuerpo y brillaban al ser expuestos a la luz fosforescente de la discothèque. Los zapatos eran de tacón bajo, cuadrado, en su mayoría blancos… Y Elvis incitando, previniendo *It´s now or never…* y en la “*little girl*” se mezclan entonces la inocencia y la sensualidad, la moda sicodélica y… y aquel look desenfadado y mini que nos cautiva.

Pero, y siempre hay un pero, por allí de forma escondida se murmura que “la mujer ha perdido la vergüenza”. Y esto en nuestra comunidad rompe con los valores de la decencia y el pudor a los cuales se apegan fuertemente los que conforman el núcleo “intachable” dentro de la comunidad Israelita-Mexicana. Los padres tenían que saberlo todo, tenían que dar permiso a sus hijas para vestir para hablar para salir para tener amigos y siempre y cuando supieran quienes eran esos amigos…

Recuerdo que un día, mi grupo de hermanos-amigos habían aparecido todos en casa para pedirle a mi padre que me diera permiso de acompañarlos a un día de campo fuera de la 285

ciudad. Pues ellos estaban seguros que, al unirse y venir todos juntos mi padre aceptaría y consentiría que me fuera con ellos. Pero no. Por más que insistieron mi padre fue inflexible. Los padres en aquel entonces tenían una firmeza que no aflojaba delante de nada. Cero tolerancias. Mantenían su palabra y no tenían que darle explicaciones de su proceder a ninguno.

Y la Bardot provocaba pasiones. Sí, y alborotaba ánimos… Y las películas de James Dean como *Al Este del Edén* seguían proyectándose en todos los cines, continuamente, sobre todo la película que revolucionó a chicos y chicas: *Rebelde Sin Causa* en la cual junto a Natalie Wood y Sal Mineo, James Dean da vida a un adolescente incomprendido y en desacuerdo con la realidad que lo rodea. El icono cultural de la desilusión adolescente había fallecido hacía más de cinco años, pero seguía siendo imitado por todos los jóvenes quienes se vestían igual que él, pantalón vaquero, chamarra de piel y adoptaban su irreverente actitud expresando rebeldía… Y en los jóvenes y brillantes ojos despuntaba una mirada insubordinada y sediciosa.

Los hippies llenaron el mundo de flores y color. Gracias a los festivales de música la sociedad mundial se rindió a sus pies. No solamente por su voz y sus canciones, también por su forma de vestir, de moverse, de transgredir las opiniones dejándose el cabello largo, adoptando los pantalones “campana” o “pata de elefante”

Fue un rompimiento con todos los moldes de una sociedad conservadora y la creación de algo tan importante como el de poder expresar libremente y sin rigidez al286

guna, todo lo que ansiábamos, nuestras pasiones y nuestras diferencias.

Y algo muy innovador para mí ¡Ya uso pantalones! Aquí no hay problema.

En tanto, en las playas acapulqueñas, en el país entero y en el mundo entero arranca la liberación femenina con el uso del bikini, las gafas de sol enormes de forma ovalada y los bolsos de grandes dimensiones.

Llevo el suéter copia de diseñador de la HauteCouture, coral vivo o naranja, de cuello ruso imitación Courrèges con las iniciales )( encontradas, resaltadas en color blanco. Mis uñas que solía pintar de un rosa pálido y discreto se modernizaban con el barniz fosforescente o el blanco mate bien cargado… Y en mi corazón palpita, tanto la música de Rock que escucho por la radio como las canciones románticas, las baladas y los boleros de los tríos. Me dejo arrastrar por las melodías, llena de fervor musical, tarareando las canciones que están en boga… Luego me vuelvo melancólica como la mujer de la película… Seductora y misteriosa, ensayo papeles.

En las tardes-noches me asomo al balcón de nuestro departamento en la avenida Campos Elíseos. Me gusta hacerlo, me fascina observar los autos que pasan, me hipnotiza… Jamás tendré uno, me digo. Espío a unos enamorados estacionados en su auto, muy enamorados, muy acaramelados muy… los observo con morbo y me digo: Nunca tendré novio, nunca… ¡Qué barbaridad! ella está encima de él, casi lo asfixia… ahora él la besa, la besa… A ésta le pasó lo que a la gente estúpida y le digo: hey, tú, te pasó lo que a la gente estúpida y ordinaria, te enamoraste… Por supuesto, otra frase que heredé de la telenovela.287

54

Al año de habernos establecido en México, mi madre fue a la Secretaría de Relaciones Exteriores para tramitar el FM2, la forma migratoria para extranjeros que viven en México. El licenciado en turno le comentó que si tenía un hijo mexicano sería más fácil llevar a cabo los trámites ya que ese hijo podría reclamar a sus padres. Y así lo hicieron.

El abogado había aconsejado a mi madre, y ella pronto embarazó. Había momentos en los cuales se sentía nostálgica y triste. ¿A causa del embarazo? Mi padre pensó que ella extrañaba a su madre y le preguntó si quería que viniera mi abuela a vivir con nosotros. Sí, contestó mi madre y enseguida cambió su semblante nostálgico por una amplia sonrisa. Y mi abuela vino, feliz de reencontrarnos y de liberarse de la vida difícil y problemática, de las disputas familiares y de las precarias situaciones y de los problemas con los cuales se enfrentaban día a día en su vida en Israel. La “tierra de leche y de miel” para ellos no tenía nada de miel.

Mi abuela complementaba nuestra nueva vida, que desde aquel día fue más plena.288

Mi madre ya tenía una panza voluminosa cuando yo “andaba” con pretendientes. Ella estaba ya muy irritada y me dijo: Me mato y no voy a tu boda embarazada, antes muerta, ¿me escuchas?... No tuvo que matarse. Antes de mi boda había dado a luz a mi hermano Beto. Fue un parto muy difícil, muy complicado. El bebé no nacía. Usaron fórceps, pero no fue suficiente. El doctor optó entonces por hacerle una cesárea ¡Cesárea! gritó mi madre, de ninguna manera ¡yo así soy, me conozco! he traído al mundo cinco hijos y me han tenido paciencia, siempre me tardo ¡No aceptaré que me abran y me destrocen!…

Pero el doctor no debió hacer caso, no debió esperar… Y… y el parto se estaba pasando y al bebé comenzó a faltarle oxigeno. Nació morado, negro, apenas si respiraba… Y a mi madre le habían partido el vientre por la mitad, así en dos, una enorme herida vertical. Así eran las cesáreas en aquel tiempo, de arriba hasta abajo.

Había nacido mi hermano. Llora mucho mi hermano Beto. Llora y se priva, se pone morado y sus ojos se van para atrás y hay que detenerle la lengua para que no se la trague. Mi hermano pequeño, un bebé que a cada instante llora y siembra el miedo en nuestra vida. Pero no decimos nada. Nadie toca el tema. Beto es punto y aparte.

Llegaban las fiestas religiosas y a mi madre se le ocurrió tejerme un suéter. Te lo pondrás con una falda negra y ya. Tu atuendo para la fiesta. Fuimos al centro. Había un almacén donde vendían estambres y daban clases para tejer, frente a la Alameda en una de las callecitas cerca de lo que hoy es el 289

barrio chino. Escogí un estambre blanco que me encantó, sobre una falda blanca estaría muy adoc con la pureza de las fiestas mayores. Pero mi madre insistió en que fuera un estambre Mohair color verde menta. Compró las agujas y junto a las profesoras de tejido comenzó a hacer la prueba, recuerdo que se quedaban sorprendidas al ver cómo mi madre, a cada punto pasaba el hilo por encima de la aguja, cosa que es propia de las tejedoras en el Líbano y en Europa, mientras que aquí lo hacen de otro modo.

Llegando a casa, de inmediato mi madre mostró sus habilidades. En una sola noche tejió la mitad de la espalda del suéter.

Al día siguiente bajó la tía Victoria a visitarnos y a tomar un café con mi madre, así se usaba, visitar a una amiga y corresponder a esta amiga con otra visita y así se pasaban la mañana y parte de la tarde… entonces la tía Victoria trajo su tejido y vino. Enseguida mi madre me pidió que hiciera un café. Entré a la cocina y salí con la bandeja y las tazas de café turco. Estoy ofreciendo el café cuando la tía desenvuelve el paño con el cual cubre su tejido y ¡oh, sorpresa!... un suéter verde menta de Mohair, ya terminado. Solo me falta el remate del cuello, dijo la tía. A mí por poco se me cae de las manos la bandeja con el café. La tía comentó que Clairette se lo pondría en las fiestas sobre una falda negra…

Recuerdo hasta el día de hoy la cara que puso mi amiga cuando de pronto aquel día de Rosh Hashana, me vio salir de casa vestida igual que ella… igualito, parecía que tocábamos en la misma orquesta. En mi rostro y en mi cuello brotaron enseguida las manchas púrpuras.290

Tuve un grupo de amigas de los domingos. Nos íbamos los domingos en la tarde en el coche de una de ellas por el Paseo de la Reforma. Era la forma de “ligar” así se decía cuando querías coquetear. Nos miraban los jóvenes desde la ventana de sus carros y nos lanzaban piropos, ¡qué chula! Y nos aventaban besos con la mano, entonces nos reíamos del puro nervio, y nos desviábamos muy ofendidas y serias. Pero volvíamos a “ligar” más adelante, con otros muchachos en otros carros. Y era nuestra proeza dominguera. Mi amiga tocaba el claxon con fuerza como avisando a los transeúntes del “grave peligro” que corríamos y volvía a tocar el claxon nuevamente, con insistencia, parecía la película de *Il Sorpasso* que despertaba ansias de vivir la vida loca junto a Vittorio Gassman y Jean Louis Trintignant. En ellos dos se detenía mi imaginación, en aquel carro convertible, la sonrisa de Gassman y el pánico de Trintignant. Nuestro “ligue” dominguero no pasaba de eso. Cantábamos a gritos, contentas de sabernos la letra de *You are my Destiny* de Paul Anka o *Love is a Many-Splendored Thing* que escuchábamos por la radiodifusora 6.20 La Música que llegó para quedarse… y de pronto una gritaba, *La Vida es una Tómbola, tóm tóm tómbola* y le seguíamos el ritmo dejando a un lado las canciones en inglés ya que ella no dominaba esa lengua. Y a la Tómbola le seguía *Moliendo café* de Lucho Gatica*…* y después de mucho cantar, llegaba la hora de la merienda, como quien dice: el *afternoon tea* o *le petit café et patisserie suisse.* Nos íbamos a merendar al puesto de quesadillas en la avenida Horacio. Riquísimas las de queso, de flor de calabaza e inclusive las de chicharrón en salsa verde, porque para entonces ya se nos estaba olvidando que éramos Kosher, y el refresco no debía faltar, el maridaje perfecto con las quesadillas, Sidral 291

Mundet de la botella. Y junto a la tienda de abarrotes1.2.3, tomábamos los helados de fresa, deliciosos, con fresas de Irapuato. ¡Nos reíamos a carcajadas! De cualquier cosa…

Respiraba yo el aire dominical a una distancia conveniente para regresar a casa e incorporarme de nuevo al orden de mi mundo.

Y aquello duró dos o tres domingos más, porque después de cuatro meses me casé.292

55

Y cierto día, otro de esos que uno recuerda porque sí, o porque te viene la imagen cuando estás escribiendo y la reproduces… Hay un joven que quiere conocerte, me dijeron, es muy bueno, un partido excelente, es muy rico, muy bien, además su madre es parienta de tu abuela…

La primera impresión que tuve del joven fue terrible. Me encontré con un hombre mayor, gordo, feo y de escasos cabellos. No, no me gustó… claro que no… pero mi madre y mi abuela insistían… Salí de nuevo con él, y si mi primera impresión fue terrible, la segunda lo fue aún más cuando me presumió su Mercedes Benz último modelo y las residencias de su pertenencia en el Pedregal. Sentí así, literalmente sentí que el hombre me quería comprar. Entonces le dije: en Beirut todos los taxis son Mercedes Benz… Luego él siguió viniendo a casa, y mi madre y mi abuela insistiendo, insistiendo…

Pero mientras el pretendiente esperaba en la sala, mi padre vio cómo entré al cuarto, me despeiné, me lavé la cara y comencé a llorar… Entonces se acercó a mí, nunca había visto tanta ternura en sus ojos… y me dijo: Nunca te obligaré a salir con nadie que no sea de tu agrado, y mientras yo viva nadie te obligará a hacerlo.293

Así que mi padre habló con el candidato, y puso punto final al asunto.294

56

Llevo falda tableada, camisa blanca y suéter azul marino con las insignias del Liceo. Me acompañan mis hermanos, esperamos el Juárez Loreto que nos dejará en Moliere. Luego, caminamos tres largas calles hasta la escuela. A partir de ese momento siempre tengo la sensación de nostalgia o de superficialidad en mi vida. Como si estuviera actuando el estar en México e ir al Liceo con mis hermanos. Es un sabor fútil que no deja huellas en mi paladar. Dos veces por semana, en la tarde, doy clases de francés a un niño súper inteligente que me pone en aprietos con sus preguntas. Por ejemplo, me pregunta sobre Dios y sobre el funcionamiento de los televisores o las aspiradoras eléctricas… sobre cosas que me enervan porque no sé cómo contestarlas. Se llama Marc, lo quiero mucho, tiene nueve años y estudia en el Liceo.

Tomaba yo el autobús para ir al centro, a Republica de Chile donde tenían tiendas mis primos. Trabajé con ellos un par de meses durante las vacaciones de ese año. Venía a venderles un proveedor de ropa para bebé. Me gustaba aquel joven. Pero sólo vino una vez y nunca más lo volví a ver.

Siempre pensé que nadie tenía derecho sobre mí, más aún después de aquel día cuando mi padre me dijo: nunca te 295

obligaré a salir con nadie… Pero el día que la señora aquella me dijo con un tono venenoso: Tú qué te crees, ni siquiera tienes una dote… Aquella vez no contesté nada, aunque me hubiera gustado decirle tantas cosas a la vieja que se entrometía en mis asuntos sin ninguna razón. Me quedé con las palabras en la punta de la lengua en vez de decir: a usted qué, acaso le estorbo o le quito algo… Bajé a mi casa enseguida y sólo después de un tiempo supe que aquella “metiche” tenía cuatro hijas para casar y que no había podido casar a ninguna, aunque tuviera el dinero del mundo. Sus hijas no tenían ningún pretendiente y por lo tanto ella, como si mezclara dos papillas en el mismo tazón, ponía su pensamiento pasmoso y mi falta de dote para desaparecer mis pretendientes y guiarlos hacia sus cuatro hijas.

Efectivamente, había yo tenido varios candidatos. Y eso por supuesto que levantaba mi ego. Claro que mi país de procedencia y mi físico, que en aquel tiempo aventajaba en mucho al de mis compañeras junto a las cuales parecía yo una “varita de nardo”, aunque al abrigo de las miradas me sintiera más gorda que ninguna. Con el tiempo llegué a tener una figura esbelta, pero aún así, en el fondo, la mirada de mi madre fijó para siempre en mi memoria otra imagen.

Y cuando salí, despeinada y con la cara lavada, cuando salí con aquel del Mercedes Benz último modelo… ¡Pero, eso ya se los conté!

Después, vino un joven de veintitrés, ojos verde mar que internamente me hicieron cantar *Aquellos ojos verdes de mirada serena, dejaron en mi alma eterna sed de amar…* vino en su Chevrolet reluciente, me abrió la puerta del automóvil como todo un caballero y me llevó a cenar al Jacarandas donde también se podía bailar… él me gustó. Sí, me gustó.296

Al día siguiente vino de nuevo, mi abuela espió por la ventana para verlo y le dio una mirada de aprobación tanto al muchacho como a su carro. Aquella noche me llevó al Rívoli que se abre a la ciudad a través de los ventanales, y pidió champagne y caviar. El sabor del caviar me dio náuseas y mi copa de champagne se quedó a la mitad, preferí un Tehuacán con gas. Y durante todo el tiempo que duró nuestra historia, es decir, del lunes al viernes, todo marchaba como sobre ruedas y en cada encuentro él me mostraba más afecto. Pero el sábado me llevó a conocer a su familia. De entrada, una casa enorme, una familia numerosa reunida en el patio tomando tequila. Él es el más chico de ocho hermanos y me los presentó a todos así como a sus cuñados y cuñadas. Escuché murmullos de aprobación… Hasta que de pronto comenzaron las indecencias y las palabras muy pasadas de tono, la menos irreverente era: de la madre y quién te parió… Luego se acercó uno de los hermanos mayores y me dijo: A ver tú, y soltó una palabrota, a ver tú, ¿quieres o no quieres a mi hermano?, decídete...

Esta vez no me quedé con las ganas de contestar como cuando me instigó la vieja de las cuatro hijas, y le dije: Si quiero o no a su hermano, es asunto de él y mío, y eso se lo diré a él y no a usted. Y me sonrojé hasta las púrpuras. Y esa fue mi despedida de aquellos ojos verdes. Él me habló al día siguiente de mi ruptura, me llamó, vino a la casa, le pidió a mi abuela que… y un día no se contentó con la respuesta de mi abuela y subió a la casa y amenazó a mi abuela diciéndole que me raptaría y que se casaría conmigo… me la voy a llevar, dijo.

Y al conocer sus intenciones y después de averiguar sobre él y su familia, nos enteramos que su hermano había 297

raptado a la mujer con quien se casó. Al saberlo, mi padre decidió entonces llevarme fuera de México. Y nos fuimos doce horas en autobús hasta San Antonio y luego a Laredo, Texas. Así mi padre me alejaba del joven y sus amenazas.

Ese viaje fue para mi padre y para mí un motivo de convivencia, una forma inesperada de comunicarnos y expresar puntos de vista sobre los valores importantes en la vida. Y mi padre me dijo: aunque fuera el más rico de la tierra, aunque lo fuera, hay valores que no puede comprar el dinero, como la decencia y la cultura que no se sustituyen ni con todo el oro del mundo…

En Dallas compré mi vestido, el primer vestido de gala, blanco de raso de seda, con el corpiño bordado con perlas y una franja del mismo material en color verde bandera. Y fui abanderada. Una de las quince adolescentes que simbolizaron los quince años del Estado de Israel, en mayo del 63. Y me estrené el vestido blanco con la franja verde que usé unos meses después en mi *shower*, mi despedida de soltera.

Pero antes de eso, en diciembre, me invitaron mis primos Teófilo y Alicia a ir con ellos y su familia a Acapulco. Tenían cinco hijas y ella estaba embarazada. Sobre aquello cuentan que Alicia tenía dolores de parto y fue al hospital. La partera que no la conocía, le dijo: estoy segura que va a ser un niña… y Alicia saltó de la cama en la sala de parto diciendo ¡ya no quiero dar a luz, si es niña yo ya me voy!… pero cuando fuimos a Acapulco todavía eso no había sucedido. Posteriormente tuvo otras dos hijas y por fin, un hijo. Entre las cinco hijas de la pareja estaba yo, muerta de ansiedad porque me tenía que poner traje de baño.298

Llegamos de noche al condominio Bahía donde ellos tenían un departamento. Cuando salí al balcón y vi la bahía en todo su esplendor… no puedo describir lo que sentí y lo que mis ojos vieron ¡Una luz… de una extraordinaria intensidad, el reflejo de un diamante en todas sus facetas!

Aquel espectáculo conquistó mi corazón.

Había abajo, frente al edificio Bahía, un club de esquís donde daban espectáculos acuáticos todas las noches. Al estilo de Esther Williams, las jóvenes como si fueran sirenas, se mecían formando círculos y acrobacias sobre el mar, eso nos maravillaba a todos los que disfrutábamos aquellas funciones desde el balcón, noche tras noche.

En las tardes íbamos a la playa de Hornos donde se hacían fogatas, y unos bailaban sobre la arena otros cantaban acompañados por la guitarra, y contemplábamos las enormes olas quebrarse en la costa.

En casa de mi primo había abundancia en todo, en la comida y en las mujeres. Las dos hijas mayores eran casi de mi edad, y las chiquitas deambulaban por el departamento. Había una en especial que su madre la llamaba ¿cómo la llamaba,?... Bueno, éramos muchas mujeres y mi primo, porque además estaban las acapulqueñas al servicio de los huéspedes, pero sólo por los días que estuviéramos allí y eran cuatro o cinco, tal vez más seguramente más porque en aquel tiempo hicimos nueve o diez horas por carretera, unas arriba de otras en el carro que conducía mi primo. Ya en Acapulco nos pusimos los shorts encima del traje de baño y nos subimos mis primas y yo sobre el cofre del auto en marcha y nos expusimos a los cuatro vientos, embriagadas de sol, de aire, de cielo….299

Cierto día alguien rompió la taza del baño. El grito de la madre fue ensordecedor, salía de la rabia misma. Pero por más que preguntaran quién fue, ninguna de nosotras se atrevió a decir: fui yo.

Luego, todos a la Quebrada para ver el show de los clavadistas que se avientan al mar entre las hendiduras de un acantilado de treinta y cinco metros, sincronizando el oleaje, calculando el regreso de la marea para no impactarse con las rocas del fondo. El clavadista escala el acantilado con una antorcha encendida en la mano para iluminar el camino y para que los espectadores puedan apreciar su hazaña, luego se persigna delante del altar de la Guadalupana, estudia el movimiento de la ola, de la marea y el viento, y se avienta para rebotar enseguida su hazaña realizada.

Y así los recuerdos llegan a mi memoria, a la época de mi adolescencia y mi primer encuentro con el Acapulco de aquellos tiempos.300

57

Soy tan joven, tan joven. Tan joven y con anillo de compromiso… vivimos en Campos Elíseos. El nombre es muy bonito, la avenida también, nuestro departamento es el tres, un piso debajo de los Haiat. Tiene mucha luz pero nos queda pequeño. Somos muchos, mis padres, nosotros seis y mi abuela.

Llego a casa con un frasquito en mano y de inmediato me doy a la tarea de limpiar mi anillo. Me habían dicho que aquel líquido blanquea y da brillo a las piedras preciosas y que el anillo de compromiso que Rafael me acababa de regalar quedaría más hermoso aún. Es mi juguete nuevo, mi único juguete. Nunca había recibido regalo alguno, ni siquiera en mi cumpleaños. En nuestro cumpleaños, y hablo en plural porque somos tres los que nacimos en el mismo mes, Vivianne, Jacques y yo, en nuestro cumpleaños mamá nos hacía el pastel de siempre, el panque de toda la vida, le ponía tres velas y lo apagábamos entre los tres.

¡Le han regalado un diamante a la chiquilla! ¡A la niña le han re-ga-la-do un anillo!, solfeaba algún envidioso o alguien que me había echado el ojo y se quedó tuerto por los celos. Traigo el frasquito y el algodón y comienzo a frotar el anillo, estoy descubriendo cosas y me emociono, igual 301

como inserto mi sortija al dedo anular y la contemplo. Unas gotitas de amoniaco en el agua y con eso basta…

Mamá entró de repente. ¿Qué haces?, me preguntó. Limpio mi anillo con este líquido, sí sirve, huele muy fuerte, toma, huele… y mi madre lo olió, aspiró fuertemente y casi se desmaya, se va al suelo, se le aflojan las piernas ¡Dios mío!… tiene los ojos llenos de lágrimas, llenos de reproches ¡está tan enojada! Perdón, perdón mamá, es que no sabía, perdón… Corro a la cocina, traigo agua, le enjuago la cara, los ojos y la cara de nuevo, ella rechaza mi mano, me empuja, no quiere saber de mí.

Dios mío, me siento tan culpable, tan mala… Podía haberla matado… Podía haberla dejado ciega… …

Gracias a Dios no pasó del susto. Pero el asunto me roe la conciencia aún a estas alturas de mi vida. Mi torpeza, mi… Hubiera yo sido capaz de aspirar la botella entera de amoniaco con tal de castigarme.

A partir de aquel día, siempre he manejado el sentimiento de culpa hacia mi madre. Y ella lo sabe y se vale de ello cada vez que puede.302

58

Rafael es el tercer hijo de una familia de cinco. Veintisiete años y todavía no “sienta cabeza”. Sus padres se preocupaban de que el estudiante de leyes tuviera amigos “paisanos”, pero son muy pocos los jóvenes de nuestra comunidad que estudian en ese entonces, la escuela de la vida y la experiencia en el trabajo y el comercio es la mejor universidad, decían. Muy pocos llegan a hacer una carrera universitaria. El padre de Rafael, en especial, quiere que conozca una chica judía y se case como lo han hecho sus dos hermanos mayores quienes le llevaban escasos dos y tres años, y ya tenían una familia de cuatro hijos cada uno.

Aquel día era el *Brit Mil*á del hijo de Clara, y fue un parteaguas en mi vida. Fue Dora, la hermana de Clara quien me invitó a aquella fiesta.

El padre de Rafael está cerca del grupo de chicas solteras, sentadas en el rincón de la sala. Busca novia para su hijo. Percibo la mirada del hombre que en aquel tiempo me pareció un anciano, pero que no lo era en absoluto. Entonces él quiso verme de pie para registrar mi estatura, su hijo mide 1.93, y me dijo con voz baja: Por favor, señorita, podría usted alcanzarme un vaso de agua, me cuesta tanto 303

trabajo levantarme. Claro que sí, con mucho gusto, contesté. Y me vio parada. Cumplía yo los requisitos…

Al día siguiente, Dora me pidió que la acompañara a casa de Sonia con el pretexto de ver las fotos que habían tomado ella y su marido en su viaje a Japón. Y fuimos. Yo, con mi falda tableada gris, camisa y suéter de escuela, calcetas y zapato bajo. Estamos viendo las fotos cuando entra, así de pura casualidad el señor que me pidió el vaso de agua, con su esposa, bajita, de cabello grande y lentes de aumento gruesos sobre unos muy pequeños ojos azules y sus anillos y pulseras de oro sirio. Sonia dijo entonces: son mis suegros. Y así, como que de repente, como quien no quiere la cosa, como si lo hiciera habitualmente, apareció Rafael… Y nos presentaron.

Ya era hora de regresar a casa. Por favor vámonos, le supliqué a Dora, vivíamos muy cerca una de la otra, a unas cinco calles cortas. Entonces el señor Moussa, así se llamaba el suegro, nos dijo: a dónde van, esperen… iremos a cenar a algún lado y luego las llevaremos a casa. No, disculpe por favor, pero no puedo, mis padres se pondrán furiosos si no regreso pronto. Está bien, dijo él, le pediremos permiso a tu padre, dame el teléfono, yo lo llamo. Mi padre no está en casa, está en la Feria del Hogar donde tiene un stand de chamarras para jóvenes. ¿Quién está en casa? ¿tu madre? No, sólo mi abuela. Y llamó a mi abuela al teléfono de nuestros vecinos, los Haiat, 454304, porque nosotros todavía no teníamos línea telefónica, tardaban años para asignarte un número. Habló con Teta, le dijo que era Moussa Rayek, le habló en árabe y le preguntó si me permitía ir a cenar con ellos, y luego ellos personalmente me regresarían a casa. Y mi abuela dijo así, en árabe sirio: horitita la regresan, por favor, su padre se enojará mucho…304

Entonces Rafael nos regresó a Dora y a mí, en el carro convertible azul claro. Este no es mi coche, explicó enseguida, es el de Moni mi hermano, el mío es un Volkswagen, lo estoy pagando poco a poco. Dejó a Dora primero y luego a mí. Te hablo mañana a las tres, me dijo. Y así lo hizo, puntualmente, al día siguiente y todos los que le siguieron por cuarenta años, hasta que empezó a venir a comer a casa, a las tres en punto.

Rafael era otro universo de promesas, de promesas que se cumplirían. Mi mundo cambiaba, así de pronto. Conoció a mis padres y los invitó a cenar, y casualmente o porque ese restaurant estaba de moda, fuimos a las Chalupas, donde unos días antes nos había llevado otro pretendiente mío. También casualmente, nos asignaron la misma mesa. Pero la conversación fue tan diferente… El cabello negro de Rafael y su estatura fue lo que más le gustó a mi madre. Y su forma de hablar sin pretensiones ni fingimientos, su sinceridad y la forma que tiene de conquistar a la gente con su amabilidad y su franca sonrisa. Qué pelo, viste qué pelo, insistía mi madre. Pero a mí lo que me convenció en realidad además del cabello y todo fue su sinceridad y el hecho de que él fuera culto y tuviera una carrera de abogado, Licenciado en Derecho.

A la semana de salir con él, vuelvo a casa después del colegio y me encuentro con un enorme arreglo de flores, gladiolas, crisantemos y unos pájaros de papel o de plástico en una canasta de mimbre, alta, pintada de color plata que no cabía por la angosta puerta de mi casa…305

Mi casa era tan chica tan chica, y yo era tan chica tan chica…

¿Qué es eso? exclamé, qué es eso, pero si apenas lo conozco… Pues mira, me dijo mi madre, hablaron tu papá y el señor Moussa… Mi madre siempre los llamaba Sr. Moussa y Sra. Liza, esa distinción marcaba la diferencia entre la juventud de mi madre y ellos. Y tu padre y el Sr. Moussa ya se pusieron de acuerdo, siguió diciendo… pero eso no quiere decir que ya estás comprometida, es sólo para que sigan saliendo y se conozcan mejor.

Sí, claro, para que nos conozcamos. No hay mucho que conocer, Rafael es un libro abierto, y yo una niña. Y uno se lo cree, se lo cree… ¡cuando nuestro futuro estaba completamente arreglado! Mi suegro le había dicho a mi padre: No queremos nada, nada en absoluto, sólo a tu hija.

Y así fueron las cosas y Rafael nunca me dijo que me amaba. Nunca se me declaró, como solían decir, Ni me bajó del cielo globos rojos en forma de corazón que dicen te amo, Ni buceó en el océano para sacar el anillo de compromiso Tampoco me llevó en helicóptero y aterrizó en una montaña solitaria y me “pidió”… No, la “pedida” no era así. Pues Rafael nunca lo hizo, nunca me preguntó si me quería casar con él, bueno sí, lo hizo… cincuenta años más tarde, me pidió que me casara con él.

Todo fue tan incomprensible, tan flat, tan laguna tranquila, tan cielo sin nubes… No hubo altas y bajas, todo se deslizaba de forma sencilla. Casi como ahora, con una lánguida dulzura, tan lejos de lo impetuoso y rumboso, tan ajeno a la sangre que late en las arterias jóvenes. Sin arrebatos ni 306

pasión, sin complicaciones, todo era sobre la marcha, como solían decir en la familia de Rafael… Un domingo, en la avenida de los Insurgentes junto a la heladería La Vida en Rosa, aquel día en el auto, me dio un beso, ¡en la boca! Por Dios, ¿qué cosa era eso?.. Que si me gustó y que vi estrellitas y escuché campanitas… no. No fue así. El primer beso no fue así… Eso solo se da en las telenovelas, pensé.

Mis hermanos, la primera vez que se encontraron con Rafael, lo vieron como a un gigante. Un señor que se quiere llevar a su hermana para que no siga viviendo con ellos. Le tuvieron respeto o miedo y no querían entrometerse, pero me preguntaban incesantemente ¿de veras te vas a casar con él?

Mi abuela, cada que venía Rafael a casa, le hacía enseguida el jugo de mango que mezclaba en la licuadora agregándole mucho hielo, como a él le gusta.

No percibíamos el paso del tiempo, ni de prisa ni despacio… y no hacíamos planes para el futuro, ni comentábamos nada; de cualquier modo a nadie le podíamos hablar de compromiso puesto que sólo estábamos saliendo para conocernos.

Y cierto día, me pusieron un anillo al dedo. Un anillo de brillantes de quilate y medio… y ese día entraban por la puerta grande de mi vida, un grupo de personas, encabezados por mi suegro y por Rafael. E invitaron a sus amigos para la ocasión, era la fiesta de mi compromiso. Mi madre me había comprado un vestido de tela Lamé color dorado, lo compramos en el centro y costó ¿cuánto? No 307

sé... muy barato. Pero la gente murmuraba, decían que lo mandé a traer de Francia, que porque soy francesa, ¿Qué francesa? es ¡libanesa! decían otros… en todo caso habla francés, explicaban… No, debió de haberlo comprado en Italia, estuvieron viviendo en Génova…

Y mi madre y yo nos retorcíamos de la risa al escuchar los comentarios. Después de la ceremonia del anillo, anunciaron la boda: tres meses después, en septiembre. La boda civil tendría lugar en el juzgado, no hacía falta más…

Pero sí, para mi suegra hizo falta más, y mucho. Porque aquel día de mi boda civil ella armó un escándalo, lanzó toda su cólera y el resentimiento que le tenía a mis padres porque no me habían dado ninguna dote, nada, nada… y le reprochó a mi padre: La fiesta de la boda civil la hace la novia, le toca a la novia, así es la costumbre… y le dijo cosas, indirectas muy directas y ofensas…

Y mi padre se enojó. Mucho. Después del juzgado, después de firmar las actas matrimoniales mis padres se fueron a casa, mis suegros a la suya, y Rafael sus hermanos y yo nos fuimos a comer a un restaurant.

Pero yo estaba muy triste, tenía un nudo en la garganta, había advertido el sentimiento de mi padre y supe que estaba llorando por dentro… A la mitad de la comida me levanté y lo llamé. Vuelve a casa en este momento, vuelve a casa, me ordenó, ya no estás casada, yo me encargo de romper los papeles…

Regresé a casa sin terminar la comida. Mi suegro, un hombre conciliador y de buena fe, un hombre que quería ver feliz a todo el mundo y trataba de enmendar todo lo que pudiera, no tardó en llamar. Por favor Don Isaac, por 308

favor, le dijo, mi esposa no sabe, ella no… Vamos, celebremos la boda de nuestros hijos y brindemos juntos por los novios.

Y nos fuimos al Gitanerías y tomamos vino de la bota, cantamos y disfrutamos los bailes flamencos…

Al igual que otras cosas en mi vida, este principio no era lo óptimo, no era lo ideal. El resentimiento de mi suegra le duró toda la vida. Yo fui la noera. Así, ¡noera lo que yo quería para mi hijo! ¡no le dio ni un centavo!

A veces me pregunto si de no haber vivido en una patria en la cual se fue agudizando el odio a los judíos… Porque era una buena vida donde el modernismo y la cultura,donde el buen vivir, el París de Medio Oriente… Así se explica la profunda nostalgia que nuestra gente experimenta al evocar el país que ellos apellidaron el Paraíso Perdido. Sin duda alguna había algo en mi pasado que me hacía sentir las cosas en profundidad, en su esencia más pura… porque recuerdo y evoco aquel pasado con dolor o nostalgia, la memoria de los instantes de felicidad junto a mis padres unidos por el amor… y me siento traspasada por el tiempo de otra época… no solo mi memoria de niña, extraordinariamente precisa para todas las sensaciones, los olores y sabores… Ahora al escribirlo lo comprendo. Esa memoria no es tan solo mía. Es la memoria de nuestro tiempo, de nuestra condición de migrantes… Son las voces del Mediterráneo con toda su potencia, pretendiendo desafiar la fuerza de nuestro destino.

Y la angustia de mi padre ante la decisión que cambiaría nuestro destino: Todo está dispuesto y el permiso 309

está dado, y mi padre eligió. Aquellas pesadumbres fueron beneficiosas, sin duda alguna.

Pero asoma de nuevo la imagen del diccionario Larousse, el mexicano de sombrero y fusil en mano. Roban a los bebés en ese país, los arrancan de sus carriolas en los parques, los arrebatan de los brazos de sus padres…y, por otro lado los niños musulmanes perjuran, amenazan… Vuelven mis pesadillas. Noche tras noche persigo el pañuelo que se le ha caído a mi madre desde el cuarto piso, el pañuelo surca el cielo y yo voy detrás de él.

Y vuelvo a mi momento, a mi vida plena, aquí en mi segunda patria, México, junto al hombre de mi vida, junto al hombre que amo, que es la vida entera, y quien de otra manera no hubiera existido para mí. Y pienso en lo que hubiera sido nuestra vida si… pero no. No hay hubiera, sería otra historia.

… Y me doy cuenta de todas las bondades de la vida que Dios ha derramado sobre nosotros y sobre esta prodigiosa tierra. Contemplo el rostro de mis seres queridos; no lo cambiaría por nada…Veo a mis hijos y nietos cuya felicidad es para mí más preciosa que la vida. Y veo a algunas de mis nietas entre ellas las que llevan mi nombre. Mi nombre que reluce y emite presagios futuros con el brillo del suyo. Y veo a mi hijo con su nieto en brazos, lleva el nombre de mi padre y tiene cabellos de oro… Aprecio tanto el lugar que me han guardado en su corazón… Y no, no me arrepiento de nada, como diría la Piaff, *Non rien de rien, non je ne regrette rien, ni le bien qu’on m’a fait ni le mal, tout ç’a m’ait bien égal… car ma vie, car mes joies, aujourd’hui ç’a commence avec toi... …*310

59

Mi vestido de novia está tendido sobre la cama de mis padres. Emma, la peinadora y maquillista se ha ido gracias a Dios. Su presencia me enerva. Odio los azules que me aplicó sobre los párpados, las gruesas líneas del delineador líquido y negro alrededor de mis ojos. Elimino el exceso de maquillaje y la sombra azul, cambio el color de los labios por uno más claro, más natural, menos agresivo. Me pongo las medias y los zapatos de raso blanco. Paseo por la habitación sin saber qué hacer. Tengo la boca seca y un sabor extrañamente acido que me sube desde el estómago y ataca mi garganta. Vivianne es la única que está conmigo en la recámara. Finalmente, decido ponerme el vestido. Mi madre grita desde fuera, *apúrate apúrate apúrate,* Vivianne me sube el cierre, y *abotona abotona abotona* ¡tantos botones! Mi vestido es hermoso, de guipur bordado con perlas, en el frente es un bolero de mangas tres cuartos, la parte de la espalda termina con muchos metros de guipur que descienden sobre el raso de seda. Alguien de mis hermanos entra; me enojo visiblemente con ese alguien que me pisa la larga cola del vestido, tengo un gesto terrible, un gesto agrio del cual me doy cuenta sólo después al ver la película de la boda. Me pongo los aretitos de perla que compré en Woolworth. El fotógrafo *filma filma filma*. Mis uñas se ven bien con el barniz blanco mate. Deslizo en el dedo mi 311

anillo, el diamante irradia su luz propia. Vivianne me mira con ojos de tristeza, llora, su mirada se clava en mi alma, su mirada silenciosa dice más que mil palabras. Toufic, Moisés y Jacques, ya trajeados, rondan por la casa. Moisés esconde sus ganas de correr tras una pelota, en estos momentos olvida lo juguetón que es y se muestra muy serio, tan serio como un gentleman. Jacques, de esmoquin blanco y moño blanco, tiene cinco años y forma parte del cortejo nupcial, es el chambelán de Tania la hija de Stella, amiga-hermana de mi madre. Roberto el hijo de Henriette entraría acompañado de Lisa la sobrina de Rafael. Todos ellos de seis o siete años, las niñas de vestido ampón con crinolina, la cabeza coronada por una diadema de flores. Mi madre se ha puesto un vestido de brocado color beige con reflejos dorados, se ve muy guapa, su peinado demasiado alto aumenta aún más su estatura. Mi padre fuma el cigarro de la paciencia, sentado en la sala entre canastas de flores y arreglo del novio, más grande que el de tres meses atrás, con más pájaros de papel y más crisantemos. Los padres de los que conforman el cortejo nupcial vienen con sus pequeños… y todo el mundo haciendo cumplidos. Teta Eishe con la sonrisa en los labios, el vestido negro y el prendedor de brillantes de fantasía, ofrece *shrab* de almendra, *mlabes,* peladillas y chocolates. Beto mi hermano duerme en su cuna gracias a Dios, no llora no se priva y nos mata del susto. Sigo en el cuarto. No puedo verme de cuerpo entero por más que me ponga de puntas, el espejo sobre la cómoda no da para tanto. Sólo medio cuerpo y el rostro. Vivianne vuelve a acomodar la cola de guipur sobre el raso de seda *Llegaron llegaron llegaron,* la voz de mi madre. Es el momento de colocarme el velo y la tiara nupcial de azahar y perlas entre los cabellos tiesos de spray. Sólo en este momento me percato312

que estoy siendo La Novia. El velo es corto, proviene de la tiara. Me miro al espejo una vez más, un poco más de rubor en las mejillas antes de salir de la recámara de mis padres. Mis pies se niegan a abandonar el cuarto…

Rafael se acerca a la puerta. Lo veo alto, más alto que siempre, su cabello negro, más negro y brillante. Me da un beso acercando apenas los labios a mi mejilla para no estropear el maquillaje. Un beso tímido cuando mi alma pide a gritos más caricias. Los piropos de los presentes se dejan escuchar ¡maravillosa preciosa qué joven qué hermoso vestido… pero si sólo es una niña... Rafael se apresura en sacarme de casa, el fotógrafo profesional nos atenderá en su estudio, la limousine blanca está lista para llevarnos. Estamos por bajar las escaleras, espera por favor, le digo. Entro rápidamente a darle un beso a mi pequeño hermano dormido en su cuna. Tengo que sujetar mi vestido, la crinolina, la cola, a duras penas cabe mi vestido por la puerta. Nos rocían con arroz, los granos ruedan sobre nuestras cabezas. Beso la *Mezuza* sobre el marco de madera blanca. Lo hago irreflexivamente automáticamente, no quiero pensar que sería la última vez que la niña besa la *Mezuza* de su casa, no lo pienso, no pienso en lo que contentó mi alma durante quince años. La mirada de mi abuela me dice ¡*brilla brilla brilla!* ella abre los cinco dedos de su mano derecha y estampa mentalmente el *jamse* sobre mí para protegerme de envidias y mal de ojo. Bajamos las angostas escaleras donde Rafael solía darme besos antes de dejarme en casa. Bajamos los tres pisos. El rubor en mis mejillas aumenta al igual que la tarde en su crepúsculo encendido. La tarde que está llegando a su fin este sábado del noveno mes, este septiembre de mi boda. 313

En el espejo del fotógrafo profesional, por fin me puedo ver de cuerpo entero. Mi vestido luce impresionante, nadie imaginaría que lo compré en Veinte de Noviembre en el mero centro de la ciudad, en Vestidos para novia Silvana. Los niños del cortejo posan siguiendo dócilmente las instrucciones para lograr la foto perfecta. Me cuesta trabajo sonreír. De medio perfil, seria y viéndome al espejo, mi vestido en su amplitud y belleza, de cuerpo entero, así es la foto que conservo en mi vestidor. Es la que me recuerda que yo soy yo. Veo la mirada que nunca vi. Voy viendo, y al ver, voy reconstruyendo. La sensación de nostalgia empaña mis ojos. Rafael me da otro beso en la mejilla como diciendo todo *está bien está bien está bien*. Él lleva la iniciativa siempre, en todo momento, a cada caricia a cada beso. Yo sólo respondo. No me nacen las expresiones, los yo te quiero, eres el hombre de mi vida, te amo con locura… Él tampoco las dice. Mi corazón está centrado en las sensaciones que me recorren. No me dijo que me veo guapa. No.

En la limousine no hablamos. La lluvia comienza a caer, delgada. Filamentos incoloros resbalan sobre el auto, adornado con enormes lazos de satín blanco. Chispea. En septiembre casi siempre llueve. Es de buena suerte, la lluvia trae buena suerte.

El halo de la llovizna es evidente. El camino se hace largo aunque la distancia sea corta, unos diez minutos desde el estudio fotográfico hasta Querétaro 110. Rafael le pide al conductor que dé una vuelta. Todavía son las nueve y media, los invitados aún no llegan, se sabe por los pocos coches estacionados cerca de la sinagoga. Rafael les había advertido a sus amigos que vinieran más tarde aunque la invitación indicara a las ocho… No es puntual la cosa, les había dicho, 314

ridiculizando un poco nuestras costumbres para adelantarse a los comentarios de sus amigos sobre nuestra impuntualidad. Creo que su prisa de llegar al templo era con el fin de no hacerlos esperar. Me da la mano. Enlaza sus dedos con los míos. Él también está tenso aunque quisiera mostrar lo contrario. Su mano está húmeda. Él también está nervioso. ¿Somos conscientes del paso que estamos dando? ¿Estamos seguros de que queremos casarnos?... No nos hacemos esas preguntas. Pero si hemos llegado hasta este punto, es por algo… por la Providencia, porque así lo quiso el destino o nuestros padres, o porque ya era tiempo de casarse… El destino nos condujo hasta aquí y nosotros le seguimos el juego. En esta apuesta lo pusimos todo, todas nuestras mejores cartas, los jugadores somos nosotros. Otra vuelta, pide Rafael. Y una más. Ahora se ven los carros, muchos carros a la puerta de la sinagoga, en la calle de Querétaro, en Orizaba, también por Jalapa y en las dos esquinas más adelante. Entonces descendemos del auto. Rafael me abre la puerta como es su costumbre desde siempre, me tiende la mano en la cual me apoyo. El flash parpadea, la cámara captura el momento.

Ya no llueve. Es tan solo la sangre inflamada que quiere *huir*, *huir*… No, no es verdad, quiere estar aquí, aquí en este momento a las diez de la noche, el día catorce…

Hay una luz sobrenatural que sigue a la lluvia. Subimos las escaleras de Beth Hakeneset Monte Sinaí, la sinagoga más grande en aquel tiempo, la más bonita también. Son muchos los escalones. Alguien me ayuda con la cola del vestido para que no arrastre sobre el piso mojado. Varios invitados nos siguen en nuestro ascenso a la sinagoga, evitan saludar o felicitarnos para no estropear el 315

hechizo del momento. Mis padres, del lado izquierdo del portón, mis suegros del lado derecho, recibiendo saludando, los concurrentes se apresuran para no perderse un solo instante de la ceremonia. El templo está lleno, claro que los invitados fueron muchos, yo misma rotulé las invitaciones, toda la comunidad estuvo invitada al evento… después de la ceremonia, iríamos al Villa Fontana solo una veintena de personas, yo me cambiaría el vestido de bodas por uno de coctel, en casa de mi cuñada Celia porque la novia no debía regresar a casa de sus padres después del casamiento… y sería una cena normal.

El templo en todo su esplendor, iluminado al máximo por el enorme candil de cristal. Al fondo en lo alto, dos leones de bronce custodian las tablas de la Toráh. El pasillo flanqueado por tul y flores blancas. Los asistentes giran su cara hacia la entrada. El cortejo nupcial inicia con las dos parejas de pajes y damitas… Luego, mi suegro acompañado de mi madre con su pequeño bolso de petits points y sus guantes, algo le dice mi suegro para bajar la tensión, y los dos ríen… Enseguida entran Rafael y mi suegra, caminan muy despacio, se dirigen hacia la Tebáh…a este punto suena la marcha nupcial y el coro entona la canción de la novia *Boí Leshalom*… mi corazón está por explotar. Del brazo de mi padre, aferrada a él… me transmite su serenidad, su aplomo y confianza, *calma, calma, calma* me dice su brazo. Caminamos haciendo una pausa entre paso y paso, respiro, tomo aire a cada pausa, cada ola sigue de cerca a la otra y la calma. El mismo pasillo que unos meses antes recorrí como dama de honor de mi prima. El pasillo es *largo largo,* el tapete rojo. Mi corazón golpea. El ramo tiembla entre mis manos. Los flashes de las cámaras en mis ojos. Mi universo entero,316

delicado y diáfano, proyecta colores ante mí, me cubre con la luz blanca que se mezcla con la blancura de mi vestido… y en el fondo, en el fondo hay una luz *azul azul azul* …

Al final del pasillo, mi padre me entrega a Rafael. Cuando me suelta el brazo me siento despojada de él, de su protección… quiero retenerlo quiero decirle que sigo siendo suya quiero abrazarlo… pero esas cosas no se usaban, esas demostraciones de afecto no se hacían en público. Rafael cubre mi rostro con el velo, me toma del brazo y avanzamos hacia la *Tebáh,* el altar. Desde aquí veo a mis hermanos sentados en primera fila, su sonrisa me reconforta, estamos todos juntos. Un dosel fino bajo el cual se celebra nuestra unión, la *jupá* que simboliza el techo del hogar de la pareja. El rabino, Hajam Shalem, pide que suban a acompañarnos mi abuela y mis tíos Zahiye y Marcos, y del lado del novio, mis cuñados Marcos y Celia. Mis padres junto a mí, los de Rafael junto a él, todos de frente a la concurrencia. El rabino oficia la ceremonia, dice el rezo y canta, le pide a Rafael que repita después de él: *harei*, *at mekudeshet lí…* Eres consagrada para mí según la ley de Moisés y de Israel…, mientras él inserta el anillo en mi dedo índice. La oración suena en mi alma… Hay una voz interna que me dice, que repite, que resuena dentro de mí y me dice, en tanto el coro irradia canciones y el Hajam bendiciones, esa voz rebota en mi corazón y me estremece: *No olvides no olvides, no olvides* jamás este momento, no olvides tu esencia, tu casa tu mundo, tus padres… Recuerda siempre, la cadenciosa, insistente y natural música de tu universo, de tu mundo que se queda atrás pero que en ti deberá permanecer eternamente… No olvides tu origen y tu naturaleza y los acordes repetidos de la niña que un día abandonó su Mediterráneo, 317

y que ahora abandona su casa. Recuerda siempre, siempre, con una constancia que viene del fondo del mundo y con una persistencia que suena en tu corazón, las palabras de la canción de Macías, esas palabras de adiós a tu tierra, a tu vida de niña, las estrofas repetidas, audibles aún, y la música idéntica a sí misma, el mismo tono nostálgico, la misma sensación de pérdida, el incesante murmullo de las notas repitiéndose, repitiéndose, con la voz *fuerte fuerte* esta nota sostenida, la urgente llamada, el silbido del viento, el reflejo azul de tu Mediterráneo.

El suelo se tambalea bajo mis pies. La voz del rabino surca mi océano, va abriendo camino entre las olas. Una mujer me espera. Una mujer yo misma, mis propias canciones surgidas en mí a partir de ahora. Soy yo esa mujer. Me estreno al mundo, a los nacimientos, a la vida… dejo atrás los pinos, los cedros, la niña de mejillas coloradas y sombrero de fieltro blanco... Rafael toma el vino que le da el rabino, arrima a mis labios la copa de la cual bebo. El rabino lee la *Ketubb*á*h,* el acta matrimonial detalla: El día catorce del noveno mes, en México DF, se celebró la alianza… Luego, enrolla el pergamino y se lo entrega a mi madre que lo tendrá que resguardar siempre. Rafael rompe el vaso al primer pisotón, estrella el vaso bajo su pie derecho recordando la destrucción de *Bet Hammikdash* el santuario destruido, recuerda también la fragilidad del matrimonio y el esfuerzo mutuo y constante que supone mantenerlo.

Al romper el vaso, se rompe también el hechizo de la ceremonia.

Salimos, tomados de la mano, juntos los dos por el pasillo del templo. Nuestro paso es ligero, nuestros corazones 318

también… Cincuenta años después, saldríamos así de la sinagoga Shar Lesimja, tomados de la mano, volviéndonos al camino de nuestro principio, juntos. La cámara captura nuevamente el momento.

Con mi pluma sobre el cuaderno amarillo, soy yo, en mi piel peculiar, con mis nervios asomando a la superficie y mi corazón a quien confié los grandes sucesos de mi vida… y con el sentimiento, el estremecimiento y la certeza de que la juventud y el tiempo huyen… huyen como aquella niña tímida y gordita que me hace *negar negar* que el tiempo pasa, que está pasando ahora mismo al correr de mi pluma, igual como pasa el sol sobre mi país… Pero quedan aún millones de soles, quedan aún muchos sueños por perseguir aunque la juventud se haya retirado. Y lo veo, y lo siento. Y sin embargo me parece que la juventud fue ayer. ¡Corto intervalo, muy corto! *Hier encore j’avais vingt ans…*

Mas yo amo las cosas fugaces. En mi otoño siento correr una segunda primavera… y retengo las grafías, las palabras, los manuscritos furtivos de mis sentimientos. Porque en todos ellos hay infinitas posibilidades, en todos ellos hay algo divino.

**Offset Santiago S.A. de C.V.**

Toluca, Estado de México

Se terminó de imprimir el día ??? de ??? de 2017

Tiraje 700

Familia tipográfica utilizada: Adobe Caslon Pro

Papel: ???